

ANTOLOGÍA
DE LETRAS, DRAMATURGIA,
GUIÓN CINEMATOGRAFICO
Y LENGUAS INDÍGENAS
Jóvenes Creadores
del **FONCA**
Generación 2018 - 2019

PRIMER PERIODO

Antología de letras, dramaturgia,
guion cinematográfico y lenguas indígenas

JÓVENES CREADORES
2018-2019
PRIMER PERIODO

Antología de letras, dramaturgia,
guion cinematográfico y lenguas indígenas

JÓVENES CREADORES
2018-2019
PRIMER PERIODO

Con comentarios de:
David Martín del Campo
Ernesto Lumbreras
Dante Medina
Claudia Posadas
Jorge Ortega
Esteban Ríos Cruz
Briceida Cuevas Cob
Fausto Guadarrama
Gibrán Portela
Gloria Carrasco
Sandra Muñoz



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

FONCA

Secretaría de Cultura

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria

Natalia Toledo
Subsecretaria de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bespalova
Subsecretaria de Desarrollo Cultural

Omar Monroy
Titular de la Unidad de Administración y Finanzas

Antonio Martínez
Enlace de Comunicación Social y Vocero

Fondo Nacional para la Cultura y las Artes

Adriana Konzevik Cabib
Secretaria Ejecutiva

Erick Pérez Velasco
Subdirección de Operación de Estímulos a la Creación

Alejandra Chávez Arroyo
Subdirección de Promoción y Difusión

Saitiela Ruiz López
Coordinación del Programa Jóvenes Creadores

Ana García Vergara
Coordinación del Primer Periodo

Daniel Limón González
Coordinación del Segundo Periodo

Ángel Martínez Vázquez
Diseño Editorial

Fondo Nacional para la Cultura y las Artes

Primera edición

© de cada obra (textos): propiedad del autor

D.R. ©2019, de la presente edición:

Secretaría de Cultura
Fondo Nacional para la Cultura y las Artes

Complejo Cultural Los Pinos, edificio Bicentenario, Parque Lira s/n, Bosque de Chapultepec 1ra. Secc., Alcaldía Miguel Hidalgo, C.P. 11850, Ciudad de México.

ISBN: 978-607-631-043-4

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura / Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Impreso y hecho en México

Índice

Presentación	11
CUENTO	
<i>Cinco cuentistas en formación.</i>	
David Martín del Campo	14
Yesenia Cabrera. <i>Dentrificatus, La nana Lois</i>	17
Adolfo Córdova. <i>Ojos de cuervo</i>	28
Ulises Flores Hernández. <i>Un hombre moderno</i>	39
René Rueda Ortiz. <i>Hagiografía</i>	52
Alejandro Vázquez Ortiz. <i>No necesito tu ayuda para ir a Dublín</i>	60
ENSAYO CREATIVO	
<i>Delta de cuatro brazos.</i> Ernesto Lumbreras	70
Fabiola Eunice. <i>Es carne esta luz</i>	73
María Fernanda García. <i>Wisteria Drive</i>	79
Giorgio Lavezzaro. <i>La escritura de lo callado</i>	91
Jo. Trujillo. <i>Arraigo</i>	104
NOVELA	
<i>Presentación.</i> Dante Medina	114
Esteban Hinojosa Rebolledo. <i>Por suerte las jacarandas</i>	117
Sofía Maravilla. <i>Edades de Saturno</i>	130
Uriel Mejía Vidal. <i>La nota inhabitada</i>	143
James Nuño. <i>El cazador de ratas</i>	155
Nestor Pinacho. <i>Rescoldos</i>	165
Felipe Ramírez. <i>Tierra de panteón</i>	176
Jorge Armando Ríos. <i>Viento del oeste</i>	183
POESÍA	
<i>Hacia una utopía del sentido.</i> Claudia Posadas	194
<i>Presentación.</i> Jorge Ortega	198
Hamlet Ayala. <i>Babel de cangrejos</i>	202
Herson Barona. <i>Educación básica</i>	207
Aurelia Peyron. <i>Tejidos</i>	212
César Cañedo. <i>Disparos de salida</i>	217
Karen Plata. <i>Un auto azul espera en la bahía</i>	222
Armando Salgado. <i>Rompecabezas</i>	228
Fernando Trejo. <i>Marduck</i>	234

LENGUAS INDÍGENAS

Presentación. Esteban Ríos Cruz,
Briceida Cuevas Cob y Fausto Guadarrama 240
Francisco Antonio. *Na jiu'ú nu pjeñe/*
El peso de la memoria 244
Josué Maychi. *CH'E'EN Ch'e'ene'etik ch'e'en/*
CH'E'EN Asomándose al pozo 259
Elvis Guerra. *Ca nguiiu naxi xquié/*
Hombres de pito salado 288

GUION CINEMATOGRAFICO

Presentación. Gibrán Portela 302
Luis Miguel Arce. *La alegría de la Golondrina* 305
Eduardo Esquivel. *La eterna adolescente* 319
Cynthia Fernández Trejo. *El lenguaje*
de los pájaros 332
María González de León. *Las ánimas* 346
Gerardo Lechuga. *Res Mongolia* 360
Gabriela Ivette Sandoval Torres. *En letras pequeñas* 374

DRAMATURGIA

Fors in aliquibus rebus plus quad ratio potest/
La casualidad de las cosas puede a veces más
que la razón. Gloria Carrasco y Sandra Muñoz 390
Ingrid Bravo. *Quemar los campos* 393
Mariana Gándara. *Territorio austral* 404
Teresa Díaz del Guante. *Aroma,*
rastreo de recuerdos 412

Presentación

Crear es un proceso complejo, va más allá de un solo instante de inspiración en el que afloran emociones e ideas; involucra sensaciones y elementos estéticos, pero también conlleva disciplina, conocimiento, intención, oficio. Generalmente, dar vida a una obra artística implica contar con mucho más que un proyecto y su buena ejecución. Lo sabe quien ha tenido la oportunidad de experimentarlo; es el caso de los jóvenes que han reunido fragmentos de su trabajo en esta antología que incluye novela, cuento, ensayo, guion cinematográfico, dramaturgia, poesía y letras en lenguas indígenas.

Estos son los géneros elegidos por cada uno de los 35 de becarios de la generación 2018-2019 del Programa Jóvenes Creadores para transmitir sus intereses y preocupaciones, así como para dar rienda suelta a su creatividad e imaginación. En estas páginas es posible encontrar desde niños trompetistas, hadas de los bosques y atletas en competencia, hasta ratas enormes y aves metálicas, en escenarios tan disímiles como un banco, un restaurante de comida china o un pequeño poblado en el que sus habitantes suelen conversar alrededor de un pozo. Cada texto es una propuesta única, personal, que invita a mirar desde otras perspectivas temas siempre vigentes, como la sexualidad, el poder, las relaciones de abuso, la identidad, o novedosas como la pertinencia o la tragedia que viven los familiares de los desaparecidos.

Este libro es, en síntesis, una breve pero significativa muestra de la calidad y potencialidad de quienes están iniciando una trayectoria y que, seguramente, en breve se convertirán en ejemplos significativos de la nueva creación literaria mexicana.

A 30 años de su fundación, el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca) celebra a los jóvenes creadores, reconoce su labor, agrade el esfuerzo y la colaboración de los jurados o tutores en este programa de estímulo a la creación artística y cultural, muchos de los cuales fueron en épocas anteriores, beneficiarios del mismo, y hoy son referentes a nivel nacional e internacional.

Para festejar sus primeras tres décadas de existencia, el Fonca apuesta por fortalecer las tareas que le dieron sentido y congruencia, transparentar sus mecanismos de operación y revitalizar las oportunidades para la creación. De ahí que, este 2019, por primera vez se lleve a cabo un Encuentro de Jóvenes Creadores en la Ciudad de México, en el que los becarios podrán presentar al público el resultado de su trabajo con una mayor proyección nacional. Además, podrán leerse sus textos en publicaciones específicas para cada uno de los géneros incluidos en la convocatoria, lo que —esperamos— redundará en una mayor difusión de su obra entre públicos específicos, fortaleciendo así el circuito completo de la creación.

Esta antología, conformada por textos seleccionados de manera conjunta entre becarios y tutores, es pues, una invitación a conocer lo mejor de las letras de los jóvenes creadores, sus abordajes, intereses y estilos, sus preocupaciones, obsesiones y ocupaciones.

Esperamos que sus letras atrapen a los lectores.

CUENTO

Cinco cuentistas en formación

Infancia es destino, aseguran los creadores del psicoanálisis. Algo de eso rezuman estos cinco jóvenes narradores, beneficiarios del Sistema Nacional para la Cultura y las Artes (2019), en el capítulo de jóvenes escritores.

Hemos sesionado una decena de veces, y sobre la mesa nos hemos escuchado y corregido. ¿Qué le sobra a ese texto? ¿No repite demasiado el argumento, no anuncia con obviedad su desenlace? De ese modo, leyendo y revisando los manuscritos, se ha concluido que la siguiente es la muestra (la antología) de lo más sobresaliente de su juvenil producción.

Quisiera hablar de todos y cada uno de ellos, a pesar –insisto– de que apenas si los conozco. Lo que sí, se trata de cuentos revisados y subrayados, a ratos tachados, en el transcurso de esas sesiones desarrolladas a lo largo de seis jornadas en Papantla, Veracruz (24 al 26 de abril) y la ciudad de Puebla (20 al 22 de junio).

Sus nombres son: Yesenia Cabrera, Ulises Flores, René Rueda, Adolfo Córdova y Daniel Alejandro Vázquez.

Iniciemos con René Rueda. De entrada deberemos mencionar que se trata de un escritor con notable vehemencia literaria. Egresado de la prestigiosa Fundación para las Letras Mexicanas, René es poseedor de una narrativa intensa, a ratos coloquial, que busca impactar al lector quizá no de la mejor manera. Sus textos poseen un aspecto sombrío, a ratos limítrofe con la depravación, que nos roban el aliento. Su proyecto intenta recoger relatos que cuenten la vida de algunos artistas del siglo xx aquejados del “mal amoroso” que en su momento fue el virus del VIH.

Daniel Alejandro Vázquez, el mayor del grupo, posee un bagaje reconocible. Ha estudiado y vivido en Madrid, es egresado de la carrera de filosofía, labora cotidianamente en un taller especializado automotriz. Esa triple experiencia hace que sus textos posean esa triple vertiente: relatos con alta inspiración, muy correcta escritura y la contundencia moral (o inmoral) de sus personajes en desamparo existencial. Relatos “duros” ausentes de convencionalismos.

Yesenia Cabrera se ha desarrollado en la ciudad de Tlaxcala, donde ha elegido entregarse a la literatura lindante con los mundos de fantasía y perversión. Sus textos son pasmosos, en apariencia inocuos, buscando siempre contagiar al lector con experiencias de asombro. Escuelas de brujas, desastres eróticos, el insomnio femenino de toda una madrugada. Tales son los escenarios que recorren sus relatos de escondida ternura.

Ulises Flores, a diferencia de sus compañeros, es el más inventivo de todos. Eludiendo los relatos ceñidos por el realismo rampante, Ulises ha optado por escribir literatura de altos vuelos siderales, y no se tome a broma la afirmación. Sus relatos están emparentados con la mejor literatura de ciencia-ficción (Isaac Asimov, H.G. Wells, Ray Bradbury), de modo que sus crónicas ocurren en mundos y exploraciones de asombro interestelar.

Adolfo Córdova es el miembro del grupo más apegado al canon clásico. Autor de varios libros en circulación (pertenecientes al género juvenil), Adolfo alude constantemente al bagaje de formación infantil que todos cargamos. Su proyecto aspira a relatar la historia de las islas literarias que nos ha legado la civilización (Itaca, Malta) en una suerte de “libro mediterráneo” que promete destacar por su originalidad.

Ya lo decía, infancia es destino, y estos cinco autores han decidido abandonar el nido con el mejor ímpetu literario. Sean bienvenidos.

David Martín del Campo



Yesenia Cabrera

Dentrificatus

Jean Carlo despertó con un tremendo dolor de muelas. No sabía exactamente qué dientes le dolían, sólo sabía que su cabeza estaba siendo electrocutada por un verdugo. Sentía que todos se quebrarían si dejaba pasar más tiempo. Tomó un tipo de analgésico que le ofreció su madre y durmió un par de horas.

Al despertar sentía aún más intenso aquel dolor. Era como si nuevos dientes estuvieran por nacer y de quién sabe dónde. Los ya presentes no tardarían en hacerse polvo. Los analgésicos no funcionaban, debía ir de inmediato al dentista.

–En efecto, se sienten flojos, sólo falta que la raíz ceda y caerán, pero se debe principalmente a la falta de higiene –dijo el Dr. Black–. Tomaremos algunas radiografías, por supuesto, esperaremos a revisar cuáles aún se pueden salvar y removeremos los demás. Sé de primera mano que la preocupación está en la sonrisa, así que con una prótesis monomaxilar superior solucionaremos eso. Sé que es difícil, pero son las consecuencias de un mal cuidado dental. Su problema debió haberse tratado desde hace por lo menos diez años. Podría ser mucho peor.

Jean Carlo no terminaba de procesar lo que le dijo el doctor, él siempre procuraba tener sus dientes bien cepillados, quizás era cierto que no compraba las mejores pastas dentales que la tv anunciaba, porque eran demasiado caras, pero hacía lo que podía. Casi siempre compraba su pasta en la botica preferida por su familia, la afamada Wright Virginia. Su madre, por ejemplo, compraba ahí las mejores pomadas hechas con plantas medicinales. La variedad era asombrosa. Había cremas para aliviar las várices, para desinflamar los

músculos, y el alcohol preparado que tenían era excelente para eliminar los reumas y el dolor de huesos provocado por el frío. La botica había estado abierta por décadas. Era un negocio familiar que se servía por generaciones y generaciones de botánicos, boticarios y hasta curanderos. Su efectividad nunca había disminuido.

La madre de Jean Carlo era quien, casi siempre, se encargaba de comprar la pasta dental. Lo hacía porque acudía a la botica todas las semanas. Decía que nada la mantenía más joven que los emplastes de la botica. Jean Carlo pensaba que la pasta dental quizá no era tan blanca y además parecía tener restos de plantas medicinales secas en la crema, pero nunca había tenido problemas, hasta ahora.

Desde que Jean Carlo tenía memoria, la botica de Joan Wight era la más recurrida de su vecindario. Su dueña sabía aliviar casi cualquier tipo de dolencia, incluso, su trabajo como partera era muy aplaudido debido a todos los partos bien logrados. La iglesia del pueblo, sin embargo, pensaba lo contrario. Su ministro, cada domingo, solía señalar los remedios de Joan Wright como medios paganos, como medicina casi demoniaca. A pesar de lo que dijera, los habitantes siempre acudían a Joan. Y por supuesto, ella, aunque anciana, atendía a quien la buscara con esa fe latente en sus conocimientos medicinales, casi siempre acertados en su mayoría.

En efecto, después de haber realizado la radiografía, Jean Carlo se la mostró al doctor, el cual afirmó que no había algo anormal, que sólo se trataba de una mala higiene. El dentista le preparó un modelo de resina para tomar la medida y forma de sus dientes, y hacerle unos nuevos. Al morder Jean la masa de muestra, un diente se quedó pegado a la gran bola chiclosa y gris.

—El primero que cae —dijo el dentista—. Sólo faltan este tipo de empujones para hacer que todos los dañados salgan.

—¿Dañados? Pero siempre me he lavado los dientes.

—No te preocupes, ya estamos solucionando el daño. Aunque de aquí en adelante deberá haber más higiene, ¿de acuerdo? —dijo el Dr. Black tratando de no hacer sentir más culpable a su paciente de lo que ya era.

La siguiente cita sería para retirar los dientes dañados y colocar la prótesis de ensayo. Jean Carlo asintió con un semblante de cansancio, sonreía a duras penas, no hablaba, y si lo hacía era limitándose a decir sí o no. El dentista le mostró sus dientes nuevos, los que le colocaría de la mejor manera posible para que él pudiera volver a sonreír y, desde luego, para levantar un poco su autoestima. Jean Carlo no hizo mucho caso, miraba al suelo con desconcierto y miedo.

Trabajaron hasta que Jean Carlo vio en un espejo los nuevos dientes sin sarro que enseñaría en el trabajo y la familia, que estaban bien sujetados a sus encías naranja y roja.

El Dr. Black logró hacer olvidar a Jean Carlo aquel sentimiento agrio con el que había llegado, ahora era cuestión de mostrar esa sonrisa renovada, de seguir su vida y sus cuidados alimenticios e higiénicos. Esa noche el Dr. Black recibió una llamada de Jean Carlo en la madrugada, aún tenía dolor. Y comenzaba a ser tan penetrante como el anterior. Para tranquilizarle le explicó que los nervios seguían vulnerables, ya que arrancó los residuos de raíz de los que extrajo. Era normal que sintiera adolorida toda la zona de extracción. Tomar ibuprofeno o un desinflamatorio le ayudaría a conciliar el sueño. Y, para su tranquilidad, podía atenderlo al siguiente día en su consultorio. Y así sucedió, aunque para sorpresa del dentista, Jean Carlo llegó con la prótesis sangrándole como si de dientes reales se tratara.

—¿Está lavándose correctamente las encías? —preguntó el Dr. Black.

—Todos los días, más veces de las que me recomendó— contestó Jean Carlo muy alterado.

Para el Dr. Black fue una sorpresa ver la escena que al principio creía era una broma. Lo sentó y sacó la prótesis con mucha dificultad y de las encías recién desocupadas salía un líquido verdoso, putrefacto y sanguíneo. Limpió las zonas podridas, extrajo una muestra para averiguar de qué se trataba, volvió a poner la prótesis y recetó medicamento y desinfectante especial para material de ortodoncia.

Después de unos días, la llamada temida llegó de nuevo. Su teléfono celular indicaba que era el mismo paciente: Jean Carlo. De nuevo el dolor nocturno, la cabeza ahora quería explotarle desde la encía superior y la nariz hasta el cráneo. Le citó al siguiente día; sin embargo, no llegó. El doctor se

sintió confundido, pensaba que quizá ya habían pasado los dolores, y que ahora estaría sintiéndose mejor. Pero también persistía la duda, ¿en verdad estaba bien?, ¿por qué no llegó a la cita?

Pasaron dos días y decidió llamarlo para realizar el seguimiento de manera pertinente. Jean Carlo no contestaba los mensajes. La satisfacción de un médico es saber que su paciente sigue con bien, que continúa con su tratamiento. Un día recibió una llamada del celular de Jean Carlo, segundos antes de contestar se sintió tranquilo y supuso que la llamada era para agradecerle el procedimiento, y por supuesto por la atención y la paciencia que había tenido. Cerraría un expediente más, pero quien lo llamó fue un policía, quien se interesó por las llamadas constantes de un tal Dr. Black y llamó para preguntar la razón de la insistencia; el doctor le explicó lo preocupado que se sentía por su estado bucal. El agente siguió cuestionándolo sobre su relación con Jean Carlo.

—Sólo se trataba de una relación médico-paciente. ¿Algo le ha ocurrido?, ¿por qué tantas preguntas?, ¿por qué la policía tiene su celular?

El oficial con mucha dificultad describió cómo habían encontrado a Jean Carlo en su habitación. Su paciente estaba muerto. Fue encontrado por su vecina, quien escuchó gruñidos y una especie de relincho del otro lado de la pared. Asustada, fue a tocar la puerta de Jean Carlo, pero al no abrirle le pidió al portero que se hiciera cargo. Temía lo peor. Al abrir ambos se encontraron con Jean Carlo muerto, recostado sobre el sofá de la sala. Tenía la mandíbula abierta y los dientes sobresalían más de lo normal, como si fuera un caballo. Pero lo más extraño de todo, lo más horrible de la escena, era que un enorme colmillo sobresalía entre la nariz y la frente del occiso. Tenía los ojos abiertos, fijos en la punta de aquel cuerpo óseo y gris. De las encías aún escurría la pasta plateada y putrefacta que por toda su habitación se encontraba derramada, y los envases vacíos de la farmacia Wright Virginia.

Lalo y Karen eran una pareja que para sus conocidos era perfecta. Pero en casa, en todo aquello que no exhibían al público, a nadie, la pasaban muy mal. Lalo culpaba a Karen de todo lo que había perdido en su vida, ya fueran amigos, familia o fortuna. Karen, por su lado, lo detestaba por haber hecho que cargara en su vientre a tres hijos a los que no soportaba ver. El varón, quien ya tenía diez años, era muy

pálido y su rostro estaba siempre marcado por las ojeras. Las niñas, más grandes por un año, a pesar de ser gemelas, eran también repulsivas. Para empezar, una no había crecido de manera normal, pues una extraña enfermedad la hacía parecer como si tuviera cinco años a pesar de que tenía ya once.

La nana Lois

La pareja solía echarse la culpa todo el tiempo, excepto cuando salían. Entonces se unían como un coro de plañideras para hablar de su infortunio. Una de sus amistades, una mujer larguirucha y fofa, que se enorgullecía de nunca haber tenido hijos, les recomendó una “nana” que podía ayudarles con el problema de sus hijos, disminuir su carga.

Lois, se llamaba, y era originaria de un pueblo del norte. Cuando llegó a la casa, al presentarse fue interrumpida por Lalo, quien expuso, como con todos los psicólogos a quienes había consultado, el martirio que sufría todos los días al estar a cargo de semejantes criaturas. Eran para él un castigo de índole demoniaca. Karen se limitó a llorar y a culpar entre gemidos a sus hijos por todo el dolor que sentía. Lois escuchó a los padres abatidos, y entonces se puso a vagabundear por la casa.

Lois recorrió las estancias con interés muy pronunciado, deteniéndose en los detalles que encontraba interesantes, ya fuera una escultura de mármol que representaba a un general griego, o el delicado mantel del comedor, tejido a mano. Lois aspiraba los aromas de los muebles de estilo victoriano y la madera que aún lucía apiñada junto a la chimenea. Al estar en la residencia sintió que podía penetrar en sus secretos, tenía tantos que tardaría años en descubrirlos todos. Pero tenía una misión más importante, así que terminó por dirigir sus pasos hacia las escaleras, deslizándose cuidadosa por el barandal, tratando de sentir cada veta de la madera, los murmullos escondidos en cada pequeña grieta. Al fin se encontró con un corredor oscuro que parecía infinito desde la perspectiva

de la nana. La primera habitación pertenecía a los niños. La puerta chirrió al abrirse y Lois se encontró en una estancia lúgubre, los pocos muebles apenas podían vislumbrarse, como si toda la habitación estuviera a punto de difuminarse ante su mirada. En las paredes yacían algunos retratos. Era una pareja de ancianos, "sus abuelos", pensó Lois, aunque sus ojos parecían haber sido cubiertos por garabatos. Fue entonces cuando descubrió cuatro mesas colocadas en las esquinas del cuarto, sobre ellas había espejos que daban al centro de la habitación. Lois trató de no perderse en los reflejos, y enfocó su mirada en el techo, del que parecían colgar largas telarañas, aunque Lois sabía lo que eran: cordones umbilicales, frescos, aún demasiado frescos.

–Qué angelitos tan delicados tienen ustedes, señores míos.

Los padres no podían guardar las apariencias, el asco que sentían al entrar a la habitación de sus hijos era evidente. Mientras esperaban en el umbral, murmuraban frases como: “éramos más felices antes de tener hijos”, “por qué ha caído sobre nosotros esta maldición”, “qué asqueroso es el hecho de concebir”, “si pudiéramos librarnos de esta carga, oh, señor, si tan sólo pudiéramos librarnos de ella”.

–¿Y los niños, dónde están?

–Todavía en la escuela. Permanecen en ella el mayor tiempo posible, así lo hemos dispuesto –respondieron los padres. Después llevaron a Lois a la sala, donde le explicaron lo que necesitaban.

Lois salió a la tarde gris, que ya presagiaba tormenta, y prometió ver a los atribulados padres al día siguiente.

–Y recuerde –dijeron ellos a modo de despedida–: queremos que parezca un accidente.

Al día siguiente, Lois no necesitó tocar el timbre, pues Lalo y Karen, los padres sufrientes, espiaban por la ventana, esperando la llegada de “la nana”. Lois llegó con unos minutos de antelación, y cuando le abrieron la puerta se disculpó. Los padres sólo atinaron a sonreír, invitándola a pasar cuanto antes a la casa. Mientras Lois volvía a aclimatarse a la casa, los padres siguieron con su cantaleta: “somos tan desdichados, ya no podemos hacer lo que tanto nos gusta”, “queremos viajar, pasear en paz por la calle sin que nadie nos moleste”,

“siempre es lo mismo, nos acusan de tener hijos monstruosos, de educarlos así, de ser padres de la maldad”, “nos señala todo el mundo, la familia de la perversión, la familia torcida”, “son tan horribles nuestros hijos, las mujeres embarazadas abortan al nada más verlos, los hombres pierden el vigor, los ancianos se mueren, los niños enmudecen”. Lois, quien apenas había podido quitarse el abrigo, veía a los padres con un gesto que parecía decirles: “sí, sí, entiendo, no se preocupen más, para eso estoy aquí”.

Como habían acordado, la noche estaba ya muy avanzada. Lois no había visto a nadie en las calles mientras se dirigía a la casa de Lalo y Karen. Pero era necesario trabajar en la oscuridad. El trabajo que necesitaba hacer así lo exigía. Ella se guardaba de expresar sus opiniones en voz alta, pero sentía que los padres exageraban. Había familias que tenían a hijos perversos, desviados, monstruos de verdad, pero ella todavía no había visto a los niños de Lalo y Karen, y ya estaba segura de que no hallaría más que a pequeñitos normales, algo solitarios, tal vez, pero encantadores.

Lalo y Karen despertaron en su habitación tan juvenil como cuando antes de que fueran padres, con cierto sentimiento de felicidad bajaron a desayunar, ellos no existían más.

Lois subió las escaleras y entró silenciosamente al cuarto de los niños. Los espejos seguían en las esquinas de la habitación, pero ahora ella también pudo ver una gran cama en la que descansaban unas gemelas y un niño más pequeño. Lo que había pensado, eran deliciosos. Sus padres no eran más que unos quejicas que los acusaban injustamente.

Los padres aguardaban impacientes detrás de Lois, pero ella necesitaba trabajar a solas, así que los despidió, pidiéndoles que se fueran a dormir. No funcionarían si estaban despiertos. No debían preocuparse, al terminar su trabajo no tendrían ya noticias de sus hijos... ni de ella.

Lalo y Karen despertaron al mismo tiempo. No se habían sentido tan bien en años. Se sentían más felices y ligeros, como si la carga que habían llevado durante años, de pronto, hubiera desaparecido. Con cierto temor, los padres se acercaron al cuarto de los niños y abrieron la puerta. Los espejos permanecían, pero no así la cama, ni los niños. Tampoco había rastro de Lois.

La mañana era gris, como otras tantas mañanas en la ciudad, pero para Karen y Lalo era perfecta, el sol atravesaba las nubes y les caldeaba los huesos. El viento gélido les refrescaba apenas el rostro, sin dejarles las mejillas rojas y lastimadas. Y el sonido de los automóviles, que siempre tocaban la bocina, que siempre chirriaban como máquinas traqueteantes, ahora no era para ellos sino el canto de las cigarras.

Llegaron a un parque donde los niños solían jugar por las tardes, pero a esas horas no había nadie, ni siquiera niñeras empujando tristes carriolas. La pareja, más feliz de lo que nunca había estado en su vida, se adentró en el parque y tuvo su primera sorpresa. ¡Oh, era lo que más deseaban!, en un rincón junto a un banco de arena, una de las gemelas yacía bocabajo, o eso les pareció a ellos, pues descubrieron que la cabeza de la niña estaba enterrada. Su cuerpo estaba cortado por la mitad. Los goterones de sangre eran absorbidos por la arena, haciendo un plop que a los padres les pareció delicioso. Unos metros más allá, hacia las resbaladillas, estaba tendido el cuerpo del pequeño. No tenía ojos sino flores llenando sus cuencas vacías. En sus manos aferraba unos zapatos de niña, los de su hermana mayor. A la pequeña, la deforme, la encontraron colgada de una rama, atada de los pies. No parecía una niña sino una muñeca de porcelana rota. Tenía los ojos pintados de rojo, la boca llena de sangre y en sus manos sostenía lo que parecían los restos de fetos mordisqueados. Los padres, como si de un festival de primavera se tratara, miraban con satisfacción a los cuerpos de sus hijos. Entonces, satisfechos, dieron vuelta y caminaron muy alegres hacia su hogar.

En el viento parecía ondear una voz, con un rumor ininteligible, algo parecido a “hu-um-shuman-roxt-qlem” “hu-hum-shuman-roxt-qlem”, pero ni Lalo ni Karen hicieron caso. Aún tenían muchos días por delante, y los cuerpos de sus hijos tardarían días en descomponerse del todo. Podían seguir repitiendo el espectáculo hasta que se hartaran.

Lois sonreía. Estaba parada justo en el medio de la recámara de los niños. Eran tres, y la acompañaban en su felicidad. No tendrían por qué preocuparse más, podían sonreír todo lo que quisieran; sus padres ya no escaparían de los espejos, y

CUENTO

ellos los verían, jugueteando en medio de sus ensoñaciones, y cuando se cansaran siempre podían ir al parque y pasar el día saltando y jugando y cantando las canciones que Lois, su nana, su nueva mamá, les enseñara. Mientras tanto, ya tenían una nueva tonada que practicar: “hu-um-shuman-roxt-qlem”.



Adolfo Córdova

Ojos de cuervo

Más gritaba su madre para que volviera, más se internaba Anma en el bosque. Los pies apenas calzados con sandalias de cuero, la herida de vara abierta en la espalda baja y un solo pensamiento subiendo hasta su cabeza: “¡Ávalon!”

—¡Anma, hija! ¡Lugh, déjala! ¡Vuelve! ¡Anma!

Una rama y otra, más y más arriba, trepa Anma por la vieja encina y conjura entre dientes: “No soy tu hija, ésa no es mi casa, otro es mi destino”. El druida se lo había dicho.

—No vendrán a buscarte. Debes ir tú misma a Ávalon y reunirte con ellas. Pero no habrá barca de roble ni remo lo suficientemente pulido capaz de franquear las olas que estallan en sus acantilados, en el mar allende las nieblas. Tampoco encontrarás un pasaje subterráneo al fondo de una cueva en la playa que te conduzca hasta los palacios de las hadas. Has de ir al norte, al final de la tierra, hasta la encina roja, ofrendarle una corona de flores en la base, luego subir sin mirarte los talones y esconderte en la horcadura más próxima a la copa. Deberás decir la invocaciones y esperar allí un soplo de viento. Y no olvides, antes de marcharte...

Myrddhin, el druida, interrumpió sus instrucciones. Podía escuchar la respiración entrecortada de Lugh, el padre de Anma, cerca de la choza. Venía por ella.

Lugh no estaba seguro de que el viejo mago conociera su historia. No lo había visto nunca sino hasta aquella tarde que Anma había dado sus primeros pasos firmes y corrido al bosque. Entonces descubrió la choza. El druida, sorprendido

de que el padre hubiera entrado al bosque, le había sonreído y dicho que la niña era bienvenida siempre que quisiera.

Casi nadie podía acercarse allí, internarse en ese bosque de silbidos ocultos era peligroso para los humanos: quien conseguía entrar y salir, volvía a su aldea hablando otra lengua, una lengua extraña que terminaba por enloquecerlo. El bosque sólo era accesible para los druidas, como Myrddhin, y los bardos, como Lugh.

Desde muy joven, Lugh había recorrido todas las aldeas y pueblos de aquella enorme isla, Nólava. De la costa agrisada hasta las frías cumbres donde algún brote de gente hubiera echado raíz. Pero el sitio donde pasaba más tiempo era aquel bosque al norte de la isla, cercano a su propia aldea. En sus espesuras había conocido a Nila, una silenciosa hada que le contaba historias antiguas de magos, gigantes y elfos, batallas de pájaros y alianzas dignas entre humanos y seres de distintas naturalezas. Nila le señalaba los árboles intocables, las huellas que nadie debía pisar ni barrer y las ofrendas para renovar la luna. Y le daba obsequios.

Los dos que más atesoraba Lugh eran una ascua dorada, tibia en su mano, pero ardiente al tocar el agua o la leña, que calentaba o encendía al instante, y una campanilla de arcilla cuyo repiqueteo adormecía profundamente.

Por los obsequios y el conocimiento que Nila revelaba, nada más que a él, ella sólo le pedía a cambio que lo contase. Ése era su arte. Que contara, sobre todo, la historia de Ávalon, la isla de la que ella y todas las demás hadas provenían. Ávalon, unida a esa otra isla, Novalá, como una imagen a su espejo. Ávalon, el molde; Nólava, el hierro fundido.

Y Lugh habló de esa isla siempre fantasmal, movediza e invisible, tapizada de manzanos, seccionada por arroyos y arroyuelos como nervaduras en una hoja de plata, donde la noche era una oscura gruta sólo iluminada por el vuelo de los escarabajos brasa, y el día templaba hasta a los peces enterrados en el lecho de las lagunas. Allí, entre inciensos y prodigios, habitaban las cronistas originarias, las que transmitían a los humanos lo que ellos convertían en mito.

Y contando, Lugh fue creciendo, hasta que los cuentos y trucos de Nila no alcanzaron. Quería ver su propia historia en otra historia: un hijo. No de ella, no intercambiaban ninguna

mirada que ansiara otro deseo más que el de escucharse. Los ojos de Nila eran como dos pequeñas pozas transparentes que adquirirían el color de lo que miraban. A Lugh le incomodaba verse reflejado en ella.

Se unió con una mujer de una aldea vecina, Noreia, y ella bebió todas las mezclas de hierbas y néctares que Nila les preparó. Nada resultaba. No podían concebir.

Así que algún tiempo después, una noche, el hada citó a Lugh en un claro del bosque y le entregó a una recién nacida envuelta en una manta trenzada con pétalos de nardo y retoños de helecho.

—Su nombre es Anma —le dijo a Lugh—. Podrán amarla como yo, pero deberán dejarla ir a mi mundo. Estará con ustedes nueve años, después nueve conmigo, en Ávalon, y luego podrá andar entre los dos mundos o elegir en cuál quedarse. ¿De acuerdo?

Lugh la cargó sonriente, hechizado en el acto por la fragilidad y calma de la criatura, que calentaba su propio pecho.

—Hasta su noveno cumpleaños. En el solsticio de invierno. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Lugh con la mirada fija en la niña.

Nila lo tomó de los hombros para que la viera a ella. Cuando finalmente Lugh alzó el rostro, el hada sintió un escalofrío. En los ojos del hombre, en un parpadeo, vio aparecer y desaparecer los inconfundibles ojos de un cuervo. Presagio de muerte. Sus propios ojos se oscurecieron al verlo y sintió la punzada previa a las malas nuevas. Dudó, quiso pedirle de vuelta a la niña pero se contuvo, tal vez se equivocara, el pacto ya estaba hecho.

Entre los pliegues de la manta, Nila había colocado una cáscara de nuez que contenía savia de un manzano de Ávalon. Tanto la niña como su mujer debían beberla. Así Noreia tendría leche y Anma querría tomarla.

Y la amaron. Y jamás volvió Lugh a entrar a ese bosque. Ni contó más historias de Nila y la otra isla. Cuando los ancianos le llevaban a sus nietos sedientos de gigantes, magos, reinas, elfos y hadas, él les decía que no recordaba nada de aquello. Había colgado una cruz en su puerta, cortó los árboles intocables, barrió las huellas sagradas y confió en que la luna seguiría alumbrando aunque no le hicieran ofrendas.

Eran pocos los bardos en la isla. Un par los que vivían cerca de ese bosque. Y uno sólo el que había aflojado la apretada suspicacia de las hadas: Lugh. Nila tuvo miedo de permanecer en Nólava, se sentía invisible y débil y pronto tuvo que regresar a Ávalon.

Al principio intentó atraer a Lugh al bosque para preguntarle qué ocurría; poco después, cuando entendió que estaba desconociendo su pacto y más que eso, su mundo, prometió que si entraba al bosque lo estrangularía con una hiedra. Consideró encontrar alguna manera de quitarle a Anma, tal vez Myrddhin, el druida, podría ayudarla, pero resolvió que no. No podía romper un pacto.

Así que mientras tuvo fuerza para continuar allí, secó el pozo de Lugh, envió plagas a sus hortalizas y silbó a los halcones para que picotearan su techo de paja en la víspera de una tormenta. Pero Lugh iba por agua hasta el río, combatía las plagas y reparaba el techo.

Al mismo tiempo, Anma crecía.

Lugh y su mujer, Noreia, la amaban... o eso repetían para sus adentros. Ninguno de los dos admitía que la pequeña despertaba en ellos cierto temor, algún recelo, una vaga intuición de peligro. No era su cuerpo, quizá su sombra. No la transparencia en sus ojos, herencia de su madre, quizá lo que veían reflejado allí. ¿Podría ser que hubiera mordido el pezón de Noreia con deseos de herirla? En respuesta a esa y otras sospechas, alguna vez la habían mantenido dormida el día entero con el tintineo de la campanilla de arcilla o dejado caer una hormiga roja en su cuna o incluso calentado de más el agua de su baño con el ascua dorada. “Pequeños ajustes de cuentas”, pensaban.

Pero igual la arrullaban y reían con ella. Noreia masticaba la carne para darle y Lugh le preparaba la miga remojada en leche.

Una tarde ocurrió aquello difícil de prever. El momento en que los pasos tambaleantes de un niño que aprende a caminar se convierten de repente en pasos firmes y echan la carrera. Anma corrió hacia el bosque prohibido instintivamente, como si sus latidos la empujaran en esa dirección. Lugh afilaba un hacha y Noreia tiraba grano a las gallinas cuando oyeron una risa en las lindes del bosque. Ambos corrieron, Noreia estuvo apunto de entrar bajo riesgo de salir enloquecida o no

salir más. Lugh la detuvo. Iría él. Esperaba que el bosque lo reconociera, luego temió precisamente eso, pero entró.

—La niña es bienvenida siempre que quiera —dijo Myrddhin sentado en un tocón delante de su choza y ofreciendo moras a la pequeña, y le bastó una mirada para agregar—: ella sí, tú ya no.

Lugh alzó a la niña bruscamente antes de que pudiera alcanzar la mano del druida. Anna pataleó, se retorció, gritó y lloró tanto como pudo hasta que oyó al bosque llenarse de aullidos y graznidos más fuertes que los de ella. Notó que su padre temblaba en la carrera, y enmudeció.

Lugh decía a Noreia que ya era tiempo de disciplinar a la niña con vara como a los cerdos y la azotó esa noche creyendo que escarmentaría.

Pero Anna volvió. Y el druida la esperó paciente cada vez. Le curaba las heridas de vara con una pomada de azucena y tilo mientras le contaba historias de Ávalon y le enseñaba a reconocer los silbidos y deslizamientos a su alrededor. Le nombró las plantas curativas y aquellas de frutos venenosos, le mostró cómo pisar sin dañar ni hacerse daño y cómo trepar a olmos y encinas. En particular a la encina roja que marcaba el límite norte de la isla y el fin del bosque. Allí, la tierra se adelgazaba hasta formar un peñasco cubierto de arbustos y con una encina de ramas suspendidas sobre el océano. Anna debía conocer bien aquel lugar y trepar muchas veces en otros árboles antes de intentarlo en éste.

Myrddhin y ella se sentaban con los pies colgando en el desfiladero. Él le señalaba el horizonte de mar sin ningún islote, apenas un farallón cercano donde anidaban bandadas de frailecillos y araos negros, y ella miraba hacia abajo el corte abrupto de piedra escarpada y el mar atajado.

—Muchos han querido encontrar el camino a Ávalon —le contaba a Anna—, pero no hay camino que los humanos reconozcan. Sólo alcanzan a ver una isla hecha de bruma en la que no se puede desembarcar. Para hacerlo es necesario un pasaje secreto... que, como te he contado, las hadas han dejado de cruzar hacia este lado.

El contacto de Nólava con Ávalon se extinguía. Era como una hoguera a punto de apagarse que Myrddhin mantenía encendida dejando ofrendas, cantando rezos y haciendo cómplice a Anna de lo que sabía.

—¿Por qué me has contado todas estas cosas? ¿Por qué me gusta tanto este bosque? ¿Por qué mi madre no entra y se queda en las orillas rogando que vuelva? ¿Por qué mi padre me saca a rastras cuando me descubre?

Más y más años, más y más preguntas. Myrddhin había evitado darle detalles sobre su origen. Sólo le decía que tenía un vínculo con ese bosque y con Ávalon y que ya llegaría la hora de revelárselo. En el solsticio de invierno de su noveno año, cuando se cumpliera el pacto de Nila.

Myrddhin observaba la luz recortada de los días y supo que debía empezar el último ciclo de la preparación. Aprovechaba cada escapada de Anma para hacerla subir a la encina roja hasta que lo consiguiera con los ojos cerrados. Y así, también, con ojos cerrados, la hacía caminar por la orilla del peñasco.

—Siente el viento a tu costado —le decía—. El viento no te dejará caer. Busca el equilibrio en las corrientes de aire. Necesitas confiar en el viento aunque ruja.

Tres días antes del solsticio, Anma llegó muy agitada hasta la choza del druida. Su padre no tardaría en llegar.

—¡Amenazó con encerrarme en el granero!

—Y lo hará, porque sabe que se acerca la fecha y teme... ¿tienes el ascua dorada y la campanilla?

—Sí, los escondí hace tiempo como me dijiste.

—Bien. Llévalos contigo cuando te encierre. Usa la campanilla para escapar y el ascua para...

—¡Anma! —la voz del padre empezaba a oírse.

—... ya sabes para qué.

—¡Vuelve, ya!

—Anma, escucha. En tres días concluirá el pacto que me hacía retener aquí, que me impedía ayudarte a ir a Ávalon. Un pacto que Nila...

—¿El hada?

—Sí, Nila... un pacto que ella, tu madre verdadera, hizo con Lugh.

Anma ansiaba oír esa verdad, quería ser de otro sitio, alejado de éste que le parecía tan ajeno. Pensaba en Ávalon como si fuera una manzana roja y jugosa en el centro de una mesa vacía.

—Debes ir con tu verdadera madre y tus hermanas, a tu casa. No vendrán a buscarte. Debes ir tú misma y

reunirte con ellas. Pero no habrá barca de roble ni remo lo suficientemente pulido...

Tenía sentido. Anna recordaba un arrullo distinto al de su madre y una caricia de neblina tibia sobre su rostro cuando se quedaba sola. Algunas mañanas despertaba con el sabor de un rocío dulce en los labios y se encontraba ramilletes en su camino del establo al pozo, del pozo al corral, del corral a la hortaliza.

Mientras escuchaba a Myrddhin sentía sus latidos empujándola en dirección a la encina. El mago continuó:

—Deberás esperar allí arriba el soplo de viento. Y no olvides, antes de marcharte...

—¡Anna! —la voz de Lugh cada vez estaba más cerca. La niña repetía en su mente cada palabra del mago.

—Antes de marcharte, el corazón de tu prueba, ya lo sabes: incendiar la casa de tus padres. Recuerda, como lo hablamos.

—¡Vamos, Anna!

—Y toma esta corona de flores como regalo por tu noveno cumpleaños —dijo Myrddhin.

—¡No aceptes nada de él! —Lugh, vara en mano, ya estaba frente a ellos, pero no osaba aproximarse más.

—Es mi ofrenda para honrar su vida, Lugh. No le hará daño, ni a ti tampoco.

Anna avanzó hacia su padre y emprendieron el regreso.

—Anna, sabes que me duele castigarte —dijo el padre—. Pero este bosque es peligroso. Te lo dije mil veces, ese viejo podría... No volveré a azotarte, se lo he jurado a tu madre, pero igual recibirás un castigo.

Antes de que la encerrara en el granero, anexo a la cabaña en la que vivían, Anna tomó un pequeño saco en el que guardaba el ascua y la campanilla y lo escondió bajo la piel de zorro que su padre le había permitido llevar al encierro.

En el tercer día, el día de su cumpleaños, el solsticio de invierno, a media tarde, su padre abrió la puerta del granero para ofrecerle un pan. Anna hizo sonar la campanilla y su padre cayó dormido al suelo.

Noreia no estaba allí, había ido al pueblo más próximo.

Anna sacó el ascua dorada y la apoyó sobre las camas de paja y juncos que prendieron al instante. Poco a poco, desde que Myrddhin se lo había indicado, la niña había

rellenado con paja, ramitas y hojas secas los huecos entre los tablones de la casa. Debía volverla una gran hoguera.

Tomó la corona de flores apoyada en una silla y se la puso. Corrió a una esquina de la casa para encender con el ascua un montoncito de paja que había reunido y acelerar el incendio. El humo ya le impedía ver con claridad, pero justo cuando estaba por tocarlo sintió un varazo en la espalda y un jalón. Anma dejó caer el ascua sobre la paja y volteó a verlo. Lugh tosía por el humo, que lo había despertado, y tenía los ojos enrojecidos. ¿O eran los ojos de Anma que de la furia se había coloreado?

Tiró y se zafó de su padre.

Salió de la casa en llamas. ¡Ávalon! La herida sangraba bajo su delgada túnica, se abría más a cada zancada, pero Anma no se detuvo. Sólo con un pensamiento en su cabeza: “¡Ávalon!”

Su madre volvía del pueblo con una tarta de miel para celebrar su cumpleaños y la vio internarse en el bosque.

—¡Anma! ¡Hija! ¡Lugh, déjala! ¡Vuelve! ¡Anma!

La niña no volteó.

El padre tampoco, aunque escuchó a su esposa llamarle, siguió persiguiéndola.

Cada pisada perfectamente estudiada, cada raíz y piedra musgosa conocida, sin resbalar ni un momento, hacia el norte, con el último haz de luz de esa tarde oscura.

Anma escucha lobos, ve saltar ciervos y liebres, aguilillas y tordos le aletean la cabeza. No teme. Llega a la encina roja. Deja la corona de flores en su tronco, trepa sin mirar hacia abajo, se esconde en la horcadura más próxima a la copa, dice las invocaciones y espera. Lo ensayó tantas veces. Debe esperar un soplo de viento, el pasaje secreto.

—¡Anma! —ruge su padre—. ¡Baja ya!

Otro rugido, pero de ráfaga. Un soplo fuerte. Anma se para sobre la rama. Es la más alta, la más gruesa y la que más lejos se estira sobre el mar.

Su padre tiene el ascua y la mete en un hueco en el corazón del árbol.

—¡Anma! —otra voz, la de Noreia.

Anma se tambalea, sorprendida de escucharla. Su madre... es decir esa mujer, nunca había entrado al bosque... Oye crujir las entrañas de la encina encendidas con el ascua.

—¡Anma, por favor, baja! —insiste la madre—. ¡Detén esto! —le exige a Lugh. El padre, incendiado aún por la ira, tose, le falta el aire, se arrodilla y no hace más, sólo mira.

La encina empieza a sacudirse. Anma debe sentarse sobre la rama para no caer. Se acerca al extremo. Bajo sus pies ya ve el choque del mar contra el acantilado. La encina cruje, la rama se inclina hacia el abismo, siente el fuego detrás, persiguiéndola. Otro sople de viento más fuerte aviva las llamas. Anma oye el desprendimiento de las raíces. Ha fracasado.

¡Y ahí está! El aire arremolinándose al final de la rama, el pasaje secreto, un túnel de viento. La encina roja chilla, cruje y se precipita hacia el mar. Anma salta al túnel.

Noreia grita, la mueve el impulso de aventarse, pero Lugh la detiene. Ambos creen que Anma ha caído con el árbol. En el cielo nocturno y nublado, el túnel es imperceptible.

Anma corre sobre él, es firme, cosquilleante y transparente. Le cuesta al principio, pero se acostumbra. Mira hacia abajo, tras la corriente de aire firme que la sostiene, el farallón lleno de pájaros y luego mar, puro mar. Luego de un rato, al final mira cientos de puntos encendidos y otra rama de árbol. “¡Ávalon!”

Al borde del peñasco, un hombre yace estrangulado con un atado de hiedra. En el pueblo, la gente escucha gritar a una mujer, la conocen. ¡Es Noreia!, ¡Noreia! Les señala el bosque prohibido, pero habla una lengua incomprensible. Implora, pero nadie la acompañará de vuelta al bosque. Nadie quiere hacer pacto con el diablo. Deberá ser juzgada bajo la cruz. Deberá arder por sus pecados.

Una mano suave, como una caricia de neblina tibia, la ayuda a bajar del túnel entre las ramas de un manzano rojo.

Anma escucha correr miles de arroyos, sigue el vuelo de los escarabajos brasa, encendidos como diminutos fuegos fatuos, siente el aroma de los inciensos y recibe el abrazo de muchas mujeres al pie del árbol.

Nilá la envuelve en una manta hecha de pétalos de nardo y retoños de helecho. Y le da una manzana.

—Feliz cumpleaños, hija.

Anma baja la cabeza, muerde la manzana. El delicioso jugo escurre por su mentón. Nilá toma los hombros de la niña, busca su mirada y siente un escalofrío. En los ojos Anma, en un parpadeo, ve aparecer los inconfundibles ojos de un cuervo.



Ulises Flores Hernández

Un hombre moderno

Lou Chambers quería pasar el fin de semana en casa. Cuando su esposa le informó que aquello no ocurriría, Lou recordó inconscientemente su día de trabajo: se despertaba a las siete de la mañana para darse una ducha seguido de un cambio de ropa para finalmente despedirse de su esposa, quien se encontraba ocupada con la tarea doméstica de llevar a sus hijas gemelas a la preparatoria. Al entrar a la cochera, Lou abordaba su Pontiac Catalina Eight 1951 color rojo; al introducir las llaves, se sintonizaba la estación de radio local (La UFH, especializada en música de rock de los años cuarenta a los noventa), la cual se diluía en el ambiente invernal mientras dueño y auto se conducían en una sola dirección. Como cada viernes, Lou hacía una escala en la única tienda de hamburguesas en Ciudad Imperfección. Con rapidez, ordenaba su clásico favorito: el paquete número tres, correspondiente a niños menores de seis años. Consistía en una hamburguesa pequeña, una malteada de chocolate mediana, una porción grande de papas y el juguete de la cajita. Aquella tarea de cada viernes se había convertido en una razón de felicidad para Lou, quien devoraba su orden rumbo al trabajo sin rebasar el límite de velocidad.

Lou trabajaba en la corte de Ciudad Imperfección. Pero antes de iniciar sus obligaciones laborales, el juguete de la cajita lo obsequiaba al conserje, quien lo aceptaba sin emitir ninguna palabra. Cuando el reloj marcaba las siete de la tarde, regresaba a su hogar enfilando la avenida principal de la ciudad. Mientras aceleraba gradualmente al compás de *Goodbye Yellow Brick Road*, de Elton John, la mente de Lou divagaba la plácida idea

de disfrutar los beneficios de un fin de semana sin salir de casa, los cuales incluían comida a domicilio y entretenimiento cinematográfico acompañado de su cómodo sillón. Pero al llegar a su hogar, esos planes sólo existían en su mente.

—Hace mucho que no veo a mi familia, ya sabes cómo son mis hermanos, de seguro piensan que ya los olvidé —dijo Aura, quien sabía que aquel argumento no sería suficiente para convencerlo, así que tuvo que sacar el arma secreta—. Además, Lou, ellos nos prestaron dinero cuando nos casamos y en esos años no teníamos ni tortilla dura para echar la papa. Ellos nos ayudaron, son mi familia y debemos aceptar la invitación.

Una fiesta de quince años. Eso había eliminado toda posibilidad de un fin de semana tranquilo; ese tipo de celebraciones jamás se llevarían a cabo en algún poblado o ciudad de Xanadú, pero, por muy raras que fueran sus costumbres, Lou sabía que tenía la obligación moral de asistir. Con un rostro más lleno de decepción que de cansancio, Lou regresó de su escape mental para asentir con la cabeza una respuesta positiva para su esposa.

—¡Qué emoción! ¡Al fin vamos a conocer a mis primos! —gritaron al unísono las gemelas—. ¿Cómo es ese lugar mamá? —preguntaron; sin embargo, Lou no pudo esperar la respuesta de su esposa, pues desapareció en su habitación para al fin dormir plácidamente con la pesada idea del trajín que iba a vivir aquel fin de semana. “La vida urbana es distinta a la del campo, de eso no hay duda”, pensaba Lou entre sueños, aunque el elemento más importante que ignoraba Lou Chambers era el tiempo. El tiempo pasa más despacio en el campo, casi sin querer pasar. En la ciudad es rápido: ayer era lunes y hoy ya es viernes.

Sábado, 6:12 am. En lugar de encontrarse en el reino de los sueños, durmiendo en su propio mundo, Lou estaba dentro del auto con las manos en el volante, oprimiéndolo con la misma intensidad que si corriera a cien kilómetros por hora, salvo por la diferencia de que el auto se encontraba en punto muerto a la espera de que sus hijas terminaran de subir las maletas y de su esposa, quien se maquillaba de último momento. Mientras todo aquello ocurría, Lou conservaba un solo pensamiento en su cabeza, un pensamiento que le hacía sudar y lo ponía nervioso: aquella mañana era la primera vez en su vida que

saldría de la ciudad, a excepción de la vez en que, al agotarse los árboles de navidad, tuvo que viajar en auto con su padre a la ciudad vecina: Bristol Aveyron. Pero eso había sido cuando apenas tenía seis años y su mayor preocupación en la vida era que Papá Noel le trajera la estación de trenes a escala que había deseado el resto del año en la juguetería del pueblo.

—¿¡A qué parte de la Ciudad de México vamos a ir!?

—exclamaron al unísono las niñas, mientras una de ellas cerraba la puerta del auto con más fuerza de la necesaria.

—No iremos ahí, mis amores, la Ciudad de México se encuentra casi en el centro de México, nosotros debemos ir a México, pero a uno de sus estados —respondió la madre mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

México. Ahí es a donde irían; Lou había escuchado cientos de veces aquel país, pero nunca imaginó visitarlo. ¿Por qué habría de ir? Todo lo que necesitaba se encontraba en Xanadú y, sin embargo, emprendería un viaje que no pidió hacer. Para ir de Xanadú a México, y viceversa, sólo existían dos maneras: conducir la carretera-puente que cruzaba el Océano Pacífico, o abordar el tren, cuyas vías eran paralelas al puente. México: el país con las mejores playas del mundo. En Xanadú no existían playas; debido a ello, Lou aceleró para cruzar la carretera-puente antes de que los demás habitantes las invadieran, pero fue en vano; ante el inmenso tráfico de la caseta, madre e hijas decidieron dormir. Lou, en cambio, descendió del auto para estirar las piernas y observar el puente y sus inmensos cables conectados a un par de pilares aún más largos, todo siendo iluminado por la luz de la luna. Aquel resplandor alumbró el pasado de su vida que tanto se había esforzado por olvidar. Lou siempre tuvo la convicción de convertirse en ingeniero, así que cuando en la universidad se presentó la convocatoria para participar en la remodelación de la carretera-puente, él fue el primero en anotarse en la lista. El puente había pasado a la historia como la construcción insuperable del séptimo continente (llamado Xanadú), ya que el riesgo de remodelarlo en medio del océano era alto; sin embargo, Lou sabía que era la oportunidad para probarse a sí mismo, pues el más mínimo error podía derribar las estructuras. ¿Cómo sería posible realizar un trabajo ante grandes adversidades? Lou Chambers jamás lo supo, pues tuvo que seguir los consejos de su padre y convertirse en juez. Mirando a su alrededor, observó que la

fila de autos estaba avanzando, pero aquello no interrumpió sus pensamientos. Aquel recuerdo lo deseaba conservar en su corazón, así que al ver una flor naranja creciendo a un costado del asfalto, no dudó en guardarla en el bolsillo de su camisa; si Lou hubiera trabajado en la remodelación, sabría que aquella planta era venenosa. Seis flux, el costo para cruzar el puente e iniciar el viaje hasta México, tierra mágica en donde casi cualquier cosa puede pasar.

Sábado, 12:03 pm. Todo hombre tiene un límite, y el límite de Lou Chambers estaba lejos de llegar aún, ya que finalmente se encontraban en el rancho de su esposa. México, el paraíso renegado de Lou. ¿Qué pasaría ahora? Lou tenía la convicción de comportarse como un buen esposo, pues mientras Aura corría a los brazos de sus hermanas y hermanos, se dispuso a bajar las maletas del auto mientras admiraba la escena desde una distancia prudente.

—¿Dónde está mi gallo de oro?—exclamó un hombre alto y fornido. Lou tardó unos segundos en darse cuenta de que uno de los hermanos de su esposa se estaba dirigiendo a él—. Deja esas pacas de ropa, mis chanchos las llevarán por ti. ¿Cómo has estado, hombrecito?

—Bien, gracias, Rogaciano—respondió desinteresadamente Lou—. Si no es indiscreción, ¿a qué hora comeremos?

—No te preocupes por la comida, hombrecito —afirmó Rogaciano, para inmediatamente hacer una seña para que todos le prestaran atención—. ¡Vámonos al patio!

Debido a la emoción que Aura experimentaba por haber regresado al hogar de su infancia y a la distracción de las gemelas, ninguna de ellas notó la creciente irritabilidad que Lou experimentaba; pronto serían las dos de la tarde y Lou no había comido nada en todo el día. Todo hombre tiene un límite, y el límite de Lou Chambers estaba lejos de llegar aún. Sin nada que perder, al llegar al patio, los ojos de Lou se desorbitaron por lo que veía; era la primera vez en su vida que salía de una zona urbana, así que fue todo un asombro ver los grandes pastizales en el horizonte, los animales en sus corrales y la tierra esparcida al por mayor. Y en medio de todo eso se encontraban globos color rosa adornando las paredes de la casa, mesas cubiertas con manteles blancos y encima de ellos había arreglos florales, eso sin mencionar la entrada principal, pues, amarrada a un mecate, se alzaba

a la mitad del patio una corona con los números romanos XV encima de una foto de la festejada; sin embargo, lo que más llamó la atención de Lou fue que a pesar de que el lugar estaba repleto de polvo y en los corrales había heces de animales, los invitados se encontraban vistiendo ropas y zapatos de apariencia elegante. Mientras las hijas de Lou se perdían entre la gente que vitoreaba a la joven de quince años al momento en que hizo acto de presencia con su vestido, Aura le lanzó a Lou una mirada acusatoria que él interpretó de una sola manera: debía de comportarse en aquel día que no había hecho otra cosa más que comenzar.

—¿Qué haces ahí parado? —dijo Rogaciano, invitando a Lou a tomar asiento en una silla de plástico que daba la espalda a una pared de la casa—. Te preocupa la comida, ¿verdad, hombrecito?

—La comida no me preocupa —respondió Lou, sin dejar de ver a su familia—. Te contaré esto con plena confianza y es que no estoy en mi elemento —Lou estiró sus piernas y trató de acomodarse mejor en la silla.

—¿En serio? No me digas —exclamó Rogaciano, riendo un poco mientras encendía un cigarro—. ¿Ya ves lo que se siente? Tú no pensaste en eso cuando te casaste con mi hermana. Quisiste que la boda se hiciera allá en donde vives y ni siquiera se te ocurrió pararte por aquí para saludar.

—Discúlpame. Créeme que, si lo hubiera sabido, yo...

—No te apures, hombrecito, quiero que sepas que soy el único que te puede entender —respondió el hermano—. Yo he salido de este lugar en varias ocasiones. Cuando fue tu boda, estuve en Xanadú, pero cuando he ido a la Ciudad de México y a los Estados Unidos ha sido por trabajo. En esos lugares no hay tierra suelta, hay ratas trajeadas y de coladera, pero ambas siguen siendo ratas. Pero tú sabes que hay reharta cosa bonita en la ciudad y es todo un choque regresar, al menos lo fue para mí la primera vez. ¿La ciudad es mejor que el campo? Te mentiría si te dijera que sí. ¡Ánimo, hombrecito! Además, en la tarde habrá barbacoa y espero nos ayudes a sacarla del hoyo, *brother* —levantándose de la silla, descolgó su sombrero de un clavo en la pared, a la par que le daba un golpe en la espalda a Lou a modo de despedida—. Intenta pasarla más o menos y nuestra *Aurita* no notará

la diferencia. Y con tu permiso, debo ir a recoger el pastel. Si el hambre te doblega, en el refrigerador puedes prepararte un bollo con carne.

Y eso fue todo. Rogaciano fue en busca de aquel pastel no sin antes reincorporarse con el resto de sus hermanos, quienes reían con Aura. ¿Y que hacía Lou? Seguía sentado, observando a sus cuñados, altos y fornidos por trabajar en el campo, mientras que Lou era el más bajo de estatura y su aumento de peso no le generaba confianza. ¿Aquel consejo que le había dado Rogaciano le había salvado de una discusión con Aura? Quizá sí. Él sabía que era un hombre de la ciudad y eso no tenía nada de malo, pero a lo largo de los años había notado que su esposa extrañaba la vida del campo. Si Aura había cambiado su estilo de vida, él bien podía sobrevivir un par de horas más en aquel pueblo mágico de Zacatecas; pero aquella ardua misión no la haría con el estómago vacío, y la barbacoa no estaría lista hasta entrada la tarde. Los bollos con carne resultaron ser sándwiches de jamón con queso amarillo. El queso olía raro y el jamón estaba más rosado de lo habitual, pero eso no evitó que Lou comiera tres bollos de un solo golpe; aquello fue una ilusión para adormecer al animal hambriento que habitaba en su estómago. “Cómo me gustaría tener ahora una rica malteada de chocolate y una hamburguesa con doble tocino”, pensó Lou mientras salía de la cocina para internarse de nuevo en el patio, acompañado del árido calor que revoloteaba en el ambiente. Sus labios se encontraban secos por el pan. Todo hombre tiene un límite, y el límite de Lou Chambers estaba lejos de llegar aún, ya que finalmente la solución se había iluminado ante sus ojos: una vasija transparente resguardaba agua helada, pero ésta no era simple, pues tenía un color café oscuro; no había duda de que estaba admirando una jarra de agua sabor tamarindo. Cuando Lou dio el primer sorbo, una mueca de asco recorrió su rostro: no era agua de tamarindo, sino cerveza. Antes de que pudiera abandonar la escena, Lou se detuvo ante la llegada de tres hombres que cargaban una caja de cartón e inmediatamente sacaron botellas de vidrio de la caja y vertieron su contenido al barril.

—¡Salucita, camarada! —exclamó el hombre que cargaba la caja de cartón al empinarse la botella de vidrio a su boca.

—¿Sabe a qué hora estará lista la comida? —preguntó Lou a uno de los hombres mientras dejaba el vaso de cerveza en la mesa.

—Depende si la quieres cruda, ¿te gusta cruda?— respondió el hombre de la caja ante la risa de sus compañeros.

—¿Si quiero cruda qué? Perdón, pero no entiendo —ante la respuesta de Lou, los campesinos rieron con más fuerza mostrando un color rojo en sus rostros.

—Estense ya, que nuestro chilango no bromea —los campesinos seguían riendo, pero el hombre de la caja los hizo callar—. ¿Nadie te lo dijo? La barbacoa tiene un retraso de siete horas.

Los campesinos se alejaron entre risas. Todo hombre tiene un límite, y el límite de Lou Chambers estaba lejos de llegar aún, a pesar de que la comida no estaría lista hasta entrada la noche y aquello era un aproximado bastante bondadoso. Lou, al conjugar aquellos pensamientos, olvidó que tenía sed, pero su cuerpo no lo hizo. En aquel lugar era un incomprendido. Pocos minutos después, Lou se convirtió en un incomprendido con malestar estomacal, producto de sus mejores amigos en la fiesta: el señor calor de verano y su pupilo jamón y queso sin refrigeración adecuada. El movimiento en sus entrañas aumentó de intensidad hasta volverse incontenible; un baño era lo que necesitaba para desahogar sus problemas internos, pero el único sanitario disponible se encontraba en uso por las mujeres que se esmeraban en arreglarse con la ayuda de sus cosméticos de dudosa calidad. Lou en su niñez había visto películas de vaqueros, por ello, cuando vislumbró una extraña estructura en la parte baja de la casa, supo de qué se trataba: tenía ante sus ojos una fosa séptica resguardada por cuatro paredes de madera. Su estómago gruñó y giró sobre sí mismo, ocasionando a Lou una punzada que latigueó sus entrañas; gruesas gotas de sudor corrían por su frente, gotas de desesperación. Con fuerza, abrió la puerta y ésta se desprendió. Era oficial: a Lou no le gustaba el campo y el campo no le gustaba a Lou. Al sentarse en la letrina, cerró los ojos y dejó fluir el malestar, el cual fue remplazado por una sensación de alivio. Pero algo andaba mal. El calor se hizo presente y con ello la fetidez de la situación, pero por fortuna había arrancado la puerta; al parecer había sido una buena acción, o al menos eso parecía hasta la llegada de cierto animal. Una oveja se acercó a la entrada. Lou vio

que aquel animal lo observaba con determinación. Primero una pata y después otra. Así fue como se acercó la oveja hasta que Lou ya no pudo alejarla haciendo señas. La oveja estaba buscando el origen del olor, que por muy desagradable que fuera, el animal lo deseaba oler.

Lou intentó colocar la puerta con su mano derecha mientras que con la izquierda concluía el acto sagrado del baño, aunque sin mucha suerte, pues la oveja comenzó a dar fuertes golpes con su cabeza contra la puerta y Lou estuvo a punto de perder el equilibrio y soltar su escudo. Por un momento pensó en pedir ayuda, pero una segunda incógnita surcó su mente: ¿para qué exactamente iba a pedir ayuda? ¿Para poder levantarse los pantalones debido a que una oveja quería hacerle compañía en un acto tan privado? Ya era un incomprendido en tierra de nadie y tampoco quería ser la burla cuando a la hora de la comida se relatara su historia como antesala de la barbacoa. Se levantó del asiento y dio una patada contra la puerta, impactando contra la oveja, quien salió arrastrada menos de un metro contra la tierra. La oveja se levantó tambaleándose mientras olía la puerta de madera. Lou aprovechó el tiempo que había ganado para terminar la sagrada tarea y salir de la extraña situación en la que se encontraba, para volver a la batalla con los pantalones puestos; sin embargo, la oveja se alejó y Lou nunca más la volvió a ver. Al entrar al patio de la casa, Lou vio a sus hijas gemelas y a Aura, las cuales se divertían con la festejada. No podía entender por qué su familia no se interesaba por él, pues actuaban como si nada malo ocurriera, aspecto que en cierta parte era verdad para ambos. Ellas, al verlo, lo saludaron y él les devolvió el saludo, haciendo una seña con su mano indicando que volvería más tarde.

Mirar el horizonte fue la respuesta. Una cálida tarde de verano lo invitaba a caminar. Extrañaba su sillón reclinable y su espacio para colocar su refresco y la mesa en donde colocaba las bolsas de papas, platos de aderezo y, en situaciones especiales, una bandeja de *hot-dogs*, hamburguesas o *pizza*, pero ahora se encontraba rodeado de tierra caliente y rocas. Sin despedirse de nadie, dejó atrás todo por un poco de paz. Él era un hombre moderno y no podía darse el lujo de seguir creyendo que todo saldría bien cuando en realidad

la situación distaba de estar bien. Fue en ese momento de desconexión cuando su cerebro le recordó lo que había olvidado por accidente: tenía sed. Su boca era un infierno que azotaba su lengua. Todo hombre tiene un límite, y el límite de Lou Chambers estaba comenzando a llegar. ¿Qué más podía hacer sino seguir caminando e intentar olvidar que se encontraba perdido en un pueblo alejado de la mano de Dios? Lou, cada vez más debilitado, avistó a lo lejos la sombra de un árbol, la cual era ideal para descansar. Al sentarse, una pregunta inundó su mente: ¿cuánto tiempo faltaría para la hora de la cena? Lou arremangó las mangas de su camisa para ver la hora. Ojalá no lo hubiera hecho. El terror en sus ojos aumentó al darse cuenta de que sólo habían transcurrido siete minutos desde que había emprendido la caminata. Una oleada de cansancio por el calor y la decepción del tiempo invadió su cuerpo, así que procedió a agachar la mirada sólo para descubrir un obsequio en la bolsa de su camisa: la flor que había guardado.

Los pétalos estaban ligeramente marchitos, pero el color naranja seguía igual de vivo que aquella mañana. Lou sintió nostalgia, ya que el único recuerdo que tenía de Xanadú era aquella flor. Con este sentimiento merodeando la puerta de su cabeza en la esquina de la calle de la racionalidad, olió la flor, la cual tenía un singular aroma. Pero aquello no fue suficiente, así que se comió la flor, llevándolo a un estado de tranquilidad que lo condujo a dormir pacíficamente. Entre el silbido del viento, un extraño ruido se apropió de la calma de Lou; somnoliento, observó su reloj y en esta ocasión la realidad se encargó de darle un gancho al hígado: ya habían pasado tres horas. Aquello no podía ser verdad, pues Lou sabía que sólo había cerrado sus ojos unos minutos. Mientras intentaba otorgarle una respuesta a su salto temporal, aquel sonido volvió. Era irritable. Se repetía cada seis segundos y parecía que en cada emisión aumentaba de intensidad. Lou, harto, se llevó las palmas de las manos a la cara. Al ponerse en pie se orientó hacia aquel sonido; después de caminar, Lou se detuvo de golpe. El sonido provenía de su sillón. Lou continuaba incrédulo ante lo que sus ojos recibían. No era posible que su sillón hubiera viajado miles de kilómetros para encontrarse con su dueño, ahí, en medio de la nada. Pero

aquello no importó y se lanzó en dirección a su asiento, como si de un viejo amigo se tratara.

Lou al colocar su rostro en el suave cuero, un peculiar olor comenzó a rozar su nariz. “Esto no es posible”, pensó Lou, pero al darse la vuelta para ver mejor el origen del olor, ya todo carecía de sentido, pues su mesa de aperitivos avanzaba hacia él, un paso a la vez. Encima cargaba valientemente sus mejores armas, las cuales eran recipientes de papas fritas acompañadas con envases de aderezos de crema con cebolla y especias de jalapeño. La mesa se detuvo a un lado de la mano derecha de Lou, quien respondió tomando una papa para llevársela a la boca. Sin embargo, había un problema: aún tenía sed. Lou comenzó a sentirse decepcionado por un segundo, pues aquel instante mágico se estaba viendo opacado por la necesidad del líquido vital. Pero aquello fue sólo eso, un segundo, ya que en los cielos se hizo presente un destello. Lou miró aquella forma que descendía del cielo, lanzando chispas casi celestiales, para finalmente detenerse enfrente de él. Lou acercó su mano a la bola y al tocarla ésta se convirtió en un vaso de refresco. Chambers, al dar un sorbo, se maravilló al observar que el vaso comenzaba a rellenarse. Sin embargo, la felicidad evolucionó a éxtasis al momento en que de la tierra emergió su televisor; Lou dio saltos de regocijo cuando la pantalla iluminó su programa justo en la parte en que lo había dejado la noche anterior de abandonar Xanadú. Al pasar las horas, Chambers durmió el sueño de los justos recordando una frase de su madre: “los sueños y los milagros ocurren todos los días.” Después de un par de horas, comenzó a sentir que se asfixiaba. Cuando la falta de aire aumentó, sus ojos destellaron la necesidad de abrirse de par en par y por un momento deseó encontrarse en el rancho de Aura.

Miró su reloj y su preocupación por regresar a tiempo a la cena se desvaneció al saber que faltaban unos minutos para el medio día. Sin embargo, una duda aquejó su relajada mente: ¿No había sido medio día antes de que iniciara su caminata por la colina? De nada servía dudar de su reloj, pues podía observar sobre su cabeza al sol y darse cuenta de que aún faltaban varias horas para que éste desapareciera por el horizonte perpetuo donde nunca pasa nada. Sin embargo, no

podía ignorar la soledad que sentía. De un momento a otro la comodidad se había desvanecido y un par de bordes rugosos le raspaban la espalda y la comida había perdido su sabor. Al despertar, la maravilla que antes era el paraíso, ahora sencillamente no terminaba de cuajar. ¿Aquello tendría que ver con el hecho de sentir una sensación de soledad? Lou quería salir de aquella ilusión y volver con su familia, así que cuando decidió poner fin al espejismo, palpó el sillón, la mesa con botanas y sintió la estática del televisor. Todo era real, y por alguna razón cuando les dio la espalda para iniciar su caminata, creyó que todos esos elementos imposibles de existir le negarían cualquier opción de regresar al pueblo. Pero aquello no ocurrió. Lou Chambers se encontraba viviendo la realidad, no protagonizando una experiencia de fantasía, así que con cada paso que daba, era un paso lejos de todo eso. Cada metro que caminaba pesaba como kilómetros, la brisa que su rostro sentía le secaba los labios hasta partírselos en grietas profundas. Sus zapatos se desgastaron por el suelo, lo cual intentó ignorar hasta que Lou sintió que la tierra llenaba sus calcetines con piedras cada vez más grandes. Pero aquello podía ser aceptable de no ser por el sol; aquel amigo que en realidad era un enemigo susurraba palabras hirientes en los oídos de Lou y, para su mala fortuna, todo lo que le decía era verdad. Sentía sed y el sol se lo recordaba, sentía cansancio y el sol se burlaba. Todo hombre tiene un límite, y el límite de Lou Chambers había llegado en forma de desesperación y locura.

Lou miró su reloj. Faltaban algunos minutos para las once de la mañana. “¿Qué no hace horas faltaban pocos minutos para que fuera medio día?”, pensó Lou mientras se hincaba, conteniendo las ganas de llorar, ciñendo su garganta como si de un huevo cocido atorado se tratase. Sólo había una explicación para dar sentido a la realidad: se encontraba caminando desde hace varios días. Esa simple idea daba respuesta al extremo cansancio que experimentaba y al desfase temporal del cual había sido víctima. Pero si aquello era verdad, ¿por qué su familia no lo buscaba? Quizá se habían dado cuenta de que se encontraban mejor sin el aburrido pero moderno Lou Chambers. Pero si era moderno, ¿por qué se había perdido? Quería respuestas, pero nadie se las podía dar, así que canalizó su ira al desprender puños de tierra para

arrojarlos hacia la nada. Lou contuvo de golpe su ira al ver que enfrente suyo un cerdito vistiendo un overol de mezclilla y tenis se detuvo para admirarlo. El singular animal se levantó sobre sus dos patas y lanzó un par de sonidos que calmaron a Lou, o al menos por unos segundos, debido a que su mente retorcida le indujo una verdad irrefutable: aquel cerdo tenía las respuestas que necesitaba para escapar de la situación en la que se encontraba. El cerdo se acercó con intenciones benignas mientras olía el hedor que Lou expedía, pero éste sujetó la cabeza del cerdo con firmeza mientras la agitaba de arriba abajo con sus dos manos. De su nariz comenzó a delinearse una línea de sangre debido al fuerte zarandeo que Lou le estaba ocasionando, así que en la primera oportunidad que tuvo el cerdo, se zafó de los brazos de Lou, quien comenzó a perseguirlo por el campo. La escena podía ser digna de una pintura surrealista: un cerdo con ropas humanas corría lo más rápido que sus dos piernas le permitían, ya que estaba siendo perseguido por un hombre, en medio del campo, lugar en donde la realidad se había desvanecido hasta ser virtualmente inexistente.

—¿Sabes dónde está Lou? —preguntó Aura a Rogaciano—. Hace rato que fue una de las gemelas a buscarlo. Ya casi son las doce de la noche y no hay hora para que vuelvan. Se van a perder la barbacoa.

Pero antes de que el hermano respondiera que Lou estuvo todo el día en la colina (a unos metros de distancia), un grito histérico inundó el patio de la fiesta, seguido del eco de asombro de los invitados que estaban a la espera de la jugosa barbacoa, pero después de ver lo que sus ojos les presentaban, la mayoría perdió el apetito en el acto: una de las hijas de Lou vestía un desgarrado overol de mezclilla y estaba sangrando de la cabeza. Detrás venía Lou Chambers con la boca llena de espuma. La niña resbaló y Lou se abalanzó sobre ella mientras le exigía respuestas con una voz chirriante. Los hermanos de Aura corrieron para separarlos, pero el esfuerzo fue en vano, ya que Lou tuvo tiempo suficiente para morder la oreja de su hija ante la mirada en blanco de su esposa y la otra joven gemela. “¡Qué buen sabor tienes, amiguito!”, gritó Lou Chambers mientras los alaridos de la menor y el sonar de las botas de los hermanos de Aura sobre la tierra seca resonaban en la fresca noche.



René Rueda Ortiz

Hagiografía

La vida cabe dentro de una bolsa. Así sea una bolsa de plástico. El aliento de Dios es una asfixia, una blancura que se contrae y se expande como si fuera una medusa. Un monstruo marino que me lleva a la infancia, el lugar donde comenzó mi búsqueda y mi plan.

Quise encontrar al fulano en el menor tiempo. Tal vez por eso la travesía se alargó. Una paradoja que va más allá del mero artificio literario, porque mientras más me empeñaba en imaginar los lugares y los cuerpos que podrían conducirme al fulano, todo se recargaba tanto que terminaba con un montón de manchones en lugar de la claridad, que es una figura, pero también una necesidad y un camino en medio del espeso bosque de mis sentidos.

Para dar cada paso, yo debía actuar con sigilo y ser claro, pero siempre erraba en las dos cosas. Equivocaba el camino. Cuando comencé a buscar al fulano yo tenía como cuatro años y eran tiempos de gran urgencia y amenaza.

Mientras los otros familiares se esmeraban en gobernar la casa, yo trepaba hasta los troncos más altos para indagar el horizonte. Más allá de las azoteas y la sierra esperaba oír la sirena de un barco o algún tropel de hombres en donde viniera él, a quien yo tenía prohibido nombrar y mucho menos llamar padre.

A veces me metía en agujeros que yo mismo cavaba y allí, con la cara pegada a la pared de tierra, intentaba trabar contacto con algún ser del inframundo para que éste me dijera, a cambio del alma de mi abuela, si alguna vez regresaría el fulano.

En la casa todos los adultos recordaban que era del tipo aventurero, borracho y abandonador. La ronca voz del abuelo lo mentaba así:

—¡Nunca le lució bien el trabajo! Era como tú, una y otra vez había que hablarle para bajarlo de sus fantasías. Cuando tu madre lo trajo parecía un perro vagabundo pero inofensivo, y dije: "bueno, si hasta esos animales se les tiene compasión, ¿por qué no aceptarlo?" Pero ese maldito fulano ni siquiera sabía empuñar un almocafre y cuando lo llevamos a dar tierra se tropezó, cayó a una zanja y lo vimos convulsionar como todo un señoritingo. "¡Majada! —le dije a tu madre—, ¡tu varón es pura majada!", y ella se puso a lloriquear. Lo único que hizo bien fue preñarla. Mira que al mes de vivir a mis costillas, la sinvergüenza empezó con los ascos, mientras el hijoputa comenzó con las parrandas. No supimos cómo le hacía para procurarse los tragos, hasta que un día mi hermana llegó con la noticia de que tu padre era el macho de la vieja Domínguez, la bruja hermana de uno de los hombres de confianza de don Batista. No permití que tu padre entrara a esta casa de nuevo. Cuando intentó cruzar la puerta le tumbé los dientes de unas trompadas. En lugar de engallarse se largó maldiciéndome porque le había estropeado el rostro. ¡Nunca vi a un hombre tan marica!

Cuando el abuelo se ponía a hablar así, yo me entristecía, de modo que me ponía a hurgar en los recuerdos buscando algo de felicidad. Los contemplaba como un espectador: la navidad en que el abuelo me regaló un tambor de latón o la mañana en que vi a una dama de hermoso vestido blanco parada tras la balandra de popa de un navío que partía hacia Norteamérica, allá, en el Puerto de La Habana.

Mis recuerdos felices se podían contar con los dedos, así que prefería las maniobras de la imaginación. Arriba de los árboles, mientras aguardaba el retorno de mi padre, la imaginación se me soltaba como un perrito inquieto que a los pocos segundos se henchía en barca y zarpaba por un río que parecía interminable. En su fondo translúcido pude ver una vez a la tía abuela a quien sepultaron cuando cumplí cinco años: lucía incorrupta, sólo con la vejez que le había llenado el rostro de surcos. Sola con su vestimenta amplia que durante ochenta años supo contener sus mórbidas carnes. Me gustaba mirarle las piernas y los brazos bamboleantes, las

cuatro sonrientes bocas que esbozaba su papada cuando se quedaba dormida en la tumbona; me pasmaban las sostenidas flatulencias que la tía abuela era capaz de entonar con aquella gaita que tenía por vientre y los ojos clarísimos que parecían joyas del mar.

En el fondo también estaban los piratas de antaño que, a decir de los libros, habían assolado las aguas costeras de la isla y del resto del continente. Todas las tripulaciones con sus barcos hundidos se encontraban ahí y yo aguzaba la vista para identificar a los legendarios capitanes: Barbanegra, el capitán Kid, Francis Drake, Walter Raleigh. De vez en cuando alguno alzaba la vista y me gritaba enérgicamente que dejara de curiosarlos, que tuviera un poco de respeto por los caídos, luego desenvainaba la espalda y yo me recogía en un extremo de la barca, temeroso hasta cierto punto, pues me había dado cuenta de que los habitantes del fondo eran incapaces de desarraigarse. Si algún día encontraba algo que valiera la pena tocar, tendría que zambullirme y nadar, contener la respiración, estirar las manos para asir la cosa bajo el silencio del mundo.

Un día vi a mi padre. Vestía como un campesino. De algunos agujeros de su camisa brotaban algas y supe que era mi padre por el rostro que las mujeres de la familia le habían construido: “Era un guapito parrandero, de ojo verde y bucles castaños. No quería familia, por eso se fue”.

Mi padre tenía un rostro delgado, de medianas facciones y ojos brillantes; su pelo ensortijado, un tanto largo, danzaba con bella lentitud gracias a la apacible corriente subacuática. Me pareció un hombre hermoso y contrariado. Le grité desde la barca:

—¡Padre, ¿cómo llegaste ahí?! —Él tardó un poco en ubicarme, pero al fin alzó la cabeza y me respondió con familiaridad:

—No sé. Regresé a buscarte y creo que resbalé en el fango.

—¿Puedo ir contigo?

—¡No, Reinaldo!, si tocas el agua te vas a morir, dicen que está infectada, que es una enfermedad incurable. Sigue navegando, pero nunca te metas.

La imaginación tampoco me daba sensaciones felices, a veces volvía de ella con un llanto atravesado en la cavidad nasal, a veces era imposible contenerlo, pero ya no podía

dejar de ir hacia aquel elemento por medio del cual podría ver a mi padre, don Joaquín Arenas, el querido fulano.

Cada vez que alguien decía que aquel era un maldito o un miserable, más lo quería yo, quizá porque a mí me decían lo mismo. Flojo por no querer ir a la zafra, tonto por no aprender la aritmética. Aunque resulté bueno para aprender poemas y para escribir cuentos. La maestra del colegio me lo decía a menudo y un día quiso que mis abuelos se enteraran de que en casa se estaba formando un escritor: “¡Pendejadas!”, tronó el abuelo y me dio dos planazos con el machete: “¡Ningún escritor aquí! Reinaldo será abogado o, de pérdida, campesino”. Fue entonces que, por llevarle la contraria, decidí que a costa de cualquiera yo iba a ser escritor. Y la vida le fue poniendo diques a mi empeño, pero yo no me arredré, pues entendí que la escritura sería de provecho, pues las fantasías salvajes ya casi no me alcanzaban para vislumbrar a mi padre.

Dicen que el gran Miguel Ángel inmortalizó a sus amantes en los ángulos que rematan los pasajes bíblicos de la capilla Sixtina. También cuentan que muchos de esos efebos sirvieron de modelos para sus esculturas. En los rincones más oscuros de Florencia se rumoraba que el divino había rendido el arte al pecado nefando, cuando en realidad Miguel Ángel reforzaba una de las mayores nociones del arte grande: la preservación.

Todos los días escribía; sin embargo, a medida que cumplía años, mi capacidad de encontrar lugares para la imaginación se diluía entre un montón de quehaceres. Y fue primero por culpa de los trabajos del colegio y de la escuela. Luego, a los doce, el abuelo dijo que ya era momento y me asignó la triste tarea de cuidar al poco ganado. Cuando moría alguno, recibía un castigo de palos. A menudo recordaba el río que habitaba mi padre, pero ya no me era sencillo regresar ahí. Entonces comencé a escribir cuentos que retrataban mi añoranza. Eso me mantuvo en calma por unos años, pero eran tiempos de gran urgencia y amenaza. El gobierno de don Fulgencio Batista se tambaleaba.

Luego que a mis catorce años fui rechazado por los rebeldes debido a que no contaba con un arma de fuego, me convertí en una criatura corrupta. Un peligro para el bien nacional que

trajo la revolución de Fidel Castro. Y entonces, desde el sumo poder, se dio la orden de iniciar mi cacería.

Por suerte, yo no era la única zorra de aquellos montes y conseguí eludir a mis persecutores. Conocía muy bien el campo, los prados y los cañaverales por donde era posible andar con sigilo hasta alcanzar resguardo en alguna casucha abandonada o en alguna cavidad de la sierra. Fueron momentos fríos y felices. Trepado en los árboles, pude atisbar nuevamente la cometa de la imaginación. Me había brotado una copiosa barba, y aún así, en el momento en que volví a navegar sobre la barca de la infancia, desde el fondo del río mi padre me reconoció.

—¡Viniste de nuevo, Reinaldo!

—¡Sí, padre!, vine porque todo es una porquería. Quiero ir contigo.

—Si tocas el agua morirás. Tu memoria habrá de extraviarse y no volveremos a platicar. Lo que me hicieron no tiene nombre. ¡Nos han dividido para siempre!

—Tal vez la muerte sea mejor.

—Lo es, de hecho, pero antes, tú que estás vivo, tú que me quieres, debes vengarme.

Estoy seguro de que apenas acabó de encomendarme su venganza, mi padre se perdió en un repentino oscurecimiento del agua. Miré a través de la arboleda y vi que los soldados se acercaban.

Uno a uno, los renegados caímos. El propio pueblo nos delató. La vieja que una mañana me llevó comida hasta la cueva en la que me ocultaba, resultó ser la misma que horas más tarde me entregó a los barbudos. Paré en un fortín. Los militares conocían mi historia, tenían mi foto en sus registros. Me dieron un número, una celda y una misión: “¡Aquí usted va a salir amando a la revolución y bien reformadito, pinche maricón!”. Sentí que ellos sabían lo de mi padre, lo de su aparente maldad que yo había heredado. Pero allí, tanto o más que el fulano, yo estaba desaparecido para el mundo, dentro de una celda desde la que sólo era posible observar la humedad que se extendía por los muros y, de vez en cuando, escribir.

Coger una pluma y anotar las órdenes de la imaginación valía cualquier sacrificio, incluso el de prostituirse. Gracias al contrabando de la carne me hice de un viejo cuaderno y un lápiz

chato. Las transacciones se llevaban a cabo en las regaderas de uso común donde mi piel era muy solicitada.

Por aquellos días consideré la opción de clavarme el lápiz en la yugular, puesto que la instrucción reformatoria era cruenta: once horas de cortar caña, cinco de escuchar discurso tras discurso del Caballo Castro, pero en vez de matarme decidí escribir una novela que, en rollos de diez páginas, logró salir de la prisión y después de la isla.

La humedad de mi celda continuaba su invasión por los muros hasta que pudo trazar formas, en una de ellas vislumbré a mi padre nuevamente. Callado, rodeado de manchas sobre cuarteaduras, fui aprendiendo a escuchar o adivinar las razones del querido fulano, quien me hizo comprender que yo debía ser como la humedad: un manto de agua capaz de filtrarse por la solidez de las cosas y, mediante este ejercicio, destruirlas desde dentro. Un monstruo de interiores semejante a un virus. El gris semblante de mi padre me dijo también que, para cumplir el cometido, debía salir de allí.

Así comencé a interpretar el papel del prisionero que se rehabilita hasta que un día fui liberado. A partir de ahí todo se dio en un vértigo de acontecimientos que me llevaron hasta el éxodo del Mariel: una gran barca me llevó hasta una patria artificial, pero libre. Miami, y yo pensaba que ahora sólo quería encontrar un lugar apacible en el cual suicidarme, pero antes me dispondría a cumplir los deseos del fulano.

Pasado un tiempo ciertos amigos me ayudaron a conseguir un pequeño apartamento en Nueva York, desde el cual conocí otra vida austera, pero suelta. Por las mañanas me hundía en la aventura que la gran ciudad brindaba a los hombres como yo, pobres y maricas, y por las tardes regresaba a mi guarida, a escribir por siete o diez horas.

Aguanté ese ritmo hasta que mis fuerzas comenzaron a ceder a infecciones y resfriados que hasta un crío soportaría. Fui con un joven médico quien, luego de varios estudios, me dijo que yo había contraído el SIDA. Leí que era una enfermedad de maricones y me reí porque yo acentuaba aquel disparate. Cuando salí del hospital, me di cuenta de que un hombre bien flaco me seguía. Finalmente me dio alcance en un semáforo en alto.

—Señor, tome esto —dijo al tiempo que me entregaba un pequeño cromó con la foto de Michel Foucault, el filósofo homosexual muerto de SIDA en 1984. Miré con extrañeza al

tipo flaco—. Cuando sienta que el tiempo se le acaba, pídale un poco más a él y quizá le brinde una muy larga agonía, que siempre es mejor que la muerte.

Acepté la foto, le di las gracias y regresé a mi guarida. Pegué a Foucault en el muro contiguo a la puerta y cada vez que salía o entraba le dirigía un saludo, pero no me atrevía a pedirle nada.

Una tarde, mientras sacudía el polvo, descubrí que en la mesa de noche algún intruso había dejado un sobre que contenía un veneno para ratas llamado Troquemichel. Aquello me enfureció, pues obviamente lo habían puesto allí para que yo me lo tomara. Entonces decidí que mi suicidio en calma tendría que ser aplazado un poco más, para no darle gusto a quien me había dejado esa mala cosa.

Al otro día, deprimido y enfermo de catarro, acudí al hospital. Al regresar al apartamento, me arrastré hasta la foto de Foucault y le dije, al fin:

—Óyeme lo que te voy a decir. Necesito tres años más de vida para terminar mi obra, que es mi venganza contra el género humano.

El santo patrón de los escritores homosexuales ha escuchado mis plegarias. Ahora, luego de dar por terminada la última obra, beberé un whisky mezclado con veneno y echaré en una bolsa de Woolworth todos mis días. Enseguida la pondré sobre mi calavera, como si fuera una escafandra, y así preparado me hundiré finalmente en el río de los ríos donde mi amado fulano me estrechará en un abrazo infinito. En el nombre del padre y del hijo, allá voy.



Alejandro Vázquez Ortiz

No necesito tu ayuda para ir a Dublín

[La fotografía muestra a tres mujeres árabes de espalda y un soldado irlandés de rostro serio. Se deduce que son árabes por el hiyab oscuro que les cubre la cabeza. El soldado, junto a ellas, les franquea el paso sosteniendo la culata de su rifle y con los ojos azules mira directamente a la cámara.]

A Jazmina le pareció gracioso que Dublín fuera tan verde como lo imaginó. Antes de que el avión tocara tierra, vio a través de la ventanilla un campo de golf, hectáreas que parecían sembradíos, lotes sin aparente utilidad e incluso distinguió la masa de agua, estirada e inmóvil que, supuso, era un río. Todo de color verde.

Después de aterrizar y recoger su maleta, dedicó una reflexión breve a cómo todos los aeropuertos se parecen y la única diferencia entre ellos es su tamaño. Algunos son más grandes que otros, pero en el fondo, todos son el mismo.

El inspector de aduana apenas le dedicó una mirada breve, inclinándose sobre el escritorio para poder verla. Jazmina apenas alcanzaba el metro cuarenta y cinco de estatura. Selló su pasaporte sin preguntar nada. Se lo extendió con una mueca que ella quiso creer que era cortesía, aunque no estuvo segura.

Cuando salió al vestíbulo pensó que no había sido tan difícil llegar a Dublín. Lo pensó tan claramente que casi musita las palabras en los labios. Después miró algunos letreros. Tenía que ver qué iba a hacer ahora que estaba ahí.

Mientras lo hacía, se hizo a un lado de los pasillos por donde circulaban los viajeros. Buscó en su celular información sobre transporte y hospedaje. Acabó junto a una cristalera

desde la que se podía ver la avenida donde subían y bajaban pasajeros buscando la terminal correcta. Miró un rato la escena, la luz inclinada de Irlanda que provocaba destellos y sombras en todos lados. Confirmó la hora y se extrañó del tono del atardecer en el horario.

Conforme pasaban frente a ella, sólo o en pareja, notó que lo hacían sin reparar en su presencia. Dedujo que el cristal tendría un polarizado lo suficientemente denso como para no permitir a la gente de afuera ver al interior del aeropuerto. Al fondo vio un carro militar con algunos soldados rubios. Jazmina aprovechó. No iba a sacar su Canon 5D MK IV, porque estaba enterrada en la mochila que le colgaba de los hombros. Pero levantó su Fujifilm X100T que tenía en la bolsa de la chaqueta. Podría tomar una foto sin que nadie la viera. Levantó la máquina y encuadró.

En eso percibió a tres mujeres que salían de la terminal, apretadas unas con las otras. Las tres tenían hiyab negros sobre la cabeza y el resto del cuerpo cubierto con unas túnicas igualmente oscuras. Aguardó a que se alinearan todas en la óptica focal de 35 mm. El soldado parecía distraído, mirando un punto lejano que coincidía exactamente con la dirección donde estaba la cámara. Cuando pasaron junto a él, Jazmina apretó el disparador. El delicado obturador de hoja parpadeó.

Revisó la fotografía. Le pareció buena. Creyó que era un gran augurio.

De pronto un ruido atronador se extendió y le comprimió el pecho. Una onda de aire la empujaba al tiempo que la cristalera desapareció. Después humo, confusión, destellos anaranjados detrás del polvo. Sus oídos zumbaban. Pasó frente a ella, tambaleándose, un hombre sangrando de la cabeza.

Jazmina salió a través de la cristalera rota. Tosió a horcajadas con las manos en las rodillas y se dio cuenta de que estaba cubierta de tierra. Después vio la X100T colgada de la correa en su cuello.

Se la llevó al ojo y comenzó a disparar.

[La fotografía es una antigua impresión de una foto familiar. En el centro se muestra a la madre de Jazmina sentada

pulcramente con las rodillas juntas a pesar de tener un pantalón y mirando directamente a la cámara. La espesa sombra de maquillaje sobre sus ojos delata otra época. A su lado, sobre el sillón, Jazmina, con apenas seis años, ostenta una mueca que es mitad sonrisa, mitad grito, mirando hacia el techo, arrugando la nariz y la boca. Hay algunos adornos de cumpleaños regados por la escena. En la parte de atrás está escrito con marcador: “No soy yo”.]

Jazmina no tiene ningún retrato en el que no salga haciendo caras. Inflando los cachetes, haciendo bizcos, abriendo desmesuradamente la boca, enseñando los dientes. Ni cuando era niña, ni ya de grande. Cada que se daba cuenta de que le enfocaban con una cámara, su reacción automática era la de deformar el gesto. Era una forma de evitar que la fotografieran. Por más que supiera, muchos años después de esa foto con su madre, que para un buen retrato se necesitaba que el sujeto se olvidara de que la cámara estaba ahí, ella no podía ni quería ignorarla.

Saboteó cada fotografía. Primero como una broma, después como un acto de rebelión consciente. Como si a cada parpadeo del obturador ella pudiera rehacer las facciones de su rostro para que nadie pudiera contemplar su auténtica imagen.

En parte por eso, con el tiempo, después de cumplir con todo lo que sus padres esperaban de ella, casi por error, acabó ejerciendo la fotografía en bodas, bautizos y quince años, en donde llegó a obsesionarse con la idea de tomar fotos sin ser vista.

Pensaba en eso a menudo, sobre todo en las sesiones difíciles con una novia nerviosa. A pesar de ser menudita y con un cuerpo casi de niña, con las nalgas y las tetas chiquitas, a veces la presencia de una cámara se imponía a alguno de sus clientes. Eran incapaces de adoptar posturas naturales, sonrisas creíbles, miradas desinteresadas. Entonces Jazmina hacía preguntas para tranquilizarlos, para ver si entre la plática se distraían lo suficiente como para olvidarse del ojo negro de los lentes fotográficos.

Siempre sacó el trabajo, pero una parte de ella sentía que había algo en sus fotografías que se le escapaba. Un matiz mínimo, pero que transformaba un retrato de bautizo en una narrativa dramática. Todo le parece, después de mirar foto tras foto, suya y de los demás, una especie de recuadros

falsos. Como si la cámara misma pervirtiera el cuerpo y el espacio a la vez que lo capturaba.

No lo piensa con palabras, pero supone que es el peaje de la imagen, que hay cosas que no se pueden fotografiar. Por eso, cuando ve sus propios retratos, con su cuerpo menudo y exiguo, con la cara deforme porque arruga la nariz y saca la lengua, asume que ese cuerpo y ese espacio en las fotografías no son el suyo. No lo piensa así, sólo sabe que no es ella. Por eso escribió esa frase en la parte de atrás de todas las imágenes en las que aparece.

[La fotografía muestra a Jazmina en una rueda de prensa. La mirada perdida, fija en un punto sin mayor propósito que extravíarla ante el mar de cámaras que la acosan. Frente a ella hay un grupo de seis micrófonos con distintos logotipos de noticieros. Ella sostiene una impresión de gran formato donde está su fotografía de las tres mujeres árabes con el soldado irlandés. La imagen está reproducida en el periódico *The Press and Journal*. En la parte de abajo tiene escrito con pluma: “Ésta...”]

Jazmina saltó a la fama con una sola fotografía y ahora su destino estaba en las agencias de noticias que ya habían puesto contratos de trabajo sobre la mesa.

La fotografía de las tres mujeres árabes no sólo era un documento etnográfico que mostraba de golpe la porosa frontera cultural entre occidente y el medio oriente. Además de convertirse en el símbolo del acontecimiento noticioso de un ataque terrorista, fungió como evidencia crucial para identificar y capturar a los perpetradores del ataque al Aeropuerto Internacional de Dublín.

Cuando se publicó la fotografía las autoridades se dieron cuenta de inmediato de que algo estaba mal. Una de las mujeres dejaba ver, por debajo de la túnica y el hiyab, un pantalón de mezclilla y unos tenis de marca deportiva. Prendas nada habituales para una mujer de tradición árabe. A través de las cámaras pudieron identificar el automóvil al que se subieron los sospechosos. Más tarde se daría cabal noticia de que se trataba de tres varones de origen pakistaní. La policía fue

capaz de detener a dos de ellos. El tercero, acorralado en una mezquita, cometió suicidio.

La conmoción de Europa se hizo sentir y la tragedia se pudo registrar y constatar, más allá de videos de vigilancia de baja resolución, gracias a las fotografías de Jazmina.

The Press and Journal pagó una importante suma de dinero por las fotos y se incluyeron en la edición impresa y en línea como un fotorreportaje estrella. Pronto las revendieron y se publicaron alrededor del mundo, convirtiendo a Jazmina en una celebridad en el mundo del fotoperiodismo.

Las fotografías fueron acompañadas con los datos precisos de cada una de las veintiocho víctimas que dejó el atentado, en su mayoría trabajadores de aerolíneas nacionales y algunos turistas germanos. En una nota aparte entrevistaron a Jazmina. Le preguntaron cuál era el motivo de su llegada a Dublín. Ella respondió que siempre había querido visitar Irlanda, por su rica cultura y tradición. Desde muy pequeña sintió una atracción muy poderosa hacia el idioma gaélico y las tradiciones celtas.

Cuando le preguntaron, después de una breve alabanza a sus fotografías, cómo se sobrepuso a la locura y violencia del acto terrorista y consiguió realizar su labor, Jazmina respondió que como fotógrafa hay algo inscrito en su ADN que hace que el trabajo, la posibilidad de captar una instantánea, sea lo más importante que hay. Aunque se debatía entre ayudar a los heridos o hacer lo suyo; se decantó por esto último, ya que, con su estatura y peso, poco podría hacer por ayudar a alguien. Sin embargo, contar las historias de los hombres y mujeres víctimas del terror a través de su trabajo podría ser tan importante como ayudar a un hombre a encontrar consuelo. Como ella lo ve, únicamente hizo lo que tenía que hacer.

Una reportera comentó en particular el uso de las luces y elementos semánticos dentro de cada fotograma, señaló una foto de un empleado del aeropuerto que saca en brazos a un niño rubio, aparentemente inconsciente, mientras atrás de ellos se divisa la bandera azul con la cruz blanca de Irlanda. Un simbolismo que a ella le recuerda e inspira la misma paz y valentía de una *pietá* renacentista y el sentimiento exaltado del nacionalismo. Aseguró que la composición le pareció muy limpia, como si hubiera tenido todo el tiempo del mundo para

encontrar la postura adecuada. Después preguntó a Jazmina sobre su vocación por la fotografía.

Ella respondió que las cámaras la llaman desde muy joven. Su primera cámara se la regaló su abuelo. Una Kodak *point and shoot* de plástico. Con ella comenzó el gran arte de observar el mundo. Escondarse detrás de un lente es como mejor habita, marcando su espacio, mirando a las cosas como si todo estuviera enmarcado. Su mirada se convierte en bisturí. A partir de la práctica, la composición es pura intuición. Está acostumbrada a trabajar buscando la forma en que una imagen diga todo de una sola vez.

Jazmina apenas consiguió terminar de leer su propia entrevista. Le avergonzaba haber dicho tantas mentiras. Se quedó un rato mirando el periódico y sacó un bolígrafo. Iba a escribir: “Ésta no soy yo”, pero sólo escribió: “Ésta...”. La pluma no se movió más. Se quedó pensando, aunque nada que tuviera lenguaje. Intentó averiguar qué era lo que le hacía sentir todo aquello.

Sonó una notificación en su teléfono. Era un mensaje de Pedro: “Hola, ¿qué tal todo?”, decía. Nada más. Le escribió porque seguramente se enteró del revuelo de las fotografías. No sabía si le iba a contestar. Sabía que, por lo pronto, no. Dejó el celular sobre el periódico y vio a través de una ventana el horizonte gris y verde de la ciudad. Se dio cuenta de que no había ningún edificio ni ninguna luz frente a ella y se sintió más o menos a gusto.

[La fotografía muestra a Pedro Jiménez entrando, casi sin reparar en la cámara que le apunta, a su estudio. Sus rasgos son indistinguibles. El movimiento lo borra. Se sabe que es Pedro porque en la puerta del estudio se lee su nombre y su profesión: fotógrafo. La imagen se tomó con una velocidad de obturación de 1/15 segundos, por eso su cuerpo delgado se vuelve un manchón en aparente movimiento y su mano, nítida, se sostiene del pomo de la puerta.]

Pedro le mostró el artilugio la primera vez que entraron a su estudio. Era un círculo de seis cámaras instantáneas que se encontraban conectadas con diferentes cables disparadores y de sincronización. Cuando miró arriba constató que había

un par de cañones de *flash*, suficientes para iluminar la escena en la oscuridad del estudio.

Aunque Jazmina no lo conocía en persona, sí sabía mucho de él. Pedro era famoso porque había podido colocarse como uno de los fotógrafos más prestigiosos de sociales en la ciudad. Eso lo hizo levantar un estudio importantísimo con ayudantes, impresoras y servicios fotográficos de toda clase.

En parte por eso le llamó la atención a Jazmina que insistiera en que se vieran en el estudio que tenía en su casa cuando quedaron para editar las fotografías de una boda que tomaron juntos. A ella no le gustó la idea porque estaba a las afueras de la ciudad. Él le explicó que en el otro local siempre había gente y ruido y no se podía trabajar con fluidez. Además, le quería mostrar el artillugio. Él no lo llamó artillugio, sino instalación.

Le enseñó cómo funcionaba. La serie de seis cables disparadores iban desde las cámaras hasta una consola con apenas dos botones. Le explicó que uno era para probar los disparadores. El otro era para poner en marcha el aparato. Funcionando la consola establecía un ritmo de disparos aleatorio a cada una de las seis cámaras. Las posibilidades de orden y tiempo eran infinitas: podía disparar hasta diez veces una misma cámara o alternarla con alguna de las otras. Nadie podía saber qué aparato era la siguiente que lanzaría su *flash*.

A Jazmina todo aquello le pareció un embrollo sin sentido. Le dijo que gastaría mucho papel fotográfico. Él lo admitió, pero hizo una comparación entre la fotografía y una mina de cielo abierto. Entre todo el material desperdiciado saldrían pepitas de oro y de diamante: valía la pena.

Jazmina opinaba lo contrario de la minería a cielo abierto, pero no dijo nada. Se limitó a pedirle a Pedro que se pusieran manos a la obra, porque había mucho material para editar. Él aceptó. Trabajaron en silencio. Conforme avanzaba la noche Jazmina fue molestándose porque en cada fragmento de la boda que fotografiaron juntos, se daba cuenta de que Pedro tenía mejores tomas, mejor encuadre y que sólo con unos pocos ajustes quedaban listas para entregarlas al cliente. De las cincuenta fotografías que seleccionaron apenas diez eran de la cámara de Jazmina.

Con el orgullo herido y viendo, a lo largo del día, los intentos torpes de Pedro de coquetear con ella, decidió, sin decir ni pensar en nada en particular, jugar con él un rato. Le

preguntó por las fotos que colgaban en la pared. Aceptó tomar una cerveza para celebrar el trabajo terminado. Pedro quiso hablar de nuevo del artilugio, pero Jazmina lo detuvo en seco. No se refería a eso. No sirve de nada para lo que ella quería. Le dijo que más bien era todo lo contrario de lo que ella buscaba. Fotografiar sin estar presente, pasar desapercibida con la cámara.

Él escuchó atentamente. Le dijo que deberían probarlo para ver si de verdad no funciona. Ella miró el artilugio y le dijo que no. Quizás otro día.

—Cuando quieras —dijo él—. Pero es imposible tomar una fotografía sin cámara.

Por ello llegó a la conclusión de que debía exagerar, molestar con los aparatos; si la realidad se esconde, hay que arrinconarla, hacerla aparecer con la fuerza del acoso.

—A la realidad no se le caza con arco, sino con una jauría de perros —dijo Pedro.

Se le acercó más. Ella dejó que se acercara. Quería tenerlo en la orilla para verlo caer. Él insistió diciendo una frase pomposa. Algo parecido a: “es la fotografía tomándose a sí misma”.

Y cuando se inclinó sobre el cuerpo menudo de Jazmina, ésta volteó el rostro y le preguntó qué estaba haciendo.

Pedro, contrariado, pareció despertar de una fantasía. Le dijo que creyó que todo lo que hablaban era de su interés.

—Lo era —dijo ella. Pero sólo eso. Apuró el resto de la cerveza y le dijo que era tarde. Él se ofreció a pedirle un taxi. En esta parte de la ciudad es difícil encontrar uno.

Ella aceptó. Cuando se despidieron secamente en la puerta, ella supo que la humillación había surtido efecto, cuando apenas se atrevió a juntar la mejilla con la suya torpemente. Jazmina se marchó con una sonrisa en la cara.

[...]

ENSAYO CREATIVO

Delta de cuatro brazos

El ensayo mexicano es ya “un árbol bien plantado / mas danzante”, una tradición vigorosa del pensamiento y el divertimento, de la concentración metódica y de la fuga como método, de la profundidad de los tiros de mina y de la liviandad de los equilibristas. Los nuevos practicantes del género, vindican el rigor y la claridad expositiva de Reyes, las sutilezas de lucidez e ironía de Torri, la seductora inteligencia de Paz, el arte de la paradoja de Rosario Castellanos, la conciencia punzocortante de Zaid... Para los cuatro becarios, el ensayo se ha convertido en el vehículo ideal —un todoterreno de última generación— para quedarse plenteramente en casa o levantar la cartografía de una luna de Saturno. En cierta forma, María Fernanda García asume las cargas simbólicas de las casas que ha habitado, vía el ensayo de aliento narrativo, como claves y enclaves para desentrañar una vida, sí, el revelador viaje a la semilla donde el pasado no aceptará ser el último de la fila. En una escritura a varias bandas, Fabiola Camacho aborda la obra de seis artistas mexicanas —centro y pretexto de exploraciones más personales— para ahondar sobre las complejidades de proceso creativo, la interacción de cuerpo y mundo, de mito y fabulación artística. Por su parte, Giorgio Lavezzaro explora la superficie, los márgenes, el epicentro y los puntos ciegos en torno de un tema de múltiples aristas: el abuso sexual. Ante la despiadada y acrítica condena del fenómeno, la literatura y el cine sirven a sus afanes para visitar el suceso violento desde un mirador sereno y privilegiado. En el caso de Johan Trujillo, tras levantar una radiografía vital y artística de un grupo de fotógrafos mexicanos, indaga en el reverso de las instantáneas

de cada uno, los posibles mecanismos conscientes o intuitivos sobre el deseo de la imagen, esa potencia anterior a la revelación en el ojo del artista y de la cámara. Raíz incógnita de la visibilidad, esa condición deseante se asume como el motor inmóvil del acto creador.

Ernesto Lumbreras



Fabiola Eunice

8. Es carne esta luz

~~No se trataba del cuerpo, sino de la luz.~~

Por un tiempo dejé de escribir. Permití que el silencio creciera, no había necesidad de sostener un diálogo exterior, la materia oscura no hacía sino detener el deseo. Estaba colmada. El cuerpo se torna espacio y siempre busca la forma de expandirse. Ante la presencia de un volumen ajeno a todo momento pasado, el extravío deviene normalidad.

En la escritura y en mis paseos no me exijo una ruta específica. No todo es deriva, pero en ocasiones la mejor aguja de navegación son los recuerdos. Lo primero es dejar que el cuerpo hable, que comience a imprimir lo que la experiencia le dicta. Cerrar los ojos, abrir paso a la memoria, perseguir la imagen que parezca más fiel a las banquetas del pasado.

Para Georges Didi-Huberman el ver se divide entre lo que se observa en primer plano y aquello que se observa con la mirada del recuerdo. Cuando algo se mira por primera vez, puede o no resultar significativo en sí; el trabajo lo realiza la memoria al buscar en nuestro archivo personal aquella instantánea que muestra una dirección, un punto desde el cual puedo contrastar mi experiencia con lo que se observa. Todo apunta al hecho de que si mi cuerpo pudiera ocupar un espacio dentro de la composición, o si sólo percibiera colores, efectos de luz y sombra que devienen volumen, mi yo siempre se presentaría como el personaje.

En una urbe como la mía, es normal sentir una constante pérdida. El cambio de sus estructuras, del sentido de las calles y las enormes distancias no hacen sino lograr una saturación. La ciudad siempre está gestante, se extiende en todas direcciones, y la ilusión de carecer de un límite

vertical es algo que nos arroja inevitablemente al vacío, a la oscuridad. El horizonte se colma de puntos ciegos. Como si la ciudad estuviera resuelta por fragmentos, por vistas en dos planos regidos invariablemente por el capital, las gradaciones de la mirada se definen por el tipo de vías y accesos. Crean ilusiones, construyen fantasías sobre la percepción de sus habitantes.

La luz natural sólo puede ser vista desde el segundo piso del periférico.

Ciudad fuga

El primer piso siempre es gris, sólo se inunda.

Cuando las condiciones atmosféricas lo permiten, la ciudad queda bañada por la luz natural. Entre vistas de espejos y torres, las gradaciones de colores componen una línea que se desplaza entre grises y sepia. Ni siquiera podría hablar de un color uniforme, pues, durante el recorrido, la saturación de color se desplaza de acuerdo con la zona. De las fábricas de Naucalpan a las oficinas ostentosas de San Ángel la constante es esa sombra que en ocasiones deja entrar algunas vetas de luz. Los efectos de la luz sobre las torres y los muros formulan proyecciones que semejan espectros. Deambulamos entre fantasmas.

Ciudad de sombras

La experiencia de habitar la ciudad produce un constante vacío. Como si todo lo que cabe en ella la cancelara al mismo tiempo. La estética de la saturación resulta una constante, también el sentirse náufrago.

El destino del cuerpo se rige por la memoria, sólo se ve a la luz del recuerdo, por lo que no resulta extraño que la ciudad de la infancia sea el referente constante para contrastar la imagen ante las alteraciones, borraduras y derrumbes. Intentar caminarla es un trabajo de duelo constante, porque la única primicia que tenemos es que la hemos perdido, y como memorial, sólo nos quedan algunas calles, plazas, edificios que nos hagan sentir que todavía pertenecemos a ella, que nos pertenece.

En la calle de López, en el Centro Histórico, la resistencia es una forma de sobrevivir, los edificios lo confirman. El deslave del tiempo sobre las estructuras *Art decó* sostiene la condición de pérdida y fracaso; los años de rentas congeladas, la filtración de la lluvia ácida y todo tipo de elementos contaminantes consuman un decadentismo cuyas capas dirigen la mirada vertical hacia los cuartos de azotea. Por la tarde, las nubes se agolpan, como si la proyección de objetos y personas a nivel de calle se extendiera hasta el cielo. La saturación lo supone todo hasta que tenues rayos de sol logran traspasar los intersticios de las nubes. En las últimas horas del día pueden observarse destellos dorados sobre las puntas de los edificios y, por instantes, vuelven a ser aquellas construcciones lumínicas de principios del siglo pasado.

Ver es perder, y lo que ahí se encuentra no es más que la nostalgia.

No resulta gratuito que de repente la duda nos asalte y mientras caminamos nos preguntemos sobre el origen, el nuestro y el de la ciudad. Pero aún si deambulamos sobre los fragmentos de la memoria, si nos detenemos ante los edificios y algunas placas que señalan mejores tiempos del inmueble, de cualquier forma sabremos que todo origen está perdido. La ruina, ese fragmento que supone vestigio —presencia del tiempo pasado—, es todo lo que nos queda para advertir que la ciudad no nos pertenece, sólo en nuestra memoria, mientras las nubes dan paso a la luz.¹ El Centro Histórico es toda una ruina en el sentido de que quizás es el

¹ “Como cuando se avanza con un farol en la mano y uno se siente inmóvil, y uno siente que lo que se mueve es el círculo de luz que lo conduce en su centro.” Gilberto Owen.

único fragmento que nos queda para enraizarnos a la Ciudad. También el arte.

El arte contemporáneo abusa del *cut up*, lo que en ocasiones sugiere salir antes de que los desgarres arruinen la pátina de las postales.²

Mientras tanto, la ciudad se hunde y las lecturas flotan como partículas suspendidas en el aire.

La ciudad insurrecta de anuncios luminosos
flota en los almanaques
y allá de tarde en tarde,
por la calle planchada se desangra un eléctrico
[...]
En la esquina, un “Empire” de tráfico, a su modo,
va midiendo los “outs”, y en este amarillismo,
se promulga un sistema luminista de rótulos.

Manuel Maples Arce

Sea por falta de técnica o desconocimiento de la vanguardia, la mayoría de las piezas que dialogan con mi ciudad me hacen sentirme perdida. Ante piezas donde se vuelve a discutir con la materialidad del espacio urbano —en el muro de la sala hay una mosca—, mi sudoración supone el miedo a enfrentarme con una imagen plana o cuya proyección escultórica no comprenda el volumen de acuerdo con la luz.³

Mi coleccionismo me ha hecho comprender que, en cuestión de arte, el secreto está en el montaje. La selección

² Memorias portátiles que todavía se venden afuera del Palacio de Correos.

³ La experiencia estética no es sino una estructura cifrada por citas y las propias neurosis y obsesiones de sus participantes.

de memorias, de citas, nos pueden llevar a un diálogo con las gradaciones de la luz. Anabel Quirarte y Jorge Ornelas pudieron establecer en una misma proyección las capas de las que se conforma no sólo el espacio del Zócalo en cuanto a condición arquitectónica, sino los constantes movimientos y transformaciones que han sobrevivido quienes viven o deambulan por el espacio. En *Estructura poligonal-Zócalo* el fragmento pervive, resulta ser un retrato de la ciudad cuyo despliegue formula al mismo tiempo una memoria, un archivo de las vistas cuyas sombras son como los fantasmas del Zócalo en distintos momentos de su historia. La imagen nos devuelve en un mismo gesto la idea de que cada uno de nosotros resguardamos un mosaico de la memoria no oficial del Centro. Las gradaciones de cada uno de ellos —576— dan los matices que, sin necesidad de claros, componen luminosidades que concretan puntos de fuga. La composición en un mismo soporte, los cambios y juegos que la historia ha planteado sobre la plaza, los espectros y la luz.

Estructura poligonal queda en medio de la tradición occidental donde la luz lo supone todo, es la perfección que se persigue y monta sobre espacios que se ensanchan sin límite vertical, hasta tocar los primeros rayos de sol, pero al mismo tiempo concede espacio a la sombra tan codiciada por los orientales para quienes la pátina, los tonos sepia y la tez de muros desnudos resulta ser el paraíso para resguardar algo tanpreciado como su cuerpo. Así el trabajo de Quirarte con Ornelas logra que suspenda no mi cuerpo, sino la proyección de mi memoria.

Preguntarse por dónde está nuestro cuerpo o nuestra vida nos remite a auscultar el espacio donde hemos desplazado nuestra materia. La luz no hace sino proyectar la nostalgia de una ciudad que no se acaba nunca.

En el principio fue la sombra y a partir de ella todo toma cuerpo.



María Fernanda García

Wisteria Drive

Sigo sin saber a cuántos grados centígrados estábamos el día que nací. Mi papá asegura que a treinta grados bajo cero, mientras mi mamá dice que es imposible que hiciera tanto frío. Nací en medio del invierno profundo, al norte de Estados Unidos, de eso sí estoy segura. Los testimonios que tengo sobre mi nacimiento se construyen con una mezcla de exageración, idealización del pasado y recuerdos reconstruidos. Nacer en otro país plantea un desarraigo que se vincula con la identidad pero también con la noción de venir al mundo en un lugar temporal y ajeno, casi como nacer en medio de unas vacaciones.

Mi familia se mudó de la Ciudad de México a Ann Arbor, Michigan, en 1986. Mi mamá tenía veinticinco años y mi papá estaba por cumplir treinta. Llegaron cargando nueve maletas y un par de niños: mi hermano de cinco años y mi hermana de tres. Desde el inicio el plan era quedarse en Estados Unidos por un año. El tiempo suficiente para adaptarse y tener que volver cuando apenas lo lograrán.

Ann Arbor es la séptima ciudad más grande del Estado de Michigan, fue fundada por un par de neoyorkinos en 1824. Hay algunas teorías sobre el origen del nombre de la ciudad, todas se parecen, pero una me complace más que las otras. Sus fundadores, John Allen y Elisha Rumsey, estaban casados (cada uno) con una mujer llamada Ann y decidieron nombrar el sitio en honor a ellas. Mientras que *arbour* (que más adelante mutaría a *arbor*) hace alusión a un conjunto de árboles y al efecto de la luz cuando atraviesa por las hojas de estos. Mi mamá también se llama Ana, dudo que supiera que iba a mudarse a un lugar que llevaba su nombre.

Ella tomó una foto de mis hermanos en otoño, con un tapete formado por hojas, la imagen está iluminada por la luz que se cuela entre las ramas de los árboles.

La primera casa de mi familia en esa ciudad no fue una casa, fue un cuarto en un Holiday Inn reservado por tiempo indefinido. La mía fue el cuerpo de mi madre. La búsqueda del nuevo hogar inició en la sección de inmuebles del *Ann Arbor News*, con un anuncio donde se leía: “always ready to help you”. Mi padre llamó, Mary Baker respondió a esa llamada. Mary era mexicana por casualidad, había vivido toda su vida en Estados Unidos pero por accidente nació en Tampico. Su familia pasó una temporada breve en el puerto y ahí su madre dio a luz. Ella jamás volvió a Tamaulipas, cuando supo que mi papá era mexicano (como ella), lo ayudó en todo. Quizás era una forma de sentirse cerca de una tierra que le era afín y desconocida a la vez. Un lugar que era sinónimo de nostalgia, el nombre de una ciudad que la hacía sentir extranjera en el país donde creció.

Nacer en una nación distinta a esa en la que creces te hace sentir ajeno el resto de tu vida. Por mucho que desees que sea distinto no hay algo que puedas hacer para cambiarlo. Más que la nacionalidad, es el recordatorio de tu historia personal, de una serie de eventos que propiciaron que respiraras por primera vez en un lugar y no en otro. Los documentos migratorios, el acta de nacimiento y los pasaportes te lo repiten. Te reiteran la historia de tu vida.

Mary Baker cumplió la promesa del anuncio en el periódico, siempre estuvo lista y dispuesta a ayudar a mi familia. Les mostró tres propiedades: un departamento en un edificio viejo, una casa enorme y por último una casa pequeña dentro de un conjunto residencial. La decisión fue unánime, mis papás se decidieron por la última opción: una casa color gris de dos pisos, tres habitaciones, un sótano y un jardín trasero; un sitio con el espacio suficiente para desempacar y empezar una vida lejos de su país. La casa estaba ubicada en Woodbury Gardens, un vecindario rodeado de parques y a poca distancia del estadio universitario. A cuatro mil kilómetros de *casa*, empezaron un nuevo hogar, uno que sería temporal pero que habría de sentirse como propio. Entre muebles arrendados y vecinos extraños, iniciaron una vida provisional. Mi mamá atendía una biblioteca escolar, mi papá iba a clases, mi hermano a la escuela primaria

y mi hermana a una guardería a la que se refieren como “daycare”. Pronto empezaron una rutina, su estancia dejó de sentirse como vacacional para volverse cotidiana.

Nací en febrero, dos semanas después de lo planeado y tras dieciocho horas de trabajo de parto. En contra de todo pronóstico: fui mujer. Las predicciones indicaban lo contrario, partían de teorías absurdas como la repetición de patrones o simples corazonadas. Una certidumbre que no reposaba en lo científico, pero que se reclamó como tal cuando mis abuelas pidieron confirmación ante el “it’s a girl” pronunciado por los médicos. Fui, sin saberlo, una decepción.

Ya me habían elegido un nombre: Diego. El nombre de la máxima celebridad de la Copa del Mundo de 1986. Nací sin nombre o con un nombre que no era para mí. Un nombre que rememoraba a la mano de Dios y también reconocía que fue esa misma “mano” la que arruinó los planes familiares. Durante los primeros meses de vida usé las cosas del Diego que no fui. Vestí un mameluco verde con estampado de camuflaje y bebí de una mamila en forma de balón de fútbol americano. Nunca lidié con la culpa que significa haber decepcionado a toda la familia. En silencio, reclamé que se hubiera esperado algo de mí incluso antes de nacer.

Pasé los primeros meses de mi vida en una casa que no recuerdo. Sé que nunca tuve una habitación ahí, la compartía con mis padres. Instalaron una cuna al lado de su cama para monitorear mi sueño. Recuerdo la textura, el color y la forma de esa cuna. Es prácticamente imposible que sea una memoria real, quizá la conocí años después y quise reconocerla, construir un conjunto de memorias propias para no sentirme ajena a mi vida.

El regreso a la Ciudad de México fue a finales de 1987. Ahí terminaba una época idílica en la historia familiar. El final de una temporada en el primer mundo, en aquel país que chocaba con la realidad que ofrecía el regreso a casa. Volver al sitio donde todos te conocen, a lo de siempre. Volvieron con más equipaje, sin una casa a dónde llegar y con un nuevo integrante en la familia: yo. Mi hermano no quería volver, no entendía por qué la vida tenía que cambiar, lo vivió como una agresión directa hacia la estabilidad familiar. Quizá tenía razón, en Estados Unidos podían ser quienes quisieran a pesar de ser extraños. Tal vez eso sea exactamente “el sueño americano”.

Llegué a México a los siete meses. Para mi familia, Ann Arbor quedó atrás como el recuerdo de la emoción de la primera nevada y el hastío de la última. Una lista de nombres para recordar y de direcciones a las que prometieron seguir escribiendo para contarles de la vida en México. Para mí, un lugar desconocido, lejano e inaccesible a la memoria de primera mano. Un sitio mítico e idealizado.

Por años tuve la intención de volver, casi cada año mi papá prometía que volveríamos, nunca pasó. Volví sola en otoño de 2018, un mes antes envié una carta por correo a 1415 Wisteria Drive. Quería contactar a quien vivía ahí, quería que me dejaran entrar a su casa.

U.S. Citizens only

Los aeropuertos son el lugar común para hablar del inicio de un viaje. Empezaré diciendo que me detuvieron en el control migratorio de Chicago. La razón: la fotografía que aparecía en el registro del agente de migración no coincidía conmigo. El asunto no tenía una explicación clara, pusieron el pasaporte en el escáner en repetidas ocasiones, una y otra vez aparecía mi nombre junto al retrato de alguien más. Un homónimo, una suplantación de identidad o un error. El recordatorio de que ése no era mi país, yo no era uno de ellos. Fieles a su *modus operandi* y a sus dinámicas de intimidación, entre frases golpeadas y mensajes en código, me condujeron a sus oficinas. Llegué a una sala de espera donde había por lo menos una decena de personas.

Esperé por algunos minutos que se sintieron largos. Pronto supe que no llegaría a tiempo para abordar el camión de Chicago a Ann Arbor, que quizá me devolverían a México, donde terminaría por aceptar que no tengo otra casa.

Gritaron mi nombre: “M-a-r-í-a-G-a-r-c-í-a”, a un volumen y con un acento que en toda mi vida sólo le he escuchado a los agentes migratorios y a los policías de Estados Unidos. Ese tono que te dice qué hacer y al que por una razón inexplicable no puedes oponer resistencia. Esa entonación que recuerda en qué está cimentado su sistema de justicia. El modo en el que hablan los “héroes” que protegen a su pueblo de los enemigos y las amenazas, personajes que reconocemos en la televisión. Voces que contrastan con el cotilleo, los mensajes

entre dientes y los silencios de la justicia latinoamericana. Respondí a ese grito con temor.

Sin ninguna explicación, me devolvieron el pasaporte y me dejaron ir. Tengo algunas teorías de qué fue lo que pasó, unas más siniestras que otras. Todas apuntan a que fue un error técnico, a que mi foto se archivó mal. Una distracción o una omisión que su sistema nunca les dejaría reconocer. Salí del aeropuerto intentando que nadie más se diera cuenta de mí, de cómo en ese viaje intentaba pasar por alguien que no soy.

Un conductor de taxi me recibió con una voz que percibí como familiar. Uno de esos típicos saludos en inglés donde reconocí que tomó prestada una lengua extraña para comunicarse conmigo. Un idioma que ambos entendimos como nuestro punto de encuentro pero no en el que nos sentimos más cómodos. Entre las risas, trato de pensar que los dos deseamos que esa plática suceda en nuestra lengua madre; él en albanés y yo en español. Ahí podríamos reconocer nuestra verdadera personalidad, reír más fuerte y conocernos de verdad. Atravesamos la ciudad y nos despedimos en inglés. Llego justo a tiempo para tomar el autobús.

No trespassing

El reloj se adelantó una hora durante el trayecto. Ann Arbor se ubica en la zona horaria estándar oriental a 390 kilómetros de Chicago y a unos 60 de Detroit, la entidad más importante del estado de Michigan. El último censo realizado en la ciudad determinó que su población era de 113, 934 habitantes, el número se desglosa así: 73% blancos, 14.4% asiáticos, 7.7% negros, 4.6% otra raza y 0.3% nativos/amerindios. Ante las cifras, fue bastante fácil intuir al tipo de localidad a la que me dirigía: un suburbio con extensas zonas residenciales, calles de dos sentidos, un consecutivo de casas color pastel con un porche, un jardín frontal y dos autos estacionados al frente. El tipo de lugar que sirve como escenario para una película de terror, uno de esos sitios que ofrecen una tranquilidad de la que hay que sospechar.

Nunca recibí respuesta a la carta que envié, tal vez mi petición parecía una amenaza a la calma en el vecindario.

Llegué a medianoche a Ann Arbor, estaba todo oscuro. Los faros de los autos fueron los únicos que me revelaron un poco de ese lugar en el que había pensado tantas veces, el mismo al que mis padres llegaron treinta y un años antes. Esa primera noche pude mirar muy poco, ya había figoneado compulsivamente la zona a través de Google Maps, incluso había trazado las posibles rutas que seguiría durante mi estancia. Alquilé una habitación en un vecindario cercano a Wisteria Drive. Amir, el dueño del lugar, nació en Wisconsin, pero lleva más de treinta años viviendo en Michigan. Él me abrió su puerta en la madrugada. Era una típica casa de suburbio gringo, todo el lugar olía a ajo recién cocinado. Mi travesía terminó ahí, en el mismo lugar donde empezaba la otra parte del viaje.

Existe una larga discusión en torno a la idea de viaje y si es acaso más importante la travesía que el destino en sí mismo. Parece que el tránsito es la mayor lucha en contra de uno mismo y los obstáculos, todo lo que puede pasar o no pasar en el camino determina cómo llegaremos al sitio deseado. Muchas veces el trayecto se olvida al tocar tierra, se da por sentado o queda en la memoria como un evento obvio. El destino toma un protagonismo distinto, es ahí donde caben las posibilidades. Sin embargo, más allá del tránsito o del punto geográfico, pienso que el viaje puede reducirse a una experiencia específica: la razón que nos hizo llegar hasta ahí. Ver a una persona, tomar una fotografía o ir a la casa en la que creciste. En el consumo de drogas alucinógenas, se le llama “viaje” a la experiencia química, al punto en el que explota la sustancia en el cuerpo y empieza a cobrar efectos. Quiero pensar este viaje sólo como el momento en el que estuve frente al número 1415 de la calle Wisteria. En mi cabeza ese número no se lee como mil cuatrocientos quince, se escucha como “fourteen fifteen”, tal cual lo dice mi mamá. Probablemente sus recuerdos de esa época sólo existan en inglés, en una lengua temporal, con sus reglas y sus palabras.

Para llegar a Woodbury Gardens hay que recorrer el boulevard Stadium y pasar frente a The Big House, el estadio de fútbol americano de la Universidad de Michigan. Este recinto, junto con el campus universitario, es una de las principales atracciones de la ciudad. Caminé por diez minutos sin rastro del coloso, me di cuenta de que estaba yendo en sentido contrario. En general, ya era muy tarde

para arrepentirme. Tomé el camino correcto y conforme me adentraba a la zona, supe por qué mis papás la habrían elegido para vivir. Era un lugar silencioso y quieto, lleno de jardines y de zonas de juegos, donde los autos te ceden el paso. Di vuelta en una avenida y me encontré con un letrero que me daba la bienvenida a un complejo residencial de libre acceso, sin blindajes o rejas. Sí, en el mismo país de los muros, las líneas fronterizas y la *border patrol*. Una vez dentro todos parecen inofensivos.

Llegué al lugar mítico a los treinta y un años, un poco tarde. Cuando dejó Ann Arbor, mi papá tenía esa misma edad; además un matrimonio, tres hijos y una mudanza en curso. Yo estuve ahí sola, sin hijos, con una libreta de cartón y un iPhone con el 14% de batería.

Woodbury Gardens está compuesto por tres avenidas que trazan un cuadrante: Astor, Wisteria y Woodbury Drive. Caminé sobre Woodbury hasta llegar a Wisteria. Wisteria es un género de plantas trepadoras que se hallan en el este de Asia, también es el nombre la calle ficticia de la serie de televisión *Desperate Housewives*. Esta Wisteria no es lineal, bifurca hacia otras calles que llevan el mismo nombre, como si fuera una calle dentro de otra; en las esquinas se indica de qué número a qué número comprende cada segmento. Bajo esta lógica llegué al punto deseado: al lugar al que envié una carta de la que no recibí respuesta, a la primera casa en la que dormí, un sitio de recuerdos ajenos.

Me encuentro con un bloque de tres casas, una pegada a la otra, todas con fachadas similares pero con algunas variaciones. Las recorro de izquierda a derecha, 1411 tiene tabiques rojizos, 1413 es color beige con aplicaciones cafés, finalmente llego al 1415, cuya fachada gris simula las líneas de un cuaderno. Desde el frente se puede ver la puerta principal del lado izquierdo, un ventanal a la derecha y una ventana en la planta alta. Mientras más me aproximo a la casa, me lleno de preguntas: ¿debería tocar?, ¿qué hago aquí?

El timbre está en el marco de la puerta, camino, me acerco. La casa tiene dos puertas, una de vidrio seguida por otra de madera, un mecanismo idéntico al de los mosquiteros. Conforme me aproximo, me doy cuenta de que sólo la puerta de vidrio está cerrada y puede verse hacia adentro. Estoy en la banqueta, me separan tres escaloncitos, desde ahí puedo ver hacia el interior. Recorro el interior con la mirada, me

encuentro con el juguete de un bebé: una esfera de plástico hueca, con agujeros de distintas formas: una estrella, un cuadrado, una cruz, etc. El punto del juguete es introducir distintas figuras de plástico rígido hacia el centro de la esfera, éstas sólo pueden entrar por el orificio que tenga la misma forma.

Me detengo y no subo los escalones, me voy, camino sobre la misma calle por la que llegué. Me alejo pensando en la bebé que ahora vive ahí, quiero pensar que es una niña y que algún día será como yo. Tendrá esa dirección escrita en algún lado, tal vez volverá desde algún lugar lejano y tocará el timbre sin miedo. Quizá viva ahí por siempre o acaso en unos años esas casas serán demolidas y no habrá un lugar al cual volver.

Conforme me aparto de la zona pienso en que no me equivoqué, estoy tranquila con mi decisión. Esa casa es un símbolo para mí y quiero conservarla así. Sé dónde está, ahora sé cómo se ve la foto de Google Maps en vivo. Cruzar la puerta hubiera sido como ir a ver una casa en renta, un conjunto de paredes que potencialmente significan algo y a la vez nada. Este lugar no está en mis recuerdos, tampoco me define. Yo nací ahí pero no pertenezco a ese país, ni a ese clima, ni a esa lengua. Soy una figura cuadrada que quiso entrar en una esfera hueca por el agujero circular.

Dual Citizens

Mi abuela paterna nació en Nueva York en 1930, vivió prácticamente toda su vida en la Ciudad de México. Cuando cumplió la mayoría de edad, tuvo la posibilidad de decidir qué nacionalidad quería y eligió ser mexicana. Siempre pensé que ella se había equivocado, se inclinó por la opción más romántica pero también la más ilusa, nunca se lo dije. Ella confiaba en que yo tomaría la misma decisión, o al menos eso esperaba de mí. En 1998 la Ley de Nacionalidad de México cambió, a partir de ese año fue posible tener una doble ciudadanía: la de nacimiento y la adquirida a través de los padres. De alguna forma, se otorgaba la posibilidad de evadir el dilema y vivir en la ambigüedad. La decisión de mi abuela por una o por otra ciudadanía nunca alteró la historia de su vida. Es decir, ella optó por la nacionalidad de su padre, pero eso no cambió el hecho de que mi bisabuela diera a luz en la

gran manzana. La decisión implicaba más una declaración de principios, una forma de manifestarse en contra de su propio pasado para delinear una identidad propia. Por encima de un sentido nacionalista, fueron las razones afectivas y la comodidad de expresarse en una lengua las que articularon el personaje que construyó de sí misma. La visita a esa casa me recordó el personaje que yo quería ser.

Legal alien

Decidí empezar a actuar como alienígena. Mi visita a Wisteria había desbloqueado una parte de mi pasado, había cumplido con el propósito del viaje, pero me quedaba un sentimiento de extranjería peor al que experimenté en el episodio del aeropuerto. Desarrollé un rechazo hacia la idea de ser norteamericana, era un reclamo irracional hacia mi propia historia. En el fondo reclamaba el no tener mi propia versión idealizada de la ciudad, no poseer ningún recuerdo auténtico y no querer permanecer ahí.

Empecé a mirar todo con cautela, traté de actuar en contra de lo que detectaba como la norma. Crucé poquísimas palabras con Amir, nunca quise contarle de las razones que me habían llevado hasta ahí. Tampoco le hice preguntas sobre la ciudad. En general hablé poco, procuraba no entablar conversaciones con nadie. El intercambio básico y superficial: “hola, adiós, gracias”.

Caminé por las rutas más largas, nadie más caminaba por las calles. Sólo vi tres tipos de personas en exteriores: las que esperan el autobús, las que pasean al perro y las que barren las hojas de su jardín. Más allá de esto, nada, sólo autos. Recordé las palabras de un taxista boricua que me llevó la noche que llegué: “Aquí nadie camina. En los seis meses que llevo aquí, nunca he caminado”. En contra de la norma, caminé todo cuanto pude.

Ann Arbor tiene un aire nostálgico que no noté en mis primeros días. En las caminatas al centro encontré un buen número de librerías de viejo, tiendas de ropa *vintage* y casas de antigüedades. No sé si esto sea una particularidad de esta ciudad o si es una tendencia que atraviesa al mundo, como si fuera posible regresar a nuestro propio pasado usando un overol de segunda mano que se vende al triple del precio

original. Prendas que, aunque son espantosas, se resignifican desde la melancolía.

West Side Shop: Used and Rare Books está en la calle Liberty y fue fundada en 1975. La librería se especializa en primeras ediciones, literatura de viajes y exploración. El dueño es un hombre de unos ochenta años que jamás ha salido de Estados Unidos. Lo sé porque escuché una conversación que tuvo con un cliente que le sugirió visitar Canadá. El librero le respondió que jamás había tenido un pasaporte. Su único viaje largo y el más memorable fue a Nueva York en 1978, el motivo: un concierto de los Rolling Stones. Lo contaba como si ese viaje le hubiera bastado para toda la vida.

En ese lugar compré un libro azul con pasta de tela, uno muy pesado; el dueño me hizo una nota a mano, anotó el título del libro que se desprendía de su librería y me agradeció la compra. Su historia me reconcilió con la ciudad. Me hubiera gustado decirle que su libro iba a viajar rumbo al sur y que pagué exceso de equipaje por llevarlo.

También en la calle de la libertad está Dawn Treader Book Shop, otra librería de viejo cuyo logotipo es un barco alado en medio de un mar agitado. Su nombre hace referencia al viajero del Alba, el primer barco construido por el príncipe Caspian para la flota de Narnia. A bordo de esta embarcación, los protagonistas de *Las Crónicas de Narnia* salen a buscar a los siete caballeros expulsados del reino de Miraz. La embarcación es el escenario principal y el medio para la aventura.

El nombre de la tienda parte de la idea romántica de los libros como vehículos capaces de trasladarte a universos lejanos a través de sus páginas. Medios portátiles que ofrecen tantas posibilidades como volúmenes en la estantería. Sin embargo, los libros viejos llevan en sí mismos la idea de travesía, un volumen es impreso en una ciudad y puede viajar a un lugar lejanísimo para terminar en manos insospechadas. Los libros se mudan de casa continuamente, no cambian de identidad pero se adecúan al librero donde se les acomode.

Tigres, aviación militar, elefantes, historia del medio oeste y aves son algunas de las etiquetas que aparecen en los pasillos de la parte frontal de la librería. Detrás, a la izquierda, están las primeras ediciones, a la derecha: poesía y ficción, al fondo: literatura infantil y juvenil. La sección de libros para niños no tiene un orden específico, son varios

pasillos revueltos; en uno de ellos hay una silla pequeña de plástico amarillo, camino hacia esa sección y tomo asiento ahí. Ojeo el anaquel que me queda más a la mano, entre algunos clásicos encuentro a un viejo conocido. Es un libro de la colección Little Critter de Mercer Mayer: *My trip to the hospital*, la esquina superior izquierda está rota, la edición es rústica, las hojas se sostienen con dos grapas. Pienso en la anécdota que me contó mi papá sobre el día que me sacaron del hospital para llevarme a Wisteria. Trato de creer que sí hacían -30 °C, que todo estaba cubierto de nieve, que tuvieron que estacionar el coche en la entrada, que salí envuelta en una capa gruesa rumbo a mi primera casa oficial.

Little Critter es un animalejo peludo, el protagonista de una popular serie de libros norteamericanos. En cada volumen se relata una de sus aventuras cotidianas: un día de pesca, la primera nevada, la escuela, la convivencia con el abuelo, etc. Lo reconozco porque lo he buscado durante años. Previo a mi nacimiento, mi mamá le compró a mi hermana un título de esa serie: *The new baby*, donde se narra la experiencia del animalejo ante la llegada de un nuevo bebé (su hermana) a casa.

Según mis reglas, el libro anunció que yo sería mujer. Crecí con ese libro, lo leí muchas veces, lo arrugué y hasta lo rayé. Nunca reparé en su origen porque siempre estuvo en mi casa; muchos años más tarde descubrí que el libro venía de Ann Arbor y que no era mío pero era sobre mí. Yo era ese nuevo bebé que llegó a Wisteria, como un extraño, a romper la rutina. *The new baby* también se cambió de casa y encontró un hogar en México, luego desapareció. Seguramente lo regalamos sin pensar en su importancia simbólica, se fue como cualquier libro viejo cuando parece inservible. El animalejo volvió a aparecer en Ann Arbor, empolvado y roto, junto con los recuerdos imprecisos e idealizados que me llevaron hasta ahí. Me recordó que no era mi primera vez como intrusa en esa casa.



Giorgio Lavezzaro

La escritura de lo callado

de Teoría de la voráGINE

Separar al ser humano del animal que es, parece parte de la doctrina occidental en la que se erigen nuestros aparatos sociales. Todo lo que recuerda lo animal nos hace pensar en lo primitivo. Chevalier recuerda que el arquetipo de lo animal remite a los instintos y lo inconsciente, “espejos de sus pulsiones profundas”. Desde los egipcios hasta las referencias bíblicas, pasando por la cultura turca o china, los animales regresan a decirnos que nos fijamos en ellos porque nos recuerdan algo de lo nuestro que, a veces, queremos olvidar: el animal que somos.

Y cada vez que asumimos con orgullo nuestra civilidad nos horroriza saber de una madre que ahoga a sus hijos o un padre que posee a todas las mujeres de su casa o que una persona es capaz de comerse a otra. Y nos aterra descubrir que las cosas que pensamos que ya habíamos superado como sociedad, como humanos, vuelven e insisten como los virus que mutan para resistir a las vacunas, y sus nuevas cepas son el mismo virus, pero al mismo tiempo otro que viene a recordar que nunca se ha ido.

*

Sin duda, la criatura de Frankenstein representa un hito en el imaginario de las criaturas que se rebelan contra su creador. Pero a ese imaginario le falta contexto. Porque en la imagen colectiva se antoja que la criatura nace predispuesta al mal; el

propio Victor Frankenstein, en el fondo, cree en ello (pero en él esa creencia es un modo de eludir la responsabilidad y la culpa).

Luego de usar la electricidad para dar vida a un ser con partes de animales y de humanos, de partes de cadáveres, Victor se asusta y huye sin saber qué ha pasado con su criatura. Y es en este escape, en esta huida, que la criatura deviene, más que mala, agónicamente sola.

Cuando Victor vuelva a su casa, habrán pasado dos años desde su creación y descubrirá, con horror, que su hermano pequeño ha sido asesinado. Durante todo ese tiempo, de cualquier modo, no ha tenido la consciencia tranquila. El recordatorio constante de lo que hizo lo asedia, lo caza en sus recuerdos. Por eso, al ir a la escena del crimen, al ver la sola silueta de su culpa, sabrá de inmediato de qué se trata:

El fulgor de un rayo iluminó aquello y me descubrió claramente sus contornos; aquella gigantesca figura y la deformidad de su aspecto, más espantosa que cualquier cosa humana, me confirmaron que era el engendro, el repulsivo demonio al que yo había dado vida [...] Nada que se asemejara a un ser humano podría haber destruido la vida de aquel precioso niño. ¡Él era el asesino!

Al descolocar de lo humano a quienquiera que perpetrara el crimen de su hermano, asume, en automático, que el único capaz de tal atrocidad sería la criatura (su criatura). Pero, cuando repara en los hechos, hay un pensamiento que le impide ver la verdad: “Casi habían transcurrido dos años desde la noche en la que se le dio la vida, ¿y aquel había sido su primer crimen?”. Victor se lo pregunta retóricamente, asumiendo la naturaleza atroz de su criatura. Sin embargo, no lo sabe (y no lo sabrá durante toda la novela, sino hacia el final), es un modo de hacer como si él no estuviese involucrado en aquel crimen. Digo involucrado mas no culpable: responsable. Su nivel de implicación no es el que tiene un autor intelectual o un cómplice, o como la responsabilidad que Oppenheimer tendría en el uso de la bomba atómica. Digo que está involucrado porque, si bien no puede responder por las decisiones de la criatura, sí podría responder por las decisiones que él tomó que afectaron de un modo crudo, radical y definitivo a la criatura. Pero no lo hace y éste es el infierno personal de Victor: esa culpa.

Sería como el nivel de responsabilidad que tienen los padres al, por ejemplo, abandonar a los hijos. Es decir, en algún punto ellos tendrán que decidir qué hacer con el abandono, aprender a vivir del modo en que puedan. Pero su condición de abandonados es algo que excede su propia responsabilidad, que recae en quienes emprendieron la huida. Del mismo modo, Victor es responsable por haber abandonado a su criatura. Le sorprende que pueda haberse vuelto tan infame, tan malvada, pero jamás considera que en su soledad tuvo que aprender a ser hombre en dos años, tuvo que aprender del mundo y sus tragedias al vivirlas en la carne, tuvo que enfrentarse al rechazo definitivo de los otros y, frente a todo eso, con lo único que contaba era con sus dotes sobrehumanos, su descomunal fuerza, su deforme cuerpo.

*

Una de las genialidades de Bram Stoker en su *Drácula* es que, justo cuando el lector odia, junto a los protagonistas, al abominable monstruo: “Eso es; pues ese ‘algo’ no es humano, ni siquiera es una bestia. Aunque, por otra parte, tras leer el diario del doctor Seward sobre la muerte de Lucy y los sucesos posteriores, es imposible sentir la menor piedad hacia *Drácula*”; luego de ese odio, el escritor encuentra el modo de ir más adentro. Logra mostrarnos después, desde la mirada femenina de una de sus próximas reclutas, una futura vampiro, que no todo en su vida es esplendor y perversión, que también, en el fondo, es un alma en pena que espera ser liberada de su tormento sin fin. Los protagonistas, ciegos a lo que tienen enfrente, consideran menos que una bestia al Conde, mientras que a su antigua amiga Lucy (esposa en el caso de Arthur), por la cercanía que tuvieron antes de sentir ese placer cruel para matarla, logran compadecerla. Es natural, a ella la conocieron antes de su volverse monstruo. Pero lo que no resulta natural es que no logren reparar en que, así como Lucy es un alma condenada a la sed vampírica, así como ella esperaba que alguien, al exterminarla, le diera el descanso eterno, también *Drácula*, en el fondo, era un hombre atrapado a la peor de las condenas.

Sólo Mina, luego de haber sido mordida por el Conde, logra entender esto:

El pobre ser que ha causado tantos sufrimientos es el más desgraciado de todos. Pensad en cuál será su gozo cuando, al destruir su maldad, sobreviva su parte buena, su alma inmortal. Debéis compadeceros de él, sin que esto impida que vuestras manos le hagan desaparecer de este mundo.

*

Se tiende a pensar en el pederasta como un engendro, un perverso que no tiene la capacidad de sufrir. Hay videos y testimonios que quieren mostrar al pederasta como un ser anestesiado, un ser que difícilmente podría sentir culpa, remordimiento, vergüenza, cualquier cosa.

Sin embargo, Humbert Humbert, el protagonista de *Lolita*, nos enseña de qué modo se padece cuando se está condenado a desear como si fuera un sentimiento abyecto:

Cualquier acontecimiento de mi vida amorosa [era] humillante, sórdida y taciturna [...] Se me ocurrió que horarios regulares, alimentos caseros, todas las convenciones del matrimonio, la rutina profiláctica de las actividades de dormitorio y, acaso, el probable florecimiento de ciertos valores morales podían ayudarme, si no para purgarme de mis degradantes y peligrosos deseos, por lo menos para mantenerlos bajo mi dominio.

H. H. sabe, desde el inicio, que la pasión que no se atiende puede desbocarse, como las aguas de los ríos cuando las lluvias incrementan su cauce. Pero, como con los ríos, no hay manera de prever cuándo el tiempo traerá del cielo consigo más mar evaporado, cuándo el cauce cederá a la violencia de las aguas y desbordará los caminos.

*

“Aunque me dijera a mí mismo que sólo buscaba una presencia que sirviera de blanco para mis tiros, un *pot-au-feu* superlativo, lo que realmente me atraía en Valeria era que imitaba a una niña”. ¿Sólo a eso puede aspirar un pederasta,

a placeres sustitutivos, a desplazar por todos los tiempos su deseo, a suspenderlo, a soterrarlo debajo de los placeres permitidos?

Ese desplazar, ese contener, no son empresas exentas de dolor: “Años de oculto sufrimiento me habían enseñado un autocontrol sobrehumano”. ¿De dónde viene este autocontrol al callar el sufrimiento? Cuando se padece y no se puede hacer nada al respecto, el mínimo de los consuelos está en poder tornar el dolor en narrativa: contar los pesares, ser escuchado. Pero, ¿qué pasa cuando no se cuenta con ese alivio momentáneo, cuando el más leve de los consuelos es negado? Se padece en silencio.

Incluso en los espacios destinados para la escucha, los lugares que deberían contener los demonios, no son lugares seguros para el pederasta:

Descubrí que había una fuente inagotable de placer en jugar con los psiquiatras: consistía en guiarlos con astucia, cuidando de que no se enteraran de que conocía todas las tretas de su oficio, inventándoles sueños elaborados, de estilo puramente clásico (que los hacían soñar y despertarse a gritos a ellos mismos, los extorsionistas de sueños), burlándolos con fingidas “escenas primitivas”, ocultándoles siempre el menor vislumbre de la propia condición sexual. Soborné a una enfermera para tener acceso a los ficheros y descubrí con regocijo una tarjeta en que se me describía como “homosexual en potencia” e “impotente total”.

*

Difícilmente, al ocultar todo el tiempo lo que se desea, al intentar contener todo el mar hacia adentro, se tiene éxito. Tarde o temprano se llega a sucumbir a la inclemencia y se cede, al menos, a la terrible fantasía:

Ingresé en el nivel de existencia donde nada importaba, salvo la infusión de goce que fermentaba en mi cuerpo. Lo que había empezado como una distensión deliciosa de mis raíces más íntimas, se convirtió en una rutilante comezón que ahora llegaba al estado de una seguridad, una confianza, una firmeza absoluta inhallables en la vida consciente.

H.H. decide dejar de pelar contra el deseo y se imagina a sí mismo en el paroxismo de su realización:

Me sentía orgulloso de mí mismo. Había hurtado la miel de un espasmo sin perturbar la moral de una menor. No había hecho el menor daño [...] La niña no sabía nada. No le había hecho nada. Y nada me impedía repetir una maniobra que la había afectado tan poco, como si hubiera sido ella una imagen fotográfica titilando sobre una pantalla, y yo un humilde encorvado que se atormentaba a sí mismo en la oscuridad.

El problema de las fantasías es que alimentan al deseo tanto, o quizá más, de lo que la propia experiencia real lo azuza.

Pero luego de la fantasía, de permitir que viva y arda piel adentro, un día se puede desatar el incendio y su resquemor se instalará debajo de la dermis de quien la ejecuta como quien de la padece: perpetrador y perpetrado unidos por el mismo trauma, en su verso y su reverso.

de Recuperar la voz

Hay experiencias desagradables, traumáticas, que se quedan con nosotros, incluso cuando suponemos que las hemos superado, que finalmente se han quedado atrás. Vivencias que regresan en los relatos de los otros, en nuestros sueños recurrentes, en los miedos que nos hemos formado del mundo y no entendemos. Eso pasa con la experiencia del abuso; uno quisiera transpirarla, desintoxicarse de ella. Entonces se empiezan a hacer cosas para sacar del organismo las células muertas, lo descompuesto; incluso uno se llega a contar que puede expedirse, como si fuera ajeno al cuerpo, que puede mandarse lejos a que se desintegre en otro lado, que se puede hacer como si la superficie del organismo propio quedara impoluta, intacta al contacto con la podredumbre; pero en realidad está siempre ahí. Porque se queda con nosotros como una marca en la espalda de la que, si uno se esfuerza, es posible olvidarse en tanto que no se mira, hasta que alguien más lo recuerda o menciona las marcas de la espalda o habla de sus propias marcas y entonces regresa la incomodidad, aunque en realidad nunca se ha ido (es sólo que la colocamos entre paréntesis, tratamos de habituarnos a

ella, como si no estuviera ahí, como si nunca hubiera estado, pero no es cierto).

*

Luego de una primera experiencia de abuso sexual algo cambia en la manera de relacionarse con el mundo, con los otros. Algo cambia acerca de la intimidad. Y a partir de este cambio se comienza a construir (porque no hay otro material con el cual hacerlo). Y entonces uno se comienza a relacionar con los otros desde el abuso sin darse cuenta. Porque no se decide en modo alguno haber sido abusado, pero tarde o temprano termina siendo un rasgo del que uno puede volverse responsable, decidir qué hacer con él. Descubrir por qué, por ejemplo, uno permite, cuando es adulto, que otros abusen. Descubrir por qué uno se relaciona con abusadores.

*

La semántica del abuso remite a lo sexual. Pero no es sólo en este terreno (explícitamente) que puede presentarse. El abuso es una situación que coloca a sus actores en una relación desigual: uno goza de un poder inaccesible al otro quien se descubre indefensa. Todos llegamos, en diferentes esferas y momentos de la vida, a relacionarnos con esta dinámica en cualquiera de sus posiciones.

El abuso está latente en todas las relaciones humanas.

De ahí que su semántica adquiera registros tan variados que van desde lo sexual hasta lo cotidiano: abusar del tiempo, de la confianza, del poder, de la generosidad, abusar del otro. Desde el maestro que reprueba al alumno porque no le simpatiza, el funcionario público que niega un servicio sin ninguna razón salvo el criterio que menos debería importar (la opinión), hasta el jefe que usa su autoridad laboral con fines ajenos al trabajo, la vivencia de abuso nos remite a una vivencia infantil.

Y no porque, como llegó a creer Freud en sus primeros años, en cada uno de nosotros anide escondida la experiencia del abuso (sexual) paterno. Sino porque la experiencia de la infancia (y habría que recordar que el infante, etimológica y realmente, es el que carece de palabra) es una etapa en la que vivimos con la vulnerabilidad expuesta y, aunque en el seno

familiar se nos proteja, el mundo se encarga, de un modo o de otro, de hacernos partícipes del abuso. Desde el amigo líder del grupo al que se cede a hacer cosas que nunca se harían por voluntad propia (por el mero deseo de encajar, porque se tiene el impulso de agradar a los otros, porque el miedo a la soledad no es tan terrible como el miedo de ser aislado), hasta el pariente mayor (porque al interior de la familia se tejen estas historias, en el lugar más escondido por ser el más expuesto) que nos induce a participar de alguna actividad ilícita (para el código familiar o social); desde la posición de poder o desde la posición vulnerable, la experiencia del abuso nos constituye.

Y es que difícilmente en el mundo hay medias tintas (acaso la sentencia cristiana del rechazo a los tibios entrañe este conocimiento: no hay, en realidad, gente que no se incline por un polo o el otro, sólo personas sin las agallas para reconocerse como son). Cuando se habla del abuso o hemos sido partícipes de la posición de poder o hemos sido vulnerados. Y esto, si se mira más de cerca, parece un fractal o un precipicio del que no se puede determinar cuándo comenzó la caída: quien ha sido abusado se enreda en la espiral que lo conduce, si se deja arrastrar por la inercia, a buscar la venganza y posteriormente volverse victimario y el abusador ha vivido ese mismo camino. Es sólo una cuestión de perspectiva, desde dónde se comienza a recorrer la espiral o la banda de Möebis: al final ambos caminos terminan siendo el mismo, aunque en apariencia se muestren uno como el reverso del otro.

Es, probablemente, una experiencia que atraviesa la genealogía propia, que se itera y da vueltas y gira y se vuelve un ciclo hasta que alguien, en algún punto de la historia familiar, de pronto decide que está harto de dar vueltas en círculos, mas no porque lo pueda decidir sólo, sino porque lleva en sus espaldas el cansancio de todas las generaciones que han sido devoradas por el mismo abismo. Eso o, como Aureliano Babilonia, termina de perpetrar el secreto familiar arrastrado por cien años de soledad y termina siendo arrasado por ese torbellino.

*

La criatura que describen los personajes de Mary Shelley en *Frankenstein o el moderno Prometeo* no tiene un nombre propio, pero es revelador que se haya confundido, con los años, al creador con lo creado, que se piensen como una sola cosa: la criatura lleva el nombre del creador, como una especie de justicia poética de la historia.

Al leer la creación de Shelley hice algunas notas, fui dislocando del libro los pasajes que iban articulándose a mi escritura. Me impresionó ver cómo mucho de lo que hace el propio Frankenstein parece más monstruoso, más ruin, que lo que hace su criatura. Incluso releendo las citas en las que hablan de la criatura y del creador, en muchos casos tuve que regresar a la obra para saber quién había dicho qué.

En el *Frankenstein*, creador y criatura se confunden, uno es una parte inconfundible del otro y el otro una parte del uno. Por eso en el imaginario han traspasado las barreras de la metonimia y se han fundido en una sola entidad literaria.

Frankenstein descubre, influido por su formación accidentada entre alquimia y química, entre misticismo y ciencia natural, cómo crear vida y, sin reparar en nada, sin pensar en qué sentido tendría emprender semejante empresa, poseído por el anhelo de crear algo nuevo, emprende el recorrido que transformará su vida y la de quienes ama. Lo primero en lo que piensa Shelley es en la colindancia de la vida y la muerte. Al necesitar un cuerpo al cual dar vida, se necesita utilizar la carne inanimada que yace en los cementerios. Desde su búsqueda, Frankenstein se transforma:

Mi atención se centró en todos aquellos detalles que resultan insoportablemente repugnantes a la delicadeza de los sentimientos humanos. Vi cómo las hermosas formas del hombre se degradaban y se pudrían; y observé detenidamente la corrupción de la muerte triunfando sobre las rosadas mejillas llenas de vida; vi cómo los gusanos se apropiaban de las maravillas de los ojos y el cerebro.

En algún punto, una vez iniciada la tarea, se da cuenta, en retrospectiva, de que no podía detenerse (ni siquiera a pensar qué haría si tenía éxito):

Me tiemblan las manos ahora y siento deseos de llorar al recordarlo; pero en aquel entonces un impulso irrefrenable y casi frenético me obligaba a continuar; era como si hubiera perdido el

alma o la sensibilidad para todo, excepto para lo que perseguía [...] a menudo sentía que a mi naturaleza humana le repugnaba aquella ocupación, pero, aún apremiado por la ansiedad que constantemente me acuciaba, proseguí con el trabajo hasta que prácticamente le di fin [...] Mi ansiedad amargaba mi entusiasmo y, más que un artista ocupado en su tarea predilecta, parecía un esclavo condenado al trabajo en las minas o a cumplir con cualquier otro trabajo infame.

En su febril tarea, no se reflexiona en las posibles consecuencias que traería al mundo, a su mundo, conseguir que un experimento de esa naturaleza fuese exitoso. Vive atormentado por la culpa, pero, y él mejor que nadie lo sabe, eso no lo exime de su responsabilidad.

*

En los testimonios y las conversaciones que suceden en la clínica se pueden leer los trazos sutiles del abuso, cómo sucede sin que uno pueda dar cuenta de él, cómo es una dinámica mucho más usual de lo que uno pueda imaginarse. Y es que, sobre todo cuando se es adulto, se tiende a imaginar que el abuso no podría tener lugar, no más, en tanto que se le piensa como algo restringido al mundo infantil; de cierto modo es verdad, pero no en el sentido lineal en el que se piensan en general las etapas de crecimiento, esas categorías que nos inventamos de la vida humana, sino del modo dinámico en que en realidad crecemos, del modo en que la infancia nos habita y se suma a la pubertad, a la adolescencia, a la adultez y que se nos revela cuando vemos a los ancianos volver a ser niños en ese momento de la vida en que el tiempo se agota y se conjuga, cuando todas las sabidurías desembocan en un sólo cauce: volvemos a ser niños porque nunca dejamos de serlo.

Y esto es hermoso, atterradoramente hermoso.

Ser niño implica estar a merced de los otros, completamente vulnerable. Y eso asusta. Porque hay cosas que sí se tienen en los primeros años que se van perdiendo, como la ingenuidad y la inocencia (aunque no del todo, nunca por completo) y ahora sabemos que esa vulnerabilidad puede ser

franqueada, a veces, por la persona más cercana, por quien desde la palabra misma puede herir a quemarropa. Quizá por eso el terreno amoroso es el lugar en el que la puerilidad tiene su expresión más frecuente en la vida adulta y de pronto nos descubrimos hablando con voces impostadas y ridículas o abriendo el cuerpo todo, como herida, sin reparar en el riesgo, confiando, o queriendo confiar, en que el otro no usará el poder en potencia que cierne en torno a la exposición de dicha vulnerabilidad. Porque la intimidad más estrecha, en el fondo, es eso: saber que el otro nos conoce tan bien, tan profundamente, que, si la vida diera un giro inesperado, si el lazo hoy amado se volviera un día enemigo, ese otro podría herir como ninguno, pero se espera, se confía, se apuesta a que, sin embargo, incluso en esa enemistad, el otro no hará daño. También es cierto que, muchas personas, frente a ese miedo, ante el abismo, prefieren permanecer en el borde y jamás dar ese salto. Son las personas que han aprendido del mundo a desconfiar, que son más que cuerpo, coraza, y que, acorazados, se prefieren su refugio, su cerrarse en sí, para no ser heridos (nunca más). Son las personas que olvidan que las terminaciones nerviosas del dolor son las mismas que las del placer y que, queriendo renunciar al primero, terminan renunciando a todo. Son esas personas que se abren a ninguno, que vuelven de su soledad un escudo, cuya interioridad cierran incluso a sí mismas.

Sin importar cómo decidimos relacionarnos con los otros, lo cierto es que nuestras relaciones todas están atravesadas, también, por el poder, del mismo modo en que todas nuestras actividades se nutren de la sexualidad. Quizá por eso sea tan reveladora la sentencia de Oscar Wilde: “todo en el mundo es sobre sexo excepto el sexo. El sexo es acerca de poder”. Porque de ambas aguas se embriagan todas nuestras relaciones y todo en el mundo y, en el terreno del sexo, en el lugar en el que explotamos sin extinguirnos, el lugar en el que encontramos la “pequeña muerte”, es donde todo vuelve a su sitio; al desnudo, donde las apariencias dejan de importar porque no hay nada que nos cubra, donde todo se revela, aflora también el poder en su forma más íntima y es cuando

resulta más difícil no usarlo. Porque si algo tiene el poder que pueda ser hermoso es renunciar a él, saber que se tiene y decidir no usarlo “como el Fénix que no resucitó por ternura a las cenizas”, como quería Mugica.



Jo. Trujillo

Arraigo

En la Mixteca Alta de Oaxaca se sigue la tradición de enterrar bajo un árbol, en el lugar donde fue parido, el cordón umbilical del recién nacido. Así la criatura echará raíces: tendrá un hogar. El cordón umbilical de Rodrigo Jardón (Ciudad de México, 1987) fue enterrado en una maceta, hoy extraviada luego de alguna mudanza.

A diferencia de un árbol, enraizado firme y eternamente en el mismo lugar, la planta que crece en una maceta no está arraigada a ninguna tierra. Es nómada por naturaleza. A Rodrigo Jardón le tomó catorce años echar raíces, encontrar *su* hogar. Fue una etapa de nomadismo caracterizada por el cambio constante de casa y por varios viajes fuera de México.

Su producción fotográfica avanzó de manera paralela a su búsqueda de arraigo. En los contextos que fotografió en ese periodo es posible reconocer un punto en común: son comunidades que de alguna u otra manera son *outsiders* por convicciones personales o viven una suerte de extranjería, sea por razones políticas o migratorias. Muchas veces esas circunstancias les llevan a arraigarse más, como un acto de resistencia, a aquello que les da identidad: su práctica religiosa, su lengua, sus tradiciones.

Cuando su madre le regaló su primera cámara fotográfica, Rodrigo tenía 14 años. Se la dio con la encomienda de tomar fotografías y grabar videos de Manuel, su hermano menor. Para ella era importante tener recuerdos de él. Entre los momentos que Rodrigo eligió conservar están una tarde en familia en la playa; su hermano jugando alegre con sus primas

en la sala de su casa en distintas ocasiones; él y su madre abrazados amorosamente acostados en el sillón, y la que sería –sin saberlo– su última fiesta de cumpleaños. Manuel murió pocos días después de haber cumplido 4 años, tras dos años de tratamientos contra el cáncer. Eran finales de 2002.

Fue un periodo muy raro para mí porque no entendía muy bien lo de mi hermano. Sabía de cierta forma que iba a morir. No lo deseaba ni remotamente, pero era algo que sentía. Como si te hubieran contado el final de una película. Y era algo que no podía hablar con mis papás, entre que mi papá trabajaba para conseguir dinero y mi mamá estaba en el hospital con mi hermano. Cuando él murió, mi mamá dejó de hablar un mes. Ellos vivían en su rollo y yo en el mío. Nunca hablamos de eso.

La enfermedad y muerte de su hermano poco a poco separaron a la familia. Cada quien manejó el duelo como pudo, y con el tiempo tomaron caminos distintos. Su madre y su padrastro se divorciaron en 2007 para empezar de nuevo con otras parejas. Por su parte, Rodrigo empezó un periplo por numerosas casas.

Vivió con la familia de su novia de la secundaria por un año; los siguientes dos los pasó en casas de distintos amigos músicos, a quienes fotografiaba como una forma de retribuir su hospitalidad. Cuando estudiaba la licenciatura, se mudó seis meses al departamento de su novia; después rentó un cuarto en la Colonia Del Valle, y de manera intermitente volvió con su madre. Se estableció por tres años en un departamento de la unidad habitacional El Altillito, en Coyoacán, que compartió con un *roomie* antes de mudarse a Nueva York por siete meses, a donde había viajado cada dos meses durante un año. Fue justamente en esa mudanza en la que abandonó la maceta con su cordón umbilical; su madre la había llevado consigo cuando se refugió con él por unos meses. A su regreso de Nueva York, en 2015, pasó tres meses en la Mixteca oaxaqueña con su abuela y, al volver a la Ciudad de México, residió por poco más de medio año en un pequeño cuarto en una casa comunitaria de músicos en Taxqueña. Finalmente, a mediados de 2016, estableció su hogar en una pequeña y acogedora casa en un barrio de Coyoacán, donde hoy vive solo.

Tomar distancia

Ese periodo de catorce años de nomadismo también estuvo marcado por varios viajes fuera de México, como: Corea del Sur, Cuba, Estados Unidos, Argelia, Israel y Palestina, y Turquía. Quizá, como dice Win Wenders en la cita que Jardón incluyó en su tesis de licenciatura, “no estaba atraído por la distancia sino rechazado por la cercanía” (*El acto de ver. Textos y conversaciones*, 2005). Viajar fue una forma de alejarse físicamente para procesar experiencias; una búsqueda personal para encontrar su lugar.

En 2009 se fue de gira tres meses por México y Estados Unidos con la banda de rock Sour Soul. Fue un viaje iniciático: su primer proyecto fotográfico documental, su primera aventura, y también la vía para titularse de la licenciatura en periodismo. Su tesis indagaba si la fotografía podía mostrar el proceso de transformación de una persona durante un viaje, a la manera de una *road movie*. Documentó lo que sucedía alrededor de seis jóvenes de veintitantos en su intento de vivir de hacer lo que les gusta: tocar música, en una gira financiada por ellos mismos. Su registro es cercano, el del amigo que forma parte del grupo y vive con ellos esa experiencia. Las fotografías dan cuenta no sólo del desplazamiento geográfico, a través de caminos de carretera entre montañas y un entorno que cambiaba conforme avanzaban, y de los conciertos en distintos lugares, desde una cafetería o una tienda de ropa hasta un escenario, sino ante todo de la convivencia, las peripecias y las formas de pasar el tiempo juntos entre una presentación y otra. La avería de la camioneta; divertirse en una fiesta de disfraces en Halloween; tocar en la calle por unas monedas; pasar la noche en hamacas en un taller de bicicletas; y las comidas juntos, como una familia, en algún restaurante de comida rápida, son algunos de los momentos capturados.

Años después me di cuenta que muchos de mis amigos no veníamos de familias muy cercanas, muy unidas. Éramos una bola de güeyes que sus papás estaban muy ocupados. Crecimos como niños de la selva, pero en la ciudad. Para mí ellos son mi familia, más que mis papás. Me siento muy cómodo estando con gente que no me juzga. Mi familia es muy prejuiciosa con que yo viva solo,

que no tenga una familia, porque son muy conservadores. A esos güeyes les vale madres.

En marzo de 2010 Rodrigo decidió ir a un *tour* político, junto a seis jóvenes activistas y una diputada, a los campamentos de refugiados saharauis en Tinduf, Argelia, por un par de semanas. El Sahara Occidental es una antigua colonia española en África que desde finales de la década de 1970 permanece bajo el control de Marruecos. Los saharauis se han visto obligados a vivir desterrados, en medio del desierto de Argelia, con problemas de electricidad y agua, y dependientes de la ayuda internacional.

Las fotografías de Jardón nos aproximan a la vida cotidiana de los refugiados saharauis en el campamento: casas de ladrillos de adobe y tiendas de campaña; un entorno lleno de vestigios de la guerra (restos de camiones, tanques y campos minados); mujeres vestidas con la *melfa* —la vestimenta tradicional de la mujer saharauí, una tela colorida que cubre todo su cuerpo y las protege de la arena y el sol—; retratos de mujeres y de madres que cargan en brazos a sus hijos; retratos de niños y niñas y sus formas de jugar y divertirse, como encontrar en un tiradero de municiones aquellas que tienen pólvora para reír mientras las hacen explotar. Las vistas panorámicas del campamento muestran el aislamiento al que están sometidos al vivir en medio de la nada. No es una ciudad, es un desierto.

Su siguiente viaje, en el invierno de 2011, fue a Israel y Palestina, dos países en conflicto desde finales de la década de 1960 cuando Israel conquistó el 78% de Palestina. El territorio palestino quedó reducido a lo que se conoce como la Franja de Gaza y Cisjordania, donde Israel estableció asentamientos judíos y puestos de control militar, y construyó una barrera de seguridad para separar territorios. Esto ha restringido de manera importante la circulación de palestinos, y ha provocado tensión y distintas formas de violencia entre ambas partes.

Quería ver por mí mismo algo que en los medios siempre había visto desde gente que estaba de un lado u otro, las construcciones que existen encima de eso. Quería documentar cómo se vive allá, un lugar que en mi imaginario era casi una zona de guerra. Y pues no. Es un país que vive en un estado de ocupación militar.

La mirada de Rodrigo no es la de un activista —no buscó denunciar ni tomar partido— sino la de quien se interesa por entender cómo es la vida cotidiana bajo la ocupación; en medio de la tensión constante que genera el no tener la libertad de ser y transitar por un conflicto complejo de múltiples capas. En sus recorridos por la ciudad, fotografió a un anciano frente a un puesto de verduras en un mercado en la calle, a una mujer de semblante duro con su hijo en brazos y el rostro de un niño sonriente que mira a través de la ventana trasera de un coche. También, huellas del conflicto árabe-israelí, como una reunión del Frente Popular para la Liberación Palestina y grafitis políticos que exigen una Palestina libre, y los efectos de la presencia militar en los puestos de control, como detenciones y largas filas de automóviles que esperan pasar; así como las agresiones de piedras y gas lacrimógeno entre ambas partes, que suceden todos los viernes frente al muro que separa al territorio israelí del palestino.

Dos años después, en enero de 2014, Rodrigo viajó al sureste de Turquía motivado por conocer la vida de los kurdos. El Kurdistan es un pueblo sin Estado propio cuyo territorio ocupa la región montañosa fronteriza entre Turquía, Siria, Iraq e Irán, y al que desde fines de la Primera Guerra Mundial Turquía le ha negado su independencia. La falta de reconocimiento no sólo ha derivado en masacres y diversos conflictos armados, sino también en la negación de su identidad —un tipo de violencia simbólica—, que por mucho tiempo les impidió hablar y enseñar su lengua. Por ello la transmisión oral de su historia ha sido clave para preservar su identidad.

En Mardin, Rodrigo pasó una semana con la familia Cirik, a través de quienes pudo retratar el arraigo a sus tradiciones, pues, como escribió Jardón en un texto para la revista digital, *Límulus*: “Los kurdos en Turquía luchan en contra de la asimilación, es una lucha cultural más que armada como ocurre en Irak, y me interesaba saber cómo se expresa esta resistencia identitaria que depende en gran medida de la unidad familiar”. Retrató al patriarca de la familia, y a la madre mientras amasa el pan. Fotografió la dinámica al momento de comer: los hombres sentados en el piso, alrededor de un gran plato de comida del que comerán todos. En otra fotografía, también sentadas en el piso, aparecen reunidas mujeres de distintas generaciones, todas llevan la cabeza cubierta con un paño y el

cuerpo cubierto por completo con largas faldas o pantalones. En ninguna fotografía conviven hombres y mujeres en el mismo espacio. También muestra la práctica religiosa de la familia en la mezquita, así como vistas de la ciudad y de sus calles.

A su regreso de Turquía pasó siete meses en Nueva York, donde, entre otras cosas, tomó talleres de fotografía y realizó una pasantía en un archivo fotográfico. No se halló en esa ciudad. Fue momento de poner fin al alejamiento físico y acercarse a aquello de lo que se había distanciado: su familia.

Encontrar un ancla

El relato sobre el efecto de tomar vodka y vivir en un lugar donde no hay nada que hacer, como Siberia, que describe el periodista Jacek Hugo-Bader en *La fiebre blanca*, le recordó el ambiente de la Mixteca Alta de Oaxaca, de donde es originaria su abuela materna. Motivado por esa lectura, a mediados de 2015, Rodrigo decidió vivir unos meses en Santiago Nundiche para iniciar un proyecto fotográfico sobre los mixtecos. Fue un viaje para volver al origen: sus raíces indígenas, su madre.

Jardón fotografió la geografía del lugar aislado entre verdes montañas, sus grutas y paisajes. También sus tradiciones: la Danza de los Diablos, la quema de toritos (juegos artificiales), el retrato de una quinceañera orgullosa, ataviada en un vestido azul con verde; y otras manifestaciones de fe y religión. En el conjunto hay un retrato de su abuela, ensimismada en sus pensamientos, sentada sola en la cocina de su casa de muros de ladrillo y piso de concreto. Derivado de ese acercamiento a la Mixteca, a la par, Rodrigo empezó a documentar el esfuerzo de una comunidad de migrantes mixtecos en Fresno, California, por honrar su herencia cultural y preservar sus raíces.

Es un proyecto que sentía que tenía que ver conmigo, a diferencia de los otros que era buscar algo. En éste ya estaba por sentado que tenía que ver conmigo. Se convirtió más en un trabajo de reencontrarme con mi abuela, mi mamá de cierta forma. Un poco entender por qué mi mamá es como es.

Entendió que la dificultad de su madre para expresar sus emociones tiene que ver con el contexto del que viene su familia: un lugar donde la gente calla y el alcoholismo y el machismo se han normalizado.

Me sentí muy yo en algún momento de eso. Sentí que había encontrado un ancla porque descubrí algo que tenía que ver conmigo. No era un lugar al que vas y te regresas y ya.

Ese viaje a la Mixteca fue el final de una búsqueda: le ayudó a entender de dónde viene. Este proceso de autorreflexión culminó también en la revisión de su producción fotográfica realizada hasta ese momento —desde la gira con Sour Soul en 2009 hasta su estancia en Nueva York en 2016— en un intento por comprender las constantes visuales de su mirada y su atracción por ciertos entornos. El resultado fue el fotolibro *Homelands*, un ensayo de siete series en el que dialogan fotografías de distintos viajes y textos sobre su vida y sus vivencias en esos viajes, escritos a manera de un diario. Fue la primera vez que escribió sobre algo personal: la muerte de su hermano, sobre su madre, padrastro y padre biológico, y sobre dos relaciones amorosas. El resultado de la edición es el relato de un viaje, tanto físico como emocional, que va de la juventud a la vejez, de la primavera al invierno, y del exterior al interior. Un viaje cuyo destino final fue él mismo.

Homelands lo escribí pensando en pasado. Lo que hice fue entender yo mismo por qué había ido a ciertos lugares. El libro era hablar de eso y ahondar en esta búsqueda de la familia en general, de empatía en otros lugares. Había pasado lo de la Mixteca, y supongo que parte de encontrarme en esa situación fue poder ver en retrospectiva ese nomadismo y ese estar buscando. Y sí, ya no me mueve tanto estar buscando. No me siento tan incómodo siendo yo mismo.

Al término de esa búsqueda personal, de este largo viaje de Medio Oriente a la Mixteca, y de pasar nueve meses en una ruidosa casa comunitaria con más de seis músicos, Rodrigo llegó a vivir a la casa en Coyoacán donde reside actualmente, que convirtió en el hogar que había deseado tener. “Esta casa eres tú”, le dijo su abuela materna cuando lo visitó en

alguna ocasión durante el proceso de remodelación. Es un lugar rústico. Transformó lo que era el antiguo taller de una escultora en un jardín lleno de plantas, con un camino en el medio que lleva al interior de la casa. Entre las plantas hay algo parecido a un pequeño altar con un retrato de Peter Murphy y pequeños objetos, y a un costado, en un pedestal, conserva una réplica en piedra de Xochipilli, “El príncipe de las flores”, dios mexica del amor, la belleza y el placer.

Antes vivía en un departamento, era más moderno. No me importaba ni siquiera el espacio donde vivía, donde fuera estaba bien. A partir del proyecto de la Mixteca empecé a buscar estos espacios. A veces te permiten esa sensación de que puedes estar solo, en tu pedo. Una de las cosas que me gustaba en esa época, y que fue una de las razones por las que me vine a vivir aquí, es que tú puedes tener tu casa y no necesitar nada más.

Su casa es un anexo de aquella donde vivió con la familia que lo cobijó durante los últimos meses de enfermedad de su hermano, y el año posterior a su muerte. Echó raíz en el mismo lugar donde empezó a ser un nómada.

He aprendido, después de varios lugares, que puedo encontrarme bien en cualquier sitio. Mi lugar soy yo.

NOVELA

Presentación

He tenido el gusto y el privilegio de seguir los trabajos novelísticos de siete destacados jóvenes mexicanos, en los que encuentro diversidad temática y búsquedas estilísticas muy interesantes. Hay en sus narraciones desde acercamientos al mundo de la locura hasta reminiscencias del pasado reciente personal, exploraciones de la absurda violencia, o travesías en la historia que se remontan a varios siglos; cada uno de estos relatos ha ido encontrando su propia figura lingüística que demanda la escritura particular de su texto de ficción.

Laura Sofía López Maravilla ha emprendido una inmersión en la psicología de su personaje confrontado ante la *horroribilidad*; Héctor Felipe Ramírez Núñez quiere explicar, asombrándose, los mecanismos humanos de la violencia; Néstor Isay Pinacho Espinosa ambiciona una novela estructuralmente diferente, porque es lo que exige su narración; Jorge Armando Ríos Treviño se sumerge en la época novohispánica y recrea el lenguaje de la época para relatarnos la aventura de su personaje; Esteban Hinojosa Rebolledo le sigue la pista a un niño maya trasplantado en la Ciudad de México, sus experiencias diferentes, sus desencuentros emocionales y culturales; Juan José Nuño Anguiano le apuesta a la comicidad a través de la exageración, el sarcasmo, el absurdo y el juego; Jesús Uriel Mejía Vidal, en una prosa ajustada, une la sonoridad de la

lengua a los requerimientos musicales de su anécdota: el niño que hereda una trompeta.

Es notable el trabajo de estos siete narradores, que sin duda harán aportes generacionales a la literatura mexicana.

Dante Medina



Esteban Hinojosa Rebolledo

Por suerte las jacarandas

La cárcel

Hay muchas maneras de acabar con la vida de uno mismo. Algunas te conducen al cementerio, a ser devorado por los gusanos, a convertirte en tierra y al alivio. Otras te llevan a la cárcel, a la vergüenza, al arrepentimiento y, quizás, a un nuevo comienzo.

Hace apenas medio año, los únicos nuevos comienzos que me importaban eran los de las cascaritas del futbol en la cancha del pueblo. *Espérate, marrano, que apenas estoy recuperando el aliento.* Ahí, en la tierra en la que los rayos del sol se quiebran entre los árboles de mango y caen en pedacitos sobre el suelo rojo, mi equipo casi nunca perdía. Para el segundo y tercer partido de nuestras tardes de torneo, lo que más les importaba a los integrantes de los equipos contrarios era no darnos tiempo para respirar entre un partido y otro. Pero tampoco cuando por fin un puñado de flacuchos nos anotaba tres goles antes de que nosotros a ellos, mi equipo resultaba perdedor. Eso nunca ocurría antes de las siete de la noche. *Ahí vienen las morritas, mijo.* Para entonces las chicas más guapas comenzaban a salir al parque. Mario, Pedro y especialmente yo éramos los que más sonrisas recibíamos. Con el sol a punto de ser lamido por las lenguas oscuras de los plataneros y masticado por los alambres de púas de las parcelas, las jugadas que más nos importaban ya no tenían nada que ver con balones y porterías. Todo se trataba de las chicas. Y no sólo de sus sonrisas y sus manos. Justo un par de meses antes de mudarme a la capital, las

mujeres se profundizaron en mi imaginación y en la de mis amigos. Bastó que cada uno de nosotros pasara una noche con Rufina para que todas las chicas de mi pueblo dejaran de parecernos playas breves y transparentes y se convirtieran en océanos. Con Mario y Pedro pasábamos horas hablando de lo mismo. De ellas. *Parsifal es el más pendejo con las mujeres.* Mis amigos no me perdonaban que hubiese llevado a Marta al cine y que ni siquiera le hubiera tocado las piernas. No fue fácil conseguir el permiso para llevarla a la ciudad, solos, en mi camioneta. Nadie tenía que explicarme por qué era casi imposible que nos dieran permiso. Yo sabía la respuesta porque vivía debajo de mi piel desde que Refugio me dejó pasar a su cuartito de palos, allá donde el pueblo termina y comienza la carretera a la ciudad. Desde que me tocó los testículos con las uñas y me sentó en su cama. Desde que se colocó encima de mí como si fuera yo un caballo y ella tuviera prisa de llegar a un lugar que resultó no ser un lugar sino un grito. Desde entonces yo no necesitaba que me explicaran por qué el papá de Marta no iba a permitir que fuéramos solitos al cine. Pero mi papá podía arreglarlo todo. *Tranquilo, ni la falta de lluvia del año pasado que casi te deja sin cosecha te puso tan nervioso.* Desde los catorce años mi papá me asignó un pedacito de su tierra, que para que aprendiera a ser responsable y a pagarme mis propias cosas. Luego Marta me confesó que su papá no sólo había accedido porque el mío fue a decirle que le aseguraba que yo era un muchacho muy decente, ni porque nos habían obligado a llevar a sus dos sobrinos como chaperones, sino porque a él le constaba que yo era un muchacho responsable. Me había visto batallar con una plaga que atacó mi sembradío de limones y no rendirme hasta que la eché fuera. *Ustedes no tienen idea. Son medio pendejos para entender y yo para explicar. Lo único que puedo decir es que ni siquiera pensé en tocarle la pierna.* Era verdad. Sus sobrinos se habían dormido casi todo el trayecto de media hora. Poner mi mano sobre la rodilla de Marta hubiese sido muy fácil. Pero yo ni siquiera quise averiguar si ella tenía ganas de que lo hiciera. Con sostener su mano, a sabiendas de que la estaba llevando de regreso a su casa luego de haber pasado la tarde en la ciudad, me sentía el hombre más poderoso de mi pueblo. No quería dejar de verla, pero imaginar el momento en que la iba a devolver a salvo en las manos de su padre me hacía querer llegar más rápido.

Es muy decente y trabajador el muchacho de Poot. Los días terminaban ligeros, como la caída de los pétalos del palo de rosa y comenzar de nuevo no significaba nada salvo en la cancha de fútbol, cuando los equipos rivales nos urgían a continuar sin haber descansado antes.

Pero en la celda de la cárcel no podía pensar en otra cosa que en un nuevo comienzo para mi vida. Me obsesionaba repasar cada instante desde mi llegada a la ciudad para encontrar el origen del error, el punto en el tiempo en el que me apoyé con los pies torcidos y acabé convirtiéndome en un monstruo.

–No es para tanto –mi tío insiste en que exagero. Exagero yo y exagera la gente que permitió que me llevaran a la cárcel. Él todavía no sabe nada sobre el video que hice con Romelia. No sabe por qué tuve que agarrarme a golpes por segunda vez.

–Se trata de que seas feliz. Te invitamos a venir para darte mejores oportunidades. Pero si tu piensas que...

–Mi tía Maribel nunca se atreve a preguntarme si quiero regresar a mi pueblo. Ella estaba tan emocionada como yo con la idea de traerme a la capital para estudiar en una buena escuela y entrar a una universidad en Europa o Estados Unidos.

–No es para tanto –le digo recogiendo las palabras de mi tío Claudio. Pero cada vez estoy menos seguro de que volver a mi pueblo no sea la mejor opción. Por lo menos en casa estoy bien.

Yo los presenté. Quizás por eso me quieren tanto. Cuando Claudio recién llegó al pueblo, los niños lo perseguíamos por las calles atosigándolo con preguntas. *Y ese güero qué viene a buscar.* Los muchachos de su edad no lo trataban bien. Pero a nosotros nos encantaba su presencia. *¿Ya viste sus ojos? Como los del perro de don Enrique.* Bastó con que una vez dejara de lado el libro que leía bajo el árbol junto a la cancha y se pusiera a patear el balón con nosotros para que la bola de chiquillos nos sintiéramos con el derecho a reclamar su atención todo el tiempo. Al principio lo esperábamos en la orilla del pueblo para verlo bajar del monte, a donde iba para estudiar un antiguo sitio maya. *¿Eres brujo? Segurito que es brujo.* Nunca se nos olvidaba llevar el balón con nosotros. Como si ese fuera el

instrumento mágico que nos permitía comunicarnos con él, que no hablaba bien español en ese entonces. Con el balón en las manos, por muy cansado que viniera, no podía negarse a hacer unas cuantas jugadas. Se las arreglaba para que pareciera que cada día nos enseñaba un truco nuevo, aunque se trataba de no más de una decena de piruetas que apenas si variaban una de otra. Luego salía corriendo de la cancha, recogía su libro y lo señalaba como si fuera una ventana a otra dimensión, a un universo al que debía volver para alimentarse y tomar fuerzas para sus excursiones en el monte. Claudio nos gustaba por distinto y por valiente. Pero ambas cosas perdieron chiste con el paso de los meses. *Hay mucho sol. Mejor aquí lo esperamos.* Luego, cuando mi tía Maribel regresó de España, a donde había ido a estudiar lo mismo que él, arqueología, Claudio se enamoró de ella y entonces sí que perdió todo rasgo que lo distinguiera del resto de los hombres jóvenes y solteros de mi pueblo. *Aquí viene para aquí. No decía mentiras Pedro, sí le gusta tu tía al blanquito.* Vestido de manta blanca, con el cabello relamido sobre la nuca con ayuda del agua del baño de media tarde, Claudio llegaba a casa de mis abuelos a las seis en punto. A esa hora ya se podía estar bien bajo los árboles del patio. No sé si Claudio y mi tía Maribel se habían visto y hablado antes, seguro que sí, pero la primera vez que lo vi aparecer en casa de mis abuelos con esa pinta de mango relamido y preguntar por mi tía, salí al patio corriendo para presentarlos. *Es buen futbolista y trabaja en la selva.* Mis demás tías se habían congregado en la puerta para averiguar qué quería la visita.

—Es una estrella mi sobrino —dice mi tío Claudio mirando a través de mí, hacia el bosque que se extiende debajo de la terraza del departamento.

—Una estrella —contesta mi tía Maribel y luego toma un largo trago de cerveza. También ella mira hacia el bosque. Aunque pareciera que la mirada de los dos me atraviesa, la verdad es que las siento regresar a mí luego de dar la vuelta al mundo de sus pensamientos. Hay algo entre nosotros, unas cuantas palabras que mi situación ha hecho surgir aquí en la casa, algo muy oscuro que no nos atrevemos a decir porque no sabríamos que hacer con eso.

El video que arruinó la fiesta

Cuando conocí a Romelia me arrojé a ella como si fuera una pila de agua fresca colocada bajo la sombra de un roble y yo viniera de atravesar un desierto. Hacía dos meses que me habían aceptado en la selección de fútbol de la escuela y ni porque metía al menos un gol en cada partido había conseguido que los chicos me trataran como a uno de ellos. Ya se me habían agotado todas las excusas que me inventaba para disculparlos por no decirme que me les uniera después de las prácticas, o los fines de semana. Estaba seguro de que, si yo se los pedía, si me acercaba a ellos para pedirles que me invitaran, no se iban a negar. Pero el silencio que se espesaba entre nosotros a la hora de despedirnos en la cancha todas las tardes o los viernes en la puerta del colegio estaba lleno de púas invisibles y me invadía un miedo paralizante. *Poot, pase largo. Bien colocada, Poot. Eres un chingón, Poot.* Pero jamás, “súbete Poot. Vamos, Poot”. Dejé de esperar que me invitaran por la tarde cuando al salir de las prácticas los chicos se toparon con Lascurain, el más nerd de mi salón, que paseaba a su perro en pijamas. *Súbete, pinche nerd. Un día que no estudies no te pasa nada. Vamos a caerle de sorpresa a Raquel.* Se amontonaron en la camioneta, con todo y el perro. La calle estaba muy limpia, la camioneta no levantó polvo, pero yo me sentí envuelto en una nube de invisibilidad que se abrió con un soplo ardiente cuando Lascurain bajó la ventana del vehículo para decirme adiós con la mano, casi sin verme. Los demás chicos no miraron en mi dirección.

Entonces apareció Romelia. *Qué guapo.* Sus amigas, el grupito de las gordas, como les llamaban otras chicas de la escuela, se reían de ella por ser tan atrevida conmigo. Encima, el sol se partía entre las ramas de un sauce y de una jacaranda. Por el cabello les resbalaban cuadritos de luz matutina con olor a pepino con limón y agua de piña. *Le has de gustar mucho porque jamás la habíamos visto así.* Por un par de semanas me llegaban comentarios sobre Romelia y lo mucho que yo le gustaba. Pero ella no se acercaba más que para decirme guapo. Hasta que llegó a una de las prácticas. Se veía guapísima. Su presencia me puso nervioso y no entrené bien. Patricio, el capitán, resintió mi cambio. Nunca me había reprochado nada,

pero ahora lo hizo. Sus palabras apenas si me tocaban, la atención de Romelia me tenía como dentro de una burbuja. A cada rato volteaba hacia la fila más alta de las bancas. *Concéntrate, Poot. No me hagas arrepentirme de haberte invitado al equipo.* Romelia sonreía cuando me llamaban la atención. De espaldas al sol de las seis de la tarde, clavaba los dedos hasta el fondo de su cabello negro y lo alborotaba como si estuviera removiendo carbón para atizar el fuego. Cuando terminó la práctica, bajó de las bancas y se dirigió a mí para pedirme que la acompañara a tomar un café. Miré hacia los chicos, como lo hubiese hecho en mi pueblo, para presumir la conquista. Pero me miraron como yo miraba a mi padre cuando se emborrachaba en las fiestas del pueblo y pedía el micrófono para dar un mensaje de buena voluntad. Ninguno ni siquiera me guiñó el ojo. Volví a poner atención en Romelia para tratar de encontrarle algo malo, algo que la hiciera una conquista no presumible. Pero no hallé nada. La tomé de la mano y tiré de ella como si la arrebatara al orgullo de mis compañeros de equipo.

Nuestra primera cita fue en una cafetería cerca de la escuela. Hasta entonces supe a dónde se dirigían los chicos después de las prácticas. Me arrepentí de no haberme cambiado de ropa. El sol extendía sus rayos anaranjados hacia el interior del lugar como brazos largos y flácidos que intentaban aferrarse a esta región de la Tierra para no caer sobre China. Además de aquella luz, las otras dos cosas que abundaban eran el olor a perfumes frescos como un salto al mar o pringas de una lima recién cortada, y las carcajadas. Todo el mundo se reía. Nos saludaron sin poner demasiada atención, aunque Romelia me tomó de la mano y yo era la única persona sucia en el lugar. *Nos vamos a sentar afuera, que nos vean.* Desde el principio me molestó un poco que a Romelia le interesara tanto que nos vieran. Recuerdo que, en el pueblo, con mis amigos, también era importante que supieran sobre mis conquistas, pero no que me vieran con ellas. A mí me gustaba encontrar lugares para estar a solas con las chicas, y poder hacerles caricias o decirles cosas bonitas sin correr el riesgo de que se burlaran de mí. Romelia, por el contrario, desde nuestra primera cita lo que más disfruta de mí es poder mostrarme. El video es la más reciente y peor prueba de ello.

Llevábamos una semana de novios. Romelia no me dejó seguir el consejo de mi tía Maribel de ir despacio. Cuando hablamos del tema, yo no le conté que había sido Romelia la encargada de conquistarme y no al revés. No se me había ocurrido que para mi tía era tan importante que yo tuviera novia, pero al escucharme decirle que ya no era soltero se puso muy feliz, como si tirara un saco invisible y pesado que había llevado sobre la espalda por muchos días. También se le salió de la mirada la sombra que se le había metido desde poco después de que me mudara a vivir con ella y con Claudio. Una semana de novios y no sólo me pedía que le tocara la pierna. Desde la primera vez me dejó tocar primera y segunda base. *Me gustas, Poot*. Se negaba a llamarme Parsifal. Según ella no había nadie en casa, nadie salvo el montón de empleados domésticos, entre cocinera, jardinero, guardias y choferes. Subimos a su habitación, solos, sin que nadie ni siquiera intentara impedirlo. Había una señora sentada en un salón pequeño que daba al jardín del fondo. Tenía un vaso con hielo y una bebida color miel en la mano, apoyado sobre el regazo. Se parecía a Romelia, el mismo cabello y la misma nariz. Supuse que tenía que ser su madre y me quedé frío cuando pasamos frente a ella, que nos vio sin siquiera parpadear. *Ya te dije que no hay nadie*. Romelia no toleraba ningún titubeo. *Nos vamos a grabar. ¿Te gusta la idea?* No sabía si me gustaba o no, pero apenas lo dijo tuve una erección imposible de disimular. Dejé de interesarme si los criados nos escuchaban o si la señora que había visto en el pequeño salón era su madre borracha. Romelia me quitó la playera. Yo hice lo mismo con ella. Nuestras respiraciones aceleradas iban construyendo ladrillos invisibles pero espesos a nuestro alrededor. No llevaba preservativos y me daba mucha vergüenza preguntarle a Romelia si ella tenía. En ese momento aún pensaba que la cosa iba a seguir hasta el final de los finales. *Si mi papá se entera se va a volver loco*. Romelia estaba sentada sobre mí con los pantalones puestos. Parecía enojada, mucho más enojada con algo que yo desconocía que emocionada por estar conmigo. Sus besos eran breves, demasiado breves. Parecía contener la respiración cada vez que se me acercaba. Terminé por hacerla a un lado. Pedí tiempo. Apenas dejó de zumbiar la excitación en mi carne, comencé a escuchar el canto de los

pájaros, que me pareció ir *in crescendo* hasta sonar como una alarma. Cuando Romelia quiso ponerse de nuevo sobre mí, la detuve con suavidad para que quedara acostada junto a mí. *No te creo que seas virgen*. Antes que pensar en una respuesta, mi cerebro se concentró en el ruido que hacían los pájaros. Luego en la voz del jardinero, que gritaba instrucciones a su ayudante. Romelia se dio cuenta de que estaba pensando en lo que ocurría en el resto de la casa. Se puso de pie, desnuda. Se paró en la ventana y sin cubrirse se dirigió a los que estaban fuera para pedirles que se callaran. *Quiero tener un momento de intimidad. Hagan silencio, por favor*. Me asustó descubrir que el tono que usó al decir por favor era el mismo tono que usaba para hablar conmigo. Un par de veces le había mencionado que no me gustaba que me hablara como si me estuviera dando órdenes, pero se justificaba diciendo que así era su tono de voz. Ahora me daba cuenta de que no. Hablar así le requería aspirar de una manera distinta y levantarse un poco sobre las puntas de los pies.

Cerró las cortinas y regresó a la cama. *La próxima vez haremos un video*. Romelia no iba a permitir que mis titubeos arruinaran su diversión. Tomó el control de mi cuerpo que ahora se sentía protegido por las sombras y por el muro acústico que el aire acondicionado y la televisión levantaban entre nosotros y el resto de la casa.

La próxima vez fue al día siguiente. Llegó a buscarme a la cancha de fútbol. El resto de la tarde pasó igual que el día anterior. Otra vez la mujer en la sala con la bebida color miel. Otra vez el jardinero. Otra vez la solicitud de intimidad. Pero esta vez Romelia encendió las luces luego de cerrar las cortinas, abrió un tripié, le ajustó una cámara negra, lo colocó frente a la cama y comenzó a grabar antes de lanzarse junto a mí, que no me había quitado ni los zapatos. *No me preguntaste si quería hacerlo*. Romelia me dijo que no lo creyó necesario. Que era evidente que iba a decir que sí. *No le ibas a negar algo como eso a una persona como yo*. Esa tarde no cenamos juntos. Su chofer me llevó de vuelta a casa de mis tíos, pero Romelia no nos acompañó. Cada una de las veinte cuadras que recorrimos en línea recta parecía rebanarme el alma. La cercanía con mi casa era también la cercanía con la soledad de mi

habitación, en donde crecían como enredaderas de flores envenenadas todos los pensamientos que me provocaban tener las actitudes de mis compañeros de la escuela y de Romelia. *¿Está usted triste?* Miré al chofer por el retrovisor antes de responder. Estábamos estacionados frente a la entrada de mi edificio. *¿De dónde eres?* Mi pregunta no tenía la intención de evitar responder a la suya, simplemente reconocí algo en él que me pareció familiar. Me contó que era de un pueblo de Yucatán, bastante cercano al mío. *Sí, estoy triste.* Bajé del auto y entré a casa.

La vez que más tristeza he sentido fue cuando murió mi abuela Mari, la mamá de mi mamá. En la casa había unos espacios a los que sólo mi abuela les daba sentido. Parecían agujeros negros después de su muerte. Pasar junto a esos lugares era arriesgarse a perder las fuerzas por completo. También había momentos cotidianos que sin su presencia quedaron vacíos, como si se les arrancara toda posibilidad de significar algo. Mi tía Concha, que se encargó del comal después de la muerte de mi abuela, me daba las tortillas que yo quisiera. Pero mi abuela no, o por lo menos no tan fácil. Llegar al comal atraído por el aroma de la masa cociéndose sobre la superficie negra y caliente, en medio del humo de la leña, era avanzar a través de la casa planeando una estrategia de ternura, una frase encantadora que entregaría a cambio de una tortilla. Después de su muerte me di cuenta de que el ritual me importaba más que el premio. Muy pocas veces, sólo acaso los fines de semana que regresaba muy cansado de la milpa, le pedí a mi tía Concha que me regalara un taquito de sal. Pero ella, o se negaba por completo o accedía de inmediato. No se detenía para verme como me veía mi abuela, como si se viera a ella misma, como si el tiempo pasado fuera recuperable a través de mí y como si yo fuera capaz de otorgarle a su vida nuevas y amplísimas posibilidades. Conseguir un favor de mi abuela era recibir una confirmación de que era un buen muchacho, de que las cosas me estaban saliendo bien. Una confirmación con la forma y el sabor de una tortilla.

Pasé muchas tardes evitando los lugares en los que me encontraba con mi abuela. Pero algo en toda la vida que me rodeaba, en los árboles del patio, en la hierba de las orillas de las calles, en los brotes del maíz en los surcos de las fincas, en todo lo vivo, algo me decía que estaba bien que mi abuela hubiese muerto, que así

tenía que ser para mantener las cosas en orden. Mi abuela se había entregado a la vida en las manos de la muerte. Mi tristeza se fue hundiendo en la tierra bajo el peso de mis pasos, mis pasos a la escuela, a la cancha, a la milpa, a la mesa del comedor colocada debajo de una palapa en el patio. De pronto se convirtió en flores. Surgió de la tierra en la forma de recuerdos coloridos y hermosos como flores. Recordar a la abuela dejó de causarme tristeza y comenzó a gustarme. Llegaba a esos recuerdos con cuidado, en voz baja, pero feliz.

También sentí tristeza cuando me despedí de mi tía Maribel la vez que se fue a estudiar una especialidad a España. Ni siquiera mi tía tenía idea de lo que significaba salir, alejarse tanto, cuando se lo propuso. Había estudiado la carrera en la capital del estado y eso ya era considerado un atrevimiento enorme por otras familias del pueblo. Cuando anunció que quería irse a España, mi abuelo sólo le preguntó cuánto iba a costarle y si estaba más o menos segura de que esos estudios, allá, la harían más feliz. Cuando se fue, mi tía miraba hacia delante con los ojos encandilados por una luz que se dejaba tocar y caía sobre su piel como agua tibia. Recuerdo que, aceptando mi condición de sobrino favorito, mi abuelo me permitió ir con él al aeropuerto de Mérida. Lloramos todo el camino de regreso. Ignoré sus lágrimas como él ignoró las mías. En esas dos horas de camino habitado por un silencio respetuoso, sentí mi espíritu crecer mientras mirábamos las nubes unirse y espesarse, oscureciéndose en sus centros y alcanzando una claridad de rayo en los bordes de sus crestas.

Otra de las pocas veces en que he sentido mucha tristeza, antes de vivir inmerso en ella, fue cuando terminé con Marta. Apenas un día antes le había pedido que fuera mi novia. Cuando volví a casa después de habermele declarado, sentí que mi corazón no podía estar más contento. Pero sobre la mesa del comedor me esperaba una carta firmada por mi tía Maribel y mi tío Claudio, que apenas un año antes se habían mudado a la Ciudad de México. Me invitaban a vivir con ellos. De pronto cobré conciencia de mi propio cuerpo y capacidades. Sentí que mis cañonazos en la cancha del pueblo, tan poco poblada de pasto y con porterías sin redes, necesitaban otro escenario. Una cancha como las que se veían en la televisión y que sin duda en la ciudad habría por montones. La escuela, que comenzaba a parecerme aburrida por ser tan

fácil, creció en mi imaginación hasta las proporciones de un enorme palacio lleno de libros y competencias. Siempre había sido el primero en mi clase, pero de pronto me pareció que ser el primero en la escuela de mi pueblo era muy poca cosa. Ahora tenía la posibilidad de ser el primero en una de las ciudades más grandes del mundo. Cuando terminé de soñar, me di cuenta de que la alegría que había sentido por el “sí” de Marta se había vuelto muy pequeña en comparación con la que me causaba la posibilidad de mudarme con mis tíos. Al día siguiente, tal como habíamos acordado, acompañé a Marta a misa de nueve de la mañana. Al salir le invité un helado y le hablé de mi decisión de irme. *Qué bueno que no le conté a nadie todavía.* Marta logró sonreír. *¿Tú le dijiste a alguien?* Yo tampoco le había contado a nadie, pero le mentí. Le dije que por supuesto que sí, que había llegado a casa anunciando mi decisión y que había sido mi papá quien me había recomendado que no siguiera con ese noviazgo si decidía irme a la Ciudad de México porque sería injusto para ambos mantener una relación a tan larga distancia a nuestra edad. *Sería injusto para ti, para mí sería un honor. Pero basta con que sea injusto para ti para que yo te deje tranquilo.* Marta se agachó para sembrar el cono del helado en la tierra del parque. *Me voy, pero tú quédate aquí hasta que se haya derretido por completo. Por favor.*

—Ahora estoy triste todo el tiempo —mis tíos me escuchan sin interrumpirme. Hemos pasado casi dos horas en la terraza mirando hacia el bosque. Empieza a hacer frío, pero ninguno ha hecho comentarios al respecto. —No quiero regresar al pueblo todavía. Si no me expulsan del colegio mañana, prefiero quedarme aquí.

—Es tu decisión. Mañana hablaré con el director de la escuela a primera hora. No tienen derecho a expulsarte por lo que pasó. Ni siquiera creo que se planteen la posibilidad. Pero iré a primera hora por si acaso. Con respecto a lo demás, no sé que decir —mi tío Claudio sonaba harto.

—Yo sí —susurró mi tía. El fulgor tenue de los autos que transitaban la avenida rodeaba nuestra conversación como centinelas blandiendo antorchas. La ciudad que yo había creído el escenario en el que se cumplirían todos mis sueños resultaba ser una prisión desde cualquier perspectiva. —Yo sí sé —insistió mi tía. El viento comenzó a soplar de nuevo,

y aunque la contaminación no había sido del todo barrida del aire, las gardenias del balcón comenzaban a soltar con más fuerza su aroma nocturno, que se sobreponía a los demás. –Lo que te pasa me pasó a mí también. Pero para mí fue distinto. Más fácil. Tengo que averiguar por qué para mí fue más fácil para poder ayudarte. – Ni mi tío ni yo pedimos más explicaciones. El bosque comenzó a cantar la canción de la tormenta. La ciudad, ese lugar en el que yo creía que iba a convertirme en un ser humano mejor, parecía una prisión casi desde cualquier perspectiva. Tal vez, pensé, sólo desde ese balcón no lo era. Y ese balcón no era otra cosa que las palabras y la presencia de mis tíos.



Sofía Maravilla

Edades de Saturno

Tú y yo nos conocemos desde que tengo memoria.

Muchas veces ha sido “la primera vez” en que nos conocemos, pero en todas y cada una de ellas, tu corporeidad es completamente otra. Sin embargo, en cada ocasión que es siempre la vuelta al instante primigenio, me has obsequiado un pedacito de tu alma, de la misma manera en que yo te he otorgado desprendimientos de la mía.

Si tuviera que describirte en pocas palabras, diría que tu imagen es la misma que poseen los Cristos muertos que duermen en las iglesias. Específicamente, esos Cristos coronados de espinas que reposan dentro de un féretro de cristal para que todos nos sintamos acongojados y sublimados al contemplarlos, para que todos nos estremezcamos de pavor por su sangre y, al mismo tiempo, nos maravillamos con su belleza. Así pues, este Cristo que sufrió, que murió, pero que aún no se nos revela como la divinidad resucitada, ese Cristo también fuiste tú.

Pero no cualquier Cristo, no, sino aquel muerto que dormía en la capilla de la Mansión de los Cerezos, el hogar donde moraba Deus; esa capilla ubicada en el claro de uno de los múltiples jardines, rodeada por arboledas tan frondosas que su caprichosa disposición recordaba los meandros griegos, sólo que al centro no estaba Asterión, sino aquel cuerpo doliente que devino tierra fértil de mi inconsciente y que fuera una de las primeras imágenes que asimilo a ti, querido amigo, que caminas siempre solo y, sin embargo, caminas siempre junto a mí.

Cuando visitábamos a Deus, pedía permiso para explorar esa construcción, tan triste y tan dulce como una réplica de la Mansión, como una casa de muñecas rodeada por rosales que crecían soberbios como si nos recordaran el orden del pecado

contra el cual lidiaba la modesta arquitectura de la capilla. La tranquilidad imperaba en mi alma cada vez que respiraba en la frialdad de su oscura entraña, y acaso unos vitrales amarillos daban luminiscencias a las efigies que habitaban en su interior siempre perfumado de mirra, y la parafina ardía en plegaria eterna y desesperada elevada desde el alma oscura de Amadeus, hombre piadoso que se comunicaba con Dios por el mismo medio que mi abuela me había enseñado, a través del fuego, como la teofanía con que Dios hablara a Moisés, como las flamas que asimilaran a la conciencia donde se consumaba el mundo y, sólo entonces, se elevaba diáfana para formar el espíritu como una densa nube que nos ocultara de los sentidos y nos expandiera la visión de la realidad última.

En el interior de esa capilla, una figura llamaba mi atención poderosamente y, toda vez que entraba en aquel recinto donde la madera crujía bajo mis pies, una devoción inconfesa aún por mi corta edad me arrastraba a contemplar, recostado en su fêretro traslúcido, la imagen de ese Cristo muerto, sangrado, magnífico, revestido con su mortaja y que poseía una mirada perdida en el trance del último suspiro.

Podía admirarlo durante largos instantes, podía perderme en su piel pálida y en los densos cabellos negros bañados en sangre, en la contemplación de la frente martirizada por las espinas, en los pies y las finas manos perforados por los clavos con que le exhibieron frente a su público extasiado. Podía contemplar también la mortaja teñida por la herida abierta en el costado del torso e irremediadamente me estremecía tan sólo de observar la resina azulada que imitaba la muerte y me preguntaba si en algún momento, de tanto mirarlo, serían mis ojos correspondidos con el fulgor de la divinidad. Porque siendo niña como era en ese trance, creía que aquello era un dios, que cobraba vida y deambulaba entre las sombras del recinto; que tal vez quienes se atrevieran a pasear por las madrugadas en el jardín de la capilla podrían ver la silueta del Cristo a través de los vitrales, y entonces se persignarían temerosos, creyendo que tal visión era más diabólica que celestial.

A Deus le enternecía encontrarme tan absorta de mirarte. Me decía que algún día despertarías sólo para contemplarme desde tu infinito amor; quizá desde entonces Deus ya sabía que esa mirada tuya en realidad sería un reflejo de mi espíritu

desgranado para hacerte vivir a ti desde mi entraña. Deus sabía que te daríamos a luz.

Desde entonces, toda vez que encontré una efigie similar al Cristo muerto de Amadeus Wolff la contemplé en absoluto silencio, y a pesar de que ya no creía que en algún momento volvería su vista hacia mí, aun así, distraía la mirada por respeto e incluso por temor, tan sólo para no profanar el sueño de los difuntos, temiendo que quizás el dios-hombre recordara su estirpe titánica y se comportara con la soberbia característica de las primeras deidades.

Aquella habría sido la vez primera que te encontré, pero no tenías el nombre con el cual te bauticé mientras dormías en el lecho mortuario; eras tan sólo sublimidad materializada en porcelana, el único cadáver no susceptible a la putrefacción. Aquella sangre eterna que estaba representada en sus divinas sienes fue años más tarde mi obsesión cuando la vi manar en ti, pero en ese momento, siendo infanta y siendo diáfana en mis pensamientos, no me representabas sino al hijo único de Dios torturado por nuestra decadencia; majestuoso, para deleite mío, en su agonía.

Y Deus sabía que yo quería estar dormida en tu lugar, que yo quería llevar tus divinas ropas y una corona en mis sienes virginales. Lo sabía porque me veía llorar de rabia y él lloraba junto a mí.

Y desde entonces pensé que, si había decidido configurarme en ti siendo Cristo, habría de configurarme también en tu grandeza, habría de despojarte de tu nobleza y colmarme yo con ella, y de mi sangre también debería ser dada la vida, así como me habían dicho que tú dabas la eternidad a quienes participaban de tu cuerpo, a quienes te devorábamos, hambrientos en el delirio por la trascendencia.

Me gusta decir que me llamo Rosa María, aunque en realidad ese fuera el nombre con el cual encubrí mi vida entera y la identidad con la que tú, al igual que Deus, me bautizaste; esa crisálida bajo la cual palpita el nombre que sólo tú y yo sabemos, que sólo tú articulas para conjurarme. Que a nadie permitimos pronunciar para que no se desgarran las veladuras con las cuales me ocultaste.

Me gusta decir que soy hija de la Luz y del fango que ahora se niega a tomarme en sus entrañas, que soy eugénica a pesar de no sentirme parte de esta tierra. Nací cuando mi madre apenas se convertía en mujer y cuando mi padre había retornado a las sombras desde las cuales emergió sólo para eyectar su morbidez en el vientre que me formara entre melancolía e incertidumbre, y el destino quiso hacerme nacer con las mientes oscuras del ausente, pues mi identidad con lo siniestro vino de la mano con mi concepción; surgió a la par del universo que ahora nacía entre dos nada, cuando la voluntad había mutilado a mis padres para poder emerger una nueva vida de ellos; primero la conjunción de las dos partes sacrificadas, el milagro de la resurrección, después, la voluntad haciendo alquimia en la materia para convertirla en carne y entonces —sólo entonces— prepararme para ser espíritu, atravesada como sería por el derrame del más sublime de los pensamientos. Sublimidad, no obstante, hermanada con la tristeza de mi linaje Osífraga, que me alimentó desde la entraña materna.

Fue esa identidad con lo mórbido lo que me condujo a derramar la luz mortecina de mi conciencia sobre la sombra que siempre refleja, aunque no sea del todo capaz de identificarla. Yo me decidí, pues, por los escombros, por los miembros mutilados de mis recuerdos y, desde un inicio, adopté el paradójico espacio de la *otredad*, me opuse al engranaje y desarrollé nervios diabólicos, quizás un tanto por herencia, pero mucho más por autodeterminación. Y si es que tengo una fijación por el Lucifer miltoniano, genio primero expulsado del plan divino y no obstante potencializado como resistencia en su misma defenestración, es porque elegí constituirme dentro de los goznes del genio, que son los límites deseantes de la transgresión.

¡Pero es que mi vida ha estado cifrada bajo esa última palabra! Cuando se nace demiurgo, ha de desmembrarse a diario para parir tantas vidas como el pensamiento lo exija y, sólo entonces, se puede comprender la soledad de Dios cuando se vio impulsado a crearnos, a pesar de que ahora ha de estar llorando todas y cada una de las muertes a las cuales nos condena, y no obstante no dimensiono la felicidad que debe sentir cuando nos acoge en su seno cada vez que nos curamos de la vida.

Así pues, el hado del horror me hizo desgarrar las tinieblas del mundo una noche de febrero, y no era una densa capa sanguinolenta la que cubría mi cuerpo sino sólo un lunar granate sobre el ombligo, destello de vida en la piel pálida de recién nacida y, según relata mi madre, mis ojos, tan oscuros como aún ahora se conservan para encanto de quien los observa, la contemplaban, literalmente, con ciega fe, como si quisieran hallar en ella la respuesta a ese desahucio que es el nacimiento. ¿Sabías tú, querido, que los fenicios y los tracios recibían a los neonatos entre lamentos y gritos desolados, haciendo alardes elegiacos de las tragedias por venir para el infortunado? En mi caso, no hubiera estado de más rendirme tributo con algunas plañideras, pues mi destino no ha sido más que fatalidad concatenada y pruebas de fe que hicieron de mi alma un espacio tanto más lóbrego, a pesar de que una luz mortecina alumbra en ella como si se tratara de un piscopompos que me guiara entre los hondos lamentos de la conciencia dolorosa que me gobierna y que es la misma que me hace creer que la existencia sólo cobra un sentido por el pecado, y es que he buscado, a lo largo de toda mi vida, una redención sin ánimos de encontrarla porque, entonces, se acaba el juego.

La vida es aquello que se teje en el remordimiento y en el regocijante sentimiento de hacer el mal para hacerse a uno mismo... Porque si de algo he estado segura en esta vida es de la maldad que me habita, de la maldad que soy. Que siempre he sido.

Nunca me encontré bien dentro de mi hábitat; tampoco dentro de mi cuerpo. Siempre me percibí como un exceso más doloroso que soberbio o desdeñoso por aquello que mi realidad ofrecía. Desde niña fui un narciso inconforme, desde pequeña ya me había ahogado por voluntad propia en mi vómito y el mundo no me era suficiente. Así que me vi obligada a buscar nuevas promesas en los espacios creados por el pensamiento.

Y si en algo tuve fe la vida entera fue en la excesiva carga que siempre nos ha representado el pensamiento, en la poca claridad que podemos llegar a tener al traducirlo, porque éste se nos vuelca del receptáculo neuronal una y otra vez, una y otra vez, y sentimos impotencia cuando las palabras no nos alcanzan para sostenerlo... ¿Quién no ha despertado de un sueño sin poder jamás materializar su naturaleza a pesar

de los esfuerzos titánicos por extirparnos una idea, como si se tratara de un tumor, como si nos reventara el cerebro, como si de repente le brotara una lengua que nos punza en la cabeza y luego nos rasga el cráneo para mirar a través de nuestros cabellos, puesto que ha generado el sueño de la pupila insomne? Así que no es una exageración ni tampoco un delirio de grandeza admitir que desde niña he tenido la necesidad, la obcecada voluntad, de *crear* nuevos mundos.

Ya me conoces cómo soy cuando te narro historias mías, ya sabes que toda vez que un interés movió mi intelecto llevaba por antonomasia la fijación del genio empedernido, la predilección *demiúrgica* que aún no era nombrada como tal pero que ya palpitaba en mi espíritu floreciente. Tal vez por ello mi fascinación exacerbada por Amadeus, el enhebrador perenne de historias con las cuales también me narraba a mí.

Amadeus Wolff es resplandor magno en mi recuerdo, inmortal toda vez que enuncio su nombre y casi profano su imagen al delimitarlo bajo la forma humana que tuvo en el tiempo compartido conmigo; Amadeus que nació con la primera pupila abierta en el mundo, que llorará en la noche postrera por todas nuestras muertes y consolará la desolación de aquellos que no seamos recibidos por la tierra. Amadeus que disloca el tiempo en el que voy inscrita y me lleva, con mano suave, a vivir siempre en él allí donde ya no hay palabra que soporte su horror divino, allí donde no hay forma humana que mutile su potencia titánica y entonces me cobija en su cálida entraña que es la entraña de mi mundo; allí, Amadeus es el quebranto de los imperios racionales.

Amadeus es la fe que yo profeso con la lengua funesta que libé de su boca, es poesía nigromante para conjurar a los espíritus que nacieron a su lado, en la noche de los tiempos. Su mirada era gélida y galante; sus ojos, filos de esmeralda, punzaban sobre el temblor que envuelve la existencia... Tenía cabellos negros y palidez perpetua que se evaporaba de tan fría al calor de mis manos tiernas... Su boca era granada donde fluía el néctar intravenoso, y su pecho suave, duro, era una lápida donde jamás, jamás, palpité la vida...

Recordar la Mansión de los Cerezos podría erizar mi pellejo de no ser porque ya no reacciono ante ningún estímulo; sólo traigo a la memoria la fragilidad de los momentos impregnados entre sus muros ya devastados y el olor a uva fermentada me desgarran los conductos nasales. Los encajes, terciopelos, sedas,

satines y crines de yegua son fantasmagorías que reviven mis yemas; los cráneos y los felinos disecados, los cristales en los candelabros de las galerías, el mármol de las columnas y el crepitar de las parafinas quemándose en las lámparas de pie que habitaban sus bóvedas son destellos grabados en mi retina, y ahora el llanto, iluminado por el relampagueo de las cámaras que me inmortalizan, arrastra en su caudal las visiones que constituyeron la más dulce de mis edades, esa infancia divina que pasé resguardada en el templo que fuera construido para la honra y deleite de mi queridísimo Amadeus Wolff.

Mi concupiscencia infantil se despertaba y regocijaba con la presencia de Amadeus. Lo amaba danzando por la alcoba, tomándome con cuidado de las pequeñas manos desde su altura exuberante; lo amaba mientras lo contemplaba, totalmente extasiada, arreglando los vestidos de mis muñecas de porcelana y colocando medias sedosas en colores divertidos que recordaban la magia circense; lo amaba en cada obsequio con que adornaba mi belleza infantil, en los prendedores y en los alhajeros, en los vestidos suntuosos confeccionados en tules y en las capas tejidas con orejas felinas que me hacían parecer habitante del bosque mágico que eran los jardines de la Mansión.

A veces Amadeus tomaba alguna de sus múltiples marionetas y la hacía desvanecerse en movimientos de danza clásica que eran casi humanos para mí; tengo muy presente el recuerdo de una bailarina albina con rizos dorados que lucía aún más divina por el traje victoriano que la ataviaba, y era grácil en ese baile acompasado por el señor Wolff oculto detrás del precioso teatrino; una sonrisa macabra se pintaba en su rostro, ufanado de conquistar los amores de su única espectadora. ¡Cuánto adoraba yo las tardes en compañía de Amadeus! Cuán feliz aplaudía yo el frenesí que me provocaban sus espectáculos siempre tiernos y a la vez protagonizados por figuras sombrías de las cuales él era su fantasmagórico creador.

Porque si algo caracterizaba los tiempos libres del señor Wolff, era la producción de magníficas criaturas de porcelana, piezas únicas con historias dolorosas que Amadeus narraba con infinito amor para hacerlas más exquisitas cuando un comprador las observaba, tan sombrías en sus pedestales, que provocaba un tremendo pavor encontrarse a solas con ellas por el embrujo que ejercían sus ojos donde la melancolía

daba la tintura, pero yo adoraba pasarme las tardes enteras curioseando en el taller de mi querido señor Wolff, observando las diminutas piezas que formaban entes sobrenaturales más cercanos a la evocación de un objeto sagrado que al simple fetiche del coleccionista común.

En los días veraniegos, alejados por completo del tumulto maloliente de la humanidad, paseábamos sobre los puentes que cruzaban el lago que habitaba en sus jardines; Amadeus, asediado por el calor, lucía su pecho impúdico a través de la blanca camisa abierta por debajo de las clavículas, entonces mis ojos hurgaban sobre ese espacio huesudo e inhóspito, pero no sospechaba que ese sentir era deseo y lo confundía con la curiosidad típica de mi edad. Yo andaba a su lado bailando entre los caminos empedrados donde el musgo nacía y lo escuchaba musitar relatos creados para mí o recitar poemas románticos que yo poco entendía, pero que incendiaban mi alma tan sólo de hacerme vibrar el tímpano. Luego nos recostábamos bajo el follaje negro de los árboles cuando el ocaso nacía, yo siempre sobre él, y me carcomía la duda por saber la razón que su pecho ocultaba para no azotarse con los golpes del corazón; esperaba en silencio a que naciera el latido bajo su dermis lechosa, siempre con resultados frustrantes...

—Deus... —musité yo alguna vez, cariñosamente, y mi mano resbaló por debajo de su camisa hasta encontrarme con su endurecido pezón— ¿por qué tu corazón no “delata”?

—No lo sé... —respondió con cierta melancolía, mientras presionaba mi cabeza contra sí mismo— Quizá porque aún no tengo una doncella que lo haga “delatar” sus secretos.

—¡Pero eres tan guapo! ¿Cómo es que aún no tienes una novia? —insistí con tristeza de saberlo tan bello y tan solitario.

—Quizá sí la tenga... pero he de esperar hasta que ella crezca, porque es muy chiquita aún.

—¿En serio? ¿Y quién es?

—¡Qué curiosa eres, princesita! No podría decírtelo, ¿qué tal que fueras tú? Sí... tal vez eres tú.

Yo estaba perdidamente enamorada de Amadeus Wolff desde entonces, y quizás en ese momento fui consciente de ello, mas no recuerdo en realidad desde qué momento sentí una insoportable predilección hacia él o cuándo fuera la primera vez que mi corazón se desbocara enfermizamente mientras Amadeus conversaba con mi madre y yo le espíara

desde una habitación vecina, a la espera de que él clavara su mirada en mí, rogando caridad de sus pupilas.

Nadie hubiese sospechado jamás de las sensaciones eclipsadas durante nuestros inocentes jugueteos que más bien parecían destellos de una perversión infernal; así que yo jugaba en casa de Wolff siempre en compañía de mi familia que era tan íntima de él y pasábamos las tardes enteras hasta que llegaba la noche, momento en que Amadeus Wolff prohibía la entrada a cualquier ente que pudiera interrumpir las celebraciones que él vivía con su clan misterioso y que propiciaban funestas leyendas que se entretrejan con los hilos dorados de su imagen envidiada.

Muchos le atribuían a mi señor Wolff cualidades inexplicables e irrisorias; otros contaban historias sobre fiestas orgiásticas que a nadie le constaban; incluso hubo quien aseguró que en los pasillos desfilaban ánimas escarmentadas que se liberaban mediante sesiones de nigromancia; lo cierto es que la Mansión de los Cerezos era una imponente edificación oculta tras piedra volcánica y que acaso develaba tras los ventanales el interior enrarecido del lugar a las golondrinas, la humedad de los pasillos que petrificaba el terror de los crédulos y el eco de las voces que se repetía, cavernoso, en las bóvedas, mas todo ello contribuía a inflamar los rumores esparcidos sobre Amadeus y sobre aquel magnífico monumento que era su guarida.

—Entre Amadeus Wolff y yo existía un abismo de 38 años; nuestra historia inició cuando él contaba con la edad mortal de 45, aunque pudo haber tenido más de un siglo por sus maneras antiguas que en nada se terminaban de acoplar con el contexto histórico en el cual nació, y a pesar de que esa edad era oficial en cualquiera de sus documentos, su físico conservaba la frescura trémula de los veinte, pero su grácil galantería parecía extraída de un hombre decimonónico.

—Debe hacer pacto con el Diabolo, querido Deus, no he conocido hombre alguno que le iguale en vitalidad y hermosura —insistía una mujer madura y desvergonzada cada vez que, por supuesta casualidad, siempre terminaba platicando con Amadeus Wolff en las tertulias a las cuales solía asistir.

—No crea jamás las leyendas de contratos demoniacos; puede que usted esté hablando con el mismísimo Lucifer que ha venido por estos lares sólo porque en el Infierno no

se contempla muy a menudo belleza angélica como la suya —respondía mi carísimo Deus, y besaba, en un anacrónico ademán, las manos arrugadas de la mujer que reía con los nervios alborotados por la proximidad del señor Wolff.

Cualquiera notaría lo poco convencional de Amadeus, pues su presencia era casi una epifanía: la abundante oscuridad de su cabello, la aterciopelada y nívea piel, el andar bizarro, las formas conservadoras y ese elegante retraimiento a pesar de ser brillante cuando aparecía en sociedad; incluso jamás existió cicatriz alguna que se ensañara en su cuerpo; su belleza era impecable y la inmortalidad de su juventud seguiría fecundando historias siniestras en amantes despechadas...

Por ello, esta preciosa pieza de arte oscurantista era codiciada entre el público femenino, pero su fragante misterio no le permitía dejar su encanto en brazos de ninguna mujer; reservaba su virgo con recelo y bastante valor, pues muchos hombres insertos en la hipernarrativa mujeriega criticaron su celibato y vituperaron sus inclinaciones sexuales.

Sin embargo, de tantas historias sin fundamento en las cuales era Amadeus el tétrico protagonista, sólo existía una leyenda que podía tener cierto correlato con la realidad que circundaba a mi queridísimo: Amadeus Wolff gustaba de las niñas.

¡Oh, amadísimo mío! Las amabas, las adorabas, te enloquecían; las preferías pequeñas, prepúberes de ser posible, y sin excepción alguna, bellas; verlas te fascinaba, sus risillas y correteos en los pasillos de la Mansión te originaban un inmenso regodeo que te orillaba al desquicio; el roce más mínimo, la caricia más íntima, cualquier cosa te endurecía; el néctar de tus venas hervía y entonces encontrabas la necesidad molesta de ahogar cualquier evidencia que entre tus muslos se hinchara.

Con tus múltiples historias fantásticas nos embelesabas; tus lánguidos movimientos y las palabras nacidas en la delicada tesitura de tu voz nos cautivaban en cada brote de tu majestuosa espontaneidad. Pero ninguna te contemplaba, amadísimo Deus, de la misma manera en que yo lo hacía... Ni tú visitabas tu mundo maravilloso con otra protagonista que no fuera yo. ¡Qué encuentros lúbricos con las locuras fecundadas en la inmensidad de nuestro auge amoroso gestado a lo largo de tres años para que al final todo tuviera que arder con mi pubertad!

Si bien Amadeus recreaba orgías mentales con el vano hecho de vislumbrar las frágiles piernas de una chiquita correteando por el parque, él había escondido un siniestro favoritismo por mí desde siempre... Sólo para él fui Rosa María y nunca supe por qué me llamaba de aquella manera, pero era para mí un deleite escucharlo murmurar tan misterioso pseudónimo.

La primera vez que me llamó de esa manera fue una tarde en que yo me columpiaba con unas sogas desde las ramas de un roble y entonces lo vi andar entre sus jardines, sonriente, socarrón, y su mirada se cruzaba con la mía; un rubor enardecido iluminaba mi rostro. No pasó mucho tiempo para que volviera conmigo dando saltos juguetones, con una mueca candorosa dibujada en el rostro picaresco. Suspendió mi balanceo dejando mi cara muy cerca de la suya, casi con obscenidad, y después se acomodó en el otro extremo del columpio, y con su pie reinició el hipnótico vaivén.

Nos contemplamos en silencio y luego me extendió un ramo de rosas rojas que aún conservaban el rocío de la madrugada.

Sentí el fuego quemando mis mejillas.

—¿Te han gustado, Rosita mía? —preguntó acariciando mi rostro.

—¡No me llamo Rosita!

—Oh, Rosita, ¡no te enojas conmigo! ¿Qué no ves que es porque te quiero mucho? Porque te me figuras a una florecita, a una virgencita, y yo quiero llamarte así, como en los cuentos con los que te arrullo... ¿No quieres jugar así conmigo, Rosita?

—¿No te han gustado? —agregó con tristeza creciente.

—Gracias, Deus... Son muy bonitas —respondí con cierto temblor en los labios y le besé la mejilla. Ahora el rubor estaba en él.

—¡Ay, mi preciosa Rosa María! Eres un ángel. Me gustas mucho... ¿Te casarás conmigo? Es decir, cuando crezcas... ahora eres tan pequeña, un botoncito que quiero cuidar... Pero ¿Cuándo seas mayor serás mi esposa? ¡Yo te esperaré!

Las rosas resbalaron de mi regazo y se trozaron al impactar con el suelo. Sus manos buscaron las mías y se entrelazaron. Se hincó ante mí y nuestros rostros se hallaron a una misma distancia; un suspiro escapó de mis labios.

Él sonrió con disimulada malicia.



Uriel Mejía Vidal

La nota inhabitada

Nereidas

... y es que hay enfermedades como flores que maman incluso de la sequía.

Refugio había abierto los ojos en medio de la tarde entorpecida por el sol en sus horas más feroces, y ahora, tras cruzar los límites de Totolcingo, conducía con la ventanilla abajo para que el sudor no le estropeará la camisa. El sueño de apenas cinco minutos le había reparado las pupilas, pero no la carne y los huesos de alrededor. Incluso en sueños seguía cargando la cruz de sus pensamientos, y sobre ésta, las cruces de su familia. Se preguntó entonces si alguna de todas esas cruces se le caería al finalizar la jornada.

Una combi pasó en la avenida contraria rumbo a Texcoco. Era igual a la que se detuvo junto al puente y seguramente igual a las que iban detrás. Refugio no iba para allá desde aquel año en que, debido a una coincidencia surreal, los dos candidatos a presidente municipal contrataron a la Danzonera Acerina para sus respectivos cierres de campaña. Y dada la relativa cercanía entre Cuanalán y Texcoco, él había expresado que llegaría por su cuenta. Alguna sorpresa menor debió causar el haberlo visto llegar e irse en combi; y otra más grande habría sido saber que para él —por una cuestión ritual— sólo en combi se podía llegar.

Algo cercano a una sonrisa se formó en el rostro de Refugio al recordar cómo los texcocanos se las habían arreglado para asistir a los dos cierres de campaña, que por fortuna no habían sido a la misma hora.

Aceleró. Algún otro pueblo quedó atrás y se imaginó alejándose de otro Refugio, sesenta años más joven, que viajaba en alguno de esos cacharros hacia Texcoco para tocar por fin la luz de su camino.

Allá, en un pasado lejano de Santo Jubileo, Pedro Evaristo fue incapaz de perdonarse haber errado un solo de trompeta frente a media comunidad. Apenas pudo, abandonó la orquesta y buscó un terreno baldío para golpear a gusto la tierra. Una mano le había desviado la boquilla de los labios, por lo que terminó soplándole a la nada. Sólo hasta que los nudillos se le cubrieron enteros de sangre fue capaz de aceptar que dicha mano había sido la suya. “Alguien tiene que revisarte”, le había dicho Nazario semanas atrás al comprobar que echaba las palmas en la espalda para ocultar el casi imperceptible temblor en la punta de los dedos. “Esto es de esas cosas que hay que ignorar para que desaparezcan”, había contestado él. Y porque era El maestro, una figura que parecía no encajar con el error, Nazario le creyó. Nada más alejado de la realidad. En el agua del lebrillo con que remojó las palmas de su padre, pudo ver sus ojos de abandono que decían: “Llévame con ese alguien”.

Nadie habló nunca de Don Pedro equivocándose al tocar en el corazón de aquel festejo, pues el recuerdo, aún vivido en carne propia, resultaba tan improbable, que todos terminaron por convencerse de que aquello había sido una alucinación colectiva.

Entonces los Evaristo comenzaron un viaje en busca de la salud por todo el Estado. Iban y venían, con el coche ladeado por la inmensidad de Pedro, abriendo senderos entre calles sin bautizar hasta la casa de algún huesero, hierbero, cura milagroso o médico. Todos revisaban, movían, invocaban y recetaban con aire de suficiencia, y Pedro, cada vez más desamparado, demostraba ser el mejor de los pacientes. Pero cuando veía que lo impuesto no funcionaba, regresaba para destrozar mesas, atrios, estantes o vitrinas, y sólo se detenía hasta que cuatro o cinco hombres lograban sostenerlo, o hasta que sentía que el desastre provocado era equivalente al miedo que le crecía en algún punto tras las costillas. Durante aquellos meses no existió para Nazario y su familia otro compromiso que el de encontrar el “alguien” para el patriarca.

Durante aquellos viajes el abuelo fue para los pequeños la primera escuela. Les enseñó a dibujar armaduras en las pieles de los magueyes bajo los que se recostaban a descansar del coche; a entender el aspecto poético de los calderones; a pedir con las manos entrelazadas, en los pueblos sin voz, una radio prestada para librarse del sofoco de no ver instrumentos ni ensayos. Fueron meses tristes, como de aguaceros largos, en los que parecía escampar cuando la enfermedad concedía a Pedro treguas de una o dos semanas. En dichas treguas él, ilusionado, exigía, golpeando el techo del coche, que regresaran. Y así lo hacían, sólo para corroborar que las pausas eran señales de recrudescimiento. Finalmente, como si todas las manos hubiesen señalado de manera fragmentada un único lugar, llegaron a la clínica de un hombre pequeño cuyos modos torpes dieron confianza a Pedro. Éste, incrédulo y honrado ante el apellido que le fue dictado, inició un registro en su libreta y revisó al viejo por cerca de hora y media. Concluyó la cita diciendo: “¿Puede venir mañana, y al otro día, y al otro y así? Necesito hacerle pruebas y estudios”. Nazario estuvo a punto de contestar que no como por reflejo, pero su padre lo adelantó con un “sí”. Tan agradecido quedó el médico, que, errando el lugar, pero no la lejanía a la que su paciente pertenecía, ofreció su techo y su comida el tiempo y la cantidad que fuesen necesarios. Quizás el hombre le había caído bien o quizá notó que en sus maneras torpes se escondía un deseo real, obsesivo, por darle nombre a su mal; lo cierto es que Pedro no le negó ni una petición. Nazario, esposa e hijos, se instalaron en las habitaciones grandes y limpias del médico. Pedro rechazó la suya en cuanto vio el patio interior con su palma al centro que aventaba grillares de cada rajadura. Pidió una hamaca y le trajeron dos para que ahí repartiéndose su inmensidad. En ese punto de la tierra las noches le daban a su cuerpo la templanza para ensayar. Entonces los grillos salían y se le acercaban, imitando la voz de la trompeta como los pericos hacen con la palabra. Él dejaba que lo rodearan y se le subieran a la panza. Algunas veces, al despertar, eran tantos grillos en el patio, muertos y vivos, que tuvieron que convencer a la senil madre del doctor de que no se habían soltado de nuevo las plagas bíblicas. Se desayunaba a las nueve y después se pasaba a las pruebas. Cuando por fin el doctor resolvió el enigma, admitió avergonzado que otros muchos lo hubiesen logrado antes. Pedro pidió

que le repitiesen el nombre de la enfermedad tres veces para pronunciarlo correctamente. Tenía la certeza de que no había engaño o equivocación alguna. Y supo, desde que el doctor cambió la voz a tonos menores, que no había cura.

—La ciencia avanza y en un futuro puede que...

—Cállese, hombre. A mí no me hable usted del futuro, ése es un invento que nomás sabe defraudarnos —concluyó Pedro con una sonrisa agria.

Y fueron los pormenores de la enfermedad los que apagaron para siempre en el patriarca la llama de la furia.

La familia regresó a Cuanalán con un par de hamacas de regalo en la cajuela. No pronunciaron una sola palabra en todo el trayecto. Pedro cerró los ojos y pudo ver decenas de futuros nuevos, grisáceos, como a través de la mirada de un perro. Se dijo entonces que al llegar buscaría un lugar para encerrarse y ahí lloraría sin pudor cinco minutos; no más. Pero cuando logró encontrarlo fue incapaz de hacerlo; sintió como si unos ojos grandes lo cubriesen. Lleno de pudor y embotado por la necesidad no cumplida del desahogo, se puso las manos temblorosas sobre la cara y se entregó a todos los futuros.

Aquella batalla encarnizada que mantuvo con la enfermedad, perdida de antemano, la prolongó Pedro por diez años. No por miedo a la muerte o amor a la vida —¿qué era la vida con la posibilidad, cada vez menor, de tocar la trompeta?—, sino por no haber sido nunca educado en las artes complicadas de la derrota. Se aisló del mundo para no saber de lástimas y pidió a Nazario que lo dejase ayudar con la educación musical de Abraham y Refugio hasta verse incapacitado. Así pues, mientras el mayor mostraba sus avances, el menor, junto con Bertina, le estiraban los brazos y las piernas, o le ponían las pastillas en la lengua, tal como el doctor les había enseñado. Y luego de un rato los hermanos intercambiaban posiciones. Pedro fue más estricto que nunca, pues temía que el tiempo no le alcanzara para perpetuar su llama en los nietos tanto como en el hijo. Los pequeños se mostraron siempre a la altura. Repetían las veces, los días que fuesen necesarios, el solfeo de algún ejercicio que ellos juzgaban totalmente limpio desde las primeras correcciones, pero que el abuelo, con su oído de herrero, lograba mejorar. Confiaban ciegamente en él, como todo el que lo conocía, y volteaban la mirada a otro lugar cada que, debido algún

aumento repentino en los estertores de los dedos, se dejaba llevar por la ansiedad, escupiendo mientras maldecía o lanzando bufidos largos. Luego todo continuaba, como si nada hubiese sucedido.

Las memorias que del abuelo tenían mejor tatuadas los hermanos estaban, sin lugar a dudas, en las horas de clase de aquellos años amontonados.

Abraham, por ejemplo, no olvidaría el día que cumplió siete y Nazario lo alejó de la lección matutina para irle a comprar su primera trompeta. Pedro —que para entonces ya comenzaba a necesitar ayuda para andar y comer— no dejó de dar recomendaciones, con su voz que costaba tomar al vuelo, sobre cómo debía comprobarse la calidad del instrumento, hasta que el hijo y el nieto cruzaron el zaguán. Volvieron al acabar la tarde. Tropezando de tanta emoción, Abraham se colocó frente a Pedro y abrió el estuche, para mostrar las formas doradas de aquel amor tantas veces soñado. “No se vaya a dormir, papá Pedro, no se vaya a dormir hasta que me enseñe a limpiarla y a agarrarla como se debe y hasta que dé mi primera nota”, dijo el muchacho, y de inmediato Bertina le cruzó el rostro con una cachetada por aquella frase que parecía una burla al estado del enfermo. “No me pegue, mamá, yo he soñado cada martes, desde que mi abuelo enfermó, con este día y con este dolor y con lo que le estoy diciendo ahorita mismo y con lo que va a pasar. Pero no he dicho nada porque si lo decía se me iba a cebar”, se defendió llorando. Y Refugio sabía que era verdad porque algunas veces el sueño, para no errar, se le metía también a él. Sabía que Bertina levantaría de nuevo la mano y que la detendría ante el asombro de ver a Pedro de pie, tan grande y recio como cuando lo conoció. Sabía que Pedro sería el único que no juzgaría la naturaleza de los sueños ni su relación con los milagros, y que tampoco se daría el tiempo para la sorpresa. Sabía que lo llamaría a él y a su hermano para mostrar el correcto armado y desarmado de la trompeta; que pediría disculpas por el trombón que ya no podría regalar; que luego expondría a Abraham los ejercicios que era menester practicar a diario con la boquilla; que lo ayudaría a emitir su primer sol, ardiente e informe para luego, a gritos y señas, darle forma con su oído; que cancelaría la cena y se echaría agua helada en la nuca para alargar la vigilia; y que al entrar la madrugada —consciente ya de que al acabar el día volvería la enfermedad y de que

los días no se acaban a la medianoche, sino cuando uno se rinde al sueño— le regalaría al pueblo una última pieza, tan sentida que los primeros pájaros caerían del cielo como balas perdidas y un par de agonizantes anónimos morirían por fin con la ansiada tranquilidad de los santos.

Al despertar encontraron a la enfermedad sentada en el lugar de siempre. Y en adelante Abraham habría de olvidar cómo se hacía para soñar los martes.

Para Refugio el abuelo habría de preservarse gracias a dos recuerdos, más nítidos entre más lejanos.

Meses antes de que las palabras de Pedro fueran por completo incomprensibles, los ojos se le hicieron más oscuros y las frases que soltaba parecían reservadas a entendimientos futuros, como si hubiese alcanzado la iluminación a través de la agonía. Para ese entonces Refugio ya tocaba también la trompeta. Sólo que no tenía una propia, la compra de la suya se había pospuesto debido a que la enfermedad que descansaba en la hamaca, cada vez más grande, absorbía gran parte del capital de la familia. Así que, para disgusto de ambos hermanos, el instrumento de Abraham tenía que ser compartido. Desde fuera de la casa el pueblo ya empezaba a formar la leyenda de los Evaristo más pequeños: destinados a un lugar privilegiado del virtuosismo. Aun así, Pedro no los consideraba listos para ser presentados. Fue por esos días que durante las lecciones empezó a soltar una instrucción extraña: “Párate en la nota”. Y ellos intentaban todo lo que se les ocurría ante la repetición, cada vez más brusca de la frase. “¡Escucha! ¡Escúchate! ¡En la nota!”, y seguían buscando con los sentidos forzados y a la vez insuficientes. Refugio no se atrevía a preguntar si era la misma *nota inhabitada* que años atrás había escuchado en la radio, pues sabía que no quedaba tiempo para anécdotas o suposiciones; sólo quedaba tiempo para estudiar. “¡No está en la partitura! ¡No es la nota!” Fue ésa la única indicación que, en el ámbito musical, los hermanos no pudieron cumplir.

El segundo recuerdo le resultaba semejante a un caramelo viejo, que al final de su dulzor deja un pequeño rastro de amargura. Se originó cuando tenía once años, sobre los postes inclinados de la comunidad, destinados regularmente a los anuncios parroquiales o a una que otra amenaza anónima. Fue un viernes de temperaturas caniculares adelantadas. Refugio subía la calle con dos bolsas de hielo en las espaldas cuando

vio a un muchacho brillando con engrudo la madera; a otro, diez metros más adelante, pasando el tope, y a un tercero hasta allá, en donde la avenida comenzaba a ser borrosa. En una misma respiración se inclinaron hacia los carteles en el piso, tomaron uno y rodearon con él la madera, luego pasaron de nuevo la escoba con engrudo. Cuando se perdieron en busca de otros postes, Refugio se acercó a las letras azules y a las rojas y al dibujo del hombre sonriente tras un par de timbales, y sin bajar el hielo abrió la boca para ayudarse a leer. Al descifrar el mensaje las palabras se le atoraron entre los dientes y se echó a correr hacia el abuelo, sintiendo cómo el cuerpo, ahora un órgano unificado, le latía entero.

Por aquellos días Pedro era ya incapaz de hablar o hacer sus necesidades por sí mismo, y los resultados de sus batallas contra la muerte apenas podían ser llamados victorias. Dos veces estuvo a punto de irse atragantado con la papilla. Pasaba las tardes temblando en su hamaca doble, con los huesos deformados y el pensamiento inundado de un odio a sí mismo por no saber ni querer rendirse, y apenas reconocía a su círculo familiar. Los medicamentos y la terapia de rehabilitación eran ya inútiles, y su amigo, el pequeño médico, le había dicho en una carta que le leyó Bertina: “Perdone que ya no vaya a verlo. Pero es que ya no puede ayudarle la medicina, Evaristo. Tampoco sería capaz de darle ánimos, pues usted está en las últimas y yo no sé fingir. Ya no prolongue su propio descanso”. Sólo le quedaba la mirada para comunicarse y preguntar; una mirada, por otra parte, precisa.

Refugio llegó con el hielo para sus pies, ahogándose en jadeos. Y bajo el sol, que parecía negarse al crepúsculo, permaneció silencioso ante el regaño de Bertina por el retraso. Sudaba y sus dientes castañeaban por una fiebre nueva que el hermano trató de calmar poniéndole dos hielos en las axilas. Aquella tarde, sin entender por qué, no dijo una sola palabra. Iba de un lado a otro goteando su ansiedad mientras atendía al abuelo que, al intentar decir algo, se había mordido la lengua, tiñendo de escarlata el movimiento de la hamaca. Hacía tiempo Pedro había comprendido que las palabras se le habían vuelto filos en el paladar, por lo que había renunciado a ellas, pero ahora, de repente... Y es que tal vez él había sido el único en entender que la fiebre de su nieto, que habría de extenderse y agravarse hasta la madrugada, no estaba relacionada con el clima, sino con un alboroto anímico.

Bertina durmió a lado del benjamín, cambiando decenas de trapos húmedos de su cabeza, por lo que fue la primera en escucharlo decir: “Déjenme ir”. Reestablecido se levantó corriendo y fue a buscar a su padre —quien se encontraba bañando a Pedro— para contarle que Acerina y su Danzonera se presentarían en Texcoco, que el evento ocurriría en diez días, que la entrada costaría once pesos, que... “No”, fue la respuesta, inmediata e inimaginada, que cayó al centro del oído de Refugio, extendiéndose en ondas concéntricas. Así que no supo si el segundo y tercer “no”, vinieron de la boca de su padre o fueron un eco del primero. Y con los ojos llorosos estuvo a punto de objetar, de gritar, de advertirle que desobedecería por primera vez en su vida, porque a los anhelos de una vida no se les negaba sin siquiera tener la cortesía de la duda. Pero no pudo; se le fueron las fuerzas al percatarse de que Nazario limpiaba un rastro de sangre, que iba de la nariz a los testículos, en el cuerpo pálido de Pedro. Tal vez había sufrido un derrame. Y es que apenas los hermanos vieron el rostro de su abuelo, entendieron que la muerte y su cercanía ya no eran algo abstracto, suavizado por la costumbre; estaban de verdad viviendo los últimos días con Pedro, abuelo y fundador de tantas cosas. Refugio aceptó entonces aquel “no”, que se multiplicaba a cada parpadeo. Permaneció cerca de la cama, igual que los demás, compartiendo el bocado del luto prematuro, sintiéndose culpable por no deshacerse del deseo de escuchar y ver en vivo la música de Acerina. Era una oportunidad única que se le iba entre los dedos, como el paso de los días. Irónicamente sentía que era el abuelo el único que lo hubiese entendido por completo. Así que cuando se quedaba sólo con él, le hablaba de lo poco que sabía del cubano, imitando su posible acento y forma de caminar, y luego le tocaba a oído pedacitos de *Una noche en la Habana*. Seguramente, si todo esto hubiera ocurrido un año antes, Pedro hubiese puesto sus manos como pencas de plátano sobre su nieto para incitarlo a ir, a salir, de sí mismo y del pueblo. Que aprehendiera la ambición de esos hombres que, siendo más jóvenes que él, llegaron más alto. Le hubiese hablado de gente con la que se cruzó brevemente y a la que nunca olvidó, aunque ésta a él sí: Abel Domínguez, Guillermo Posadas, Prieto y Amador Pérez, Gonzalo Curiel, José Sabre, Rafael Hernández, Juan de Dios Concha... Y así, hasta que se le acabara el aliento. Lo hubiese hecho jurar que

algún día saltaría, junto con Abraham, aquel risco de dudas y conformismo que ningún Evaristo (ni siquiera Nazario) se había atrevido a saltar, a pesar de que toda la estirpe poseía en los dedos y en la boca el virtuosismo, la estrella y el rigor. Qué arrepentido estaba el soplo último y oculto de lucidez por haber olvidado ese consejo primordial; un soplo que, sin embargo, encontró su camino el día que Acerina pisó Texcoco. En la cama, al centro del corro de llantos y rezos, Pedro abrió la boca ya sin dientes y con un esfuerzo sobrehumano y un timbre apenas de hombre pronunció la que sería su última palabra: “Ve”. Y atravesando con la oscuridad casi absoluta de sus ojos a Bertina —que lloraba de la impresión, con las manos en los labios—, señaló el viejo cajón de boquillas. Al fondo, envuelto en una franela roja, encontró Refugio el último ahorro del abuelo: veinticuatro pesos. Miró luego la hora; el tiempo ya no lo iba a esperar más. Besó la mano de Pedro y sin volver la mirada hacia la familia, aún enmudecida, abandonó la casa y su aire espeso y negruzco.

Alguna vez había visitado Texcoco, pero nunca se fijó en cómo llegar. Así que pidió indicaciones a cada hombre que encontró en su camino, hasta que alguien se apiadó de su rostro de niño perdido y lo llevó en su bicicleta hasta Tepexpan. Subió a la primera combi con el letrero “Texcoco” que vio. Iba abarrotada, como las demás. Ahí, de pie, hizo migas con dos ancianos que, arreglados cuidadosamente, hablaban del evento con una ilusión largamente fermentada. Y pegó sus pasos a los de ellos para no perderse más. El concierto sería en el centro. La gente que no podía pagar se arremolinaba junto a las láminas que marcaban un límite a la vista, pero no al oído. Salvando la calle, decenas de boleadores pasaban sus telas sobre el charol encerado de los bailarines más quisquillosos. Cada persona era una fiesta; aquí algunas parejas que practicaban los columpios y los cuadros con la música de la imaginación; allá los que vendían figuritas de madera con la cara del cubano; y más al fondo un grupo de yucatecos contaban anécdotas del Rey y su paso por la Danzonera de Prieto y Dimas... Las gentes que iban viniendo y venían yéndose en aquella antesala del deseo tenían todas el mismo pulso al andar. Los ancianos se habían perdido ya entre las espaldas y Refugio sólo se vio libre del pensamiento espinoso de Pedro muriendo hasta que pagó sus once pesos. En la pista, dieciséis parejas esperaban inmóviles, diríase que petrificadas; las

mujeres con la diestra levantada al aire y los hombres con el talón izquierdo ligeramente elevado. A cada lado había cuatro hileras de sillas ya ocupadas y en dos de las esquinas puestos con botanas y pulque. Refugio se abrió paso entre los que no habían alcanzado silla hasta estar a dos metros de la tarima. Los atriles, los timbales y dos saxofones estaban ya dispuestos. De pronto las luces azules que impedían la noche en el lugar se apagaron y con ellas las voces y el movimiento desaparecieron. Once siluetas, que habían memorizado las tarimas de tanto andar sobre ellas, tomaron sus posiciones. “Once pasos”. Frente a la tarima una silueta doce avanzó, algo más torpe, e invocó la luz con su voz clara: “¡Familia bonita! ¡Gente bonita de Texcoco, con ustedes El Rey Acerina y su danzonera!” Y las mujeres bajaron las manos y Refugio sintió algún órgano queriendo salir por la boca. Y los once músicos permanecieron quietos apenas un fragmento de segundo, pendientes de la sonrisa impoluta del cubano; señal para atacar la primera pieza. *Almendra*. Entonces Refugio quedaría incapacitado para contar después sobre cómo las dieciséis parejas se volvieron treinta y dos, cómo algunos lograron brincar las láminas, cómo los niños se abrazaron a su pareja de aire, cómo se pasaban papelitos a Acerina con las peticiones y alguna que otra declaración de amor, cómo los más viejos se agarraban a los *crescendos* para visitar culpas y felicidades pasadas... No, para el muchacho el mundo quedó reducido (o quizás expandido) a las veinte piezas con sus once intérpretes sobre la tarima. Dos horas de escuchar sin el filtro sucio que eran las bocinas de una radio. Vino *Amor Indio*, y *Enrique Herrera* y *Mocambo* y *Los cincuenta millones* y... y un perderse y fragmentarse, un deseo de ser corriente de aquel río diáfano. Sintió por primera vez lo que era estar ebrio en el descanso de los diez minutos. *Serenata de Schubert*, *Blanca Estela*, *Rigolétito*... Nombres presentados al micrófono que también eran olvidados, defenestrados por el cuerpo viril de la música. Aun así, aquello que de verdad esperaba y que no sabía definir llegó en las últimas dos piezas. De un salto la segunda trompeta bajó de la tarima y fue a pararse a un palmo de Refugio. Se trataba de un hombre bajito y menudo, poseedor de una mirada recia dirigida a la primera trompeta, que había tomado foco en las alturas. “¡Teléfono a larga distancia!” Tres baquetazos y la pieza, semejante a una voz imperiosa, dio inicio. Y Refugio sintió que entendía cada frase de aquel

diálogo, aunque no pudiese ser traducida al lenguaje hablado. Se imaginó a sí mismo en la segunda trompeta y a Pedro en la primera y la felicidad se le pintó de gris brevemente. Una ovación general entonces; y un eco que se volvió el grito conjunto. Un grito de tres sílabas y una sola respiración. Una súplica que se volvió afirmación gritada a voz de cuello por el mismísimo Acerina: “¡Nereidas!”. Y llegó como un golpe a las entrañas del muchacho, tan violento que lo dejó apenas con un soplo de conciencia, suficiente sin embargo para volverla a escuchar. *La nota inhabitada*. Moviéndose de un instrumento a otro, omnipresente y a la vez fugaz.

Dolorosa y necesaria.

La música es un descubrimiento finito y esférico en cuyo vientre giran, chocan, se vuelven polvo o se alimentan infinidad de cuerpos. Refugio, al desaparecer *La nota*, había ya escogido el cuerpo al que habría de entregar su vida.

Entre aplausos se terminó la presentación.

El muchacho subió trastabillando a la combi de retorno, incapaz de armar un solo pensamiento; incapaz de imaginar que en aquel preciso instante recibía la herencia de una trompeta, y que dos días después se encontraría llorando bajo un sol macizo, ayudando a cargar un féretro ruidoso, pues el cuerpo en su interior, ni en la muerte había dejado de temblar.



James Nuño

El cazador de ratas

—Ya veo. Y eso que decía de las alimañas... era entonces mero sentido figurado.

—Bueno, sí... y no. Desecho como estaba por desprenderme de mi computadora, fui al escritorio de Héctor a contarle mis cuitas. Él me ofreció una rebanada de pizza fría y una bebida sabor café que acepté con gusto; luego me dijo que estuviera tranquilo, que todo se iba a solucionar, que pronto pasaría algo que me ayudaría a recuperar el dinero invertido, porque buenas acciones llaman al buen karma. “¿Prolongar la vida de un viejo miserable es una buena acción?” “No lo sé —contestó—, quizás el que está pagando el karma y dejándolo tablas eres tú.” Es curioso. Con Héctor sólo hablaba de trabajo: ni de mujeres, ni de futbol, ni de películas. Sólo trabajo. Pero cuando la noche nos caía en la redacción, siempre, por alguna razón, terminábamos hablando de lo profundamente incomprensibles que eran nuestros padres. Yo le conté, por ejemplo, de cuando el mío aprovechaba la visita de alguno de mis compañeritos y nos decía que jugáramos a ver qué tan hábiles éramos para usar las manos como lo hacen los hombres, y entonces sacaba un montón de alambres y nos ponía a hacer un sinfín de cacharros como bicicletas y jirafas y cochecitos de metal para luego venderlos y vacacionar un fin de semana en Guanajuato, solo, con las ganancias, mientras nosotros tardábamos el mismo tiempo en restregarnos las manos con jabón y cloro para deshacernos del óxido pegado. El padre de Héctor tampoco era un ejemplo de decoro. Un día se ofreció a llevarlo a la casa de un compañero para hacer un trabajo en equipo, pero en realidad terminaron en un vertedero porque un compadre suyo le dijo que un viejo loco había enterrado ahí un supuesto tesoro y necesitaba que alguien cavara mientras él sostenía el detector de metales. Ambos compartíamos, pues,

anécdotas de padres horribles que de alguna u otra forma nos habían orillado a esa vida de reportajes ociosos y café terroso. Quizá por eso me dijo que le había parecido un acto de alta humildad renunciar a la única cosa que me había dado dinero en los últimos años para que el viejo pudiera regresar a casa. Yo sonreí, quizá para no llorar, y le di las gracias. Le dije, además, que por favor si sabía de algún trabajo, o de alguna anciana ricachona que quisiera gastar sus millones en mí, me lo dijera por favor. “No, Jeffy —me dijo—, tú ya no estás para eso; si tuvieras dinero, con la panza y la edad que te cargas, a ti te tocaría ser el *sugar daddy*. Digo, si tuvieras dinero...” ¡El muy desgraciado! Le di una gran mordida a la pizza fría tratando de deshacer el nudo en mi garganta y mascullé cualquier cosa. “Pero en serio —continuó—, siempre hay trabajo en esta ciudad para cualquier persona dispuesta a hacerlo.” Ajá —dije—, ¿sabes de alguno? Héctor quiso responder, pero las palabras se le desinflaron como una triste flatulencia. Pues no, en realidad no. Pero eso no es problema; estoy seguro de que si revisamos los avisos de ocasión, tan sólo los del día de hoy, encontraremos al menos dos que nos sacarán del apuro.” Entonces tomamos un diario de la pila que yacía en su escritorio y comenzamos a revisar. Nada. Héctor fue a otro escritorio y trajo un par de ejemplares más: uno del día de anterior, y otro de hacía una semana. Tampoco. “Pues, caray —dijo como si de verdad fuera una sorpresa—, parece que no hay nada.” Luego tomó uno de los diarios y lo escrutinó como si quisiera descifrar una escritura antigua. “Qué curioso, ¿no? —me preguntó después de unos segundos de silencio—, hay muy pocos trabajos, todos muy similares, pero la cantidad de personas que ofrecen sus servicios es muy amplia: desde camioneros y afanadores, hasta chefs y reparadores del chakra.” Sí, es curioso, ¿y qué?”, respondí sin ganas. “Pues qué tal si... ¿qué te parecería si yo te ayudo poniendo un anuncio para ti?, ¿quién sabe y en una de éstas mañana mismo tienes trabajo!” Le dije que no, o al menos hice la cara correspondiente, pues me parecía una idea, más que terrible e infructuosa, vulgar, pues sólo los jodidos, los pervertidos y los desesperados se anuncian en el periódico. Pero Héctor hizo caso omiso. Fue a la computadora y comenzó a teclear. “¿Cómo te anunciaremos? ¿Escritor?” “No, por favor.” “¿Experto en letras?” “No, suena horrible.” “¿Corrector? ¿Redactor? ¿Escribidor?” “No, no, no, Héctor,

eso no funciona.” Dádonle un gran trago a su café frío, tuvo de pronto una revelación. “¡Ya sé! ¿Te acuerdas de cómo le decía don Chucho, nuestro primer jefe, a los correctores de estilo?” Y entonces tecleó CAZADOR DE ERRATAS, seguido de mi nombre y mi número telefónico. “¡Se va!”, dijo. Y el ridículo anuncio se fue.

—Pero, supongo, el anuncio no funcionó.

—Oh, no. Sí funcionó. ¡Vaya que funcionó! Al día siguiente, no bien había abierto los ojos, ya tenía un par de llamadas perdidas en mi teléfono. Apenas estaba revisándolas cuando entró otra de un número desconocido. Era la voz de una mujer. “Buenos días, joven, hablo por lo del anuncio del periódico.” Yo estaba confundido porque era muy temprano y yo había olvidado por completo el asunto del clasificado. “¿Disculpe?” “Sí, sí, vi su anuncio en el periódico y necesito de sus servicios, ¿cree que pueda venir hoy?”, preguntó con un dejo de molestia. “Sí, claro que sí, dígame qué es lo que necesita.” “Pues que venga, ¿no le estoy diciendo?” “Sí, sí la entiendo, señora. Pero necesito que me dé algunos detalles, como por ejemplo, de qué tamaño es...” “¡A ver! me interrumpió—, ¿puede ayudarme o no?” “Sí, señora.” “Entonces, por favor, venga para que vea por usted mismo el tamaño del asunto.” No quise discutir más. Acto seguido tomé nota de la dirección, colgué el teléfono, me di un baño, me vestí de una manera formal —no demasiado, pero lo suficiente para causar una buena primera impresión: camisa de botones, pantalón de mezclilla y zapatos cafés—, comí un yogurt y un pedazo de carne que había cocinado tres días atrás, y me dirigí al domicilio. Tomé el autobús, y durante todo el trayecto pensé, intrigado, en la urgencia de esta señora. Por lo regular, mis clientes son empresas cuyos ejecutivos no pueden salirse del protocolo: siempre se presentan con mucha propiedad, mandan correos, exponen de manera muy concreta sus necesidades y piden presupuesto en el acto. Por otra parte, y esto es lo que temía, hay escritores *amateurs* que más que ayuda para sus textos, necesitan contarle a todo el mundo sobre el libro que acaban de escribir y que ha tenido excelentes reseñas entre familiares y amigos. Son los mismos que despotrican sobre las editoriales, las cuales, por sus estándares comerciales que atentan contra la verdadera literatura, no están interesados en esta joya de las letras mexicanas. Por ello, rematan, quieren publicar el libro de

manera autónoma y me han buscado a mí para ayudarles en el proceso. Yo les digo que lo que yo hago es corregir el texto, a lo que ellos responden que no necesitan eso, que ya lo han revisado varias veces, que lo que necesitan es que les ayude a imprimirlo. Luego, cuando les digo que para eso mejor busquen una imprenta del centro, se van sin despedirse, frustrados e indignados. A pesar del presentimiento de estarme dirigiendo directamente a un caso como éste, decidí darle el beneficio de la duda a la señora: quizá se trataba de la secretaria de un magnate que necesitaba las revisiones para sus memorias, lo antes posible y sin importar el costo.

Cuando llegué a la dirección, mis esperanzas incrementaron. Se trataba de una biblioteca pública, vieja pero bien conservada. En la recepción me recibió un hombre de avanzada edad. Le dije mi nombre y el asunto al que venía. El hombre se levantó de su asiento y comenzó a andar, con una lentitud infernal, hacia el interior de la biblioteca. Pensé que su excesiva calma buscaba hacerme desesperar, como una lección por no haber llegado antes, pero a los pocos pasos me di cuenta de que en realidad se debía a una cojera en la pierna derecha. Me le quedé viendo fijamente, seguro con cara de idiota, pensando que quizás había perdido la movilidad en un accidente de tráfico, o en una balacera. Tal vez era un defecto de nacimiento. “¡Sígamel!”, me gritó para sacarme del trance en el que tenía su pierna arrastrándose contra el piso como un acordeón destartalado. Llegamos a una oficina donde me recibió la encargada del lugar, una mujer que, aunque no debía ser mucho mayor que yo, parecía más grande gracias al vestido sastre de imitación, al peinado relamido y al maquillaje excesivo en su rostro. “Pase, por favor.” Reconocí la voz de la mujer que me había llamado horas atrás. “Tome asiento”, me dijo mientras atendía el teléfono. Su oficina era minúscula; apenas tenía espacio para un archivero, que vomitaba carpetas y papelería, y un viejo escritorio sobre el que yacían un cerro de folders empolvados, la foto de una niña preocupantemente fea, un bote con lápices mordidos y un par de diarios. Aunque aún no tenía certeza alguna, podía imaginar la razón de su urgencia: al ver aquel desorden, lo único que me venía a la mente era que debían realizar algún tipo de informe que requería minuciosidad para el escrutinio público. “Disculpe —dijo la bibliotecaria después de terminar su llamada—. Qué bueno

que pudo venir con tan poca anticipación. Eso habla bien de usted. Eso y su aspecto, dijo reparando, casi extrañada, en mi ropa. No sabía que en su oficio hubiera gente tan... elegante.” “Gracias”, contesté dudando de si se trataba de un elogio o de un venenoso sarcasmo. “En fin, como le decía, tenemos aquí una situación de emergencia, nuestra gente de confianza no aparece y no sabíamos a quién más recurrir.” “No te preocupes —dije tuteándola—, puedes confiar en mí. Dime qué es lo que necesitan y con gusto les ayudaré.” “Pues es muy sencillo. Quizá no debería darle tanto detalle pero le voy a explicar sólo para que entienda la gravedad del asunto. Por cuestiones de auditoría, la Secretaría de Cultura nos ha pedido que hagamos un reporte que contenga el catálogo completo de nuestro acervo de libros, así como una relación de los documentos administrativos de los últimos dos años. Aquí es donde entra usted.” “Lo sabía”, pensé. “Tenemos un cuarto en el otro extremo de la biblioteca en donde guardamos el archivo muerto.” “Y quieres, entonces, que les ayude a clasificar y revisar esa documentación para integrarla en un documento.” “¿Qué?, ¡no!, claro que no, ¿por qué le pediría eso?” Ella sonrió aunque yo no entendí cuál era el chiste. “A inicios de esta semana comenzamos con la labor de recopilación de información, y Adolfo, la persona que le recibió en la entrada, nos ayudó a mover los archiveros y libreros, muy a pesar de su condición. Pero al desplazar el archivero principal, se dio cuenta de algo terrible: un roedor enorme y gordo salió corriendo a esconderse detrás de un agujero en una de las esquinas del cuarto. Inmediatamente Adolfo me dio aviso de la situación. Lo primero que hicimos fue revisar la papelería y, efectivamente, nos dimos cuenta de que el roedor había estado masticando los archivos y los libros del cuarto. En cuanto lo descubrimos, Adolfo puso veneno afuera del agujero, pero no sé si era de mala calidad o si de plano se trata de una especie de súper rata, porque el polvito ése no le hizo ni cosquillas. Necesitamos, pues, deshacernos de la rata y de su posible descendencia para evitar que nuestro archivo, e incluso nuestra biblioteca, sean devorados.” Yo permanecí en silencio esperando a que la mujer terminara la historia. Porque ése no podía ser el final. De ser así, ¿qué tenía que ver yo en todo eso? La mujer dio un trago a su café sin despegarme la vista, como esperando mi respuesta. “¿Y bien?”, preguntó al fin. “¿Y bien qué?”, “¿Cómo que qué?, ¿puede ayudarnos?”

“¿Ayudarlos a qué?” “Pues a resolver nuestro problema; el tiempo es poco y necesitamos hacerlo hoy mismo.” No sé qué cara de idiota debí haber puesto, porque sentía en cada una de mis facciones, desde la nuca hasta la papada, la lucha contra el silencio en la que me tenía sumido la confusión. “Es que no comprendo, ¿cómo pretendes que yo les ayude con eso?” La mujer azotó su taza de café sobre el escritorio, haciendo que unas gotas salpicaran sobre mi nariz y la comisura de la boca. “¡Basta, señor Medina! No estamos para juegos. No me haga perder mi tiempo. ¿Va usted o no a encargarse de la rata?” “¿Pero por qué habría yo de hacer tal cosa?”, pregunté entre divertido y fastidiado. “Por la misma razón por la que puso su anuncio en el periódico, ¡para ganarse la vida!” Antes de que pudiera pronunciar palabra, la mujer arrojó el diario frente a mí, exactamente en la página donde estaba el anuncio resaltado con marcatextos amarillo. Lo tomé entre mis manos, y no bien abrí la boca para sacarla de su error, para decirle que se había confundido y no era yo con quien quería tratar, el texto me dejó frío. Lo repasé unas diecisiete veces en medio minuto. No había error. Al menos, no de su parte. El anuncio que Héctor había mandado a imprenta el día anterior, el mismo que yo lo vi teclear, aquél que decía CAZADOR DE ERRATAS, como castigo divino o como un irónico giro por parte del guionista que escribe mi ridícula vida, había salido con una errata. Con la más desafortunada de las erratas, para tales efectos. No sé qué salió mal. Tal vez el autocorrector de la computadora hizo lo suyo, o quizás el becario del periódico se sintió proactivo y corrigió lo que él creyó un gazapo. Como haya sido, esta señora, al abrir su periódico por la mañana, vio un anuncio que parecía haber sido escrito sólo para ella, para solventar sus necesidades específicas: CAZADOR DE RATAS. ¿Cómo no iba a llamar al fumigador que se anunciaba como el vengador de los oprimidos, el *Terminator* de los roedores? El mote era directo, simpático y hasta heroico. Pero, por supuesto, equivocado.

—¡Qué locura! Ya entiendo lo de las alimañas. Imagino que debió haber sido muy incómodo, tanto para usted como para la bibliotecaria, cuando le contó del error en el anuncio.

—Sí. Es decir, debió serlo. La cosa es que yo estaba tan enojado por el asunto, que me quedé mudo. Quien rompió el silencio, para variar, fue ella. Me pidió disculpas por haberse alterado, me dijo que no había sido su intención levantar la

voz, pero que en verdad estaba metida en un apuro. Yo estaba a punto de decirle lo del anuncio, cuando mencionó lo del dinero. Me dijo que el presupuesto era de mil pesos, que a ella le parecían suficientes por encargarse de una rata, pero que si requería de más no escatimaría en gastos. Luego, antes de que yo pudiera decir cualquier cosa, mandó llamar a Adolfo, quien apareció casi de inmediato, con una presteza inesperada para un cojito, y, por instrucciones de la mujer, me llevó a la bodega en cuestión. “Pues aquí es —dijo al abrir la puerta—. Aquí están los archiveros, allá hay un librero y en la esquina de allá está la ratonera por la que se esconde el animal cada vez que escucha ruido.” Di dos pasos, analizando el lugar, preguntándome qué carajos estaba haciendo ahí, pensando en si yo también cabría por la ratonera para escapar sin ser visto. Adolfo se me emparejó, me barrió con la mirada de arriba abajo y me preguntó si iba a trabajar así, con mis manos pelonas, y tan elegante. “Ah, pues no, ¿verdad? —Sonreí—. Tengo que volver al auto por mis materiales.” Y entonces salí por la puerta principal, dispuesto a regresar al diario y a reclamarle a Héctor su error.

—Pues, ¡claro! Imagínese usted que se hubiera quedado ahí a atrapar a la rata sólo por un malentendido. Digo, no valía la pena por mil pesos.

—Es lo mismo que yo dije. Pero entonces le marqué a Héctor y mi firmeza se fue al carajo. Después de gritarle todo el asunto, sólo escuché una enorme carcajada detrás del teléfono. “¿De qué chingados te ríes?” “¿Cómo que de qué!” “¡Es una gran historia! Podría ser el inicio de tu novela ésa que nomás no has comenzado a escribir.” “No me vengas con mamadas, Héctor. Ya perdí medio día por esta pendejada. Y lo peor: ahora hay un montón de gente en la ciudad que tiene mi número y me llamará para contratar a su cazador de ratas.” “Tranquilo, Señor Popularidad, yo no le veo nada de malo. ¡Es dinero fácil! Si tú quisieras, podrías acabar con la rata en unos minutos y llevarte esos billetes sin el mayor esfuerzo.” Odiaba admitirlo, pero Héctor tenía razón. Si hacía un cálculo frío, mil pesos por una hora de trabajo era más de lo que solía ganar en el periódico, o en cualquier otro trabajo. “De acuerdo, pon tú que me regreso a la biblioteca y decido hacerlo. El problema, el pequeño, minúsculo e insignificante problema, es que no tengo ni puta idea de cómo cazar roedores. La única persona que conozco que podría hacer eso es mi papá, y créeme que preferiría antes comerme a esa rata que pedirle ayuda.” Héctor

rio, de nuevo, con toda la panza. “¡No te preocupes, hombre! Luego, ¿tú en qué siglo vives? Todo lo que necesitas saber está en la internet. No hay nada que no esté ahí. Y si no lo está, es porque no existe. Trata de calmarte. Tú ve a una tlapalería o al Walmart o a lo que te quede cerca, mientras yo te investigo algunos métodos eficaces para matar roedores.” Quince minutos después, Héctor me envió un listado de productos que conseguí por menos de doscientos pesos, y otro de procedimientos para acabar con el problema de plagas. Entré de nuevo a la biblioteca cargando una bolsa con todos mis aditamentos, confiado y decidido a atrapar al animal. “¡Ah, por fin volvió!”, exclamó Adolfo, mientras cojeaba rápidamente, intentando seguirme el paso. Saqué las cosas de la bolsa. Puse el papel con pegamento en el piso, justo afuera del orificio en la pared. Luego tomé la cebolla y la arrojé al interior de la ratonera. Esperé cinco minutos y no pasó nada. Adolfo permanecía en el marco de la puerta, expectante pero a la vez incrédulo de mi trabajo. Como no pasaba nada, y me sentía tremendamente incómodo con el cojito observándome, decidí echar toda la carne al asador. Tomé las ramitas de menta, las bolsitas de clavo, de pimienta y de canela, y las arrojé lo más fuerte que pude al interior del agujero. Finalmente, abrí la botella de salsa tabasco y comencé a lanzar algunas gotas a la ratonera, primero de manera rítmica, luego agresiva, después neurótica, hasta que terminé lanzando la botella completa con tanta fuerza que la escuché rodar y romperse al fondo del tunel. Adolfo y yo permanecemos en silencio. Me resistía a creer que los remedios caseros de Héctor no hubieran funcionado. Me puse de cuclillas y apunté la lámpara de mi celular hacia el orificio, con la esperanza de ver algo. Pero nada. Di un par de toques en la pared. Nada. Luego un par más fuerte. Y entonces escuché, a lo lejos, un rumor, como de alguien rascándose la cabeza. El sonido iba incrementando de manera sutil. Me acerqué un poco más a la ratonera, esperando ver qué era lo que provocaba ese ruido. Error. Una rata enorme, que pudo haber sido un conejo o el cachorro de un gran danés, salió del agujero corriendo, chillando, empapado de salsa tabasco. Salté hacia atrás en cuanto vi su nariz acercarse vertiginosamente a la mía. De no ser por la trampa de pegamento, la desgraciada me hubiera mordido el tabique y se me hubiera quedado prendida de ahí, como adorno de punketo mugroso del

centro. La rata, enorme como era, rodó pegada a la trampa. A diferencia del dibujo ilustrativo en la caja, esta rata no se sometía, inmóvil e indefensa, ante el pegamento. La trompa, los dientes astillados y la larga cola salían del papel, como esos tacos árabes grasosos que venden en la calle se salen de su envoltura de aluminio. La rata rodaba por toda la habitación pero, sin duda, lo peor eran sus chillidos. Aquella monstruosidad chillaba y gritaba como si la estuviesen desollando viva. Que, si lo piensa bien, era lo que estaba pasando. “Bueno —le dije a Adolfo lo suficientemente fuerte como para que me escuchara por encima de los chillidos—, ahí está su rata. Puede decirle a su jefa que mi trabajo aquí ha terminado.” Adolfo hizo una mueca y cerró la puerta. “¿Cómo cree que va a dejarnos a ese animal aquí, dando vueltas y chillando?” “Bueno, ¿y qué quiere que haga? Ustedes querían que la atrapara y la atrapé.” “No, señor. Usted saca esa rata de aquí y se la lleva a tirar o a enterrar.” Miré al roedor, que daba la impresión de crecer aún más a cada vistazo. Acercármelo no era una opción. Sus dientes estaban demasiado expuestos y, con la suerte que me cargo, seguramente me mordería hasta arrancarme la mano. El tiempo se acababa y los chillidos de la rata comenzaban a ponerme muy ansioso. Entonces hice lo único que podía hacer. Busqué un palo, un fierro o algo con lo cual poder noquearla. Pero no encontré nada semejante. Lo más útil que vi fue un tomo de lo que parecía ser una vieja enciclopedia, polvoso, pesado y ataviado en pasta dura. Tomé el libro entre mis manos, caminé hacia la rata, lo alcé sobre mi cabeza y lo dejé caer sobre el animal. Escuché tronar un hueso. Pero, con todo, la rata seguía chillando y moviéndose. Repetí la operación una, dos, cinco veces más. Estaba decidido a hacer callar a esa cosa. Golpée una y otra vez hasta que dejó de chillar, hasta que escuché reventar su cráneo, hasta que vi sus sesos y tripas regados en el piso, en mis zapatos, en mi pantalón... De pronto me detuve. Volteé a ver a Adolfo, quien tenía la cara de quien ha atrapado por error a sus padres haciendo el amor al estilo sodomita. Caí en cuenta de que parecía un psicópata. Sacudí el libro, y me arreglé la camisa y el cabello, todos salpicados de sangre. “Creo que con eso bastará.” Metí el cadáver en la bolsa, o lo que quedó de él, lleno de pegamento, sangre y salsa tabasco, y le entregué el libro al anciano. “No. Quédeselo, por favor”, me dijo antes de darme, de lejos, un sobre con dinero.



Nestor Pinacho

Rescoldos

Los tacones de la doctora Rivera resuenan por los pasillos. El caminar rápido del que sabe a dónde va. Inserta su tarjeta en el checador del primer piso, saluda a la secretaria, a los enfermeros adormilados, a sus colegas que están apelonados alrededor de un celular. Sale al pasillo y se asoma al patio, la gran fuente de piedra, que ha estado seca desde que ella lo recuerda, se alza al centro los pacientes que salen de su aletargamiento buscan la luz. Y con el día comienzan los gritos a la nada, los llantos, las risas...

—Doctora, ya subieron al paciente.

Ella no responde. Sólo asiente, sin voltear a ver al enfermero. Respira hondo y emprende el camino por las escaleras hacia el cuarto piso. La puerta del consultorio, al fondo del pasillo, está entreabierta y deja ver solamente una sombra al fondo.

El hombre yace en una silla que parece bastante incómoda. Su largo cabello canoso se le desparrama por la espalda, deja entrever huecos de su calva blanca. No mira a la doctora, sus ojos están fijos en el suelo. El único movimiento es el de sus manos, estrujándose de una forma extraña. Su rostro arrugado no revela nada. La doctora cierra la puerta.

—Buenos días, Adán. ¿Qué tal estuvo su mañana?

No responde. Ella actúa con normalidad. Se adueña del espacio, se mueve de un lado a otro. Continúa con preguntas relacionales, que él desdeña sin el menor gesto. Ha pasado por eso tantas veces, con tantos hombres intentando sacar respuestas de donde no las hay, que le parecen esfuerzos vulgares los de la doctora Rivera.

Ha pasado media hora llena del sonido de los tacones desplazándose, de preguntas sin respuesta, y entonces ella decide que es momento de darle su oportunidad al silencio. Y se sienta en el escritorio, alternando la mirada entre el archivo del paciente y esa figura vencida. Un sonido diminuto rompe con la quietud. Luego otro, como si algo muy frágil y pequeño cayera al suelo. Disimuladamente, la doctora busca alrededor y de repente ve caer algo de las manos de Adán. Uñas completas yacen en el suelo y de aquellas manos tenues comienza a manar la sangre.

*

La misma luna para los dos. Adán la ve desde una pequeña ventana con barrotes, se tiene que parar de puntillas para alcanzar a distinguirla.¹ La doctora la tiene a su disposición desde aquel gran ventanal que corona su casa. A uno le causa ternura, piensa en la hermosa imaginación de la que brotó aquella blanca esfera; a ella le recuerda a su padre, que la señalaba y le decía que ése debía ser su único límite.

Adán ve la luna hasta que la pequeña ventana ya no deja distinguir su avance y se resigna. Sin hacer mucho ruido se mueve hacia su cama, no quiere despertar al ciego. Se acuesta y piensa en el perfume de nostalgia que carga la doctora Rivera. Y cierra los ojos, y desea soñar con ella, con ella que tanto se le ha parecido a Fátima.

*

Era más incómodo, pero prefería apretujarse en el baño que tenía en el cuarto de las visitas a usar el gran espacio destinado para asearse, porque para llegar a él tenía que salir de su habitación, enfilar por el pasillo alfombrado y pasar enfrente del cuarto que ya nunca abría. Y era imposible pasar sin recordar, sin escuchar la melodía del móvil de cuna que tal vez suena siempre o tal vez suena sólo cuando ella pasa, cómo saberlo.

Tampoco gasta demasiado sus días en aquella casa, no tiene mucho sentido aferrarse a ese espacio vacío, en el que

¹ De alguna forma la luz de las estrellas nace muerta. Brillan, pero no están, son un indicio, un señalamiento de que aún en la nada las cosas están, de que se puede estar en dos lugares al mismo tiempo... Son un indicio de que no hay tiempo.

no hubo tiempo de alojar ni un recuerdo. Por eso está lista casi una hora antes de lo necesario, y sale al auto, espera a que la ciudad despierte, mientras hojea el archivo de su paciente y observa de nuevo las fotos de un cadáver con la piel lacerada, una mujer que hace mucho tiempo se llamó Fátima.

*

Los tacones de la doctora Rivera resuenan por los pasillos. Inserta su tarjeta en el checador del primer piso, saluda a la secretaria, a los enfermeros adormilados, a sus colegas que están apelotonados alrededor de un celular. Sale al pasillo y se asoma al patio. Revisa su reloj y decide llegar antes de que lleven a Adán.

Sube hasta el cuarto piso y se dirige al consultorio. El lugar está vacío. Aprovecha para observar la ciudad que se extiende fuera de la ventana. Escucha el elevador, a lo lejos, abriéndose, y dos pares de pies, unos cansados, arrastrados a cuestras; los otros, firmes, que apuran sin compasión al anciano.

Por primera vez lo ve de frente. Acabado, sin rastro de ese semblante hermoso que aparece en el archivo. Él la mira también y no puede esconder el terror en su rostro. Baja la mirada y cierra los ojos, empieza a susurrar algo para sus adentros;² mientras, la doctora enciende sus alarmas: puede ser la clave para penetrar en el anciano.

Sientan a Adán en la misma silla, le vuelven a apresar las manos, ahora envueltas en unos guantes para que no se haga daño a sí mismo. Pero esta vez sí la mira, le está estudiando la cara, y de vez en vez cierra los ojos y aspira,³ como intentando jalarla hacia sí.

—Buen día, Adán. ¿Qué tal su mañana?

Otra vez no hay respuesta. Se persiguen los minutos, cadenciosos, pero no hay palabras que llenen el espacio. A veces se intuye que algo quiere brotar de la garganta partida de Adán, porque el aire inicia su ascenso, comienza una vibración que se pierde en la garganta y deja un leve temblor

² Dos pares desde el inicio, dos partes que son uno. Cuando una partícula y una antipartícula se encuentran causan una liberación de energía tremenda. Después ... nada.

³ Vainilla... como Fátima.

en sus labios. Y la doctora espera, durante una, dos horas. Y a veces hace una pregunta, sin esperar ya que le sea contestada.

*

—Ya duérmete, cabrón.

Adán, parado de puntillas frente a la pequeña ventana, voltea a ver al ciego, acostado.⁴

—No es que hagas ruido o no, cabrón, es que sigues pensando, y el zumbido de toda la mierda que traes en la cabeza no me deja dormir y tengo entonces que apretar los ojos para poder ver lo que está allá abajo.

—¿Abajo?

—Sí, debajo de lo que aquí es presente —enfurrñado, el ciego le mienta la madre entre dientes, se da la vuelta hacia la pared y se tapa los oídos.

Adán se queda pensativo⁵ y alcanza con la mirada el último pedazo de luna que se esconde, poco a poco, tras el marco de su ventanita.

*

La lluvia trae retazos del tiempo y los embarra por las calles, embadurna con su melancólico estúpido todos los edificios, las casas, las gentes. Cada gota es una foto, un recuerdo que se rompe con el impacto de la realidad. Para algunos la lluvia tiene nombre, cara, miles de recuerdos que en esa neblina de gotas forman un rostro. Desde ese día en que la volví a encontrar, la lluvia tuvo ya para siempre un nombre. Por más furiosa que sea la precipitación, en algo ayuda a quienes se sienten arder por dentro. La lluvia aplaca el enojo contenido, aniega los pozos vacíos de la melancolía, aplaca el gruñir de las brasas y deja vivos unos cuantos rescolidos.[†]

*

⁴ Ni siquiera estoy haciendo ruido...

⁵ Abajo... abajo... ab ajo... aba... jo.

[†] Los fragmentos que aparecen invertidos forman parte de la propuesta estructural en la novela del autor.

Los tacones de la doctora Rivera resuenan por los pasillos. Se le ha hecho tarde. Inserta su tarjeta en el checador del primer piso, saluda a la secretaria, a los enfermeros adormilados, a sus colegas apelotonados alrededor de un celular. Sale al pasillo y se dirige rápidamente al cuarto piso. El peinado luce un poco alborotado; el saco, a medio planchar.

Ya está ahí Adán. Antes de alzar la vista aspira profundamente. Rápidamente, sin saludar, la doctora deja sus cosas en el escritorio y mientras busca una pluma para volver a anotar en el reporte los pocos resultados obtenidos con el paciente...

—Huele a poco sueño, doctora —una voz cavernosa, como de tubería oxidada, inunda el aire, un sonido que recuerda a tumbas, a lodo.

—¿Eso se puede oler? —le responde, tensa, la doctora Rivera.

—Todo se puede oler.

Surge un silencio que aplasta hasta a las aves que se asomaban por la ventana.

—Tuve una mala noche... ¿usted no despierta más cansado de los sueños?

Adán mastica las palabras antes de dejarlas resbalar: “Cuando uno es apenas cachorro sueña mucho porque tiene ansias de vivir; a los viejos ya no nos quedan sino migajas de eso, y no las vamos a desperdiciar a la hora de dormir”.

—¿Cuántos años lleva aquí, Adán?

—Estoy buscando, buscando, creo que antes... sí, antes soñaba con mi madre...

—¿Adán?

—Y con iglesias...

—¿Adán, recuerda cuántos años lleva aquí en San Bernardino?

—¿Le sirve un sueño inventado? Entonces le diré que al cerrar los ojos y escuchar la respiración del ciego, puedo vislumbrar, como entre el humo de un incendio, a un escritor.

La doctora respira hondo, deja el archivo en la mesa y se dispone a amarrarse el cabello. Revisa su reloj. Por el retraso, casi se ha acabado el tiempo. “Al menos —piensa— se ha dignado a hablar.”

—¿Y qué escribe ese hombre?

—Sabe, yo escribí una novela...

⁶ Cada vez se parece más a ella...

*

Siendo estiricos, con los compañeros de la Universidad Invisible no se revisaban libros; no al menos los que uno encuentra comúnmente. Analizábamos papeles marginales, borradores a veces incomprensibles, palabras llevadas al extremo, golpeadas para hacer brotar algo de eso que está detrás de todos los libros.

Tal vez fue un acuerdo implícito, porque un espacio como ese no podía estructurarse en reglas (o tal vez sí: en la ausencia de ellas), pero nunca nadie pretendió llevar algún texto, "hecho", consolidado, y algo de razón había en ello: no podíamos estudiar la esencia de textos manoseados que ya tuvieron una vida, así sea corta, libros que el contexto ha impregnado con sus olores, tal vez sutiles, pero que han cambiado no sólo lo escrito, sino la recepción que íbamos a tener de ellos.

Nos sentíamos científicos intentando encontrar vestigios de la vida en el útero, y para ello necesitábamos algo apenas llegado a este mundo, algo puro, que ni siquiera había sido visto, o algo recién emergido de ese territorio que está detrás del velo de la conciencia.

Lo analizábamos, lo contemplábamos con ternura, con respeto. Alguien realizaba uno que otro apunte en hojas blancas, que al despertar el día eran quemadas junto con el borrador en un patio semioscuro, a veces en un puente desde el que las cenizas llovían sobre los autos, mientras nosotros veíamos, con ojos rojizos, cómo los restos se desperdigaban entre el viento.

*

Se para siempre en la esquina más alejada de los edificios que rodean el patio de San Bernardino. Desde ahí, puede dominar a todos con la vista. Su negocio no ha tenido un sólo día bajo desde que inició; todos buscan alguna fuga y él se las puede

vender. Fármacos robados de la bodega del hospital, mota, coca, piedra, activo... su oferta es tremenda, pero, contrario a lo que se podría pensar, no es eso lo que más vende.

Donovan también ofrece preguntas, y es bien sabido que a los sujetos que llenan San Bernardino les encantan las preguntas, porque son menos efímeras que los efectos de las otras drogas, son igual de adictivas y el efecto puede regresar incluso después de meses de haber estado rumiando el asunto. Así que, como se puede inferir, ése es su producto estrella y también el más caro.

Adán ha estado guardando unos cuantos pesos robados de aquí y allá. Y siente que ha llegado el momento de comprarle una pregunta a Donovan. Cruza el patio, con su paso cansino, para acercarse a él.⁷ Hace fila, detrás de un enfermero, y espera su turno.

—Sabía que vendrías, amigo.

—Dame una buena...

Donovan cierra los ojos. El esfuerzo se marca en su cuello, tensándolo, su ceño se frunce, sus manos se doblan como si estuviera convulsionando. Su voz, al salir, está cambiada.

—¿Y si somos un átomo en el cuerpo de un Dios? ¿Qué hay detrás del amor? ¿Qué andamos buscando cuando vagamos por el mundo? ¿Cómo se le nombra al horizonte cuando llegamos a él?

—Me llevo más de lo que vine buscando...

—Así es la vida a veces, Adán.

El efecto, el sopor de la divagación comienza a inundar el cerebro de Adán. Entre el éxtasis decide articular su pregunta antes de perderse en la neblina de su mente.

—¿De dónde las sacas?

Donovan ya está repartiendo marihuana entre otros dos sujetos que sacan un fajo de billetes. Medio distraído, le responde.

—Me llegan de otro tiempo, amigo.

Ya en el atrio, cientos de cirios fueron encendidos con esa llama. El mismo fuego ardía entre las manos de los asistentes. Una llama que eran muchas y una sola.

⁷ Parece hacerse más flaco conforme uno lo mira más de cerca.

La esperé dos horas y media. Era Semana Santa y en las calles de San Fernando se podía escuchar el crujir de la tierra al pisar. En un momento llegué a temer que un arranque, un diagnóstico, o peor, un arrepentimiento, la hubiera condenado a otros meses de encierro.

Pero al final Fátima salió con su única maleta y al verme me dirigió una sonrisa no muy entusiasta. Se acercó y me dijo que quería ir a misa. No supe qué responderle y sólo asentí. Me dijo que quería ir a la Catedral.

Me causó un poco de repulsión la idea de cambiar la tranquilidad de esa tarde por el bullicio y el gentío que siempre se arremolinaba en esa zona de la ciudad. Aun así, me vi empujado a tomar el bus, luego el metro hasta Hidalgo y un transbordo para Zócalo.

En el camino sólo soltamos frases aisladas, algo así como una conversación a pedazos, desgajada. Y sin embargo, no era incómodo, al menos para mí, pues podía observar sus gestos, sus miradas y las cosas que le llamaban la atención. La aprehendía.

Entre empujones salimos del metro y nos enfrentamos con el aire frío de la noche. Casi como un reflejo, como una niña temerosa, Fátima tomó mi mano. Estaba fría y sus dedos parecían en una calma tensa, desacostumbrados al contacto.

Entramos a una Catedral en penumbra. Mis manos empezaron a sudar y me causó pena que ella lo notara. La solté. Casi a tientas, pues mis ojos siempre han sido necios para ver en la oscuridad, entramos hasta el fondo del recinto. Ella sólo guardaba silencio mientras yo me preguntaba si en algún momento encenderían las luces. Intentaba no voltear a mirar los huecos desde donde las vírgenes y santos nos miraban con gestos duros; figuras sufrientes, testigos de tantas penas, irradiaban un calor casi imperceptible.

Entramos y se pudo ver un destello, un cirio encendido que cortaba finamente el velo de la oscuridad. Caminaba una pequeña procesión detrás del sacerdote que portaba la llama. Caminaron en silencio, mientras un gesto tenso ocupaba el rostro de Fátima.

A veces mi hermana insistía en que nos viéramos para ponernos al día, impulsada, creo, por un sentimiento de apoyo familiar. Y a veces ella era la única que podía hacerme recordar que allá afuera había gente, que la vida no se acaba cuando se termina un matrimonio. Tal vez es cierto, pero haberme alejado de Estefanía lo sentía como algo más, como si ese hecho hubiera sido el mensaje de una verdad que aun no podía comprender y que me pasaba descifrando la mayor parte de mis días.

*

—Denos una semana. Vamos a intentar prever la reacción de Fátima ante un contacto externo. Desde que entró se ha negado a hablar con alguien de allá—señaló con su pluma la gran puerta de San Bernardino—, ni siquiera con su madre. Acepté, algo decepcionado, mientras abajo, en el patio, se veían ánimas vestidas de blanco que a paso lento, lastimoso, avanzaban hacia el sol. Dejé mi número y esperé.

—Sólo quiero verla y que sienta mi apoyo... hace muchos años que no hablamos—le dije, fingiendo un tono suave, indefenso.

—Fátima accedió a recibirlo. No sé quién sea usted o si tuvo algo que ver con el proceso de internamiento de la señorita Corona, pero le sugiero que piense bien si quiere verla guardó silencio mientras su mirada barría mi rostro—. Ha costado muchos meses sacarla del ensimismamiento, no nos gustaría causar un retroceso.

Me señaló una silla y me preguntó qué era yo de Fátima. Insistí. No me creyó. No dijo nada, pero en su rostro se leía ese gesto socarrón del que mira por encima, del que ve la mentira escurriendo por las caras.

Después de diez minutos, el cuerpo despararrado de la enfermera me guiaba por unos pasillos angostos, llenos de pequeñas oficinas donde se podía intuir que la gente gastaba sus horas. Llegamos a una más grande, con paredes blancas, puras, sin nada más que un cuadro. Un tipo con bata, sentado, alzó la mirada.

Cuyo bigote dejaba en vergüenza mi lampiñez, subió a consultarlo con el doctor encargado del turno.

miraron con recelo, no me creyeron, pero la señorita gorda, pregunté por ella y mentí. Dije que era su primo. Me

juza correcto y lo que no. recuerdo de la primera vez que llegué a San Bernardino. Y la complicas. El compás de un viento adormilado. Eso bolidas, con su banqueta rota y sus árboles meciéndose, el sopor que se levantaba desde la calle, con sus piedras A pesar de haber pasado ya varios años, puedo aún sentir

*

que aquel amor fue real. mismo de que ésta es mi vida, de que yo guío mis pasos, de para verla, aunque sea unos minutos, para convencirme a mí estaré torturándome desde esa banca a las siete de la mañana que sé cuando mira sin voltear— que ahí estoy y que siempre frente a mí y ella sepa— porque lo sabe, la conozco tanto se acerque Estefanía, tomando de la mano a su hijo, pasen repiquen, transcurran diez minutos, y desde la calle paralela historia, sentado en la plaza, esperando a que las campanas pase en él. Y sin embargo aquí me ha dejado varado la un lugar así, que me haría infeliz y amargo cada día que No. No me voy a engañar, yo sé que no puedo vivir en vidas. Saborear sin pensar demasiado en el contenido.

Estefanía es un ejemplo firme de ello, de que se puede ser feliz Contío en que, a pesar de ello, alguien se puede acostumbrar. La gente es hurtaña, no habla, ni siquiera voltean a verme.

Siempre me ha parecido un lugar pretencioso. Sus calles, su pequeña iglesia, su plaza, todo parece dar una idea falsa de lo que es la vida en un lugar apartado de las grandes urbes, una máscara que oculta un rostro lleno de cicatrices. El lugar es triste, no porque carezca de vida, sino tal vez porque se le da de más.

*

A veces volteo al cielo e intento vislumbrar la mano que me escribe. Sé que de alguna forma algo está detrás de las palabras que han guiado mi camino. Su pluma me ha traído hasta este pueblo cansado, desde donde puedo a veces cerrar los ojos y ver cómo traza mi historia.

†



Felipe Ramírez

Tierra de panteón

3

Al girar la llave, Pamela miró a ambos lados, al desierto oscuro de la calle. Contó siete disparos y se acordó de Camelia la Texana. Nada más entrar, el cielo acabó de desarmarse. No la inmutaba el escándalo ni el llanto agudo de las sirenas policiacas, heraldos de atrocidades. Mucho menos el trueno de las armas: costumbre obligada para quien viviera en Ciudad Juárez.

Pensó en qué rostro tendría el asesinado, si lo conocería de antes, de algún tugarío. La memoria volvía con lentitud, pero sin la solvencia para identificar al agresor. Deseó que fuera el blanco de las siete balas.

Después de enrojecerse la piel con el estropajo de una ducha simbólica, se enredó entre sábanas y almohadas, pero el sueño no llegaba. La hinchazón iba cediendo entre sí misma y la intermitencia del dolor. Pensar en el suero de la clínica la sumergía en una profunda náusea.

Se levantó a calentar agua porque no vio el caso de revolcarse entre las sábanas a ojo pelado. Vertió el chorro en la tetera y la puso sobre la flama azul del quemador. Tomó un cigarro. Abrió la ventana y escuchó el siseo de la lluvia enredado con las sirenas. Luces rojas y azules destellaban en el rumbo de La Trinidad. “Llegaron a madres —pensó—. Les dieron el pitazo”.

Apretó el cigarro con los labios y lo acercó a la flama de la estufa. Se sentó a fumar junto a la ventana del segundo piso, donde yacía el cenicero estacionario: un nido de golondrina

abandonado, lleno ahora de colillas y basura. El dolor pasaba como la lluvia, a veces fría y violenta, a veces quieta como un susurro, pero sin dejar de existir, de colar una o dos gotas por el techo agrietado. La frescura del viento, sin embargo, sirvió para sosegar sus ánimos quebrantados.

Una patrulla atravesó la calle como estrella fugaz, y Pamela deseó con toda su alma que su violador fuera castigado por la policía, el narco, la vida, la muerte, Dios, el demonio o su puta madre. Su mente la llevó al rincón oscuro, al piso helado, a la barriga que le aplastaba el vientre, los pechos, las nalgas y toda su humanidad. Pero seguía sin ponerle nombre o rostro. La horrorizó el escenario de cargar para siempre con ese fantasma anónimo.

“¿Y quién chingados va a hacerme caso? A ver, ésta es mi declaración: estaba hasta el culo de borracha y... Un hijo de puta me golpeó y... y...”

Se surcó las sienes con las uñas para obligarse a recordar, los hechos se le escapaban y lo sabía de sobra, detalles que la memoria se negaba a escupir. Evocó las voces del tugurio en que se había metido —¿o era la casa de alguien?—, el olor de la atmósfera, la voz ronca del atacante, su respiración porcina, el ruido de la música que ahora se le antojaba un chillido... La tetera anunciaba la ebullición.

Preparó un té de manzanilla y se metió la bolsita tibia en los calzones. Entonces supo que no iba a recordar nada. Las palabras salieron arrastrándose de su boca:

—Hijo de tu puta madre, te va a cargar...

“... la verga”: fueron las últimas palabras que escuchó la víctima. Hombre adulto —¿cómo no va a ser un hombre adulto, si yace muerto en el piso de La Trinidad?— de entre treinta y cincuenta años, tez morena, tatuaje de la Santa Muerte en el antebrazo izquierdo, barba de candado, pelo negro, enrojecido ahora por la sangre vertida del agujero que una bala nueve milímetros le abrió en el cráneo para cerrarle la vida. Cuatro impactos más en el cuerpo. Dos balas perdidas y encontradas en la pared y en el ombligo de la modelo de Tecate, que no ha mudado la mirada lasciva, correspondiente al mes de abril de 2011. Crisis nerviosas, la mesera muerta de miedo, hiperventilada. Testimonios etílicos de curiosos que no tienen a dónde irse.

Juan Cadena se abre paso en un laberinto de patrullas, blandiendo su cámara y con el gafete de reportero a la vista. La lluvia no cede un milímetro; Juan llega empapado a la escena donde yace el segundo muerto de la noche y el sexto de la jornada. Un policía le marca el límite del cerco de seguridad —que ni es cerco ni es seguro— para ejercer el oficio.

—Llueva abril y mayo, aunque no llueva en todo el año —oye decir al agente, una cara rechoncha que se asoma desde las entrañas de un impermeable.

—Pues sí, como ustedes no andan a pie... ¿Quihubo ahora?

—Pos' lo de siempre.

—¿Les avisaron? —intuye Juan.

—Pos' no. ¿Y a ustedes?

—Apenas oí el reporte y me vine en chinga.

Pero ambos saben que mienten porque él es el único reportero en la escena y la autoridad arribó en tiempo récord.

Se asoma por el cerco, sus pies le coquetean a los límites. Toma las fotos que sabe serán de mal gusto, pero que van a publicarse porque el amarillismo da de comer a costa de la decencia. Se resguarda de la lluvia como puede para redactar la nota en un mensaje de texto: “Lo acribillan en bar de la ciudad”. No. Lo juzga soso y poco atractivo. Mejor: “Intensa balacera en conocido bar, un muerto”. Sabe que la balacera no fue intensa y que el bar está lejos de ser conocido, pero en efecto, hay un muerto al que los peritos logran identificar como Lázaro Nájera.

—Yo lo conozco. Era malandro, le apodaban Malacara —dice un ministerial. “Y sí que le dejaron muy mala cara”, piensa Juan, que ya vació santo y seña del ejecutado en la redacción, con la seductora añadidura: “Se especula que el finado rendía culto a la Santa Muerte”. Sabe que Marina está en la oficina, que será ella quien publique la nota; al final del mensaje agrega una invitación aventurada: “¿Te gustaría si mañana comemos juntos? O nos tomamos algo. Yo invito”.

Marina recibe la nota y las fotografías en la plataforma dispuesta para ello, pero está muy cansada para revisarla a conciencia. Confía en Juan, que rara vez tiene errores en la redacción, por lo que la publica de inmediato y sin leerla. Luego responde: “Ya está subida. Nos vemos mañana”. Juan no sabe interpretar la parquedad de la respuesta, pero asume que es un “sí”. “Más a huevo que con ganas, pero ya dijo

que sí.” Quiere irse, pero el cielo está cayéndose. Las arenas de Ciudad Juárez se enlodan en el cierre de otro día lleno de muertos que brotan como matas de hierba podrida, regadas con plomo y sangre.

En abril, cortas un cardo y te crecen mil.

Cual animal de costumbres, Jacobo madrugó y alcanzó la ruta casi vacía. Agradeció a la industria maquiladora por proveer sus propios camiones y desahogar al transporte público, que ya dejaba mucho que desear. Se puso los audífonos para mitigar el rugido del Juárez que despertaba: motores graves, cortinas de hierro, cláxones desesperados, voceadores alzando la primera plana de una intensa balacera en conocido bar.

En la radio se programó un especial de bandas texanas, sonaba *La Grange*. Se acordó entonces del concierto de ZZ Top en El Paso al que asistió en su adolescencia. En ese instante, apretujado entre el público, se reveló ante él la que luego pregonaría como la convicción más grande de su vida: tocar la guitarra, cantar grave y dejarse la barba como Billy Gibbons para que las mujeres se enredaran en ella.

La segunda ocasión importante en la que pensó en Billy Gibbons fue la primera vez que hizo el amor. Después se recriminaría por pensar en un texano gordo teniendo a una mujer desnuda frente a él. Uno de los puentes tendidos entre tan disímiles situaciones se sostenía en cierta plática con un amigo suyo sobre el concierto, éste iluminó a Jacobo:

—¿Sabías que *La Grange* se trata de un burdel? No es pedo, Jacobo, en el gabacho hay un burdel que se llama así y tienen chamacas bien sabrosas. Pura carne gringa de calidad. Los de sisitop se la viven ahí y por eso escribieron la rola.

El camión se enfiló a velocidad endemoniada por Teófilo Borunda después de dar un rodeo innecesario. Billy Gibbons tocaba el solo de *La Grange*, Jacobo lo imaginó y deseó, una vez más, conocerlos —a Gibbons y al burdel—. Parecía que el autobús se acompasaba con los dedos del cantante. A ZZ Top le siguió Willie Nelson, pero lo dejó a medio escuchar cuando entró a la clínica San Juan.

Los días se le iban en realizar el aseo, ya fuera de suciedad cotidiana o fluidos corporales, el acomodo e inventariado de medicamentos y, más veces de las que le hubiera gustado, ser el mandadero oficial de la clínica, sin ningún tipo de

reconocimiento. Más de una vez lo habían confundido con el repartidor de algún restaurante, un vendedor o un paciente.

Inició por la oficina de Chelo, le traía un coraje atorado. Pero aún no llegaba. Como era su costumbre, Chelo había acumulado una montaña de papelería en el escritorio. Jacobo reconoció recetas surtidas, inventarios y diseños publicitarios. Resolvió guardarlos, “ya que se haga garras ella cuando llegue”. Abrió el cajón y vio un recorte de periódico, rayados en él la fecha del 22 de mayo y las 5:30, una dirección, un teléfono y una lista de artículos inusuales: “Cuarzo Ágata, tres huevos, limones, veladora de San Miguel, foto”. Después reparó en el anuncio: “Brujo del poder negro, estudiado en Catemaco, te devuelvo a tu ser amado humillado pidiendo sexo, garantizado, ponme a prueba, no tendré piedad con tus enemigos”. El brujo publicó un teléfono de oficina y uno para “emergencias”. Ninguno coincidía con el anotado por Chelo.

—Ah, cabrón... No sabía que Chelo le hiciera a estas madres.

Puso los papeles sobre el anuncio y cerró el cajón. Se preguntó por qué penurias estaría pasando Chelo para recurrir a supercherías. “El pinche brujo ha de ser un chilango chaparro montaperros, quién va a andar creyendo en pendejadas. Igual y era eso lo que quería decirme”.

Las horas se fueron lentas, como las de todos los días, y Chelo no se dignaba a aparecer. Jacobo estuvo pendiente de su llegada porque quería desquitarse, decirle, gritarle que por no esperarlo estuvo muy cerca de que lo mataran.

—¿Por qué no habrá venido Chelo? —preguntó en la clínica, pero nadie le respondía. Armando lo hizo hasta la tercera interrogación.

—¡No sé! ¿La extrañas o qué?

—La traigo atravesada. Anoche me tuve que ir a pie y por poquito me toca un balazo.

—No mames.

—De veras. ¿No has visto las noticias? Del que mataron anoche en un bar de por aquí. Yo me subí al taxi del que se bajaron los sicarios.

—Pinche Jacobo, estás de mamón. ¿Tan loco te trae la Chelo?

—Ya te dije que no hay nada de eso. Tenía ganas de mear y tuve que comprar una cerveza para que me dejaran usar el baño.

—¡Qué sacrificado!

—Pues qué te digo, ya no aguantaba. Total que al rato llegó un taxi y se bajaron dos tipos, como que ya sabían a lo que iban. En cuanto me subí al carro se oyeron los plomazos.

—¿O sea que los narcos se fueron en taxi a matar a un cabrón? ¿Pensaban pelarse a pie o qué? Ha de ser puro choro. Por cierto, estoy levantando pedido de burritos. ¿Te lanzas o qué?

La radio repitió el especial de texanos por la noche. Jacobo volvió a escucharlo en la ruta de regreso, más atiborrada que la matutina. Esta vez no disfrutó la música, pues se distraía pensando en Chelo, sus razones para no asistir al trabajo y en cómo eso tendría que ver con lo que quería decirle. No podía evitar relacionar la ausencia con el recorte de periódico. Estaba casi seguro de que no era coincidencia.

¿Realmente lo había cimbrado el acceso a esa intimidad del pensamiento de Chelo o sólo había llamado su atención la brusquedad del anuncio? “No tendré piedad con tus enemigos”. Se imaginó a un sicario anunciándose en el clasificado.

Waylon Jennings cantaba: “Can’t live at all like this, can I baby?” La vería mañana para desfogar el enojo.

Esa noche se acostó sin cenar, pero el sueño lo acogió de inmediato. Soñó un granero repleto de jovencitas semidesnudas y a Billy Gibbons en overol con una lata de cerveza en la mano, llamándolo con la otra para unirse a la fiesta.

Afuera del sueño, en la calle, nubes negras anunciaban otro aguacero. En algún rincón iluminado por el neón de la ciudad, llovían balas y gritos sobre un anónimo desdichado que pronto dejaría de respirar para unirse al bando de las estadísticas y los hechos aislados.



Jorge Armando Ríos

Viento del oeste

I

En el mes de febrero del año 1567 de Nuestro Señor salí del puerto de Acapulco en demanda de las islas Filipinas, como parte del encargo del virrey de reforzar al adelantado don Miguel López de Legazpi, mi abuelo. Cargaba conmigo pocas pertenencias, unas monedas que me había procurado mi padre y una carta de mi abuelo que en brevísimos términos decía: “venid”.

Me encontraba a bordo de la capitana San José, dirigida por el capitán Felipe de Salcedo, mi hermano. La armada llevaba dos navíos con unos doscientos hombres de mar y soldados. Siendo yo nieto del gobernador de aquellas islas, ostentaba una condición de claros privilegios, mas sus límites me eran desconocidos. Fui acomodado, no bajo cubierta sino en un cuartucho en el castillo de popa, en compañía de unos cuantos aventureros, con quienes no había mucha conversación fuera de oro y especias.

Mirando hacia atrás desde popa, el alba revelome siluetas en el horizonte: nubes rajadas, barcos pesqueros y aves marinas, que salían de los puertos como en un día cualquiera. Con la mirada seguía la estela de las naos hasta la costa, donde brotan los cerros de la Nueva España, que resguardaban lo último que me era conocido.

Felipe daba órdenes en una lengua no más comprensible que la de los naturales de México, y sus palabras movían hilos que tiraban a docenas de hombres al mismo tiempo. Ofrecí este par de manos, para no ser tachado de nulo, y fui

remitido adonde no estorbara, gracias a Dios. Era mi primera vez en el mar.

Aguardé el resto del día en mi aposento, con las esperanzas en alto y una cubeta entre las rodillas. Conocí a las cucarachas y piojos y más de una rata con quienes compartiría intimidades durante tres o cuatro meses. Nuestras vidas pendían de que unos maderos y de que hombres, como Felipe, se mantuviesen estancos. En realidad, todo quedaba a capricho del mar y, ultimadamente, a la buena de Dios.

Decía que iba buscando riquezas, como todos. Pero en los ojos de los demás no encontraba afinidad ni coincidencia, por lo que bien pudiera ser que mis ambiciones estuviesen en otro sitio.

En esos momentos, la vida que quedó atrás volvía a mí con renovados brillos. Repasé el camino al puerto de Acapulco, los pasos por Guadalajara y Toluca, el aguaje en Chapultepec, luego la Calzada de Tacuba, doblando hasta llegar a la casa de mi infancia, a mis padres. Hacía el recorrido una y otra vez, y en esas prolijidades descubría nuevos tonos a mis recuerdos. No era sino hasta la tarde cuando el horror al fin se apoderaba de mí y lo que traía en el estómago salía con furia de mis entrañas. Era mi pasado que se rebelaba y hacía erupción.

Desde temprano momento empezaron los dolores y disenterías que se extendieron día y noche por el resto del viaje. Al principio, se lo achaqué a mi constitución débil, aunque después descubrí que esos males aquejaban hasta a los más diestros. De la tabla agujereada en popa purgábase tanto el grumete como el contramaestre, y sus inmediateces constituían no menos que la plaza mayor de esos barrios flotantes.

El viento corría generoso desde el este y deshebraba sus aromas, mientras que en el cielo no había cosa grave que temer: surcaban grandes cúmulos aborregados en carrera hacia el poniente. Nosotros, por nuestra parte, singlábamos hacia el suroeste en demanda de las islas Anublada, Rocapartida y los Reyes, en la derrota de Villalobos. Los días se sucedían unos a otros, tanto que lo que respiraba en martes, lo exhalaba en viernes.

A las primeras islas arribamos después de unas semanas, mas en ellas no hubo dónde surgir y las vi pasar de largo, como a mis memorias. Sólo que para entonces la mirada habíaseme ahogado de tanto mar.

De noche, echado sobre la cubierta, contemplaba las estrellas. Jamás me parecieron más tenaces. En ese entorno eran lo único que persistía.

II

Con el sol en lo alto y entre columnas de nubes, me tenía yo por nada menos que un Eneas. La cubierta era mi isla: veintinueve pasos de largo y ocho de manga. Diez entre el palo mayor y la mesana. Diecinueve de la mesana al trinquete. Recorrí esos trayectos hasta la locura, sorteando a quienes cumplían con tareas cada vez más complejas, como una misma danza misteriosa. Y en el centro de la pista se hallaban las dos bocas que llevaban a los compartimentos inferiores, por las que no me aventuré más allá de unos pasos. Abajo, entre la tablazón, reparaba en indios que viajaban sin registro; y más abajo, negros, con cuyas entrecortadas presencias tropezábamos en cubierta, como grandes olas.

El mar daba vueltas, se mecía y bañaba con brisas las velas, de modo que la nao siempre estaba sudando. Me recogía en mi aposento, confundido y húmedo. Y en cada vuelta de mar recordaba los colores de Tetzco y las acequias por donde las indias llevaban flores hasta la plaza de armas de México. El viento soplaba más convencido por las tardes, y arrebatava el tufo de los cuerpos, abandonándonos en la ceguera de la noche. Y es que pasadas las vísperas se apagaban los faroles y había que asirse a lo que la luna ofrecía hasta conciliar el sueño, que siempre era agitado. La constante vigilia convertía los días en sopa. Recibía al laudes con náuseas y dudas, devastado, para poco a poco recogerme de la cama y salir de nuevo siendo Juan de Salcedo, cristiano, vecino de la ciudad de México, de escasos diecisiete años.

Después de los saludos y el cañonazo, había misa. Luego Felipe me invitaba a tomar las vituallas con los oficiales. El tesorero hacía bromas que incomodaban al factor de Vuestra Majestad, Felipe reía de todo, hacía circular agua envinada, el maestre traía un pescado salado, y se hablaba de cualquier cosa: especias, minas, amores cortesanos, indias, hasta agotar la paciencia del capellán. Unos cuantos habían estado en la armada del abuelo, tres años antes. Surgían preguntas en torno a aquel “Viejo Legazpi”,

su campo real, las defensas, los piratas, y a las preguntas recaían vaguedades, exhortos y el sofión de Felipe. Los temas cambiaban como golpes de viento, hasta que el capitán daba la orden de levantarse. Esas conversaciones se repetían, como si salieran de puerto y se derrotaran cada vez sin llegar a destino. Nadie sabía qué aguardaba en Cebú en realidad. O no querían que supiésemos.

Intenté que Felipe me diera audiencia en su cámara, en vano. Y es que pasadas unas cuantas semanas, el esplendor se agotó y los oficiales pasaron a retraerse en sus labores. A todos se nos impuso dieta de silencio y de dos libras de bizcocho. Y Felipe se encerró en sus cartas de marear y portulanos con los pilotos.

Sucedió que, a tres meses de haber salido de Acapulco, mi hermano me visitó por la noche. Ese día delfines habían corrido tan cerca de la armada que podíamos escuchar el resuello de sus lomos, y los hombres de mar aclamaban a la Virgen del Carmen con gritos de júbilo por tan buen auspicio. Felipe estaba ebrio y me arrastró hasta cubierta. En ese estado, volvía a ser el hermano que conocí desde la infancia, apenas dos años mi mayor. En la amura de babor, donde no podíamos ser oídos por los vigías, me abrazó y susurró que todo lo que me había relatado en México sobre las islas Filipinas era una sarta de mentiras. Musitaba una disculpa cuando el capellán se lo llevó.

III

En el día de la Pascua de Resurrección, el capitán invitó un convite muy digno hasta para un Neptuno. Se duplicó la ración de vino y viandas, más unas onzas de queso, y los hombres de mar empezaron a cantar, y en verdad que parecía la más feliz armada que jamás cruzó el Mar del Sur. Sirvieron pescado, bien sazonado con pimienta y canela, para que nos las fuésemos saboreando, supuse.

Cuando se alzaron las copas, sentí el primer golpe, como una patada en el vientre, luego la vista se me nubló, el aire se volvió tenue, caí al suelo, y sentí la mano de Belcebú que me estrujaba. Empecé a sudar copiosas gotas y la vista se me nubló, de mi boca salía espuma. Me hacía mar, pero en ese momento no me daba cuenta de nada.

Me contaron que trajeron al barbero, al que se le escapó la palabra “ponzoña”. Al instante, los que tenían viandas en la boca las escupieron y se observaron entre sí, buscando su destino en las facies del prójimo, pero nadie más cayó sino yo. Me desvistieron y me hicieron beber un vaso de agua de mar para purgarme.

Entonces empezaron los estertores, las convulsiones, luego bramidos llenos de agua y furia, mientras me sostenían de los brazos. El capellán se asustó y mandó que trajeran el agua bendita. Una masa espesa al fin salió de mi garganta con extrema dificultad, como si se aferrara a las entrañas. Luego no podía parar, grumos seguían brotando y se esparcían más allá de mis ropas por sobre la cubierta, hasta que sentí la brisa del agua del capellán y golpes secos en la espalda. Desfallecí.

Desperté. Habían pasado días. Reconocí al barbero del barco, cuando entró y sacó sus instrumentos. Pinchó mi brazo y brotó la sangre a una escudilla, y me pregunté si algún santo se intercedería por mí. El aire se volvió distante, y en esa completa sumisión a mi cuerpo, volvía a ser niño. Dime la vuelta en el tiempo hasta mis primeros recuerdos en México, de lluvias y temblores.

El barbero recogió sus instrumentos y me acomodó en la cama, una que, de tanto devolver en ella, ya sudaba mis cuitas. Afuera el capellán rezaba a Nuestra Señora del Buen Aire. Pedí agua caliente. Lo hice con todas las fuerzas que me quedaban. Mis gritos debieron conmover o asustar, porque tiempo después llegó un grumete con un vaso humeante. Reuní toda la claridad que me quedaba para instruirle que le pusiera unas hierbas trituradas que guardaba en un cofrecillo de mi madre. Y, aunque la tisana despedía un olor nauseabundo, le ordené que vertiera el contenido en mi boca y no me dejara expulsarlo. El grumete titubeó, pero lo logró, y con la garganta abrasada caí en el almohadón.

Más noche vino Felipe, me levantó de las solapas, mientras yo lo miraba de reojo, incapaz de decir o hacer, con el seso en puerto pero sin viento. Entonces él me sopló con fuerza en la cara y así me hice a vela.

IV

Me deslicé por el compartimento sin ser sentido. Sorprendí al alba, justo encima del mascarón de proa, un león que se arrojaba hacia las olas, de cara a la lejanía. El viento helado y las salpicaduras adormecían la sed. Los vigías temblaban en sus puestos bajo el velamen. El contramaestre intentó bajarme de proa, pero mis manos se aferraron al pasamanos, hasta que llegó Felipe, que susurró algo a mi oído, y yo dije: “sí, sí”, pese a que no le entendía nada, pues yo ponía toda mi atención a una isla a lo lejos, y hubiera gritado “¡tierra!” de no ser porque tenía la lengua hinchada y macerada. La isla se movía en dirección contraria, con rumbo a la Nueva España, y apunté a ella con el dedo meñique: una isla vagamunda.

Así permanecí por lo que supongo fueron varios días, como gusano adherido al cascarón de la nao, buscando misivas de Dios a mis alrededores. Como nadie más lo estaba haciendo, tenía que hacerlo yo, y descubrí: primero, aves enormes que cruzaban el cielo desde el lado derecho y ocultaban el sol durante una letanía; segundo, pejes con una pica en la cabeza nadando en formación; ítem, aves que nadan y pejes que vuelan; otrosí, serpientes marinas de colores, más grandes que catedrales, y sus colores se reflejaban ora verdes, ora rosados. Y yo tenía mucho miedo, pero no lo sabía, sino que miraba pasmado el fondo, que entonces debía de ser enorme, más que setenta veces siete Popocatepes.

La piel se me abrasó y tuvieron que bajarme a la fuerza para alimentarme, pero yo no quería comer, que mi vientre estaba todavía lleno de mar, como el de los pejes. Me prohibieron asirme a la proa, por lo que me dejé llevar a popa. Desde arriba casi podía ver a la Nueva España y, si me ponía de puntas y aguzaba la mirada, allá estaba España, la Vieja, la elevada, de nubes por murallas.

La tripulación seguía en sus trabajos, reparando cada vez menos en mi persona. Debí haber empalidecido hasta confundirme con el cielo, pues no pocas veces intentaron pasar a través de mí. Al mismo tiempo, se olvidaron de hablarme, invitarme a la baraja, llamarme para el bizcocho. Así me orillaron a charlar con el mar, al que pillaba en monólogo larguísimo que al principio me era indiferente, pero al poco rato aprecié y hasta hacía eco de sus puntos más álgidos, sus argumentos más profundos, murmurando sus versículos en

formas igual de serenas, que luego Felipe no lograba asir, pues sus días eran mucho más cortos que los míos.

Fueron las ratas las que me lo advirtieron: mis andanzas ponían nerviosos a los soldados, y un día me echarían por la borda sin que nadie se percatara. Debía salir, entre mis vómitos y las fiebres, a hacer conversación con quien se me pusiera enfrente. Preguntarle su nombre, de dónde es oriundo, la estrella que le rige. Elegí para mi empresa colocarme cerca de la tabla agujereada, donde el cotilleo fluía entre olores fétidos y sonidos chorreantes. Allí se pillaban otras lenguas, se llamaban por otros nombres, había lloriqueos, riñas y, en las noches sin luna, hasta jadeos.

Una de esas noches seguí a un par de hombres por el hoyo. Bajé la escalera. Había hombres apilados como mercaderías, al punto que era difícil avanzar sin pisar a alguno, mas eso no parecía interrumpir los sueños. Tropecé con cañones y balas, entre ratas que subían y bajaban por los cuerpos como si fueran su *Mare Nostrum*. Pronto la oscuridad fue absoluta, y procedí de un puente a otro más bajo, a través de bodegas, con la cabeza baja y las manos asidas al techo. Debajo de la línea de flotación, el aire se volvía pastoso.

Cerré los ojos para guiarme mejor, que sólo podía oler y escuchar: resuellos de indio y de negro. Sentía los atabales de sus corazones y las bombas de achique que no paraban y nos mantenían a flote. Del techo del sollado caía una lluvia tibia. Una mano tomó mi pantorrilla. Otra un muslo. Me hiqué sobre un cuerpo blando. Me tomaron la cabeza con sus tentáculos y hurgaron entre mis ropas hasta dar con mis pertenencias. Me zambullí como había visto a los indios en Tetzoco, en musculaturas y sudores que se mezclaban con los míos. Y me sentí más cerca que nunca de las bestias marinas, que estarían del otro lado del forro, en sus sendos mundos, murmurando destinos.

V

El mar era un llano frío de mogotes ora claros, ora oscuros, y en las cercanías devolvía destellos argénteos que azuzaban ambiciones. Poco a poco iba tiñéndonos la piel de tonos verdes y azulados. Todo se elevaba y todo caía, y con ello el lastre de remordimientos y menudencias de nosotros los nautas.

Las explosiones de espuma y sal me aseaban, y aspiraba esos fragores que luego empantanaban mis recuerdos.

Entre los trabajos y en los descansos, los hombres de mar se contaban historias. Siempre que podía me inmiscuía en sus charlas, con el afán de empaparame en ellas. Los soldados, en cambio, eran más bien pesados y de mecha corta, y no me sufrían.

Al piloto mayor, un tal Rodríguez, oriundo de San Lúcar, parecía no molestarle mis interrogatorios. Yo quería saber de los pejes del tamaño de catedrales, de las hidras que él había visto, de sus travesías de puerto a puerto. Así me dijo que, un día anublado, en cruzando el Mar del Norte, se toparon con un *porcoespín de mar*, cubierto de zarzas de plata. Y otro día vieron al apóstol Santiago en un caballo marino persiguiendo pejes infieles con dos hoyos en el dorso.

Desde su sitio en la rueda de timón, me enseñó de anclas y de olas, los nombres de los cables, a leer el sol, a tomar el viento por las tensiones de las velas y a calcular la altura respecto a la equinoccial. Me mostró los relicarios que cargaban los pilotos para el buen viaje. Aprendí a sentir cada crujido, ola, nube y ráfaga, hasta el vaivén y el humor del día, porque los elementos, a su vez, medían a cada uno de nosotros.

Felipe me pidió que no lo importunara, pues ya había discordia entre los tres pilotos, y a Rodríguez le acusaban de darse a distracciones. Me alejé seis pasos de distancia y me limité a imitar su forma de contemplar la aguja, la dirección del viento o la lejanía. Aprendí, pues, a leer también rostros, muecas, gestos y respiros, y así me enteré de que la cosa iba mal, como suele ir siempre al principio.

Y es que el barco era cosa delicada, que en una misma tarde se podía rasgar el velamen, romper una tabla, desvencijar una puerta o descalabrarse dos hombres. Pese a las prevenciones, los incidentes se sucedían unos a otros a un ritmo continuado, y no se hable de las enfermedades. Abajo, los negros le daban a las bombas de sentina con creciente ahínco, y me di cuenta de que cada día zozobrábamos un poco. Y aún faltaba sortear temporales.

VI

No sé cuántos días tuvieron que pasar para que se me secara el seso. Mi hermano dio la orden de no dejarme salir sin compañía. De vuelta en cuatro paredes, medía el pasar del tiempo por el balanceo de la nao. En esa soledad inesperada, noté que la tablazón de la nao tenía grietas, y por ellas se escuchaban voces de hombres en niveles inferiores, cuyos cantos se derramaban por la borda. Así me fui enterando de que la armada iba más lenta de lo esperado, pues lo que avanzábase de día, desavanzábase de noche. Luego supe que al cocinero se le habían perdido toneles de vino, que un tal Juan se había muerto, luego un Pedro, un Pablo, otro Juan y el Estebanico. En la soldadesca había una obsesión con la muerte, contra la que no había arma defensiva, y yo mismo me sorprendí elucubrando cómo sería mi fin. Volteé hacia donde deberían estar las estrellas como para una respuesta, pero no había sino maderos, como en un ataúd.

Desde que tengo memoria, calenturas y perlesías me sobrevinieron tanto como los temblores a la ciudad. Hay cirios que se consumen tras unas cuantas llamas, me decía el fray Xavier. Llegué a familiarizarme con los instrumentos del médico y del barbero, dados mis humores desbaratados. Siempre presentí que mi vida se apagaría en una recaída, muy a pesar de los remedios de mi madre. Desde entonces procuré buscar el camino que Dios Nuestro Señor tenía para mí, para recorrerlo antes de que fuera tarde. Y en esa búsqueda seguía varado.

Antes del atardecer, salía de mi compartimento en compañía de aquel grumete. Se llamaba Juan, como yo, y era hijo de india, no decía mucho, aunque sí escuchaba. Le conté de las serpientes que había visto, de la isla Rica de Oro, los nombres de los vientos, de los dulces de Tacuba. Parecía no tener más de doce años. Cuando le tenía conmigo, yo podía pasar el tiempo que quisiera en cubierta, hasta bien entrada la noche. El fresco sosegaba tanto a las angustias como a mis llagas.

Pasamos por la isla de los Reyes, a la que pude ver y oler y escuchar, y su silueta en el horizonte me dio esperanzas de que llegaría vivo a donde el abuelo. Íbamos a mitad de camino. Allí, hombres a batel hicieron aguaje y tomaron cocos, y dimos muchas gracias a Dios por su gran merced, pese a que corríamos con meses de retraso.

Seguimos y nos topamos con la isla de los Corales, luego Matalotes. Para entonces no era sino huesos y batallaba para sostenerme. Las barricas de agua amanecían con ratas ahogadas, y aún así las bebíamos de a sorbos. Toda la rateada murmuraba y un día se amotinó y tuvimos que pelear para defender lo que restaba de bizcocho.

Un día fuimos recibidos por montones de barcazas. Habían salido de unas islas, a las que reconocieron como las de los Ladrones. Venían a rescatar pescados, arroz y gallinas. Los soldados fueron puestos a punto y el factor dispuso que sacaran la bisutería para comerciar. Aproveché la distracción de la gente para asomarme por cubierta sin vigilancia. Los ojos estaban todos puestos en estribor.

Desde babor vi turbarse al agua y a una cabeza asomarse. Era una joven e intentaba arrancar con sus uñas un clavo del timón. Me percaté que llevaba los pechos descubiertos, y esa visión me perturbó, pese a que no era la primera vez que me los topaba. Yo estaba a una lanza arriba, y podía ver su rostro y hasta escuchar un tarareo suave. El pelo era negro y la faz, morena; y, como las indias de los lagos, compartían la misma sonrisa. Le dije “hola”. En eso surgieron otras dos de por debajo de la quilla.

—Hola —respondieron.

Quedé muy maravillado de que hablaran castellano, y no supe qué decir. Los rostros de las tres lucían expectantes y soltaban risillas entre sí. Miré hacia los lados y no había nadie espiando, salvo el grumete, que miraba desde proa espantado.

—¿Queréis que cantemos? —preguntó la primera.

A penas pude balbucear algo:

—¿Cantar qué?

—Vuestras glorias.

—Va-v-vale.

POESÍA

Hacia una utopía del sentido

Afirma el crítico peruano Julio Ortega: “que el lenguaje pueda decir más es la promesa literaria que nos trasciende. Esa inminencia, ese fervor, sustenta a la utopía literaria como el espacio cambiante donde la escritura traza la huella del sentido”.¹

La poesía y la narrativa contemporáneas no son ajenas a este escenario de transformación. Es así como hablamos de una “poética del cambio”, como también dice Julio Ortega, aspecto que conforma la esencia de nuestras letras americanas. En este marco la poesía ha sido una gran protagonista. Desde las vanguardias del siglo xx a las búsquedas actuales, podemos decir que la nuestra es una poesía viviente. En este orden, el poeta moderno tiene una gran responsabilidad, puesto que no puede pasar por alto este bagaje y ejercer, en vez de una innovación, una retórica de la misma y/o la impostación o *la máscara*, y no *la transparencia*.

La indagatoria y el compromiso son mayormente complejos: no se trata de realizar una “exploración” superficial del lenguaje y del habla replicando “posibilidades” del significante; tampoco de privilegiar “lo interdisciplinario” en sustitución del sentido o de forzar significaciones en busca de “lo antipoético”. Como dice el especialista mexicano Adolfo Castañón, “la deuda del que intenta escribir un poema desde el hoy ha de hacer suyos como causa los efectos de aquellos gestos y gramáticas que aspiraban a una incursión en lo inédito y originario”.²

¹ Ortega, Julio, *La imaginación crítica. Prácticas de innovación en la narrativa contemporánea*, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile, 2010, p. 227.

² Castañón, Adolfo. *América Sintaxis*, Siglo XXI Editores, México, 2009, p. 13.

Es decir, apropiarse de los *efectos* suscitados por estas poéticas en la escritura, abreviar en otras tradiciones y construir, bajo esta conciencia, el propio discurso. Siguiendo al maestro Castañón: “Hago más, en mí poesía (...) más que los “logros” de unas vanguardias (...) *las reacciones* ante las mismas: de ahí que me interesen tanto los poemas de Reyes, los ensayos y poemas de Cernuda, (...) los ensayos de Juan Goytisolo, de Paz y de Lezama Lima”.³

Bajo este espectro, procede plantear una posibilidad de esta *poética de la innovación*. Considero que esto es factible desde la perspectiva del abordaje, es decir, desde la aproximación al texto poético, lo que implica tener una claridad de la estrategia discursiva, de la estructura, del uso crítico de los recursos y de una conciencia del trasfondo constitutivo y anímico con que se escriba sobre los “viejos” y eternos temas de lo humano a partir de nuestro también “viejo”, aunque caminante, a la manera shakespeariana, bosque del lenguaje, “lenguaje de raíces”, como diría, paradójicamente, el chileno Jorge Teillier. Pero de paradojas, contradicciones, encuentros con “la tradición y la innovación impugnadora”,⁴ está hecha nuestra poesía.

Conscientes de su contemporaneidad, estos siete poetas, beneficiarios del Programa Jóvenes Creadores del Fonca 2018-2019, han asediado, desde su particular barrera de abordaje, su materia poética.

Así, Hamlet Ayala, refleja la tensión oculta, pero inminente, en una sala de hospital de enfermos terminales. El autor da cuenta de la atmósfera opresiva del entorno a través de la observación de elementos de la cotidianidad en este contexto, los cuales son percibidos y magnificados por la voz poética, justo por el silencio y la presencia de lo finito. Asimismo, el discurso interactúa sutilmente con los personajes del entorno y, sobre todo, establece un diálogo *in extremis* con la finitud. Debido a esto la propuesta se deslinda del discurso ya explorado en cuanto a la temática de la enfermedad y el internamiento.

Herson Barona practica la deconstrucción del discurso oficial contenido en libros de educación básica, a la par de la deconstrucción del lenguaje, creando un subtexto crítico que

³ *Ídem*.

⁴ Ortega, Julio, *ídem*.

funciona en lo ideológico y en lo escritural. Asimismo, en contraste, aunque también con una intención desinstaladora, se habla de una infancia en la que, mientras acontece la historia oficial de los libros de texto, se descubre la soledad y lo efímero de la existencia. Destaca el uso de estrategias de lenguaje que imbrican su forma con el trasunto del poemario: el desmantelamiento de un país y de un sistema a partir de la puesta en vilo de las verdades históricas. Un texto propositivo.

La observación y desmontaje de la virilidad dominante en un entorno legitimador de ésta, como lo es el deporte y la competencia intrínseca en este campo, es el material de César Cañedo. A través de la mirada de una-otra masculinidad, señala los puntos de quiebre de lo masculino hegemónico, aunque también la propia vulnerabilidad al situarse ante ese contexto. Sin embargo, estas reflexiones se esgrimen como un argumento de reafirmación identitaria. Por otro lado, hay un diálogo e intertextualidad con la figura de Pier Paolo Pasolini y su experiencia en la esfera de lo deportivo. Un libro que aporta e innova el discurso poético homosexual en nuestras letras.

La disección no sólo como una práctica quirúrgica, sino a través del examen y la meditación poética de la *corporis fabrica*, es decir, aquellas fuerzas ocultas, sean ánima o *viriditas* que conforman o destruyen la variedad de tejidos de la naturaleza, es el tema de Aurelia Cortés Peyron. La autora vincula los procesos infinitesimales que crean las formas de los diversos reinos: humano, animal, vegetal o mineral, en una especie de juego de la creación. Otro aspecto es la reflexión sobre lo trascendente a partir de lo matérico y de ciertos procesos simbólicos: médicos o rituales para indagar más allá del cuerpo. Un texto complejo, inédito en nuestro ámbito poético.

Karen Plata desarrolla la finitud y la pérdida de lo materno desde símbolos fuera del campo semántico en torno al tema, y he ahí su aporte a la poesía contemporánea. La alegoría del ave de muerte desde la cual se observan los acontecimientos antes de convertirse en cuerpos mantiene la tensión en el libro. La abuela que cose un mantel, la madre que cae y no cierra los ojos, la niña que mira, desde la ventana del auto o desde la casa, los rituales del padre ausente, el hueso seco de un mango que evoca el rictus materno, son parte de los “seres”

observados. Es una mirada desde el yo que se reconoce a sí mismo antes de caer o de ver caer a los otros.

Armando Salgado, desde un punto de vista aparentemente entrópico, imbrica diversas esferas de la experiencia de vida y su horizonte, a partir del hilo conductor de la violencia. Así, se desarrolla lo marino como escenario de la rememoración de la infancia y paisaje primordial del nacimiento y de los rituales de descubrimiento, pero también, como repositorio de los desechos humanos, una forma de irrumpir el paraíso. Sin embargo, el otro paisaje natal, el de la madurez y la revelación, se rompe ante la escisión del ultraje, del asesinato, de los restos de inocentes rodando sobre la tierra. Un escrito inquietante y necesario en la discursiva de la poesía mexicana.

Marduk, o aquel “mundo semimaterial” al que arriban los seres al morir, es el submundo al que irá accediendo, en un asedio en forma de círculos concéntricos, la poética de Fernando Trejo. Poco a poco se describe el escenario de lo fantasmático: un vecindario aparentemente inofensivo, una casa abandonada como presencia disruptiva de la que surgen manifestaciones del otro lado, esa casa que se bardea para que su misterio no perturbe. Como otra aparición, emerge la presencia de los abuelos, del padre joven y su familia, de los trabajadores que construyen la barda, su evanescencia y elusividad. Sutil, pero eficazmente, se va desarrollando el momento de la irrupción en el texto y en la poesía de nuestro ámbito.

Siete estéticas, siete identidades que, desde sus alcances, traspasan el umbral de la *utopía del sentido* en nuestro convite de letras de nuestra América. Enhorabuena a estos siete jóvenes creadores.

Claudia Posadas

Presentación

De un tiempo a esta parte, la poesía mexicana ha venido destacando por una diversidad sin precedentes. Ya no podemos reiterar, con Villaurrutia, que su tono es confesional y su luz la del crepúsculo. Tampoco que la caracterizan la soledad y el intimismo. Ya no podemos, en suma, generalizar. Si bien esos rasgos continúan vigentes en promociones y voces de gran solvencia escritural, también es cierto que por vez primera, quizás en virtud del efecto sintonizador de la tecnología digital, la lírica de México es contemporánea de la del resto de la cultura occidental o al menos de la del continente, imponiéndose a la percepción, más interna que externa, según la cual el corpus de la nuestra estaba falto de mayor riesgo y afán experimentalista, propiedades que podrían desarrollarse tanto en el ámbito de la forma como del lenguaje y el discurso, tres variables fundamentales para cualquier maniobra de renovación o innovación artística.

Los autores que integran el capítulo de poesía de la presente antología de letras de Jóvenes Creadores del Fonca son, por consiguiente, una muestra representativa del nuevo orden estético de la lírica mexicana, definido ya no por la preeminencia de un estilo o una visión única de la actividad poética, sino por la coexistencia de una pluralidad de tendencias y retóricas que rebasan inclusive lo estrictamente literario para enlazarse con otras asignaturas del arte o de la ciencia, o de la existencia misma, estableciendo seductoras alianzas con vertientes de la sensibilidad y el conocimiento no del todo exploradas en clave poética: la psicología y la

parapsicología, la botánica y la anatomía, la oncología y el impecable ambiente clínico que circuye su estudio, la memoria telúrica y la crítica de la versión oficial de los hechos y las cosas. En síntesis, alma y soma, la avidez interdisciplinaria y el doblez de la ironía. Igual, para confrontar al yo poético — una entidad sobregirada en el culmen de la posmodernidad— esta generación se remite al espejo de la tercera persona que permite situar los acontecimientos, desahogar las obsesiones y esbozar conflictos tomando la debida distancia para socializar al sujeto y disociarlo de la perspectiva egocéntrica.

Los poemas que introducen estos renglones irradian el genio poliédrico de una colectividad zurcida de singularidades y cuya afinidad estriba justamente en la diferencia y el rigor. Ninguno de los autores se parece entre sí, pero a los siete los une la prevalencia del oficio que les consiente legitimar su campo y alumbrar un mundo propio, autónomo. Con la inquietante asepsia de los hospitales, Hamlet Ayala se aboca a merodear la contingencia física y mental de los enfermos de cáncer; Herson Barona emprende un diálogo paródico e incisivo, no exento de un velado resabio de nostalgia, con los libros de texto, incorporando referentes actuales y dramas entrañables del momento; César Cañedo focaliza la presión competitiva en el deporte y la traslada con denuedo y franqueza a distintas escenas de la cotidianidad y la literatura; y Aurelia Cortés Peyron se decanta por el potencial semántico del tejido —urdimbre, trama, membrana, capa, revestimiento, epitelio— para trascenderlo, al examinarlo, y avizorar tentativamente la configuración de la esencia de lo que nos conforma y rodea.

Por su lado, Karen Plata recupera significativos retazos de vida y, desde una suerte de neorrealismo cinematográfico propone un mosaico de afectos y querencias jaspeado del valor evocativo de algunos objetos; Armando Salgado plantea un cuaderno de retorno al país natal, para decirlo con Aimé Césaire, en el que concurren historia, biografía, naturaleza y elucubración metapoética con el propósito de amalgamar un ambicioso crisol de búsquedas e intereses; y, finalmente, Fernando Trejo formula un ejercicio de autoafirmación recurriendo a los espectros de la conciencia reflejados en la

casa y la ciudad, la noche y el día, como la sombra de las piezas de un tablero de ajedrez. He aquí, pues, concluyendo, un microcosmos que, a imagen y semejanza del conjunto sinérgico de la poesía reciente de México, ofrece al lector la rosa de los vientos de un futuro poético que echa raíces en el ahora.

Jorge Ortega



Hamlet Ayala

Babel de cangrejos

*

Y si bajas la voz
se hace quieta la luz
y el silencio se esponja

*

Desde el patio los miro
como a un resplandor.

Me hablan de la verdad,
del tiempo derramado.

Me llaman por mi nombre
sin mover los labios.

*

El tiempo va
entre dulzura y sol,
como medusas.

Apenas pedir un poco más
de aire y la respuesta es
tú, la imposibilidad
de verse más allá
de cuatro meses.

Tiempo
que va quedando cera
bajo un pequeño sol,
lumbre que te consume
y no se apaga
hasta verte escurrir.

Qué luz humeando al centro
de la cama. Me hablan
por mi nombre, pero yo
quise ser como el fuego
que lame, traga y dora
y se hace polvo todo
sin querer.

Ahora ya soy la brasa
que consume
la carne hasta no estar.
Y apaga.

*

Donde hay bosque
siempre pasan cosas.

Sé de los árboles
que encierran los pulmones,
del árbol cerebral
y su corteza.

Hacen sombra
cuando caen los rayos.

Y donde está la sombra
habitan los fantasmas.



Herson Barona

Educación básica

Constelación de Leo

*

la última vez que lo vi respirar
el aire entraba lento y complicado
en su cuerpo su boca era una flor
re seca su piel era un papiro
al que una tela húmeda intentaba devolver
el brillo lavar la fiebre que borraba
la historia de la familia lentamente
la luz se estaba yendo de nosotros
y se oían crujir los engranajes
de las horas el aire entraba lento
y complicado al cuarto a sus pulmones
que atardecían al mismo tiempo
algo en nosotros se hacía noche
y no encontrábamos el interruptor
para encendernos hacia dentro
aunque era él quien se apagaba
con la respiración cortada y lenta
con ese cansado mecanismo
de artefacto antiguo con un polvo
envenenado sobre el cráter de los años
mientras sus hijas orbitaban la cama
su esposa lo miraba de frente

yo estaba en el umbral de aquella puerta
y él estaba en el umbral de algo impreciso
algo sin puerta algo sin nombre
mi madre lo tomaba de la mano
y le hablaba muy despacio al oído
palabras que no pude no quise escuchar
porque la esperanza duele
más tarde llegó mi turno de acercarme
para que pudiera verme tuve miedo
y no le dije nada significativo o memorable
hablé como si fuera un día cualquiera
como si fuera a olvidar aquella tarde
no hay palabras adecuadas para transitar
por esos días y si las hay no las conozco
hablamos poco a lo largo de los años
pero no me olvido de su voz
al pronunciar el nombre de mi abuela
o el de mi madre que lo hacía pensar
en las cosas que brillan por la noche
por su ausencia y a mí me hacía pensar
desde pequeño si no somos pequeños
sistemas de astros que siguen por inercia
la trayectoria de sus órbitas
alrededor de una ausencia de un vacío
que crece lento y complicado y termina
instalándose dentro de nosotros
expandiéndose en silencio depositando
cada una de las cosas que perdimos
en el fuego de los tiempos no me olvido
de su voz ni de las tardes color sepia
en que nos enseñó a seguir la estela
de un diamante una constelación
bocarrriba blanca sobre la tierra
el olor del pasto húmedo y el polvo
elevándose en el aire las esferas
flotando en la luz como los hielos
en su baile antiguo dando vueltas

sobre el carrusel de cristal de un vaso
que pendía de su mano una tarde de domingo
de hace años cuando festejaba su cumpleaños
y hoy de pronto un domingo cualquiera
revive en su casa el olor de su loción
que hace tiempo me compré y no uso
porque me lo acerca demasiado
y yo lo tenía muy cerca y respirando
aquella tarde en que mi madre le hablaba
y acomodó su cabello y lo abrazó
lo sujetó como quien dice quédate
pero también como quien dice
ya sé que es hora de irse
así que lo dejamos respirar el aire
complicado y lento de esa noche
pero antes de encender el motor
de los acontecimientos de arrancar
hacia el interior de nuestra propia noche
mi madre miró hacia arriba y dijo algo
bajo el cielo sobre el cielo y yo volteé
entonces hacia el fondo de la noche
y pensé que cuando las estrellas terminen
de morir cuando su luz antigua ya no viaje
hasta nosotros cuando sea noche cerrada
en el espacio los planetas van a seguir
dando vueltas en la oscuridad
orbitando el vacío por costumbre
o por nostalgia y pensé en nosotros
y otra vez el nombre de mi madre
titiló como un neón como las cosas
que brillan en el cielo que se apagan
las cosas cuyo resplandor aún percibimos
aunque ya no estén y nos llega
desde el cielo del pasado y le dije
que debía haber un error en todo esto
debía ser al revés debía haber palabras
que apagaran el dolor la luz la marcha

de los tiempos debía haber un error
en todo esto de estar vivos
y después ya no de estar girando
lento y complicado y por inercia
en torno a algo que se ha ido
entonces encendió el motor
y seguimos dando vueltas dibujando
órbitas por las calles toda la noche



Aurelia Peyron

Tejidos

I.

La osteología empezó siendo memento mori.
El cráneo en la mano
de un esqueleto divagante
y a un lado
lo que no pudo retratar la perspectiva:
los huesos mínimos del oído.

II.

En la clase de biología aprendimos
que el mundo organizado
en ribosomas, núcleos y canales
zurcidos entre sí como textiles kunas
dio origen a todos los animales complejos.

Que la membrana es la primera barrera
y para entrar se necesita
una contraseña.

Que andamos a ciegas,
que un pedazo nuestro en el portaobjetos
tiene capas sedimentarias, laberintos,
recuerda las guardas de un libro viejo.

III.

En la clase de geometría aprendimos
que la línea es una sucesión de puntos
tan cercanos que sólo pueden verse
bajo el microscopio,
aprendimos a desconfiar
de lo sólido.

En la clase de dibujo aprendimos
que el lápiz sobre el papel
remonta relieves,
que la línea no existe
y el cuerpo humano
es el lugar donde se cruzan
los puntos de todas las líneas
porque no hay sino curvaturas.

Que la línea es lo que une
la mano con el ojo.

En la clase de dibujo aprendimos
a ver el espacio
entre los puntos de la línea.

IV.

Sólo palpar, guiarse por los signos externos. Temperatura, humedad, coloración, excreciones.

Abrirlo, verlo todo. Representarlo para recordar.

Perforar las capas una a una. Profanar. Abrir el cuerpo como un envoltorio o de par en par como ventanas venecianas.

Estirar la piel como papiro.

Cuantificar. Explicar.

Verlo todo. Cada hilo que sostiene la estructura, hélice o retícula; tejido duro, blando, cada irrigación, vesícula, válvula. Corazas, redes, membranas, compuertas, tubos, trabes, astrágalos, ventanas.

Dibujarlo.



César Cañedo

Disparos de salida

La primera vez que corrí

me daba miedo que salieran mariposas de mi pecho
o de mis piernas,
me las acomodaba detrás de las calcetas y les hacía triple nudo
para que no se soltaran entre el *listos* y *fuera*.

Me horrorizaban mis hombros relajándose
y mi concentración detenida en los otros competidores.
Los veía más tensos,
más muchachos, más ganadores.
Le tenía miedo a sus piernas más astutas,
al modo en que sus brazos
sólo tenían la opción de obedecerlos,
a su determinación estirándose y estirándolos
en el calentamiento.

Temía que en cualquier momento algo de mí se rebelara
poniéndome al revés el número,
invirtiéndome los pasos,
corriendo hacia atrás en el momento en el que todos
van hacia adelante.

Me daba miedo que esa manera de correr con mariposas
me llevara al fracaso.

No se puede hacer una carrera homosexualmente

No se debe correr con pasos frágiles
ni competir demasiado emocionado.
No está vetado, pero se sabe, no está permitido.
El triunfo y el amaneramiento se desconocen.
El triunfo aprieta el cuerpo y pone serios los músculos.
El triunfo son muchas ganas de ser normal puestas de acuerdo,
cómplices de las carreras que siguen el curso de siempre.

Me encontré con mi antiguo rival en el súper

Traía consigo un olor perfumado de persona
que no me esperaba en él.
Sin el olor animal, competitivo
que tanto odié cuando impregnaba la línea de salida.

Y ahí estábamos, sin jueces que ayudaran a valorar
quién de los dos era más atleta.
Sin el rencor de cada músculo tenso,
sin el esfuerzo burlándose de uno de los dos
y premiando al otro.

Con sólo nuestras sonrisas llenas de encuentro.

Por primera vez lo vi guapo
sin ropas mínimas escurriendo sudor,
sin estar atento a lo que obligaba a hacer a sus manos y a sus pies,
a un par de años de distancia de la palabra ganar
presionando nuestras pisadas.

Al darle la mano
reconocí esa atracción que por mucho tiempo fue desprecio.

Crecer con un rival es aprender
lo que el deseo tiene de ganas
de aplastar al otro.

La competencia más difícil
es cuando ya no hay competencia.



Karen Plata

Un auto azul espera en la bahía

Todas la mañanas, a las ocho en punto,
papá manda una cadena por el chat familiar.

Yo creo que mira el teléfono hasta que den las ocho.

El teléfono en la mano,
los ojos fijos.

Espera para podernos hablar.

Un pájaro canta sobre un muro de ladrillos rojos.
Es un ave negra de pico corto y puntiagudo.

A un lado,
la abuela teje un mantel de flores.
Sus manos largas y blancas enredan un hilo sobre otro,
nudos en forma de claveles que por más que intento no
puedo repetir.

Ha empezado a llover y la lluvia golpea sus cuerpos.

Abuela no mira la lluvia.
El ave, en cambio,
agita con fuerza sus alas.

Mira cómo su ropa se va volviendo oscura y pesada.

Un día, decidí guardar algo.
No sé bien por qué.

Era un hueso de mango,
un hueso que mamá tiró tras quitarle la carne y que saqué del
bote.

Dejé tres semanas el hueso en un rincón de la casa,
hasta que los pelos del mango se apretaban contra su cuerpo.

Se había quedado seco,
era una momia amarilla.

Lo más hermoso que había visto.

Papá había hecho una manda que lo hacía ir a misa a San Juan de los Lagos y regresar el mismo día.
Lo segundo, más bien, para no tener que gastar en hoteles.

El anuncio lo hacía un día antes:
mañana hay que pararse a las cuatro de la mañana.
También se pueden quedar a dormir, decía,
pero todos lo acompañábamos.

Recuerdo esperándolo en el auto mientras compraba dos kilos de tortillas, sal y aguacate.
A veces, escondía un pedazo de chicharrón.
Yo sabía dónde lo guardaba y me robaba una esquina.

En medio del camino
ponía las tortillas encima del cofre.

Nosotros dibujábamos un círculo.

Todo eso que se va,
su fuerza,
la forma de acomodar sus dedos para lanzarnos.



Armando Salgado

Rompecabezas

¿Has visto cómo abren las calles
y después las abandonan?

Así lo abrieron: no daré detalles.
Sólo sé que fue una fracción de hacha

como cuenta de restaurante
que alguien debe de pagar.

Así lo miré sobre la cama

con dolor al costado
y un catéter en lugar de tuberías:

como cuenta de hospital
su cuerpo pagó sin falta.

No deja de llover:
la ciudad se inunda.

Rueda mi memoria
junto al miedo.

La migraña se asoma
por el alcantarillado.

Las voces obstruyen
las cañerías.

El río y mi cabeza
no tardan en reventar.

Esta inundación es puntiaguda.

El cerro de la Charanda
es de tierra roja y pegadiza,
enciende una cruz
por cada hijo que desaparece.

El cerro de la Charanda
cuenta las cabezas
que ruedan por las calles,
bebe aguardiente y canta afónico.

El cerro de la Charanda
tiene las manos reventadas
por el frío,
se persigna
ante las bolsas con restos de pelo.

El cerro de la Charanda
cruje
y la realidad se deslava.

Nací con la idea
de tener sólo cabeza,

nada de manos,
nada para sostener
ni la cuchara
ni el huevo sobre ella.

Nací con la náusea
extendida
por mi habla,

con el oído torcido
y otros cuerpos mirándome.

Nací rodando
y no me detendré

aunque encuentren
mis restos.

POESÍA

La vida se lee al revés desde una lápida.



Fernando Trejo

Marduck

Cuando llegó a su límite el comportamiento de la casa abandonada de la avenida octava, los colonos decidieron solicitarle al H. Ayuntamiento Municipal de Amendú, el derribo total de su estructura. Una casa vetusta, anciana. Temían sus acontecimientos, las fechorías; detestaban su mal olor, su mala pinta. A solicitud del comité, la presidencia optó por impedir el acceso a la vivienda al construir una barda, un muro que le tapara para siempre la sonrisa, le cegara los ojos, la dejara ahí como un rojizo lunar en medio del mapa, para evitar los ultrajes y las vejaciones de vándalos e indigentes y de fanáticos religiosos.

Al borde del ventanal, detrás de una cortina que más parece el albedo de una naranja, cuando la mañana apenas y a mis ojos se detiene en lo gris, escucho la palabra de dos hombres que, sentados sobre bloques de hormigón, platican entre dientes. Es el envés de un tambo de pintura lo que funciona de mesa y en la que están servidos tacos de queso, chiles y frijoles negros. Cada uno desdobla su tortilla y la extiende sobre sus lisas palmas de cemento. Untan una delgada mancha de frijol y desmenuzan a sus límites el queso. Silencio. Un silencio que tiene tonos que caen sobre el taco como una apagada lluvia de sal.

Hay una taza de café en mi mano. En su negrura me cristalizó. Porque el frío es una forma de olvidar. Recuerdo que mi padre años atrás me dijo eso. Él había venido de cazar y traía en su cara no la imagen, sino la sombra del miedo; no de él sino del ciervo, y lo dijo, como quien quiere soltar una palabra para abrirle paso a la tristeza. Y llorar. Exponerlas como en una lámina escolar frente al salón de clases. Porque quizá vio en mis ojos el rastro de aquel animal o su mirada muerta. Quizá en ese momento dejó de arrepentirse. Me abrazó con un abrazo que apenas si crecía desde sus manos. Y era frío: porque el frío es una forma de olvidar.

Junk: basura, entonces. *Junk* como sustantivo para firmar un recuerdo en una barda ajena. *Junk* como una mancha de tres sílabas traducidas al español: ba-su-ra. Sorbo mi café. Comulgo con la propuesta del arte contemporáneo, con sus estrategias bandálicas de apropiarse de un territorio que no les pertenece, si me apego a su juventud y me divierto. *Junk*: ¿acaso es a mí? Es mi barda que a punto de quebrarse no se inmuta. *Junk*, así nomás, sin pretensión.

Dibujar una línea.
Echar mano de su fuerza.
Mostrar el músculo, los lirios y los nombres
del lienzo de su cuerpo.

LENGUAS INDÍGENAS

Presentación

Romper con el pensamiento hegemónico impuesto por la colonización cultural y epistemológico impuesto por Europa es un compromiso que se tiene que atender de manera inaplazable por los pueblos indígenas de América Latina, que han vivido en la invisibilidad de su derecho de expresar su forma de ser y de saber, de acuerdo con sus valores y creencias ancestrales. La idea de formar una nación única, a través de la imposición de una sola lengua como medio de comunicación y de identidad, impulsó a muchos gobiernos a llevar a cabo la alfabetización en la lengua dominante que era el español, en detrimento de las lenguas originarias que fueron relegadas a un uso a nivel local. Aun cuando en los círculos oficiales se maneja la aceptación de la diversidad cultural y el multilingüismo, la realidad es diferente, ya que esta diversidad no significa equidad, porque cada lengua tiene una presencia social y cultural de acuerdo con su estatus económico y político.

En México, desde las últimas décadas del siglo xx hasta nuestros días, se puede observar, en cuanto a la creación literaria, un florecimiento más sostenido de las sesenta y ocho lenguas nativas, con una visión de hacer presente en la temática de los textos literarios los elementos culturales propios de cada pueblo originario, resaltando sus creencias, valores, costumbres y tradiciones. Con el objetivo de promover la creación y difusión literaria en las lenguas indígenas, el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes impulsa la publicación de las obras literarias que se están produciendo a través de cada uno de sus becarios dentro del programa Jóvenes Creadores, lo que representa un ejercicio vital para visibilizar una literatura que encierra

diversas realidades, pero con un mismo deseo: llegar a ser parte de la realidad llamada México, sin dejar a un lado lo que se es como cultura propia. En este horizonte, las voces de tres jóvenes creadores, representantes de tres lenguas mexicanas que son el zapoteco, el maya y el mazahua, nos sitúan en su cosmovisión al ofrecernos sus textos que construyen una manera de ser y de vivir.

El primero de ellos, Elvis Guerra, poeta binnizá (zapoteco) de Juchitán, Oaxaca, enciende la linterna del olvido y apaga la hoguera de los prejuicios con sus poemas que se desnudan ante la exigencia de la libertad del amor. En sus versos homoeróticos hay un desenfado que mezcla el sarcasmo al entrar en el círculo del juego de la identidad sexual. En el poema “Ni caní’ ti muxe’ ne jñaa/Relato de una muxe’ y su mamá”, nos dice: “Ni nuu guiré doo ique, naquiiñe’ gaca muxe’/Para ser libre, hay que ser putó”; en “Xcuidi ni guca’/El niño que fui” se palpa su orgullo de amarse sin límites al declarar: “Gule’ na’ ti muxe’ huiini’/Nací siendo un niño muxe’”, “Gule’ ralidxi bixhoze nanala’dxi’ muxe’/Nací de un padre que odiaba muxes” “Gule’ nayeche’ Ni guini’cabe la diidxa’ si laa’/Nací libre, lo demás es poesía”.

El siguiente es Josué Eduardo May Chi, dramaturgo y actor maya, que presenta una obra, *Che’en/Asomándose al pozo*, basada en pequeñas historias recogidas en la comunidad de Chencoh, Campeche, que significa “Pozo del puma”, donde las situaciones de alegría, conflictos y suspensos de los personajes giran en torno al pozo de agua, un lugar sagrado y lleno de fuerzas sobrenaturales, como lo describe uno de ellos: “Mi leten ma’ tin jach t’aan, ch’e’enen, mi leti’e’ ch’e’en okolt in t’aan tin chi’ welo’/... Tal vez por eso soy un poco callado, silencioso, tal vez el pozo se robó algunas palabras de mi boca”. Las escenas se van tejiendo para construir una realidad pasada y presente que es la falta de agua, representada en una tragedia que el autor nos afirma: “Mina’an u k’áaxal cháak, mina’an ch’e’en, mina’an ja’, mina’an ixí’im, chéen uk’ajil. Ba’ale yaan u ts’iibolil u bin máak tak náach/No había lluvia, no había pozo, no había agua, no había maíz, sólo deseos de irse lejos. Sólo había sed”.

El tercero es Francisco Antonio León Cuervo, poeta y novelista mazahua, con su obra *Na jiu’ú nu pjeñe/El peso de la memoria*, novela histórica ubicada en 1912, que narra la vida de Lucio, indígena de la comunidad de Xiza (El

Encinal), que para ganar el derecho de tener como su mujer a Juanita, ante el temor de que Genaro, el hijo del capataz, le ganara la partida, tuvo que comprometerse con don Ramiro Idelfonso, dueño de la hacienda de San Juan, a trabajar durante dos años en la Calera, la fábrica de cal, símbolo de muerte y explotación para los peones. Una historia de dolor y esperanza tejida en el bastidor del destino de cada uno de los personajes, donde el amor y la alegría se manifiestan, como cuando Lucio mira a su hijo recién nacido y queda embelesado, ante lo cual el narrador expresa: “Nu s’iya ngeje na jña’a k’ú ri mamúji ñe ri xipjiji yo te’e k’ú mi ts’ike ri s’iyaji, gakja ngeje mi ts’ike in múb’ú k’ú dya so’o ra pesi s’iya, ñeje ra pjongúnu ma ri mamúji ri s’iya, a texe nu k’o b’úb’ú, mba dya ngejme a mbo’o in nzero ñe texeji ri pāräji k’ú ri s’iyaji, so ri ngeje kja ts’ike nrajme/El amor es un concepto imaginado y usado por quienes amamos tan poco, por ser nuestro corazón tan pequeño e incapaz de guardar amor, por eso necesitamos sacarlo diciendo te amo a todo lo que se nos ocurra, para que no estalle ahí dentro y el mundo sepa que amamos, aunque sea sólo por instantes”.

Literatura profunda, una mirada reflexiva sobre lo que es la esencia humana desde la visión de los creadores en lenguas indígenas.

*Esteban Ríos Cruz, Briceida Cuevas Cob
y Fausto Guadarrama*



Francisco Antonio

Na jiú'ú nu pjeñe

I

Lucio o so'ó k'ú nu jomú ro nugú a xese ma nu nrojo mi xinchi a manu nuja angeze mi b'úb'ú na, nu pansibi dya o xukjú, dya so'ó ro ma'a a nanguarú, o kueñe kja na tore k'ú o jiezi naño nrojo, mbe nudya nu tr'anrojo o ndijm'inu. Texeji nu pjeñe o sájá kja in jmi'i kja na ts'ike nrajme, ñe kja na kjús'ú jmeya o jiezi ro ma'a texe nu zakjú, nge nu naja pjeñe ñeje nu nrajme ma o ngichi a manu.

Texe nu pa'a o xukjú yo nrojo k'o nu pansibi kja nu jmurú nrojo k'ú mi b'úb'ú a zeze kja Nu Mexa, a kjobú pa'a nuja dya mi pepji na jo'ó ma nu jmunrojo o kjobúji yo ñiji nu ñonrojo, nu tore nuja mi b'úb'ú o tsja'a ma o xukjú naño nrojo kja jmunrojo. Yo nrojo mi na nra'a, mbe nu pansibi k'ú útrjúji ngeje nu k'o mi ne'e mba ra xukjúji, ya punkjú zana k'ú angeze mi ngeje nu te'e k'o orú nu pansibi k'ú xukjú yo nrojo, gakjanu, mi tsj'a'a na jo'ó nu pepji, mbe nu nrojo mi zezhi ñe ngextjo o xinchi. O ngeje nu Lucio k'ú orú nu pansibi ñe o pjeñe k'ú nu pansa ro pana yo ts'inrojo a naño nanguarú.

O mbeñe in nrixu, in nana k'ú mi male, in tata k'ú ya nrü'ü, in ts'ingumú, in juajma ñeje in dioxí. Nu m'ub'ú o ú'ú ma o mbeñe k'ú dya ra mezhe ma o musú in tr'i'i. Gakjanu, nu sü'ü k'o mi pesi o penchi in jñi'i ñe o mimi mba ra ndijm'inu. ¡Lucio! ¡Lucio! ¡Lucio nu tr'i'i ya musú nu! Mi mapjú nu María ma mi ñese nu tr'eje ñe o dyúnú nu mbayo. ¡Nu ts'itr'i'i a musú nu! ¡Nu ts'itr'i'i a musú nu! k'o na dakú nu Lucio o pedye kja tore, o kueñe nu ñonjomú ñe o b'úgú kja Maria ma orú: ¿In ts'itr'igo a musú nu? ¿In ts'itr'igo a musú nu? Já'ä kumba, mi mapjú angeze ñe mi nzhodú kja tsañebe Nu Mexa.

Ngeje na ts'itr'i gakjanu nutsk'e; mi mama ñe dya mi kúsú na jo'o. Ne Lucio mi májá na púnkjú k'ú dya o pärú jango ngeje k'ú o sájá nuja mi b'úb'ú ne Maria, ma nzhodú kja yo nrojo k'ú b'úb'ú nu. ¿Jango ri mimi ne Juanita? Angeze b'úb'ú na jo'o. pa'a kumba, pa'a ri janra in chí'i.

Nu Lucio o ne'e o b'úgú kja ts'ingumú, mbe mi pärä k'ú ma o jiezi nu pepji kja nu ñiji o zúrú nu ngapta, ñe ma ra nguarú é'é, o chjunú kja Nu Calera k'o in pjadú. O janra texe nu nanguarú Nu Mexa mba o jiodú jango gi b'úb'ú nu ngapta, angeze mi b'úb'ú a nanguarú yo ngosibi. Mi ngeje na b'ezo k'ú dya inji, o yará k'ú na te'e bextrjo mi nzhodú ñe ngejextrjo ro dyúnú in chjunsú mba o janra k'ok'o ngeje. A ra pago Martín o mama Lucio; in chigo a músú. Angeze, otrjo dya o mamú ngejextrjo o trjeñe ma mi ts'ik'e mi mamú já'ä k'o in sibi, ro jiusú na jo'o in chjunsú ñe o inji naño. Lucio mi ngeje gakja dya mi mbonkue nu pa'a nu, o so'o k'o ne xoñijomú naño ro mbotrú, mbe nudya mi ngeje ne májá, ñe nu ne'e k'ú mi pesi mba ra sájá kja in ngumú otrjo dya mi o so'o.

¡Ngeje na tr'i'i, ngeje na tr'i'i! Mi mamú ne Juanita ma o janra k'ú o ngichi nu. Lucio o ñ'ese nu tr'i'i mba ro jñanra na jo'o. ¿O músú na jo'o? ¿Ri pesi textjo? ¿Otrjo dya bextjo? Mi onú ma mi jñanra gakja ngeje na dioxú k'o o chomú. Já'ä Lucio na jotrjo, o músú na jo'o, dya janra naño. Mi mamú angeze. Mi májá ma mi o jñanra nu, mi músú in tr'i'i, mi pärú k'ú otrjo dya ra jiezi nu, ra kja'a textjo mba ra angeze, o jñanra mbe dya ngeje gakja otrjo dya ne'e, o tsjanu, gakja dya ne'e o pesi na sodye texe ne zakjú. Na jo'o Lucio, dya janra naño, nu ts'itr'i b'úb'ú na jo'o. angeze, ro penchi na zezhi k'o in dye'e, o janranu a manu, o yobú kja nu pjinkua me májá gakjanu angeze, mi mbonkue, mi kjaxtju ñe yo nixti na s'oo. Nu múb'ú ne Lucio mi májá na punkjú, dya mi chjébi kja nzero, mi so'o na punkjú k'ú otrjo dya mi pärä jek'o o xipji. Ngextrjo ma mi yob'úbi angeze otrjo dya mi chabú, otrjo dya mi xipji k'ú mi s'iya, ngeje gakjanu, na ts'ike pa'a mi janra kja in cho'o; o ñukú mba o penchi in ñixti, o so'o in jmi'i ñe mi májá o 'ueji.

Mi ngeje na jo'o ñe na ts'int's'i ne'e k'ú so'o ro chjotr'ú. Dya o xipji k'ú mi s'iya, mbe dya mi pärú k'ú nu kú mi so'o, ñaño te'e o mamú ngeje s'iya, otrjo dya o árá nu jña'a, ñeje, gakjanu texe nu kó ngeje nzakja angeze, dya mi ne'e na jña'a gakjanu. Nu s'iya ngeje na jña'a k'ú, ri mamúji ñe ri xipjiji yo te'e k'ú, mi ts'ike ri s'iyaji, gakja ngeje mi ts'ike in múb'ú k'ú,

dya so'o ra pesi s'iyá, ñeje, ra pjongúnu ma ri mamúji: ri s'iyá, a texe nu k'o b'úb'ú, mba dya o ngejme a mbo'o in nzero ñe nu texeji ri päráji k'ú ri s'iyáji, so ri ngeje kja ts'ike nraime.

¿Jango ra xipji? O orú angeze. Pedro gakjanu in tatage, o nrurú. Mi ne'e ma mi ngeje ts'ixutr'i, nreze k'ú mi janra mi jmurú nrájná k'ú mi xinchi kja in po'o ñixti, nreze k'ú mi b'úgu ma dya pes'i dyats'i gakjanu texe yo naño ts'ixutr'i, nreze mi b'úgu ma mi ne'e o penchi yo xepje, nreze k'ú mi tr'eñe ma mi eñe ts'introjo maxi ma mi potrjú yo xánkja k'ú mi ñ'ese kja in kezhe. Ñe nu ts'ixutr'i k'ú mi jyút'ú in ñixti ñe k'ú mi juejme in bit'ú, mi ngeje nu májá, so ñeje ma angeze me mi ts'ike. Mi mbeñe nu textetjo yo pa'a, ma mi pepji kja juajma, ma mi potrjú yo sú'ú k'ó in tenzho ñe ma mi yobú kja pjinkua k'o in tata. Ma otrjo dya tsjanu, mi jiodú nu, textetjo yo pa'a mi janra k'ú otrjo dya ra ñabi, ñeje angeze dya mi pärá gakjanu mi tsja'a akjanu. Nudya ngeje in su'u, gakjanu mi ne'e texe yo pa'a, ñeje dya bextjonu, so o dakúnu na tr'i'i, a so'o o mamú k'ú ngejeji na bedyi.

Mi mimiji kja nuja na s'oo nu tr'eje, kja yo kot'ú ñe yo nrojo, a manu ngeje nu jomú k'ú dya o ne'e yo tr'angumú maxi yo ngicha. Nu ts'ijñiñi mi b'úb'ú a nre'e nu Tr'angumú e San Miguel ñeje nu Tr'amgumú e San Juan. Nu ts'ijñiñi mi chjü'ü Xiza, mi ngeje dyote b'edyiji k'ú mi pesiji yo kuchi, yo ájná, ñeje mi tsjaji chjejme k'ú mi poji a nu ngicha maxi mi pot'úji k'o yo trjö'ö, gakja ngeje yo juajma k'ú mi pesiji mi ngeje ts'ike k'ú, yo trjö'ö k'ú dakjúji dya so'o o wiñiji a texeji textetjo nu kje'e. Ngeje gakjanu k'ú texeji yo te'e k'ú b'úb'úji kja Xiza, ñeje yo tr'i'i o ma'a pepjiji kja yo yeje tr'angumú, so'o mi ngeje gakjanu yo mbepjiji nu, maxi na s'oo nu pepji, mi ngeje akjanu, mbe yo tr'angumú mi ne'e na punkjú in mbepjiji, mbe mi ne'e na ts'ike a yo te'e k'ú dya ngeje in mbepji; ñeje akjanu yo te'e k'ú dya ngeje mbepjiji kja yo tr'angumú mi juejme o pepji ñe b'úb'ú pa'a nuja otrjo dya ngotr'uji maxi dya mburú in zakjú.

Ngeje nu zanto ne kje'e k'ú o kjobú k'ú, nu Lucio ñeje nu Juanita o jmurúbe. Angeze ñe naño b'ezo o mbosú mba o tu'ú yo juajma nu Pedro, angeze mi ngeje nu tata e Juanita, o pepjiji jñi'i ts'ijuajma mbe gakjanu na s'oo nu jomú o mezheji texe nu pa'a, ma o nzhá'á, ma nguarú nu jñonú, e Pedro o chunúji a yo mbepji mba o si'i tr'apjú kja nu nrenra e San Miguel k'ú mi b'úb'ú kja tr'angumú nu. Nu nzhá'á mi b'úb'ú nu e Genaro, k'ú mi ngeje nu tr'atr'i ne ngapta e tr'angumú, angeze o sájá

mba o si'i tr'apjú k'ó angezeji. Kja ma mi nzhá'á o sájá nu pale Ramiro Idelfonso, k'ú mi ngeje nu lamú kja tr'angumú e San Juan, k'ú mi iodú a mane a ne pale Braulio Mares k'ú ngeje nu lamú kja tr'angumú e San Miguel mba o tsja'a yo pepji, mbe, otrjo dya o chotr'ú nu, gakjanu e pale Ramiro o sájá kja nrenra mba o si'i pareje.

¿Jango b'úb'ú yo juajma Pedro? O dionú ne pale Ramiro ma mi kjobú na nrajme k'ú mi natrjo mi si'i ñe a mi údú k'ú, yo jñatrjo mi tr'eñe, ñeje angeze otrjo dya pesi na diojui mba o zonú. Nudya o tügoji pale, nuzgo ri kjiñigo k'ú nu kjenu yo trj'ö'ö ra jokú na punkjú, a sájá nu dyeb'e ñe ma dya sájá nu sě'ě, nu trj'ö'ö ra te'e na jo'ö. Me na jotrjo, akjanu ra ngot'úji in tr'opjúgo k'ú ya mezheji; o mamú nu jñangicha ma mi tr'eñe. Texetrjo a manu mi pärú k'ú otrjo dya o pexpe tr'opjú a nu lamú, mbe otrjo dya o mamú, a nu lamú otro dya so'ö o xipji iyo ma mi tí'i. Ri ne'e k'ú dya mezhe ra kuarúbi mba o ma'a ra mbepijji k'ö nuzgo, ri pesi ts'ike mbepji k'ú pepji kja Nu Riego ñe nu jomú dya ra mezhi. Já'ä lamú kja ñaño ngo'ö ra pagoji ngextrjo ra nguarúgobi nu tú'ü, o nrurú nu Marcial k'ú ngeje naño b'ezo k'ú mi b'úb'únu. ¿Jeko ri xitsk'e Pedro, ra pepjige? Já'ä lamú, o nurú angeze, gakjanu o xitsi nu Marcial, ngejextjo ra nguarú in pepji ñe ra magobi. Nu pale Ramiro Idelfonso o so'ö k'ú in pjeme o xukjú, nu nee o k'ö'ö k'ú nu údú k'ú o tsja'a. Angezeji mi ngeje yo jñatrjo ñe mi xipji a angeze, na lamú, kú o t'ebe, k'ú o pepji kja in juajmaji, mi ngeje na sadú k'ú dya ne'e no árá, mbe ¿jek'ó so'ö o tsja'a? Angezeji dya ngeje mbepijji, kja ñaño kje'e o pot'ú a naja maxi yeje mba yo naño mbepji mi b'úgúji o pa'a pepijji, mbe yo te'e mi jña'a k'ú b'úb'ú na chu'ú kja na jě'ě, ñe dya ngeje angeze k'ú ra tsja'a k'ú yo jñatrjo ri chubi k'ó yo jñangicha kja tr'eje.

¿A tee in xutr'iji, já'ä gakjanu Pedro? O dionú nu pale Ramiro, k'ú dya mi ne'e o janraji k'ú mi údú. Já'ä lamú, a teji, o nrurú nu Pedro k'ú mi pärä k'ú nu dionú ngeje mba o chübi. Ma ra ne'e ra pepji, ri xipijji k'ú ri chebe kja tr'angumú, a ri päräge k'ú nuzgo ri neji na punkjú. Já'ä lamú ra kjiñigo, o mamú nu jñatrjo k'ú mi diotr'ú in nee ñe dya mi ne'e údú nu; mbe nu lamú dya ngextrjo mi tsja'a o údú a ne Pedro, so o tsja'a údú a in tr'i'i ñe a yo naño b'ezo k'ú mi b'úb'ú nu. Texetrjo ro jokú ma o jña'a nu Genaro k'ú a mi tí'i ñe o mamú: nuts'ko ri ne'e a ni xutr'iji Pedro ñeje, ri ne'e ra chuntrúgo. Nujnu so ri dakú mbekjua a nu Pedro ñe in tr'i'i, o ngeje akjanu ma texeji mi pärä k'ú nu Genaro ngeje na b'ezo k'ú na

s'oo, mbe ngeje na jo'o o chjubi k'o angeze mbe dya na jo'o o chjubi k'o nu lamú. Akjanu Genaro o mamú: Pedro ra dakú na xitjo pare mba nu Juanita. Otrjo dya o nrurú na ts'inrajme k'o mi so'o dya nguarú, Lucio k'ú otrjo dya mi mama, o so'o k'ú o bezhi na. Mi ngeje yo pa'a nuja na nríxú ri mizhi gakja na ts'ike pare ñe dya árá jeko mi mama angeze maxi kok'o ngeje k'ú mi s'íya na punkjú. Nu Genaro mi ngeje in tr'i'i nu ngapta, so mi ngeje na mbepji, angeze ngeje na b'ezo k'ú so'o ri dakjú nu k'o na jo'o a nu Juanita, mbe mi pesi nu tr'opjú mba o dakjú na xitjo pare a nu tata.

Nutsk'o ra dakú na xitjo tr'apjú mba nu Juanita, Pedro; o mamú Lucio. Texetrjoji o tr'eñe ñe o pjeñeji k'ú ngextrjo mi mbechjine nu k'o o mamú, Pedro dya árá na jo'o nu. E pale Ramiro o chjamsá kja nu Lucio ñeje o xipji k'ú angeze o ngotrjú yo xito pare k'o o ne'e mba o ngejme k'ó nu Juanita, mbe nu Lucio o pepji kja nu Ngusibi naño kje'e, ñe, angeze o mamú k'ú na jo'o. Nu pale Ramiro dya mi ne'e o mbosú a nu Lucio, angeze ngextrjo mi ne'e o eñe k'o nu chjubi yo jñatrjoji, dya mi jiombeñe k'u mi údú, gakjanu, nujnu na jo'o mba o jichiji kok'o ngeje nu.

Mi kjobú nu nrajme ma o ngichi nu jiarú, kja yo ts'ike bendana otrjo dya mi ngichi na ts'ike sibi, nu nrenra ngextrjo mi juensi k'o na yo'o kja mexa, a manu texe yo jmicha mi pot'ú, ngextjo o pärä kok'o ngejeji ma o jñabi ñe texetrjo o päräji na jo'o k'ú dya mi jiopjú. Ra dakú yeje xitjo pare mba nu Juanita, o mamú naño ne Lucio, kú mi mbosú nu pale Ramiro, mbe nu Genaro o mamú k'ú so o dakú nujio. Angeze mi b'úb'ú kja naño nanguarú ñe otro dya janra k'ú, nu lamú o mbosú a nu naño, ma o pärú otrjo dya o mama, mbe a o jña'a, gakjanu, jango o ngeje k'ú ra nguarú; angeze o ne'e na chju'u. A ro árá Pedro, yeje xitjo pare mba nu Juanita, o sadú nu Genaro ma o é'é kja mexa. Nuzgo xi ri dakú yeje xitjo Pedro; o mamú Lucio, mbe, yo yeje mi ts'ike jña'a. Angezeji otrjo dya o ne'e dakú naño, Lucio mi pärä k'ú jñi'i xitjo mi ngeje na punkjú, ñe nu Genaro otrjo dya mi pesi na punkjú tr'opjú, so in tata o é'é ma o t'omú na punkjú akjanu, Pedro dya mi pärä jeko xipji, o mbibi kja jomú ñe o sadú nu xörú ma o nanga, dya na pa'a k'ú na jo'o, mi pjeñe kja in jñi'i. Dya mi ne'e na chju'u, Lucio mi ngeje in te'e, mbe nu tr'i'i e ngapta, mi ngeje na b'ezo k'ú mi na s'oo.

Ma ra músú in ch'igo, ma ra ngeje tr'i'i, ra jiunsúgo Pedro gakjanu ngetsk'e, o mamú Lucio, k'o jña'a k'ú mi zezhi. Nu

Genaro otrjo dya mama, angeze dya so'o ra dakju nujnu: nu tata, nu tita, ñe nu tata in tita mi ngeje ni chjü'ü Genaro gakjanu angeze ngeje na chjü'ü k'ú mi pesi in b'edye a na punkjú kje'e, angeze otrjo dya mi so'o o potú. Nu Rosendo, k'ú mi po'o kja nrenra, o örú yo juensibi k'ú mi b'úb'ú a xese nu mexa, ngeje gakjanu, o janra k'ú nu jmicha texeji mi diotr'ú, mi pärä k'ú na s'oo ra kjobú. Nu Juanita ra ngeje in nrixu Lucio; o mamú ne Pedro, ma o si'i na punkjú tr'apjú k'o nuk'o o pjeñe na jo'o. Nu juensi na tredyi o pichi texeji, mi ngeje nu Genaro k'ú o penchi in tredyi ñe o ma'a kja Lucio, mbe nu pale Ramiro o tsja'a k'ú o jiezi ma o pana na zapjú kja nrajma. Ma'a kja in ngumú Genaro, nu Lucio ngeje in mbepji kja Ngunsibi, ma k'ok'o ri tsja'a nutsk'e ra ngotrjú nu pepji, nutsk'o dya ra bezhi in tropjú kja na chu'u e mbante jñatrjo gakjatsk'e. Nu Genaro, o pedye kja nrenra ñe otro o mamú, Lucio, Pedro ñe naño te'e, so o ma'a kja in ts'ingumúji, otro dya o si'i yo yeje xitjo pare, mbe nu Lucio o mamú o pepji kja Ngosibi yeje kje'e, ma otrjo dya o pepji kja juajma, nu pale Ramiro o ne'e akjanu; o penchi na mbepji k'ú otrjo dya o ngot'ú.

Lucio ñe Pedro o nzhodúbi kja nu ts'ingumú, otrjo dya mi ñabi, texe nuk'o neji o mamaji a mi mamúbi. Kja in jñi'iji mi tee na pjeñe k'ú na s'oo. Ma o dakú in xutr'i a Lucio, Pedro o mburú na chubi k'ó in tr'i'i nu ngapta, mi pärú k'u angeze dya o jiombeñe. Lucio mi pjeñe k'ú otrjo dya o tsja'a ma ra pepji k'ó nu pale Ramiro, mbe o po'o in zakjú a angeze, ñe nu Ngunsibi ngeje nu pepji k'o otrjo dya mi ne'e, ma mi pjeñenu mi ú'ú in ze'e. Ma o sájá kja nu ts'ingumú, Pedro o mamú: Juanita, ra chuntr'u k'ó nu Lucio ri penchi texe k'ú pesige ñe ri ma'a k'o angeze. Mi b'úb'ú naño nrixu a manu, mbe otrjo dya o xits'i, a punkjú pa'a k'ú angeze dya mi ngeje na ts'ixutr'i, otrjo dya o mama o penchi texe nuk'o mi pesi, k'o ngextrjo mi ts'ike k'ú dya nichu in xika ñe, o ma'a k'o e Lucio, a nanguarú, kja naño pa'a mi so'o nu nrixu k'ú me mi májá, angeze xi mi ne'e nu.

Lucio otrjo dya o mamú, o nzhodú a jmi'i angeze na, xi mi o sájá kja ts'ingumú nuja mi b'úb'úbi k'o in nana, ma o ngichi ngextrjo o mamú: a ro sájábi. Nu male mi yobú kja in pjingua o nrurú, já'ä ñe dya o mama, mbe kja nu xomú o tsja'a na ts'itr'eñe ma o pjeñe k'ú, in tr'i'i o sájá k'o na nrixu. Juanita o jiezi in xika kja nanguarú ñe o b'obúnu. Lucio o jokú yo nraxiyo kja in pjinkua ñe o yobú, ngeje na nrajme nuja otrjo

dya o árá ñeje o nanga o penchi in dye'e na, o chjunú kja pjinkua, o yobúbi ñe o tsjobúna.

Naño pa'a o mbotr'ú a ne Pedro k'o na tr'edyi ma mi nzhogú kja pepji kja nu Riego, ngextrjo naja é'é o ngichi kja nu pjeme, angeze o nzhodú na ts'ike ñe o nru'u ma o pedye na punkjú kji'i. Yo pa'a nu, xi o mbotr'úji nu Genaro, o diokú k'o na tr'atr'edyi ma mi tí'i ñe mi ne'e ra tsjapjú bejña nu naja nrixu kja tr'eje, nreze k'ú a mi kjobú nu naja kje'e.

El peso de la memoria

I

Lucio sintió el mundo encima cuando la piedra rodó hacia él, pues la dinamita no la rompió, no tenía para dónde moverse, se protegió de la explosión en el hueco que había dejado otra piedra, ahora la enorme roca lo aplastaría. Todos sus pensamientos se agolparon frente a él en un mismo instante y en un suspiro, dejó correr toda su vida, desde el primer recuerdo hasta el momento de elegir inconscientemente protegerse ahí.

Durante todo el día estuvo dinamitando el último montículo de enormes rocas en la cima de La Mesa, la producción se había detenido por varios días, debido a que éstas obstruían las vetas de piedra caliza; el hoyo donde intentó protegerse había quedado después de dinamitar una roca a un costado del montículo. Las piedras eran muy grandes, pero la pólvora usada era justamente la necesaria, por varios meses, él se había encargado de dinamitar las rocas, por lo mismo se había vuelto un experto en el oficio, sin embargo, esa roca era más dura y sólo rodó. Fue el mismo Lucio quien encendió la mecha y calculó la fuerza de la explosión para lanzar los restos al lado contrario de donde se encontraba.

Recordó a su mujer, a su madre anciana, a su padre muerto, su jacal, su milpa y sus animales. El corazón se le afligió al pensar que en pocos días su hijo nacería. Paralizado por el pavor de saberse muerto, se cubrió la cabeza con los brazos, cerró los ojos y se encogió para ser aplastado.

¡Lucio! ¡Lucio! ¡Lucio, el niño ya nació! Gritaba María, mientras subía la cuesta agitando su rebozo. ¡El niño ya nació! ¡El niño ya nació! De un salto, Lucio salió del agujero, se sacudió el polvo y corrió hacia ella preguntando: ¿Mi niño ya nació? ¿Mi niño ya nació? Sí compadre, gritaba ella y se abría camino entre los escombros de La Mesa. Es niño, es niño como usted; decía casi sin poder respirar. Por la emoción, Lucio no supo cómo fue que se encontró con María habiendo esquivado descalzo los restos de rocas filosas regadas por todo el suelo. ¿Y Juanita cómo está? Ella está bien, vaya compadre, vaya a conocer a su chamaco.

Lucio quiso correr a su jacal, pero no era prudente abandonar el trabajo, de hacerlo, antes de llegar a la mitad del camino el capataz le daría alcance y, después de unos latigazos, lo arrastraría hasta La Calera desde el fuste de su caballo. Con la mirada recorrió toda la parte oeste de La Mesa buscando al capataz: lo encontró cerca de los hornos durmiendo al lado de las chimeneas. El hombre vivía alerta, cuando escuchó a alguien acercarse y sólo movió un poco el sombrero para ver quién era. Ya me voy, Martín, dijo Lucio, mi chamaco ya nació. Él, sin decir nada sonrió, mientras intentaba asentir entre dientes, acomodó nuevamente su sombrero y volvió a fingir que dormía. Lucio parecía no estar cansado luego del intenso día de trabajo, nuevamente vio al mundo venírsele encima, pero ahora de felicidad. Esa ansiedad de llegar a su jacal nunca antes la había sentido.

¡Fue niño, fue niño! Dijo Juanita al verlo entrar. Pero él ni siquiera la escuchó, levantó al niño para observarlo con claridad. ¿Nació bien? ¿Está completito? ¿No le falta nada? Preguntaba, mientras lo examinaba como si fuera un cachorro al que fuera a comprar. Sí Lucio, está bien, nació sano, ya no te fijes más, respondió ella. Estaba contenta de verlo ahí cargando a su hijo. Sabía que él nunca lo iba a abandonar, no habría nada que no haría por él, lo examinaba no porque no lo quisiera, sino porque le preocupaba que algún defecto lo acongojara el resto de su vida. Ya Lucio, no te fijes más, el niño está bien. Él apretó al pequeño con sus brazos, después, la miró ahí, acostada en el petate, tan contenta como él, estaba agotada por el parto, pálida, con los cabellos enredados. El corazón de Lucio se alegró aún más, no le cabía en el cuerpo, sentía tanto por ella, pero era incapaz de expresarlo. Más allá de las noches de entrega, él

no la abrazaba, jamás le había dicho un cumplido, incluso, muy pocas veces la miraba a los ojos; se inclinó para acariciar su pelo, chocar sus rostros y llorar de felicidad.

Era el más puro e inocente amor que se podía encontrar. No le dijo te amo, porque no sabía que eso que él sentía otros lo llamaban amor, nunca había escuchado esa palabra y como todos los que son como él, no necesitaba de una palabra así. El amor es un concepto imaginado y usado por quienes amamos tan poco, por ser nuestro corazón tan pequeño e incapaz de guardar amor, por eso necesitamos sacarlo diciendo te amo, a todo lo que se nos ocurra, para que no estalle ahí dentro y el mundo sepa que amamos, aunque sea sólo por instantes.

¿Cómo se va a llamar? Preguntó ella. Pedro, como tu papá, le contestó. La quería desde niña, su corazón se iluminaba al verla juntar flores para tejer coronas que luego adornaban sus cabellos enredados, cuando corría descalza como todas las demás niñas siguiendo mariposas, al escucharla reír si ganaba en la matatena o aplastaba las hormigas que trepaban por su enagua. Esa niña de trencitas sucias y enaguas remendadas era la razón de su alegría, aun cuando él era muy pequeño. Pensaba en ella todo el tiempo: mientras ayudaba en la milpa, al cazar pájaros con su honda, incluso al dormir en el petate junto a sus padres. Todos los días la seguía a donde fuera. Al levantarse, inmediatamente comenzaba a buscarla, siempre cuidando que nadie más se le acercara y ella ni se imaginaba por qué. Ahora era su mujer como había soñado toda la vida y no sólo eso, también le había dado un hijo, ahora podría decir que eran una familia.

Vivían en lo más inhabitable de la montaña, entre barrancos y piedras, en el único lugar que ningún español quiso reclamar. El lugar se encontraba entre las haciendas de San Miguel y de San Juan. El poblado se llamaba Xiza (Encinal), eran unas veinte familias dedicadas a criar puercos, guajolotes y a hacer carbón para vender al patrón o cambiarlo por maíz, pues sus tierras eran muy pequeñas y las cosechas no alcanzaban para alimentarse todo el año. Esa razón obligaba a casi todos los habitantes de Xiza, incluso a los niños, a emplearse temporalmente en alguna de las dos haciendas; por supuesto, en las mismas o peores condiciones que los peones de éstas, pues las haciendas no podían prescindir de sus peones permanentes, los trabajadores temporales, por el contrario, no tenían ninguna garantía en todo cuanto se

refería a la seguridad de su salario o a la protección de su vida dentro del trabajo.

Fue durante la pasada época de lluvias cuando Lucio y Juanita se juntaron. Él y otros muchachos habían ayudado a sembrar las milpas de Pedro, el padre de Juanita. Fueron tres parcelas pequeñas, pero la inclinación del terreno les hizo demorarse casi todo el día. Por la tarde, al terminar de comer, Pedro los invitó a tomar unos tragos de pulque en la tienda de San Miguel, la cual pertenecía a la hacienda del mismo nombre. En aquella ocasión se encontraba en la tienda Genaro, el hijo mayor del capataz de la hacienda, quien se acercó a beber con ellos. Más tarde llegó don Ramiro Idelfonso, dueño de la hacienda de San Juan, quien había ido a visitar a don Braulio Mares dueño de la hacienda de San Miguel para arreglar algunos negocios; sin embargo, éste último no se encontraba aquel día, por lo que don Ramiro pasó a la tienda a tomarse algunos tragos como distracción.

¿Cómo van tus milpas, Pedro? Preguntó don Ramiro, después de un rato de beber a solas y fastidiado de escuchar a esos indios reír a carcajadas sin tener con quien charlar. Pues apenas hoy sembramos, patrón, contestó Pedro, yo creo que este año las cosechas van a mejorar, está lloviendo desde temprano y si no cae hielo el maíz se va a lograr. Qué bueno, así podrán pagarme las deudas que desde hace tiempo me deben, dijo el hacendado en tono de burla, aunque todos ahí sabían que no tenían ninguna deuda con él; no comentaron nada al respecto, pues al patrón no se debía contrariar y menos si andaba tomado. Necesito que acaben pronto y me vayan a ayudar, tengo muy pocos peones trabajando en El Riego, la tierra se va a pasar. Sí patrón, la otra semana iremos, nada más terminamos de sembrar, respondió Marcial, uno de los hombres más viejos en el lugar. ¿Qué dices tú Pedro, me irás a ayudar? Sí patrón, contestó aquel; como dijo Marcial, nada más acabamos y vamos para allá. Don Ramiro Idelfonso creyó que el hígado le iba a reventar, la saliva se le amargó sólo del coraje que hizo. Ellos eran unos pinches indios y le decían a él, un hacendado, que debía esperar, que sus tierras estaban antes que las del patrón, era una insolencia imposible de creer, pero ¿qué podía hacer? Ellos eran libres, en otro tiempo hubiera matado a uno o a dos y los otros no se rehusarían a trabajar; pero los rumores de una revuelta

sonaban en la montaña y no sería él quien diera un pretexto para que esos indios se rebelaran.

¿Ya crecieron tus hijas, verdad Pedro? Preguntó don Ramiro, tratando de ocultar su mal humor. Sí, ya crecieron, patrón, respondió Pedro, entendiendo la pregunta como una provocación. Si quieren trabajar díles que las espero en la hacienda, ya sabes que yo las sé tratar muy bien. Lo tendré en cuenta, patrón, dijo el indio con la boca seca e intentando mantener el control; sin embargo, el hacendado no sólo había incomodado a Pedro, sino también a sus hijos y a los demás hombres del lugar. La calma llegó con la impertinencia de Genaro, quien ebrio habló. A mí siempre me han gustado tus hijas, Pedro, y como que ya me quiero casar. El comentario también ofendió a Pedro y a sus hijos, sobre todo por la fama de burlador que Genaro tenía; pero era mejor responder a las ofensas de otro indio y no a las ofensas del patrón. En el calor del momento Genaro volvió a decir: Pedro, te invito una botella de alcohol a cambio de Juanita. Un pequeño silencio que pareció eterno y se apoderó del lugar. Lucio, que hasta entonces había estado callado, sintió perderla. Eran tiempos en los que a una mujer se le podía comprar con un poco de alcohol, sin importar qué pensara ella o quién pudiera amarla más. Genaro era el hijo del capataz y, aunque también era un peón, él podía ofrecer más a Juanita que cualquier otro; pero sobre todo, tenía los centavos para ofrecer una botella de alcohol a su papá.

Yo te doy un medio de pulque por Juanita, Pedro, dijo Lucio. Todos rieron creyendo que no era cierta la proposición. Pedro tampoco tomó en cuenta sus palabras. Don Ramiro se acercó a Lucio y le propuso pagar las botellas de alcohol necesarias para ganar a Juanita, a cambio, él trabajaría un tiempo en los hornos de cal y éste aceptó. En realidad a don Ramiro no le interesaba ayudar a Lucio, él sólo quería divertirse un poco con las peleas de los indios; además, no olvidaba que momentos antes ellos lo habían ofendido, y ésa era la excusa perfecta para darles una lección.

Hacía un buen rato que el sol se había ocultado. Por las pequeñas ventanas de la tienda ya no entraba un sólo rayo de luz, el lugar sólo estaba iluminado por una vela en el mostrador; a esa hora todos los rostros eran iguales, únicamente los distinguía la forma de su voz y todos ellos se conocían tan

bien que eran inconfundibles. Te doy dos botellas de alcohol por Juanita, volvió a decir Lucio, respaldado por don Ramiro, pero Genaro igualó la oferta. Él estaba al otro lado de la tienda, por lo mismo no supo que el hacendado apoyaba a su rival, de saberlo hubiera guardado sus palabras; pero ya había hablado, sin importar lo que resultara, no se podía rajarse. Ya me oíste Pedro, dos botellas de alcohol por Juanita, tú dirás, vociferó Genaro azotando su jarro en el mostrador. Yo también te doy las dos botellas Pedro, dijo Lucio igualando la oferta, pero la timidez de ambos ya se escuchaba en el ambiente. Ninguno de los dos se atrevió a ofrecer más. Lucio sabía que tres botellas significaban una deuda muy grande. Genaro tampoco tenía ese dinero, además, su padre lo golpearía si se endeudaba de esa manera. Pedro no sabía qué decir, escupió al piso maldiciendo la mañana en que se levantó, no era su día de suerte, se repetía en sus pensamientos. No quería una pelea. Lucio era de los suyos, pero el hijo del capataz era un hombre del que se debía cuidar.

Cuando nazca mi hijo, si es niño le pondré Pedro como tú, dijo Lucio con la voz muy segura. Genaro calló, él no podía ofrecer lo mismo. Su padre, su abuelo y el padre de su abuelo se habían llamado Genaro como él, era un nombre que no podía cambiar, pues lo arrastraba su familia desde lo más remoto de la memoria. Rosendo, el encargado de la tienda, había prendido las lámparas de petróleo que colgaban por encima del mostrador; fue así cómo pudo notar el rostro seco de todos, algo malo estaba por ocurrir. Juanita será tu mujer Lucio, dijo Pedro, después de varios tragos que lo hicieron reflexionar. El reflejo de una navaja alertó a todos, era Genaro que, sacando su cuchillo, se dirigió hacia Lucio, pero don Ramiro le hizo soltar el arma con un tiro de su revólver al aire. Lárgate a tu pinche jacal, Genaro, Lucio ahora es mi peón en La Calera, si algo le llega a pasar tú me pagarás el trabajo, yo no perderé mi dinero por un capricho de indios pendejos como tú. Genaro salió de la tienda sin decir nada; Lucio, junto con Pedro y los demás, también volvieron a sus jacales, nunca se tomaron las dos botellas de alcohol; pero Lucio se ofreció trabajar en los hornos por dos años todos los días cuando no le requiriera el trabajo de la milpa; don Ramiro estuvo de acuerdo, pues había enganchado a un peón sin gastar un sólo quinto.

Lucio y Pedro caminaron juntos hasta el jacal, ninguno de los dos soltó una sola palabra; lo que se debía decir, se había dicho ya. En sus mentes crecía una preocupación aún mayor. Al conceder su hija a Lucio, Pedro había desafiado al hijo del capataz, ofensa que aquél no iba a olvidar. Lucio, por su parte, estaba protegido mientras trabajara para don Ramiro; pero se había vendido con él y La Calera era el último lugar donde un hombre quería ir a trabajar. El peso de esa idea ya comenzaba a flaquear su espalda. Al llegar a su jacal Pedro dijo: Juanita, vas a ser la mujer de Lucio, agarra tus cosas y vete con él. Además de Juanita, había dos mujeres más ahí, pero ninguna contrarió la orden. Hacía tiempo que ella había dejado de ser una niña. Sin decir nada, tomó todo lo que tenía, que era tan poco que ni siquiera llenaba su ayate, y se fue con Lucio. A su lado, en adelante, se sentiría la mujer más alegre de todas, pues ella también lo quería.

Lucio no mencionó palabra alguna, caminó delante de ella hasta llegar al jacal que compartía con su madre; al entrar sólo dijo: ya llegamos. La anciana estaba acostada en su petate, sólo asintió con flojera y calló, pero en la oscuridad torció una sonrisa al darse cuenta de que su hijo había llegado con una mujer. Juanita dejó su ayate en la primera esquina que encontró y se quedó ahí parada. Lucio acomodó las viejas cobijas en su petate y se acostó, fueron instantes eternos en los que sólo gobernó el silencio; luego de un rato él se levantó, la tomó de la mano jalándola hacia el petate, la acostó y la cobijó.

Pocos días después, alguien mató a Pedro con un cuchillo cuando volvía de trabajar en El Riego, una sola hoja le perforó el riñón, él apenas dio unos cuantos pasos y murió desangrado. Por esos mismos días también mataron a Genaro, lo descuartizaron a machetazos cuando borracho intentaba burlarse de una muchacha allá por el monte. Desde entonces, ya ha pasado casi un año.



Josué Maychi

CH'E'EN
Ch'e'ene'etik ch'e'en

“Ka k'ucho'obe' ts'so'ok u láaj ts'a'abal u k'aaba' le
kaajo'ob mina'an u k'aabao'ob ka'acho', bey xan u tia'al
le ch'e'eno'obo', tu yóok'lal u páajtal u yojéeltiko'ob
tu'ux ts'o'ok u máano'ob tia'al u yiliko'ob wáa ma'alob le
lu'umo' yéetel wáa je'el u p'aatalo'ob kajtali'...”

El Chilam Balam de Chumayel.

KO'OLEL

CH'ÚPAL

NOOL

JUNTÚL XI'IPAL

XI'IPAL: Tsó'ok u máan k'iin in wuk' u ja'il ch'e'en. U ja'ail ch'e'ene ki' síisil. Teene' kin túuxta'al ka'ach in chup u tinaaja in na' yéetel u ja'il ch'e'en. Le ken a jóok'se ja'é' ku taasik mejen káakach che'o'ob, wáa ch'ilibo'ob yéetel xan u yik'el ja'il. Yaan k'iine' k'u'uk'u'um. Wáa ka jóok'sik ya'ax ya'ax k'u'uk'ume' a wojele' utia'al juntúul tooj kajakbal te' ch'e'eno', wáa booxe' utia'al juntúul xkusam wáa juntúul uk'aj k'a'aw. Ja'alibe', yaan a k'axik junxéet' nook' tu chi' le tinaajao' tia'al a máaytik le ja'o'. (je'elel) Ka'ach paalene' ma' tu chabal in náats'al tu ch'e'enil in taanaj. Tin kaajale' ku ya'alale' le ch'e'eno' yaan u yiik'al, jéel u páajtal u xúuchik máake'. Teen ka'ache', máantats' kin yáayantik in wojéelt ba'ax óolal. Jump'éel u k'iinile', layli' chichanene' wa'alajen tu chi' u p'ak'il u ch'e'enil u táankabil in taanaj. Tin paaktaj ichil, u éek'joch'e'enil...u . Ma' tin ch'a'aj sajakili', lail jach poochen in wojéeltik ba'ax ba'alo'ob ta'aka'an ichili'. Mi leten ma' tin jach t'aan, ch'e'enen, leti'e' ch'e'en okolt in t'aan tin chi' welo'. (je'elel) K'abéet u k'iinil in suutbal yiknal u ch'e'enil u táankabil in taanaj, ka in ch'e'enebtej', ka in jilk'es suum yéetel jump'éel ch'óoyi', ka in wu'uy u ka'a t'aan le ch'e'eno', ka'a in tok in t'aan yéetel k'iin yéetel junluuch ja'.

Ch'e'eneknakil.

XI'IPAL: Tuláakal weye' ch'e'en. Ch'e'en-ch'e'en, Che'e'en-ch'e'eneb, Ch'e'en-Ch'en. Chan Ch'e'en, Ts'ibal Ch'e'en, Bolon ch'e'en, Pak ch'e'en, Bekan Ch'e'en, Sajkab Ch'e'en, K'ankab Ch'e'en, Jope Ch'e'en, Ch'e'en koj.

1. Ch'e'eneknakil.

Maam yéetel Nool kulukbalo'ob ti' u pak'il u chi' jump'éeel ch'e'en. Le Xi'ilapalo' ku ch'enixikintiko'ob.

KO'OLEL: In nool yeetel in chiiche' tu taal u púuts'ulo'ob ti' ba'ate'il ka k'ucho'ob weye'.

NOOL: In na'e' tu tsikbaltajten te' tu'ux kajabalo'ob ka'acho', San Juan k'áantemo', bey u k'aaba' bin ka'acho', jop u k'uchul le ba'atel máako'ob bino', ku yokolo'ob ti' naj u yokoltiko'ob a wo'och ken u kaxto'ob.

KO'OLEL: Le ken u kaxto'ob ch'úupalobe..

NOOL: ¡Tu láakal ba'al ku xu'ulsiko'ob!

KO'OLEL: Ku kiinsiko'ob le wakaxo'obo' ku jaantiko'ob, le xkaaxo'obo', ku xu'ulsiko'ob tuláakal ba'al, tuláakal máak,... yéetel tulaakal ch'úupal.

NOOL: Le ka tu yu'ubaj in ka'a Nool tu taal le máako'obo' tu láaj much'aj u xiibil kaaje' ka tu ya'alaj yaan u púuts'ulo'ob ich k'áax yéetel ka u biso'ob u xch'upaalo'ob u ta'akunsuba'ob. Bin u nojoch ko'olelil yéetel u x-chúupalil k'áax, chéen jp'áat le jach ch'ija'ano'obo'. Tu bisajo'ob waajil ix'i'im, je'ob, tikin bak', ja', k'eyem, jump'ít juuch'... ma' tu binetaj u yiikili'.

KO'OLEL: Ma' tuláakal x-lo'obayan ko'olel bini'.

NOOL: Teeche' maam ma' táan u páajtal a taal tek éetel, wáa ka u'uyak u yok'ol le chan paalo', je'el k kiimsale'.

KO'OLEL: Ja'alibe', k'abéet ma' u yu'ubalo'ob. Ba'ax u láak'.
Ka jp'áate' le ko'olelo' ma' cha'ab u bin yéetel u
láak'o'obo'. Bey úuchiko'.

XI'IPAL: Ba'ax úuch túun yéetel le chan paalo'.

NOOL: Wáa a k'áat a wojéelte' le chan paalo' ma' kíimi'

KO'OLEL: K'uchajo'ob ti' jump'éel sajkab, ka tu mako'ob u jool
yéetel che' yéetel xiiw ka'alikil u saasilkunsikuba'ob
yéetel kex jayp'éel kibo'ob yeetel xtsuubo'ob'.

NOOL: Ku ya'aliko'ob xane' ka náay u yóol bin le
jba'ateilo'obo', le máako'ob te' kaajo' tu yokoltajo'ob
ts'oono'ob yéetel yóol ts'oon ka tu bisajo'ob u
ta'ako'ob tej sajkabo'. Ya'abach ya'abach ts'oono'ob.

KO'OLEL: Mix máak yojel tu'ux yaan le sajkabo'. Ti yaan le
ba'alo'ob tak bejla' bino'.

Je'elel.

XI'IPAL: Ba'ax yaan túun u yil le je'el yeetel u k'ajlayil le
kaajo'.

NOOL: Yaan ba'ax yile, wáa ma'e' bejla' mina'ano'on weye'.

KO'OLEL: Ka tu p'ato'ob le kaaj ka láaj bin le ba'ateilo'obo',
jujuntúul kajnáalo'obe' suunaj u yilo'ob ba'ax úuch
yéetel le nojoch máako'ob p'aatlo'obo'. Ma' tuláakal
kuxlaji'. Le kuxa'ano'obo' bin u xiimbalob
yáanal k'áax. K'uchajo'ob tak tu'ux yaan jump'éel
ts'ono'ot, yaan ku ya'alal xane' sayab ja' bin. Je'
ba'alake' éen yaan u ja'ile'.

XI'IPAL: U ts'o'okol túune'...

KO'OLEL: Ja'alibe' p'áato'ob kex jayp'éel k'iine' chéen ka tu
yilajo'ob bine' jóok' juntúul koji' ka jop u bin tolo',
(ku tuch'ubtik tu'uxi') tu beejil úuchben pak'inajo'ob.
Juntúul nuxi' Koj buka'aj tsíimine'.

- XI'IPAL: Le je'elo' máax tsikbalttech. Mix nojoch le kojo'.
- KO'OLEL: Ba'axten ma' ta tsikbaltik teech. Ma' wáa a wojeli'.
- XI'IPAL: Mix in wojel le tsikbala'. Ts'o'oks a tsikbaltik teech.
- KO'OLEL: ¡Mj, ma' in k'aati'.
- Je'elel.*
- NOOL: Cha'e' teen kin tsikbaltik. Tu láak' k'iine tu yilo'ob u ka'a suutbal ka tu yilo'ob u ka'a yokol uk'uj ja' te' ts'ono'oto'. Bey túun úuchik u yiliko'ob le je'ela' ma'alob lu'um tu'ux uts u p'aatal kuxtal máaki'. Bey túun xan úuchik u ts'a'abal u k'aaba' Ch'e'en koj te' kaaja'. U k'áat u ya'ale'...
- Ch'úpale' ku yokol u machmaj ch'óoy yéetel suum.*
- CH'ÚUPAL: ... u Ch'e'en le j-kojo'. In wojel le chan tsikbalo'. Chéen ba'ale' péeknake'ex a ch'a' a suume'ex yéetel a ch'óoye'ex.
- NOOL: Ba'axten.
- CH'ÚUPAL: Eel le ba'alo'.
- KO'OLEL: ¡Bix a wa'alik!
- KO'OLEL: Áantene'ex in luk'es u máak le ch'e'eno', tia'al in jóok'sik ja'.
- Nool yéetel le xi'ipalo' ya'ab u páak ku yóoltiko'ob u lúuk'es u máak le ch'e'eno'.
- NOOL: Ts'o'ok u yúuchtal k'asak le boombao'. Ts'o'ok u máan k'iin ma' tin jóok'sik ja' ti' ch'e'en. Ts'o'ok tak u tu'ubulten bixi'.
- CH'ÚUPAL: Bejla' túun ken in ts'a a páay ja'e' utia'al u k'a'ajaltech bixi'. (Ch'e'ejo'ob)

2. *Yaan a bin páay ja' ch'e'en.*

KO'OLEL: Ka'ach chichanene', in na'e' ku che' túuxtiken ch'a' ja' tej ch'e'eno'. In chiiche' jéet u p'eeek tuumen teene' jach ts'uts'en óolak mina'an in muuk'.

CH'ÚUPAL: Bix ken a túuxt le chan x ch'úupal u ch'a' ja' te' ch'e'eno', ma' wáa ta wilik sajbe'entsil, bix kóola'ak le suum tuumen u yuumul le ch'e'en ka báak'ak' tu yook ka búuluk te' ch'e'en ka u jak'a'at le ja'ao'. Mi ma' ta wóol yanechi'.

NOOL: Ba'ax jel u yúuchulti'e', wáa yaan u yúuchul wáa ba'ax ti máake', je' tu'uxak ka yanakache', ch'e'en, tu k'ab ts'elmúuy, wáa a bak'amaba ta k'áan ku yúuchultech, wáa ma'e' ma'.

KO'OLEL: Je kin bin ch'a' ja' te' ch'e'en ja'atskabo'. Ma' chuka'an in muuk' in kolik le ch'óoyo', ch'uyukbalen te' suumo', kirits' kirits' ku betik u balak'che' te ch'e'eno'.

NOOL: La'il Le ch'e'en je'elo' mina'an u balak' che'il, leten a chiiche' ma' u k'at ka xi'ikech ti'. Táax le ch'e'eno' chéen junp'éeel ch'e' k'atkúuntani'.

KO'OLEL: Teeche' ba'ax a k'ajti', teen tsikbaltik ma' teechi'. Ja'alibe' ma' tu páajtal in kóolik le suumo' tuumen aal le ja'o', táan in kóolik, táan in kóolik, ma' tin péeki'. Jach le kin beetike' kaj tin wilaj u tíip'il J-Ch'eel yóok'ol u t'íichak' balak' ook.

Ch'úupale' ku beetik u lo'obayanil K'o'olel. Ko'olele' ku tsikbaltik. Xi'ipale' ku beetik u Ch'eeli'.

XI'IPAL: Ba'ax ka beetik.

CH'ÚUPAL: Ma' wáa ta wilik, táan in báaxal.

KO'OLEL: Jach sajaken. Óolak in jakchak't u ch'uulil le pak'o'.

CH'ÚUPAL: ¡Táan in jóok'sik ja'!

- XI'IPAL: Ba'ale ma' a jóok's mixba'ali'.
- CH'ÚUPAL: Le kin wóoltik.
- KO'OLEL: Jakchaj lee suumo', óolak túun in jáalk'abte.
- CH'ÚUPAL: ¡Jel in páajtal tin juune'!
- XI'IPAL: Bey tin wilik ta ts'íikilo', táan in bin xook.
- CH'ÚUPAL: Jaaj a t'aan, tuumen je ku taal in Na'o'. Táan u yiik ts'o'ok in sen xáantal.
- Ch'eele' ku ts'áakubaj bin.
- CH'ÚUPAL: Ma' a chéen bin. Jáan áanten in chup le ch'óoyo'oba', wáa ma' tin séeb ts'o'ksik in chup le piilao' in na'e' ma' ten un p'at in bin xook.
- KO'OLEL: Ch'eele' tu yáanteni', bey úuchik in bin xooko'. Uláak' k'iino'obe' ma' tin séeb ts'o'okole', in na'e' túune' ma' tu chaik in bin. Ku túuxtiken juuch k'u'um, wáa ku xúump'atiken in kanáant in wíits'ino'ob tuumen leti'e' ku bin tu paach in yuum ich kool.
- NOOL: Jach wáa túun jaaj ch'e' túuxtbil a bin Ch'e'en.
- KO'OLEL: Wele'...

3. *Lúuben ich le ch'e'eno'.*

- NOOL: Laili' k'aja'anten ka'ach mina'an u pak'il u chi' le ch'e'eno'obo' mix u balak' ch'eil. Teene' ya'ab u páak taaljanen in chup u chóoy in na' u tia'al u p'o'. Le je'ela' chéen u che'il yéetel tuunich. Chéen ch'a'abil ka jakchajali'.
- KO'OLEL: Je'el a jáan jakchajale'. ¡Ki'ichkelem Yuum! Mi nonoj le ch'e'eno'ob mina'an u pak'il u chi'o'ob. Ma' wáa yóok'lal le ba'ax úucho'...!
- XI'IPAL: Ba'ax úuchil.

KO'OLEL: Le ba'ax úuch ti' a ts'e' na'e'.

XI'IPAL: Ba'axi'. Tsikbalte.

CH'ÚUPAL: Ti'al jump'éeel sáabado, yaan in bin najil k'uj. Ts'o'ok u chúunk'intati'. Tu ch'a'aj in ch'óoye' ka jbin ta taanaj.

Ch'úupale' ku na'akal yóok'ol u pak'il chi' ch'e'en.

KO'OLEL: Le k'iin je'elo' táan in p'o'ik in nook'. Ts'okole' ti ku cha'an le a kúumpale te aktan naj tux yaan le ch'e'ena', ma' tu yila mix ba'ali'. (ku pulik le suum ti' le Ch'úupaló') Ba'ale' úuche' mina'an u pak'il u chi' le ch'e'eno', chéen táax, chén jump'éej xla' cheemil p'o' nojkintani',

CH'ÚUPAL: Yeetel jump'el che' ts'áan beya' (Ku ye'esik),

KO'OLEL: Le che' yaan chúumuko' ts'aya'an beya'. Bey ts'a'an le cheemil p'o'o'.

CH'ÚUPAL: Le kaj wa'alajen beya', le suumo' bey in pulmaja', ka tin bulaj le ch'óoyo' ka tin wóoltaj in túumbulk't beya', Ki'ichkelem Yuum, káach u cheemil p'o'o', biin tin beetaj ich le ch'e'eno'.

Ch'úupale' ku muk'umúuk' yéetel le Ko'olel' ikil u kóoliko'ob le suum tu yiknalo'obo'. Ko'olele' ku jáalk'abtik le suumo'.

KO'OLEL: Leti'e' bin xani',... ba'ale' ikil ma'a tu jáalk'a'abtaj le suumo', yéetel u aalil le ch'óoyo le áantej, ...ka tu xachaj u yook. istikyaj úuch u jóok'oj. Tu juun jóok'ij. Tu sen kikilankil ka taal ya'altene'...

Ch'úupal ku beetik u ts'e' na'il, ma'a tu páajtal u t'aan. Jach sajak.

KO'OLEL: Teene' layi' tin p'o'e'. Teene' tin wu'uyaj u bin le ba'ax te' che'eno', ba'ale' ma'a in wojel wáa taalja'an ch'a ja' tej che'eno'. Ba'ax ken in wojéelt wáa te' jáalpach ku máano', wáa tu siit'taj le kooto'.

Bejlae' ts'e' na'e' ku páajtal u t'aan.

- CH'ÚPAL: ǀTiina...! Ma'a a wojel jump'éeel ba'ali',
- KO'OLEL: Baani', Sooko',
- CH'ÚPAL: Binen te'ej ch'e'en ka'acho',
- KO'OLEL: Tu kikiláankil, , ka jop' u séen ok'ojtik,
- NOOL: Wáa ka xi'ik te'ej ja'o' ka u jak'a'at le ja'o'.
- KO'OLEL: Kex chéen u k'olkubae' le kun jkiímsik.
- NOOL: Taam le ch'e'en je'elo'.
- KO'OLEL: Lelo' áanta'ab meen ki'ichkelem yuumi', wáa paale', ba'ax kun k'a'ajal u xachik u yooki'. Kex beyo' nu'ut' le ch'e'eno', wáa ma'e'...
- NOOL: Leten óolal ma' tin cha'ik u bin in chan ch'úppalal u bino'ob páay ja' ch'e'en. Bix xi'ik kóolako'ob tuumen u kaanil le ch'e'en ku ya'alalo'. Le ku ya'alal u pool bine' buka'aj u pool tsiimine'.
- CH'ÚPAL: Teeche' ka jach chúukpesik ba'al.
- KO'OLEL: Yaanji k bin tuumen jach k'abéet.

4. *Suum yéetel chuk-chóoy.*

Ko'olel bejla'e', u kiik Chúupal.

- CH'ÚPAL: (Ko' u t'aan) Jach u jaajile' teene' jach uts tin t'aan in bin in páay ja' te' ch'e'eno'. Jach ja'atskab k'iin ken liik'iko'on.
- KO'OLEL: (*ti' Ch'úupal*) Ko'ox liik'en, táant in wu'uyik u k'arach ch'óoyobe'. Wáa ma'a táan k yáax k'uchule', chéen luuk' ken ek chuke'.

CH'ÚPAL: Ken in wu'uy beyo' kin liik'il kex ma'a in k'áati'.

KO'OLEL: Ch'a' a ch'óoy yéetel a suum.

CH'ÚPAL: In kiike' ku ch'a'ik u p'úule', jaala k bin.

KO'OLEL: Bejla'e' ma'a séeb k'ucho'oni', X-Ines yéetel u yíits'ine' táan u páay ja'o'ob. (Ti' Ch'úpal) Ti' teech ku bin tuumen ma' táan a wajal... 'Ja'alibe', kexi' ma' u seen bo'ok'tik'ob, ka ek jóok'es sak ja'.

CH'ÚPAL: Te ch'e'eno' ya'ab paalal bija'an u páayto'ob le ja'o. Teene', jach u jaajile' kin bin tak te ch'e'eno' tumeen ti' kin wilik in wéet chúupalo'obi'. Ke k láat'ik báaxal ¡K'aja'anten k báaxtik le suumo'! Ke k pulik le ch'óoyo'ob tej ch'e'eno'. Tuláakalo'on, bey kaan k bak'ike k suume'. Ke k pulik ek ch'óoy. Le máax ku yáax lúubul u ch'óoy te' ch'e'eno' le ku yáax chupik. Juntéenake' óoxtulo'on. K bak'aj le suumo'. Chéen ba'ale yaan a péek'chak'tik u ni' a suum te' lu'um yéetel a wooko'. Ken a xok óox púul xooke'... ¡ka pulik a ch'óoy te' ch'e'eno'...!

TULÁAKALO'OB: Jun, ka'a, óox...(ma' táan u puliko'ob u ch'óoyo'ob) jun, ka'a. óox...(che'ejo'ob), jun, ka'a, óox...(ku puliko'ob le ch'óoyo')

Je'elel.

CH'ÚPAL: In ch'óoye' bin tu beetaj tu taamil le ch'e'eno'. In wa'alike' ma'a tin péek'chataj ma'alob u ni' in suumi', in ch'óoye' bin pak'te' yéetel le suum te' ch'e'eno'. Ka jop u che'ejkeno'ob, teene' ka jop in wok'oj.

KO'OLEL: Yaan k'iine' táan a jóok'sik ja'e' ku wáach'al a suume' ku bin a ch'óoy te ch'e'eno'. Ti' túun ku káajal le báaxalo'. Ku búulul u chóoy u

láak' le paalalo'ob xano', ma' chéen teechi', beyo ma' jach k'aas a wu'ukyikae'. Chéen ba'ale' le ken xik a ch'óoy tej ch'e'eno' tak chúumuk k'iin ken a jóok'se', tuumen ts'o'ok wáa a wilik le k'iino' jach chúumuk k'iin tia'an jach jach chúumuk tuláakal le ka'ano', beyo' je'el u p'áajtal u saasilkúuntik le ch'e'eno', teech túune' ka wilik u yiit le ch'e'eno' ti' ka wilik a ch'óoyi'. (ku láaj ch'e'enebtiko'ob le ch'e'eno') Le súutuk tun je'elo tuláakal ku ka'a much'ikuba'ob tumeen laj taak u jóok'siko'ob u ch'óoyo'ob.

CH'ÚUPAL: Je'el in ch'óoyo', ts'o'ok in wilik.

XI'IPAL: Le je'elo' in tia'al.

NOOL: Ma', in tia'al. Tak wey kin wilik k'oolole'.

KO'OLEL: Je' túuno' k bisik le x-luutsub ku ya'alalo', jump'éeel ba'al bey loochole' bey jex le ba'al tu'ux ku chu'ukuj kaye' ba'ale' u k'aaba'e' x-luutsub, yaan kamp'éeel u koj wáa u k'i'ixel. Ja'alib túuno' k k'axik te' suumo', k pulik. Chéen tu máan tu pilinsúut taak u chukik a ch'óoy. Ti' yaanech ken...

TULÁAKAL: Je'elo', je'elo'... Mix ba'al.

Ku ka'a suuto'ob u chukiko'ob.

TULÁAKAL: Je'elo', ta'aytak, ta'aytak...

KO'OLEL: Yaan ba'ax ta chukaj, ba'ale' ma' a ch'óoyi'. Ka cha'ik u ka'a lúubuli'.

XI'IPAL: Le je'elo' in ch'óoy ka'achi.

KO'OLEL: Bey welo', chéen ba'ale' le je'ela' in x-luutsub.

CH'ÚUPAL: Ka ka'a ts'áakaba a beete.

KO'OLEL: Tak ken a chuk a ch'óoy, ka jop' a jóok'sik, jach ta'aitak a ts'o'okole' ku jalk'ajal ti' le ba'alo', jbu'um! Ku bin ich le ch'e'e tu ka'atéeno'.

XI'IPAL: A k'asa'anil beetik.

Che'ejo'ob.

KO'OLEL: Yaane' jach ti' yaano'obi' tu sen yáayant ka u jóok'es u ch'óoyo'obe' tak ken áalka'anak le k'iino', yaane ku jóok'sik ,yaane' ma'; yaan u pa'atiko'ob u láak' k'iin.

Ku ts'otik le suum ich le chóoyo'.

CH'ÚUPAL: Yaan máake' ku jóok'sik le ja'o' ku káajal u ch'uliko'ob máak. Ka utíittik a suum xane' ch'uule' ka ch'ulik wáa máax, le je'el xano' ma'a tu p'atikubae' ku ch'ulikech xan. Chéen le k beetik, chéen le k beetik...

Ku ch'ulikuba'ob yéetel u ja'il suum ch'uulo'. Ku wits'iko'ob ja' ti' Nool.

NOOL: ¡Be'ora' ken in wíich' jaats' te'exa'! Táan a wilik'e'ex ma' tu k'áaxal le ja'o', ta wekike'ex le kili'ich ja'o'. ¡Yaan in takik a jo'ole'ex ti' a na'e'ex!

CH'ÚUPAL: ¡Ba'ax in k'ajti'!

KO'OLEL: ¡Je'el le paalalo'ob táan u wekiko'ob le kili'ich ja'o'!

Che'ejo'ob.

Ch'e'eneknakil.

5. *Mina'an cháak.*

CH'ÚUPAL: To'one' ma' ek ojel ka'ach mix ba'ali', chéen táan k báaxal.

XI'IPAL: Chéen ba'ale' ma' tuláakal ko'ili'

NOOL: Ma', ma' maantats'i'.

XI'IPAL: (Ku tich'ik u k'ab yéetel un táan u k'ab ka'ana, ikil u chan t'aan) Mina'an ch'áak.

*Ko'olele' ku wa'atal yóok'ol u che'il le ch'e'eno'.
Xi'ipale' ku k'ubik jump'éel p'úul ti'. Ka'alikil u
ts'o'okol u t'aane' ku chinkúuntik le p'úulo': mina'an
ja'i'.*

KO'OLEL: Wey kaaje' k máansmaj talam k'iinilo'ob, kuxtale' ma'a chéen ch'a'abili'. Jump'él u k'iinile' tij le lu'umo'. Yanjil yáax k'iin, ma' tu k'áaxal ja', mix jump'éel múuyal yan ka'an, yéetele' tij le koolo'obo', tij le ch'e'obo', mina'an bo'oy te' bejo'obo', tak u yik'el le kaabo' ku taal yuk'ul ja' wey naje'. Ja'alibe', leti'e ch'e'eno'ob áanto'ono'. Tak le je'elo', tu láaj k'ubajo'ob ba'ax yaanti'o'ob, tak ka káaj u sa'ap'alo'ob xan. Ma' ka'a súunaj le yik'el kaabo'obo'. Ka paakat ka'anale', mix jump'éel múuyal, mix ba'al. Tia'al u páajtal ak kaxtik ja'e' yaan k líik'il ma' tíip'ik k'iini' wáa jach áak'ab ja'atskab k'iin. Le sútuk je'elo táan u wenel máak, wáa túun yáax teech ka k'uchule' sak ja' ken a jóok'se, jump'iit, ba'ale' sak. K'abéet ma' u yu'ubal a bin, ma u yúubal u péek a ch'óoyo'ob wáa ka wajsik u láak'o'obo' ku topikecho'ob a wo'och ja'. Ba'ateibil k beetik le ja'o'.

*Le u láak' máako'obo' ku taasik u ch'ooyo'ob xm'a
ja'ile' ku bin un tsoliko'ob pak' paach ch'e'en.*

KO'OLEL: Jump'éel u k'iinile' mina'anchaj le ja'o', chéen luuk' ka jóok'sik, chéen beya', luuk'. Tuláakal le ch'e'en yaan ich u táankabil najo'obo', sa'ap'o'ob xan. Ma'a ek ojel ba'axteni'. Le ja'o tia'al tuláakal, mix juntéen k a'alaj ma' táan k ts'aik ja' ti máax.

NOOL: Le ja'o mix juntéen a'al mixmáak wáa mina'an.

KO'OLEL: Ma' in wojeli'. Chéen ba'ax in wojele' mix Cháak u'uyiko'on.

NOOL: Mi ti' to'on k a'alaj mina'an ja'.

KO'OLEL: Le óolal kin wa'aliktech. U jaajile' le máako'obo' yaan u bino'ob u ch'ao'ob ja' tak te' tu'uch'eno' yaan mi chúumuk luub weyo'. Yéetele' sa'ap' xan. Kex beyo' k bin il wáa jel u páajtal jóoksik jump'íit ja' te' tu ch'e'enilo'ob le k'íiwiko'.

Je'elel.

KO'OLEL: (*Ikil u bin u t'aane' tu chinkuntik u p'úul: min'an ja'i'*). Áak'ab, chokoj yooxol, much'ukbal le máak'o'ob tej ch'e'en taak u jóok'siko'ob kex jun luuch ja' ti'al u jaawal u uk'ajilo'ob. Chéen ka t il u líik'il junp'éel káak', nojoch le k'áak'o', tu jak'saj k wóol. U yotoch le máako'ob kajakbalo'ob tej aktáan tu'uk le k'íiwika' bakan ku yeledo'. Jump'éel naj je' bixek ti'ale', aakil naj, che'il naj. Ma' tu páajtal ek beetik mixba'al, mixba'al, chéen táan k cha'antik bix u yeelel. Mina'an ja' ti'a'l u tu'upik le k'áak'o'. Le najo' jumjump'íitil bin u níikij bey chúuke', ku k'óomol yóol. Ts'o'oka'an, chéen táan k ilik. Tu yóok'lal le ba'ax úucho' ya'ab máax tu p'ataj le kaaja'. Bin chúumuk kaaj.

Je'elel.

KO'OLEL: Bino'ob. Mina'an u k'áaxal ja', mina'an ch'e'en, mina'an ja', mina'an ixí'im. Chéen uk'ajil yaan... u ts'íibolil u bin máak tak náach.

CH'E'EN
Asomándose al pozo

“Cuando llegaron ya estaban completos los nombres de los pueblos que no lo tenían, y los de los pozos, para que se pudiera saber por dónde habían pasado caminando para ver si era buena la tierra y si se establecían en estos lugares”

El Chilam Balam de Chumayel.

SEÑORA
MUCHACHA
ABUELO
JOVEN

JOVEN: Han pasado muchos días desde que tomé agua de pozo. El agua de pozo es refrescante y deliciosa. A mí me mandaban a llenar la tinaja de mi mamá con el agua del pozo... Cuando la sacabas, el agua venía con pedacitos de madera, o pequeños palillos y algunos insectos. Otras veces con plumas. Si sacabas una pluma azul verdosa sabías que un pájaro Toj¹ vivía ahí; si era negra, podría ser la de una golondrina o la de un k'a'aw² sediento. En fin, tenías que amarrar una tela en la boca de la tinaja para colar el agua. *(Pausa)* Cuando era niño no me dejaban acercarme al pozo de mi casa. En mi pueblo, se cree que el pozo tiene una fuerza sobrenatural que te chupa. Yo siempre quise saber por qué. Un día, cuando estaba chico, me paré en el brocal del pozo del solar de mi casa. Miré a sus adentros, a su oscuridad, a sus misterios... No sentí miedo, sino una fascinación por aquello que yacía oculto. Tal vez por eso soy un poco callado, silencioso, tal vez el pozo se robó algunas palabras de mi boca. *(Pausa)* Tal vez deba volver algún día al pozo del patio de mi casa, asomarme y deslizar una sogá con una cubeta, oír hablar al pozo de nuevo y recuperar, con una jícara de agua, las palabras y los días.

¹ Pájaro péndulo o pájaro reloj.

² Zanate.

Silencio.

JOVEN: Todo por acá es pozo. Ch'e'en-pozo, Ch'e'en-asomarse, Che'e'n-silencio. Chan Ch'e'en, Dzibal Ch'e'en, Bolon ch'e'en, Pak Ch'e'en, Becan Ch'e'en, Sahnkab Ch'e'en, Cancab Ch'e'en, Hope Ch'e'en, Ch'e'en coh.

1. Silencio

La Mujer y el Abuelo sentados en el brocal de un pozo. Una viga atraviesa el pozo. Un Joven oye atento.

SEÑORA: Mi abuelo y mi abuela venían huyendo de la guerra cuando llegaron aquí.

ABUELO: Mi mamá me contó que allá en donde vivían, un pueblo olvidado por todos “San Juan Kantemó” llegaron los soldados y se metieron a las casas a robarse la comida que encontraban.

Cuando encontraban muchachas...

SEÑORA:

¡Todo lo devoraban!

ABUELO:

Mataban y se comían el ganado, las gallinas.

SEÑORA:

Arrasaban con todo, con todos... y con todas.

ABUELO: Cuando mi tatarabuelo oyó que venían los hombres, reunió a los señores del pueblo y les dijo que tenían que huir al monte y llevarse a sus hijas a esconderlas. Se fueron las señoras y las muchachas al monte, sólo quedaron las mujeres más viejas. Llevaron tortillas, huevos, carne seca, agua, pozole, un poco de masa... y no podía faltar el chile habanero.

No todas las mujeres jóvenes fueron.

SEÑORA:

Usted, señora, no puede ir con nosotros, si el bebé

ABUELO:

llora y los soldados lo oyen... nos matan.

LENGUAS INDÍGENAS

SEÑORA: Ni modo. Tenían que guardar silencio. ¿Qué más? A esa pobre señora no la dejaron ir con el grupo. Así sucedió.

JOVEN: ¿Y qué pasó con el bebé?

ABUELO: El bebé no murió si es lo que querías saber.

SEÑORA: Llegaron a una cueva grande, los hombres taparon el hueco de la cueva con madera y hierbas mientras se alumbraban con algunas velas y candiles.

ABUELO: Cuentan también que cuando los soldados se descuidaron, los hombres del pueblo aprovecharon para robarse armas y municiones y se las llevaron a esconder a la cueva; montones y montones de armas.

SEÑORA: Nadie sabe dónde está la cueva. Dicen que hay cosas que ahí siguen escondidas.

Pausa.

JOVEN: ¿Y qué tiene que ver eso con la historia del pueblo?

ABUELO: Pues mucho. Si eso no hubiera pasado no estuviéramos acá.

SEÑORA: Al retirarse los soldados del pueblo, algunos pobladores regresaron a ver qué había pasado con la gente grande que se quedó. No todos sobrevivieron. Los que sobrevivieron caminaron bajo la selva, llegaron a un lugar donde había una gruta o cenote, bueno, dicen que, más bien, era un manantial, pero de que tenía agua, tenía agua.

JOVEN: ¿Y luego?

SEÑORA: Entonces se quedaron un tiempo en el lugar, cuando de repente vieron cómo del cenote salía un puma y se iba por allá (*Señala hacia una dirección*), al camino que ahora lleva a las ruinas. Era un puma muy grande, tan grande como caballo.

JOVEN: ¿Pero eso quién te lo contó? El puma no era tan grande.

SEÑORA: ¿Por qué mejor no lo cuentas tú? Ya que te lo sabes.

JOVEN: Ay, yo no me sé la historia. Mejor sigue contando.

SEÑORA: Ay, ya no quiero.

Pausa.

ABUELO: Mejor la cuento yo. Otro día vieron que regresaba, lo siguieron y vieron que bajaba a tomar agua en la gruta. Ahí descubrieron que éste era un buen lugar para vivir. Y fue así como el pueblo recibió el nombre de Ch'e'en Koj,³ que significa...

Muchacha entra con cubeta y soga en mano.

MUCHACHA: ... pozo del puma. Ya me sé esa historia. Pero mejor vayan a buscar sus sogas y sus cubetas.

ABUELO: ¿Por qué?

JOVEN: Se quemó esa cosa.

SEÑORA: ¡Cómo va a ser!

MUCHACHA: Mejor ayúdenme a quitar la tapa del pozo para sacar agua.

Abuelo y Joven intentarán varias veces retirar la tapa del pozo.

ABUELO: Hace tiempo que la bomba no se echaba a perder. Hace mucho tiempo que no saco agua de un pozo. Ya hasta se me olvidó cómo es.

MUCHACHA: Pues, ahora te voy a poner a sacar agua para que recuerdes cómo era.

³Chencoh. Nombre del pueblo.

Risas.

2. *Tienes que ir a sacar agua del pozo*

SEÑORA: Cuando yo era niña, mi mamá me obligaba a ir a sacar agua del pozo. Mi abuela detestaba eso porque yo era muy flaca y casi no tenía fuerzas.

MUCHACHA: ¿Cómo vas a mandar a la chamaca a buscar agua al pozo; no ves que es peligroso?, no vaya a ser que el dueño del pozo jale la sogá, se enrede en su pie, la sumerja y trague agua. ¡Creo que estás loca!

ABUELO: ¡Qué más le va a pasar! Cuando le va a pasar algo a uno no importa dónde estés, en el pozo, en la mata de saramuyo⁴ o enrollado en tu hamaca; te pasa, y si no, pues no.

SEÑORA: Y ahí iba yo tempranito a sacar el agua del pozo. No tenía fuerzas para jalar la cubeta, estaba aferrada a la sogá, kirits' kirits'⁵ hacía el carrillo del pozo.

ABUELO: Pero si ese pozo no tenía carrillo, por eso tu abuela no quería que fueras. El pozo estaba al ras del piso, sólo un palo tenía atravesado.

SEÑORA: ¡A ti qué te importa!, yo lo estoy contando, no tú. Bueno, no podía jalar la sogá porque pesaba el agua, estoy jale y jale y muy poco avanzaba. En eso estaba cuando vi venir a Ch'el en su bicicleta.

Muchacha es la versión joven de la Mujer. La Mujer narra. El Joven como Ch'el.

JOVEN: ¿Qué haces?

MUCHACHA: No lo ves, estoy jugando...

⁴Fruta.

⁵Onomatopeya de los carrillos o poleas metálicas de los pozos.

SEÑORA: Me puse muy nerviosa. Casi me resbalé con el piso mojado.

MUCHACHA: ¡Estoy sacando agua!

JOVEN: Pero no has sacado nada.

MUCHACHA: Eso intento.

SEÑORA: Se me resbaló la soga y casi la suelto...

MUCHACHA: ¡Yo puedo!

JOVEN: Ya veo que estás molesta, mejor ya me voy a la escuela.

MUCHACHA: Sí, porque ahí viene mi mamá. Está viendo que ya me tardé mucho.

Ch'el se dispone a irse.

MUCHACHA: No te vayas. Ayúdame a llenar estos baldes, si no termino pronto de llenar la pila, mi mamá no me va a dejar ir a la escuela.

SEÑORA: Ch'el me ayudó, y así pude ir a la escuela. Otras veces no terminaba pronto y mi mamá no me dejaba ir. Me mandaba a moler el nixtamal, a cuidar a mis hermanitos que se quedaban conmigo, porque ella se iba a la milpa con mi papá.

ABUELO: ¿Y a poco ibas totalmente obligada al pozo?

SEÑORA: Bueno...

3. Caí al pozo

ABUELO: Aún recuerdo cuando los pozos no tenían brocal ni carrillo. Yo vine muchas veces a llenar las cubetas para que mi mamá lavara. Éste sólo tenía el palo y unas piedras. Te podías resbalar fácilmente.

LENGUAS INDÍGENAS

SEÑORA: Si te resbalabas... ¡Ay, Dios! Varios pozos en el pueblo no tenían carrillo, si no fuera por lo que pasó...!

JOVEN: ¿Qué pasó?

ABUELO: Acá en el pueblo pasa cada cosa.

MUCHACHA: ...

SEÑORA: ¿De lo que le pasó a tu tía? ¡Ay, Dios!

JOVEN: ¿Qué fue? Cuéntalo.

MUCHACHA: Era sábado, ella tenía que ir al templo. Se le estaba haciendo tarde. Agarró su cubeta y fue a tu casa.

Muchacha sube al brocal del pozo.

SEÑORA: Ese día estaba lavando mi ropa. Tu compadre estaba viendo la tele, acá en la casa, frente a este pozo y no vi nada. (*Le lanza la sog a la Muchacha*) Pero antes, como el pozo no tenía brocal, estaba al ras de piso, y sólo tenía una vieja batea de madera embrocada en su boca.

MUCHACHA: Y una viga puesta así. (*Señala*)

SEÑORA: En el centro así. Y así puesta la batea.

MUCHACHA: Cuando se paró, la sog la tenía aventada de este lado, y cuando hundió su balde y lo sacó un poco para dejarlo caer con más fuerza al agua para llenarlo bien..., ¡ay, Dios!, la batea se rompió y se fue al pozo.

Muchacha forcejea con la mujer tirando de la sog cada una por su lado. La Mujer suelta la sog.

SEÑORA: Y ella también se fue, pero no soltó la sog. El peso de la cubeta con agua le ayudó... y abrió las

piernas. Con mucho trabajo pudo salir. Sola salió. Estaba temblando cuando llegó a decirme...

La Muchacha, como la Tía, no puede hablar, no dice nada. El miedo la domina.

SEÑORA: Yo seguía lavando, y sí había oído que algo cayó al pozo, pero yo no sabía que ella había venido a sacar agua. Yo no sabía que había pasado por atrás, que saltó la albarrada.

Por fin la Tía puede hablar.

MUCHACHA: ¡Tina...! No sabes una cosa.

SEÑORA: ¿Qué es, Soco?

MUCHACHA: ¡Me caí al pozo!

SEÑORA: Estaba temblando y se puso a llorar.

ABUELO: ¡Si se hubiera ido al agua, y se ahogara!

SEÑORA: Con sólo un golpe que se diera, se mataba.

JOVEN: Por no pedir permiso, ni avisar.

ABUELO: Ese pozo es profundo.

SEÑORA: Es que la ayudaron por Dios. Si fuera un chamaco, qué se iba a acordar de abrir las piernas. Lo bueno que el pozo es angosto, sí no...

ABUELO: Por eso a mis hijas no las dejaba ir a sacar agua del pozo. No fueran a jalarles la soga la culebra del agua. Esa que tiene su cabeza del tamaño de la cabeza de un caballo.

MUCHACHA: ¡Exageras!

SEÑORA: Algunas teníamos que ir por necesidad.

4. La sogá y la pesca

Mujer como hermana mayor de la Muchacha.

MUCHACHA: *(Traviesa)* La verdad a mí sí me encantaba sacar agua del pozo. Había que levantarse temprano.

SEÑORA: *(A Muchacha)* Anda, levántate. Acabo de oír sonar las cubetas. Si no llegamos a tiempo sólo agua sucia nos va a tocar.

MUCHACHA: Oía eso y me levantaba rápido, aunque no quisiera.

SEÑORA: *(A Muchacha)* Agarra tu cubeta y tu sogá.

MUCHACHA: Ella agarraba su cántaro y nos íbamos.

SEÑORA: Hoy llegamos tarde, Inés y su hermanita ya estaban sacando agua. *(A Muchacha)* Por tu culpa, porque no te despiertas..., ojalá no la revuelvan tanto, que nos toque agua limpia.

MUCHACHA: En el pozo ya habían muchos chamacos que habían ido a sacar agua. Y yo, la verdad, iba al pozo porque ahí me encontraba con mis amigas. Nos poníamos a jugar. ¡Recuerdo que jugábamos a la sogá! A lanzar las cubetas en el pozo. Todos enrollábamos nuestra sogá como una culebra. Lanzábamos la cubeta. Quien primero lograba meter su cubeta en el pozo era el que la llenaba antes que los demás. Una vez, éramos tres. Enrollamos la sogá, pero lo más chistoso es que cada quien pisaba la punta de su sogá, y a la cuenta de tres... ¡echabas la cubeta al pozo... !

TODOS: Uno, dos, tres...*(No se atreven a lanzar la cubeta)*
Uno, dos, tres...*(Risas)*, uno, dos tres...*(Lanzan la cubeta)*

Pausa.

MUCHACHA: Mi cubeta cayó hasta el fondo del pozo. Y creo que no tenía bien pisada la punta de la sogá, que mi cubeta

se fue con todo y sogá. Todos se empezaron a reír de mí, y yo me puse a llorar.

SEÑORA: A veces estabas sacando agua, se desataba la sogá, y tu cubeta se iba al pozo. Y ahí empezaba el reloj. A los demás también se les iba su cubeta al pozo, eso nos hacía sentir bien. Pero cuando las cubetas se quedaban en el pozo, las sacábamos hasta el mediodía. Hasta las doce del día, porque ¿ya viste que el sol, hasta el mediodía está hasta mero mero en medio de todo lo que es el cielo? Así puede alumbrar al pozo..., y tú, mirar el fondo y ver tu cubeta. (*Todos se asoman al pozo*) En esa hora todos se juntaban porque querían sacar su cubeta.

MUCHACHA: Ahí está mi cubeta, ya la vi.

JOVEN: Ésa es la mía.

ABUELO: No, es mía. Desde acá estoy viendo que está golpeada.

SEÑORA: Entonces llevamos el luutsub⁶ que le dicen, una cosa así como una ese, es como esa cosa con la que sacan el pescado, pero se le llama luutsub. Tiene cuatros dientes o espinas. Entonces se amarra en la sogá y la lanzamos. Está dando vueltas y vueltas tratando de pescar tu cubeta. En una de éstas...

TODOS: Ahí está, ahí está... Nada.

Continúan pescando.

TODOS: Ahí 'ta, ya casi, ya casi...

SEÑORA: Pescas algo, pero no es tu cubeta. La dejas caer otra vez.

JOVEN: Ésa era mi cubeta.

SEÑORA: Sí, pero éste es mi luutsub.

⁶ Anzuelo.

MUCHACHA: Lo intentas de nuevo.

SEÑORA: Por fin pescas tu cubeta, la empezabas a sacar, y cuando estabas a punto de lograrlo, se resbalaba de esa cosa y ¡bum!, caía en el agua de nuevo.

JOVEN: Por mala gente te pasa.

Risas.

SEÑORA: Otros estaban ahí queriendo sacarlo, intentando hasta que ya el sol empezaba a correr. Unos sacaban su cubeta, otros no; tenían que esperar hasta el día siguiente. (*Mete la soga en la cubeta con agua*)

MUCHACHA: Algunos sacan el agua y te empiezan a mojar, sacudes tu soga que está mojada y salpicas al otro; el otro no es tonto, no se deja y te moja también. Puro así, puro así.

Con la soga mojada salpican con agua. Salpican al Abuelo.

ABUELO: ¡Ahorita les voy a pegar! Están viendo que no llueve y están desperdiciando la santa agua. ¡Los voy a acusar con su mamá!

MUCHACHA: ¡Qué me importa!

SEÑORA: ¡Ahí están esos chamacos tirando la santa agua!

Risas.

Silencio.

5. No hay lluvia

MUCHACHA: Nosotros no sabíamos nada, sólo jugábamos.

JOVEN: Pero no siempre fue diversión.

ABUELO: No, no siempre.

JOVEN: *(Extiende su brazo con la palma de la mano hacia arriba y susurra)* No hay lluvia.

La Mujer sube a la viga del pozo. El Joven le entrega un cántaro. Mientras termina sus últimos textos, la Mujer va volcando el cántaro: no tiene agua.

SEÑORA: Acá en el pueblo nada ha sido fácil, la vida ha sido difícil. Un día la tierra se secó, no llovía, ni una nube en el cielo y las milpas se secaron, las matas se secaron, no había sombra en los caminos, las abejas venían a tomar agua a las casas: la que encontraban. Entonces los pozos nos salvaron. Hasta eso, dieron todo lo que tenían, hasta que también ellos se empezaron a secar. Y las abejas ya no vinieron. Miramos al cielo, ni una nube, nada. Para poder encontrar agua teníamos que levantarnos en las mañanas muy temprano antes de que saliera el sol, o muy de noche en la madrugada. En esas horas la gente dormía, y si eras el primero en llegar, sacabas agua limpia, poca, pero limpia. Tenías que ir en silencio y no hacer ruido con tus cubetas o despertabas a los demás y te ganaban el agua. Peleado hacíamos el agua.

Los demás traerán cubetas vacías y las irán colocando al rededor del pozo.

SEÑORA: ¡Maare!⁷ Un día los pozos se quedaron sin agua, sólo lodo sacabas: así ,así, puro lodo. Todos los pozos que estaban en los solares del pueblo se secaron. No sabíamos por qué. El agua era para todos, nunca se la negamos a nadie.

ABUELO: El agua no se le niega a nadie.

SEÑORA: No lo sé. Sólo sé que ni Yuum Cháak⁸ nos escuchaba.

ABUELO: O a lo mejor nos la negamos a nosotros mismos.

⁷ Expresión de asombro.

⁸ Nombre de un pozo.

ABUELO: Por eso te digo. Lo cierto era que la gente tenía que ir a buscar agua en el pozo que está acá en Tu'uch ch'e'⁹ a dos kilómetros del pueblo..., después de poco también se secó. Aunque era así, íbamos a ver si podíamos sacar un poco del agua de los pozos de la plaza.

Pausa.

SEÑORA: (*Mientras habla, va volteando el cántaro: está vacío*). Era de noche, había mucho calor y la gente estaba amontonada junto al pozo, intentando sacar aunque sea una jícara de agua, para calmar la sed. De repente vimos cómo se levantó un fuego, un fuego muy grande, enorme. Nos asustamos mucho. La casa de una familia que vivía en esa esquina de la plaza se estaba quemando. Una casa como la de nosotros, de paja, de palitos. No podíamos hacer nada, nada. Sólo estábamos viendo cómo se quemaba. No había agua para apagar el fuego. La casa se fue cayendo, poco a poco en cachitos de carbón, en cachitos de tristeza. Listo, sólo vimos. Esperamos, sólo eso podíamos hacer. A partir de lo que sucedió muchos dejaron el pueblo, la mitad de la gente se fue.

Pausa.

Se fueron. No había lluvia, no había pozo, no había agua, no había maíz. Sólo había sed... de irse lejos.

⁹ Nombre de un pozo.



Elvis Guerra

Ca nguiiu naxi xquié (Zapoteco)

Ni cani' ti muxe' ne jñaa

Jñaa nanna gadxé gadxé nguiiu
rieenia' guira' si dxi.
Nanabe ndaani' yoo di'
riiu riree miati'
ca sabadu huaxhinni,
ne nuu dxi,
qui rireega tobi
ne rirayania' laa gueela' domingu siado'
lu ti luuna' nexhe rilú.
Qui rini'dibe lá Pedro,
rienebe laa ba'du' reeda bia' zixhinni
ne ribi' zeeru' guiaba biaani';
Irving, ti lili huiini' nayaase' gá,
rusá moto, xiiñi' na Tina Belabihui,
nayá nguiiu laa, xisi gasti' xpiaani';
Ángel, ti mexu die' ladi,
sicarú,
nexhedxi xpiaani',
ni ruzaabi' ná' ra guiiu,
ne ruxidxi ra ma che',
ni ná laa nga laani,
ne qui rutuí lu gabe' laa bigudxi xii ri guudxi',
rihuinni nadxii lii,
nacha'hui',
nibeza neu' laabe,
naa ñune' ni ñó tu,
naa niguiibe' xhabatu...
jñaa, Ángel la napa xheela',
Ángel laaca tobi zidi'di' si laa.
Jñaa nanna de dxi nahuiine'

ricá ñee xquelaguidi gunaa,
 nanna pa ñabi cabe naa pa zune xiana ne pa zusiaanda'
 naa nibié nicaa ti xquié xi,
 laabe bisiidi' be naa ca nguiiu ca
 ni ca guidubi ladxidua'ya'
 ni ca guira' naca ni napa',
 ne gudxi be naa
 ni nuu guiree doo ique, naquiiñe' gaca muxe'.
 Jñaa nga gunaa
 rutiee lu gui'chi' ra cayee,
 nanna be guira' naca ni naca',
 xisi qui gannabe pa laaca rutiixhe'.

Hombres de pito salado

Relato de una muxe' y su madre

Mi madre sabe que tengo un novio
para cada fin de semana.
Sabe que en esta casa
hay reunión de amantes anónimos
los sábados por la noche,
y que a veces,
las sesiones pueden prolongarse
hasta el domingo por la madrugada
en una cama alborotada y de cabeza.
Para ella Pedro no es Pedro,
sino el chamaco que llega a las ocho
y se marcha a las dos;
Irving, el flaco moreno,
mototaxista, hijo de Tina Belabihui,
guapo pero sin juicio;
Ángel, el güero lleno de tatuajes,
bonito,
educado,
el que saluda cuando llega,
y sonrío cuando se va,
el que me dice suegra
y no se sonroja si le digo yerno,
se ve que te quiere,
es el menos inútil,
vivieras con él,
yo les hago de comer,
yo les ayudo con la ropa...
mamá, Ángel tiene esposa,
Ángel también es efímero.
Mi madre sabe que desde los once años

camino en tacones,
sabe que entre venganza y olvido,
prefiero un pito salado,
ella me enseñó que a los hombres
ni todo el amor
ni toda la tanda,
y me dijo que
para ser libre, hay que ser puto.
Mi madre es el rostro
que dibujo en la servilleta de una cantina,
ella sabe todo de mí,
excepto, que soy ramonera.

Ramonera

Ramón nga nguiiu jma nadxibalú lade guira' nguiiu,
 ni ro yaa guidiruaa
 ti qui guietenala'dxi' ni runi xeexhe' laa,
 ni rucha tipa ruua
 ti qui cuee yaande ti ridxi.
 Nguiiu zuhuua dxiiichi',
 nguiiu rudii xpeela
 gó xti nguiiu,
 ladi naguidxi,
 bixhoze guira' ramonera,
 ca ni racu xhaba gunaa
 ne ca ni riza xieeladi,
 ca binnidxaapa',
 ramonera za gabiá,
 bi'cu' raxha guichaique xtobi,
 ca ni richéza guidi,
 xpido' ca ni nacubi bichaganá',
 ca ni ruyubi tu ganaxhii laa,
 ca ni ranaxhii ne rudii guidunaxhii,
 ca ni ruuna' ti cayaadxa' ti nguiiu laaca.
 Ramón, Ramón nga lalú,
 Ramón ruloou ne rula'du lii,
 Ramón napa xheela',
 Ramón na qui huayuni gaxti',
 Ramón xieeladi lu xluuna' xtobi,
 Ramón,
 bido' cu'ndaaya' lii lade guira ramonera,
 bidii guiabadu ndaani' xquixhe guiba' lu',
 ne guluu ndaaya' laadu
 ti qui chu' dxi' guiaadxa ti Ramón ra nuudu.

Ramonera

Ramón, el más hombre entre todos los hombres,
el que se quema los labios
para no recordar sus pasiones,
el que se llena la boca
para que el gemido no huya.
Macho firme,
hombre que entrega su carne
a la voluntad de otros hombres,
cuerpo viril,
padre de todas las ramoneras,
las vestidas
y también desvestidas,
las siempre vírgenes,
ramoneras sin piedad,
perras que se despelucan,
rompedoras de himen,
diosas de todos los recién casados,
los que buscan un cuerpo callejero,
los que aman y buscan amor,
los que lloran porque les hace falta un hombre.
Ramón, Ramón tu nombre,
Ramón que nos invades y te invadimos,
Ramón casado,
Ramón y su primera vez,
Ramón desnudo en cama ajena,
Ramón,
bendito seas entre todas las ramoneras,
déjanos caer en la tentación de tu reino,
y bendícenos
para que nunca falte un Ramón en nuestras vidas.

Ni ruzee ruua ti muxe'

Gunaxhiee naa xieelade', nalaga,
 biaaxha' guendabinnidxaapa' lu ti daa,
 gastí' balaana' ne gastí' guie' xañee.
 Gunaxhiee naa renda' ti bizuudi' reza.
 Gunaxhiee naa bi'cu', muxe', ti bandá', cadí ti dxido'.
 Gunaxhiee naa zitu ra zuhuua gubidxa.
 Gunaxhiee naa nabiidi' lade' ndaani' ti yu'du'
 ra laca naa naca' xpidua'ya',
 gunaxhiee naa ne qui nutuí di' lua',
 gunaxhiee naa dxi guládxí bixhoze naa ra lidxi,
 dxi guiruti' nudxibaluná' xtiidxa',
 dxi ca xhamigua' nacheepa' lu ca',
 ne ca biche' narucu ná' ca'.
 Gunaxhiee naa guira guendaxheela' ra biyaa
 neca ni tobi cadí xtinne'.
 Gunaxhiee naa dxi nguiuu nuaania'
 bidii deche naa nezalú xheela'.
 Gunaxhiee naa dxi la'ya' Carolina,
 dxi nuaa gaca ti gubeedxe' ruunda',
 gunaxhiee naa ti qui gacananaladxe' guiruti'.
 Gunaxhiee naa dxi napa' xhoopa' iza
 ne bicaa cabe naa gudxite' tapu'.
 Gunaxhiee naa dxi ratania'
 ti binnigola napa xtale iza.
 Gunaxhiee naa dxi ribi'xhi' ladxidua'ya'
 gadxe ruua ti nguiuu riguíxe guiziide'.
 Gunaxhiee naa cayete' lu ti carru cadí xtinne'.
 Gunaxhiee naa dxido'
 ti pa guinie' ni gadxé si niree ni naa.
 Gunaxhiee naa nguiuu, nado', natuí lu.
 Gunaxhiee naa dxa' bi yanne', bininá cabe naa,
 dxi guyuaa ti yaga zundi'.
 Gunaxhiee naa napa ti guendahuará.
 Gunaxhiee naa cayuunda' ndaani' lidxi nisa dxu'ni'.
 Gunaxhiee naa dxi cadí die' lua'.
 Gunaxhiee naa necape'
 qui ñuu nguiuu ñanaxhii naa.

Letanía para una muxe'

Me quise desnuda, hueca,
 desvirgada en un catre,
 sin honor ni flores a mi pies.
 Me quise envuelta en un vestido roto.
 Me quise perra, jota, h, pero nunca muda.
 Me quise lejos del sol.
 Me quise sucia en una iglesia
 donde yo misma era mi Dios,
 me quise sin pena,
 me quise cuando mi padre me corrió de casa,
 cuando nadie supo defenderme,
 cuando mis amigos estaban ciegos
 y mis hermanos eran mancos.
 Me quise en todas las bodas que bailé,
 aunque ninguna fuera mía.
 Me quise cuando mi amante
 me negaba frente a su esposa.
 Me quise cuando me llamaba Carolina,
 cuando quería ser cantante,
 me quise para no odiar a nadie.
 Me quise cuando tenía seis años
 y me obligaron a jugar fútbol.
 Me quise cuando me acostaba
 con un viejo de cincuenta y ocho años.
 Me quise cuando me daba asco
 besar a un hombre que me pagaba la escuela.
 Me quise bajando de un coche que no era mío.
 Me quise en silencio,
 porque gritarlo era un peligro.
 Me quise viril, inocente, tímida.
 Me quise soberbia, golpeada,
 goleada, para no decir cogida.
 Me quise con VPH.
 Me quise en una cantina cantando el último trago.
 Me quise sin maquillaje.
 Me quise por encima
 de todos los hombres que no me quisieron.

Chiguiree nia' Fernando

Yannadxí zagu'yanu xti bieque
 sicape' ca dxi riduunanu ra ridoo nisadxu'ni',
 zanié' nia' lii bia' galaa dxi
 ti ganna' pa yá pa co',
 za'bu' naa yá,
 ne mapeca zeedu' neza.
 Zucaa ñee guelaguidi jma' nazaaca napa,
 zuzaaxuanga' ti dxumi naguchi,
 ti naxiña', nou guiza' rului' ca tu laanu.
 Zindaya' ne nguiiu rapa raqué
 zuuya' guiuaa' xtube',
 ne zabe' laa cabeza' tuuxa.
 Zabic' lu mexa'
 zanaba' gui'chi' ra cá guendaró,
 zuyubelua' ni cá lu
 ne zanaba' nguecasi beela maca rahua'.
 Nannapia' sicarú zeedu' ra nuua,
 nannapia' xi naca xho' ca bixidu' chigucoou cue' yanne',
 cuxui' lua' lii zadazalu' chahuidugá
 ne cuxidxi guidxalu' sica ti xcuidi
 caguite lu ti ndaapi' nachui'.
 Yannadxí zagu'yanu xti bieque,
 chixhe guda', qui chigacu' huadxí.
 Ne biiya' qui chiganna xheelu'.

Instrucciones para salir con Fernando

Hoy nos volveremos a ver
en el bar de todos los miércoles,
te llamaré a las dos de la tarde
para confirmar la cita,
me dirás que sí,
y que de hecho, ya vas en camino.
Me pondré el menos gastado de mis huaraches,
usaré una bolsa amarilla,
porque la roja, dices que es muy escandalosa.
Llegaré a la puerta
y el guardia me verá entrar solo,
y como de costumbre le diré que espero a alguien más.
Me sentaré en la mesa número catorce,
pediré la carta
y después de consultarla,
ordenaré el mismo estofado de siempre.
Estoy seguro que vendrás más guapo que la vez anterior,
puedo adivinar el sabor de tus besos en mi cuello,
puedo adivinar tu lento andar
y tu sonrisa de niño estúpido
bajando por un tobogán.
Hoy nos volveremos a ver,
puntual, por favor.
Y no quiero que se entere tu esposa.

Xcuidi ni guca'

Gule' cuyaa ti son yaa ndaani' ná' jña.
 Gule' naca' ti muxe' huiini'.
 Gule' ndaani' ti le' daapa gunaa.
 Gule' lu beeu natibita.
 Gule' chonna iza ca'ru' gudiicabe Szymborska guie' jmá risaca.
 Gule' huaxinni guluu xtiua' doo yanni'.
 Gule' lade xpele ti guixhe xieeladi.
 Gule' ndaani' ti gunaa bixhelecabe laa tapa bieque.
 Gule' ndaani' ti yoo da' beñe.
 Gule' cayuyadxie' ti guiba' rului' bidaani' yaase' laa.
 Gulenia' ti paancha yaga.
 Gule' ládxi ti guie' deche diaga.
 Gule' nacua' ti bidaani' guchi.
 Gule' ne la'ya' napa gaayu' bandá'
 ne bia'queca nguiiu gudxite naa.
 Gule' ra lidxi bixhoze' nanala'dxi' muxe'.
 Gule' ra lidxi jña qui ñuu dxi ñunibia' dxiibi.
 Gule' ndaani' ná' jñaabiida' ne guira' nguiiu xti'.
 Gule' canaba' cadí guuti cabe naa.
 Gule' canda' naxhi guie' xhuuba' lade',
 ti guira' muxe' ralene xho' xti ti guie'.
 Gule' cá ti guelaguidi soo ñee
 ne cuyaa dxi'ba' diidxa' galaa ique.
 Gule' canaba' gun'danecabe xqui'chi'xqui'chi' guidxilayú.
 Gule' nayeche'. Ni guini' cabe la? diidxa' si laa.

Al niño que fui

Nací bailando la llorona en los brazos de mi madre.
Nací siendo un niño muxe'.
Nací en un jardín de puras mujeres.
Nací en septiembre.
Nací tres años antes que Szymborska ganara el Nobel.
Nací la noche que mi tío se suicidó.
Nací en las redes de una hamaca desnuda.
Nací de un vientre que se abrió cuatro veces.
Nací en una casa sin piso.
Nací mirando un cielo de terciopelo oscuro.
Nací abrazando una muñeca de palo.
Nací con una flor en la cabeza.
Nací con un vestido amarillo.
Nací con un nombre de cinco letras, y
por cada letra, tuve un amante.
Nací de un padre que odiaba muxes.
Nací de una madre que nunca conoció el miedo.
Nací de una abuela y sus múltiples hombres.
Nací pidiendo que no me maten.
Nací oliendo a guie' xhuuba',
porque los muxes nacen oliendo a una flor.
Nací para bailar en tacones
y con un libro en la cabeza.
Nací pidiendo que me leyeran el mundo.
Nací libre. Lo demás, es poesía.

GUIÓN CINEMATOGRAFICO

Presentación

En las páginas que siguen encontrarán seis voces completamente distintas, seis formas de acercarse a la escritura cinematográfica y sobre todo seis inquietudes sobre temas que aparentan ser distantes entre sí, pero unidos por esa necesidad de encontrar esa voz interna y volverla cine.

Por un lado se encuentra “En letras pequeñas”, de Gabriela Ivette Sandoval, es una comedia bancaria, cuya historia surge de la necesidad de vengarse de los bancos que tanto mal nos hacen, la venganza también es un pretexto valedero para el cine.

“La eterna adolescente”, de Eduardo Esquivel, que si bien, de los seis es el que menos oficio tiene frente a la escritura cinematográfica, halla una sensibilidad particular para sugerir imágenes poéticas ya desde el papel. Su relato proviene de un recoveco íntimo y familiar, que nos habla de lo complicado que es volver a casa.

“El lenguaje de los pájaros”, de Cynthia Fernández Trejo, es una oscura fábula animada para niños que habla de la relación madre e hija, de una lucha encarnizada para que el olvido no gane la guerra. Su acercamiento al tema es original y atrevido, ha sabido de apoco encontrar las atmósferas adecuadas y las situaciones adecuadas para poder acercarse al público infantil de una manera inteligente y poco complaciente.

“La alegría de la Golondrina”, de Luis Arce, a través de los paisajes de la sierra poblana, nos hace cómplices de un viaje por el laberinto de la culpa, de la identidad, de volver a ese lugar del que se huyó un día, de ese lugar cuyo nombre no

queremos recordar. Nos recuerda con su historia que a veces la forma de poder ser uno mismo es enfrentarse con el pasado.

“Res Mongolia”, de Gerardo Lechuga, nos ofrece el relato hilarante y desquiciado de Zohu, un joven comunista chino nacido en un restaurante chino de Tijuana, que sueña con conocer China, lugar que él reconoce como hogar aunque nunca lo ha pisado. Ha decidido no aprender español, ha decidido no salir del pequeño barrio chino tijuanaense a menos que sea para ir al aeropuerto y abordar el avión que lo llevará a su anhelado lugar. Por azares del destino, el día antes de partir a China, Zohu se pierde en Tijuana. Lechuga usa el humor como vehículo para realizar un ensayo sobre la identidad y la amistad, de poner en duda si el lugar al que pertenecemos es donde nacimos o es ése al que queremos llegar.

“Las ánimas”, de María González de León, nos ofrece un delicado *coming of age* vampírico, victoriano y tenebroso que sucede en las costas de Jalisco. Es una reflexión sobre la amistad, sobre el amor, sobre la pérdida...

El guion cinematográfico requiere de una escritura muy particular, llena de tecnicismos si se quiere ver así, y es que su finalidad no es ser leído sino filmado, es por eso que va dirigido a un grupo de lectores muy específico: director/a, productor/a, maquillistas, director/a de arte, fotógrafos/as... Todo el equipo de filmación. El guion de cine es una materia destinada a mutar, no es una obra terminada, es parte de un proceso que apenas comienza y que tiene como objetivo llegar a una sala de cine, o a alguna plataforma digital, etcétera.

Podría decirse que el guion es el sueño de una película, pero todo comienza por un sueño que quiere volverse realidad. Ojalá disfruten los fragmentos de estos seis sueños que esperamos muten de la mejor manera para convertirse en películas.

Gibrán Portela



Luis Miguel Arce

La alegría de la Golondrina

1. EXT. SIERRA/LA CAÑADITA-DÍA

Una pequeña comunidad rural a pie de carretera bordeada por el Río Texcapa.

2. EXT. TERRENO/LA CAÑADITA-DÍA

Un claro de terreno alejado de la zona habitada de la comunidad.

MANUEL V.O.

¿Por ahí?

El viento mueve los árboles. Las ramas truenan. La risa de un niño (ARMANDO) hace eco en el lugar.

ARMANDO V.O.

No...

Tres botellas de vidrio puestas en fila, paradas una junto a otra sobre un huacal.

MANUEL V.O.

¿Por ahí?

ARMANDO V.O.

Que no, menso.

A algunos pasos de las botellas, aguarda MANUEL (13, muy delgado, bellos rasgos indígenas, tez morena, labios carnosos, cejas pobladas). Viste huaraches, un pantalón de mezclilla con marcas de pasto y lodo, y una camiseta. Tiene los ojos vendados con un paliacate. Frunce el ceño, molesto.

MANUEL

¡Pues yo no veo, Nando! Dime para dónde.

Manuel sostiene una piedra en la mano. Habla para sí.

MANUEL

No le voy a dar de nuevo.

Gira su cuerpo hacia un lado, hacia el otro —está desorientado. Escucha otra vez la risa burlona de Armando.

MANUEL

¡Que ya me digas!

Detrás de Manuel, ARMANDO (13, notablemente más alto que su amigo, correoso, nariz ancha, rasgos toscos). Viste pantalón café y una camisa a cuadros. Come toscamente una enorme ciruela —el jugo le chorrea por la barbilla.

Armando se acerca por la espalda a Manuel. Lo toma de los hombros para orientar su cuerpo. Le habla al oído.

ARMANDO

Por ahí, Mane...

Armando toma la mano de Manuel y se la cierra con firmeza —cubre con su palma la pequeña mano de su amigo.

ARMANDO

Apriétala así: fuerte. Pa' que luego te defiendas.

Manuel esboza una sonrisa. Armando retrocede.

ARMANDO

’Ora dale como si les rompieras la
choya a los que te andan diciendo
“choto”.

Manuel endereza su espalda. Asiente. Inhala profundamente.
Impulsa su brazo de atrás hacia adelante. Lanza la piedra.

El tiro da en una de las botellas: la rompe. Una gran parvada se
levanta y vuela sobre los niños.

Manuel se baja el paliacate al cuello. Corre hacia las botellas.
Mira con emoción los trozos de la botella rota que brillan bajo
el sol “como un tesoro”.

MANUEL

¡Le di, le di! ¡¿Viste?! ¡Sí le di!

Manuel mira sobre su hombro: descubre que su amigo no está
tras él. Armando, unos pasos atrás y en cuclillas, mira en otra
dirección.

MANUEL

¡Que si viste!

Armando le hace un “shhh” para callarlo. Lo llama con la
mano —mira, ven.

3. EXT. SIERRA/LA CAÑADITA-DÍA

Manuel se acerca a Armando, que lo agarra del brazo y lo pone
también en cuclillas. Ambos se esconden tras unos arbustos.

A unos metros, por un sendero, camina SUSANA (12, ojos
claros, cabello negro) que lleva un vestido blanco con flores
amarillas. Junto a ella, su abuelo, DON CUAUHTLI (50,
marcados rasgos indígenas, cuerpo robusto).

Armando mira absorto el cuerpo de Susana. Manuel lo empuja
con el hombro para llamar su atención.

MANUEL

La rompí.

Manuel señala hacia atrás, donde está la botella rota.

ARMANDO

¿Ya viste que Susana tiene chichis?

MANUEL

(Confundido)

¿Qué?

ARMANDO

Mira, mira: se le ven más con el sol.

La luz ilumina el cuerpo de Susana: resalta sus pechos. Los niños la observan. Susana se da cuenta. No se inmuta. Sigue caminando.

MANUEL

Ya nos cachó. Don *Cuauhtli* se va a enojar.

ARMANDO

¿Y qué nos va a hacer ése?

MANUEL

Si le dice a mi papá, ya sabes que me va a cuerear bien feo.

ARMANDO

Pues ai' te escondes hasta que llegue tu mamá.

Don Cuauhtli escucha las voces de los niños: los descubre escondidos. Se detiene. Agita la mano —hace “usshhh” para alejarlos.

Armando se levanta sobre los arbustos. Alza el rostro y saca el pecho —muestra una actitud altanera.

ARMANDO

¡Don *cuatilactic!*

(TRADUCCIÓN NÁHUATL)

¡Don cabeza dura!

Don Cuauhtli desenfunda de su cinturón un machete oxidado.

DON CUAUHTLI

¡*Aompa!* ¡*Nenki!*

(TRADUCCIÓN NÁHUATL)

¡Tonto! ¡Vago!

Manuel retrocede al ver el machete. Armando da un paso al frente —mantiene su actitud.

MANUEL

(Asustado)

Mejor vamos al río, Nando. No lo
hagas enojar.

Armando aprieta la quijada. Habla entre dientes.

ARMANDO

Pinche viejo indio.

Armando agarra una piedra del piso. Manuel lo toma del brazo —intenta detenerlo. Armando se zafa fácilmente de Manuel.

Arroja la piedra.

MANUEL

¡No!

Se escucha un golpe seco. Luego un quejido agudo de Don Cuauhtli.

Manuel entrecierra los ojos y hace una mueca —chin, ya le pegó.

Armando corre. Manuel permanece inmóvil, boquiabierto.

Armando regresa, lo jala de la camiseta.

ARMANDO
¡Córrele, Mane! ¡Córrele!
Manuel se levanta.
Ambos huyen corriendo.

4. EXT. LA CAÑADITA/CAMINO TIERRA-MÁS TARDE

Atardece. Manuel, con semblante cansado y el cabello húmedo, camina arrastrando los pies. Lleva su camiseta mojada al hombro. Entra a la zona habitada de la comunidad.

El viento arrecia y levanta una nube de polvo. Al disiparse, Manuel ve su casa a la distancia: su madre, DOÑA ROSARIO (34), está a la puerta con Don Cuauhtli.

El hombre gesticula y manotea airadamente. Le muestra a Doña Rosario un parche sanguinolento que lleva en la frente.

Manuel se agacha junto a un árbol. Se asoma desde ahí.

Doña Rosario se nota apenada —aunque parece negar todo.

Don Cuauhtli reclama a gritos: acusa lo sucedido. Ambos voltean en dirección de Manuel, que se esconde de espaldas tras el árbol —encoge sus hombros y brazos “haciéndose más flaco”.

Manuel aguarda hasta que escucha el azote de una puerta (metálica). Se asoma de nuevo hacia su casa: ve que su madre camina acompañada de Don Cuauhtli.

Manuel los sigue con la mirada hasta que se alejan.

5. INT. CASA DOÑA ROSARIO-TARDE

Un lugar de muros de ladrillo sin pintar, con pocos y viejos muebles. Destaca, sobre un aparador con puertitas, un portarretrato: tiene una foto de Manuel junto a sus padres en una fiesta de pueblo.

Manuel entra. Cierra la puerta metálica con sigilo. Busca dentro del lugar con la mirada.

MANUEL

¿Papá?

No hay respuesta. Hay una escalera que da a la azotea. Manuel sube dos escalones. Se asoma hacia arriba.

MANUEL

¡¿Papá?!

No hay respuesta. Manuel baja.

Se acerca al aparador. Abre las puertitas. Saca algunos vasos y platos, y una caja de cartón. Los pone en el piso.

Mete la mano al fondo del compartimento: saca una bolsa negra de plástico.

6. INT. CUARTO DOÑA ROSARIO-TARDE

Un cuarto iluminado por la luz de una ventana. Un colchón, una silla, un ropero grande y un crucifijo de madera colgado en la pared. Un espejo viejo de cuerpo completo. Una sábana hace de puerta.

Manuel se asoma al interior: no hay nadie. Entra. Deja su playera sobre la silla. Saca de la bolsa de plástico un vestido violeta. Lo extiende frente a él. Lo contempla un instante.

Manuel se “mete” en el vestido con su pantalón debajo —le queda holgado. Se para frente al espejo: se mira de pies a cabeza. Jala el vestido con sus manos para entallárselo al cuerpo.

Escucha un ruido al exterior de la casa. Se exalta. Se acerca a la ventana. Se asoma parado de puntitas —no ve a nadie.

Manuel vuelve a pararse frente al espejo. Se quita el pantalón. Sus delgadas piernas se asoman bajo el vestido.

Modela para sí mismo: ve su hombros descubiertos y se levanta el vestido para mostrar más sus piernas. Se da la media vuelta.

Se ve sobre el hombro la espalda y las nalgas.

Se entalla más el vestido. Se pone de costado. Saca el pecho exageradamente —emula la figura de Susana. Sonríe.

Escucha que se abre la puerta metálica (entrada).

7. INT. CASA DOÑA ROSARIO-TARDE

Don Ricardo (50, tez morena, cabello negro cano, compleción fuerte) azota la puerta tras él. Está asoleado y sudoroso.

Lleva una chamarra de borrega y un sombrero gris. Se los quita. Los cuelga en un gancho de pared.

8. INT. CUARTO DOÑA ROSARIO-TARDE

Don Ricardo entra. Se desabrocha el cinturón —grosso, con una hebilla enorme. Se sienta en el colchón. Se saca la cartera: la deja a un lado. Se quita las botas y el pantalón —queda en ropa interior.

Se levanta y se acerca al armario. Se persigna frente al crucifijo de madera. Un ruido lo alerta: descubre a Manuel, con el vestido puesto, oculto tras el armario.

DON RICARDO

Carajo, ¡¿otra vez con tus
fregaderas?!

Manuel sale de su escondite. Se apura a salir del cuarto. Don Ricardo se le atraviesa: lo mira de arriba a abajo con repulsión.

Aprieta a Manuel del brazo —con mucha violencia.

DON RICARDO

¿Qué quieres que te sigan diciendo
choto todos allá afuera?

Manuel manotea y empuja a Don Ricardo. Se zafa. Toma el crucifijo que cuelga de la pared. Lo aprieta con fuerza —como la piedra. Levanta la frente —se planta.

Don Ricardo sonríe cínicamente —¿tú qué me vas a hacer? Se saca el cinturón.

DON RICARDO

¡Orita vas a ver cómo te hago
machito a chingadazos!

Don Ricardo se abalanza sobre Manuel: le jalonea el vestido y le da varios cinturonzos. Le revienta la enorme hebilla en el rostro. Manuel responde: lanza un grito histérico y le asesta a Don Ricardo un fuerte golpe en la cabeza, con el crucifijo, por encima de la sien.

Don Ricardo cae de rodillas. Se lleva la mano a la sien —se duele. Mira su palma: tiene sangre. Su rostro enrojece —está furioso.

Manuel, con el vestido roto, tiene un grotesco corte sobre la ceja derecha. Sangra profusamente.

Don Ricardo se sostiene del colchón —quiere levantarse. Se detiene abruptamente. Lanza un gemido ahogado. Los dedos de sus manos se engarrotan. Su rostro se desencaja y sus ojos se inyectan de sangre.

Manuel levanta el crucifijo para dar otro golpe. Don Ricardo lo mira —ayúdame, por favor. Se lleva ambas manos al pecho. Se desploma a los pies de Manuel.

Manuel resopla agitadamente. La sangre corre por su rostro y cuello. Baja el crucifijo manchado de sangre.

Don Ricardo balbucea y gime —como animal moribundo.

MANUEL

(Desconcertado)

Papá...

Don Ricardo respira con dificultad —un ruido gutural en cada inhalación. Manuel “pica” con el crucifijo su cuerpo.

MANUEL

Papá...

Don Ricardo no responde. Manuel permanece atónito. Espabila. Agarra con apuro su pantalón y su playera. Ve la cartera de su padre: la toma también.

Camina a la puerta. Se detiene. Mira de reojo a Don Ricardo: el rostro de éste se endurece y un hilo de sangre corre por su oreja.

Manuel voltea la mirada —deja de ver a su padre. Abraza con fuerza las cosas: sus ropas, la cartera y el crucifijo.

Traga saliva.

9. EXT. LA CAÑADITA-TARDE

Cae la noche. Manuel corre a tropiezos entre hierbas y árboles. Encuentra el río. Se detiene. Mira alrededor —busca que nadie lo vea. Se hinca a la orilla. Talla y enjuaga bruscamente la sangre en sus manos y rostro.

Se levanta. Se saca el vestido. Se pone el pantalón y la playera. Guarda la cartera en su bolsillo trasero.

Toma el crucifijo: lo mira con culpa. Lo envuelve en el vestido.

Los arroja al río.

Alza la cabeza: voces y ladridos se acercan.

Huye.

FADE A NEGROS

10. FULL DE PANTALLA

“LA ALEGRÍA DE LA GOLONDRINA”

11. EXT. SAN IGNACIO/FONDA-DÍA

Una mañana seminublada. Un letrero pintado sobre la pared de un local: “LA SAZÓN DE LA SAL —Comida Veracruzana”, junto a dos palmeras cocoteras y una ola. El lugar está cerrado. Una camioneta detiene su marcha al frente. Suena el claxon dos veces.

12. INT. CASA LUCERO/RECÁMARA-DÍA

Una recámara en penumbras. Una sola ventana cubierta por una gruesa cortina. Pocos muebles: un clóset, una cama, un tocador con espejo. Un radio despertador marca las 7:35 A.M. Suena el claxon al exterior dos veces.

Sobre la cama, bajo las cobijas, alguien ronca sonoramente. Su brazo cuelga por fuera del colchón.

La puerta se abre de golpe. Una MUJER de silueta delgada, que lleva un vestido amarillo, entra.

MUJER

Celeste...

Siguen los ronquidos. La mujer camina hacia la ventana y abre la cortina. La luz ilumina el lugar.

MUJER

Levántate, que mamá Lucero nos mandó al mercado.

La mujer se acerca al tocador —da la espalda a la cama. Se ve al espejo.

CELESTE (18, cabello negro, morena, ojos claros, curvilínea) se gira sobre la cama hacia la mujer. Abre un ojo. Se encandila. Se tapa la cabeza con las cobijas.

CELESTE

(Modorra)

Otro ratito... Es que no dormí bien, ¿sí?

La mujer abre el cajón del tocador. Busca dentro.

MUJER

Si, tú. ¿Y cuál de las diez horas
no dormiste a gusto, o qué?

Celeste responde bajo las cobijas.

CELESTE

¿Ps' qué hora es?

La mujer saca un estuche de maquillaje del cajón.

MUJER

Tarde.

La mujer se maquilla frente al espejo. Suena el claxon tres veces más.

MUJER

(Fastidiada)

Bueno, ¿pues quién pita así?

CELESTE

Es el zonzo de Don Sebas. Ahora
le da por pasar pitando para que mi
mamá se asome y darle quesque los
buenos días.

La mujer guarda el estuche en el cajón.

MUJER

Ése cada vez está peor.

La mujer voltea hacia Celeste: la ve cobijada. Agarra una almohada del piso. Le da un almohadazo.

MUJER

¡Que ya!

Celeste se destapa.

CELESTE
(Fastidiada)
¡Ya voy, Golondrina!

Se descubre a la mujer: es Manuel, ahora GOLONDRINA (17, cuerpo delgado, cabello largo, rasgos finos y muy bellos). Bajo el maquillaje, es notable una gran cicatriz sobre su ceja derecha.

Sonríe.



Eduardo Esquivel

La eterna adolescente

EN FORMATO VHS-1988

1. INT. AUTO EN MOVIMIENTO-DÍA

La carretera desde una de las ventanas de la parte trasera de un Renault. Adelante maneja RAMÓN (45), tiene el bigote pronunciado y una barba de apenas unos días, fuma atento al camino.

De copiloto viene GEMA (40) dormida con sus gafas de sol, su cabello choca contra su rostro por el fuerte viento de la ventana entreabierta. LOS BUKIS EN LA RADIO.

Atrás está CRISTINA (22), viste un blusón transparente y trae un delineado muy marcado en sus ojos. SONIA (19) anda en brasier y está empapada de sudor. BRUNITO (10) va en calzoncillos y duerme en las piernas de sus hermanas, Cristina toma de su bolso un labial y comienza a maquillar a Brunito. RISAS.

MÓNICA (V.O.)

Píntale más los parpaditos, Cris.

CARCAJADAS. Gema se estira desde el asiento delantero para tomar la cámara arrebatadamente. GRITOS Y MANOTAZOS.

Giros sin una imagen definida, parecen ser las piernas de Gema.

CRISTINA (V.O.)
Estamos jugando, mamá. Tranqui.

TERMINA FORMATO VHS.

2. INT. AUTO EN MOVIMIENTO-DÍA

GLITCH

Unas gotas de lluvia caen sobre el parabrisas agrietado, un cancel se cierra mientras salimos de la cochera de una casa vieja.

El recorrido desde un barrio de suburbios hacia la ciudad, la lluvia incrementa. LA RADIO SE ENCIENDE, SE ESTÁ SINTONIZANDO UNA ESTACIÓN A.M. QUE SE REPRODUCE CON MUCHO GIS HASTA ENCONTRAR UNA VIEJA CANCIÓN.

Desde el espejo retrovisor se alcanza a escabullir el empañado reflejo de dos señoras viejitas.

3. INT. LOBBY CLUB DEPORTIVO-DÍA

Por la puerta principal del anticuado “Club de la Colina”, entran GEMA (70) y CECI (60), visten ropa deportiva y portan una elegancia desgastada. Para Gema es difícil caminar.

Ceci se encamina por un pasillo.

CECI
¿Segura que no vienes al vapor,
Gemita?

Gema se detiene y niga con la cabeza, a lo lejos están el jardín y la alberca.

GEMA
No, no, no.

CECI
Bueno, con cuidado.

Ceci sigue su camino por el pasillo al igual que Gema hacia el jardín.

4. EXT. ÁREA DE ALBERCA-DÍA

Otoño se delata con la inmensa cantidad de hojas y guayabas podridas sobre el pasto. Hay una sensación tropical a pesar de lo gris del clima; palmeras, rosales y muchas enramadas reseca. AVES TROPICALES VIENEN Y VAN, MEZCLÁNDOSE CON EL TRÁFICO DE LOS AUTOS.

La maleta de Gema está sobre un camastro rosa, desaturado por tanto sol. Sobre una mesita hay un *bloody mary* y una toalla de rayas. En el piso unas sandalias con brillantes.

El lugar está viejo y descuidado, el agua de la alberca es turbia y los objetos que adornan el club parecen antigüedades de aquel “art decó” de bazar.

No hay personas alrededor.

—DESDE EL INTERIOR DEL AGUA—

Unos pies se sumergen en la orilla de la alberca, son los pies de Gema, sus uñas tienen un esmalte rojo y vibrante. Gema se desvanece por completo, lleva puesto un traje de baño tinto que le combina con el bilét, sus ojos están entre abiertos al igual que su boca.

Su cuerpo inerte flota al interior del agua turbia

SECUENCIA DE VIDEOS EN FORMATO VHS.

5. EXT. PATIO TRASERO-TARDE

Una fiesta infantil; globos, piñatas y niños corriendo de un lado a otro. Brunito sopla el pastel, es su cumpleaños, hay serpentinatas y globos por todos lados.

La cámara gira hacia las mesas de los adultos, las señoras conviven entre sí en una de las mesas, varias saludan

tímidamente hacia la cámara, los señores y hombres más grandes están alrededor del asador.

GLITCH

6. INT. HABITACIÓN-DÍA

Es la boda de Cristina; Gema se está poniendo una faja mientras Sonia y Mónica no dejan de tocarle aquella barriga de seis meses de embarazo.

Gema le ayuda a Cristina a ponerse el vestido de novia, intenta abrochar los botones del vestido con esfuerzo mientras fuma un cigarrillo a la vez, voltea hacia la cámara.

GEMA

(Hacia la cámara)

¿Qué haces niña?, deja eso y ayúdame.

GLITCH

7. INT. COMEDOR/COCINA-NOCHE

Es el proceso de la cena navideña, es un pavo gigante que prepara Gema.

En la sala están las abuelas con peinados altos, los primos, los tíos, Cristina y su bebé en brazos. Cristina hace un gesto saludando a la cámara. HAY MUCHAS VOCES IMPERCEPTIBLES EN EL AIRE ENTRE EL SONAR DE LOS VILLANCICOS.

Un recorrido por toda la familia. GRITOS PROVIENEN DEL JARDÍN. Mónica se acerca a la ventana y hace *zoom*, a la distancia y entre gritos se comienzan a lastimar físicamente Gema y Ramón.

Un brazo toma la cámara y la jala.

GLITCH

8. INT. AUTOMÓVIL-TARDE

Gema maneja el Renault de Ramón, de copiloto va Mónica que se graba desde el espejo retrovisor, atrás van Sonia y el pequeño Bruno. El mar está al fondo, Gema expresa una profunda tristeza, comienza a cantar a todo pulmón LA CANCIÓN DE LA RADIO, lágrimas caen sobre sus mejillas.

GLITCH

9. EXT. PLAYA-TARDE

Bruno hace un castillo de arena, Gema está a unos metros de distancia, se para y camina hacia el mar hasta entrar y atravesar las olas, nada boca arriba.

—CRÉDITOS INICIALES: LA ETERNA ADOLESCENTE—

FIN DE SECUENCIA EN FORMATO VHS.

10. INT. SALÓN DE CONFERENCIAS-TARDE

Cristina está en un pequeño escenario, viste un traje sastre de saco y falda que combinan con sus zapatos verdes de tacón bajo. Está frente a un grupo de mujeres que la escuchan atentamente.

En el escenario hay un Jesucristo de tamaño real y varias imágenes religiosas.

CRISTINA

Escuchen: Jesús estaba ahí, estaba esperando a que tomara la decisión, mirar la luz del pecado original o mirarlo a él. (Alza la voz) Nos iremos al cielo, mujeres bonitas.

Varias mujeres comienzan a rezar con fervor en voz alta, algunas lloran con mirada esperanzadora.

CORTE A

11. INT. BACK STAGE DE ESCENARIO-TARDE

Cristina luce molesta, está al teléfono.

CRISTINA

Yo me salgo a darle vueltas a la camioneta hasta que se le pasa. Agarra dinero y salte a caminar... ya sabes cómo es, hija. Te marco al ratito.

Cuelga y camina hacia el escenario. SUENA TELÉFONO CELULAR. Cristina contesta la llamada.

CRISTINA (CONT'D)

Ceci, hija. Estoy en medio de la oración... Te llamo en un ratito.

Cristina camina al fondo del cuarto para escuchar mejor, se recarga sobre un retrato hiperrealista en óleo que cubre todo un muro, es la Virgen de las lágrimas.

CRISTINA (CONT'D)

¿Cómo?

RUTH (60), una mujer delgada de cabello corto y canoso entra apresurada y con señas le pide que se dé prisa.

CRISTINA (CONT'D)

No puede ser cierto, mujer. ¿Cómo que no pudieron hacer nada? ¿Dónde estás?

Contenidos sollozos la hacen doblarse hacia la pintura de la Virgen. Ruth se acerca a Cristina y la abraza confundida, Cristina con los ojos rojitos le abraza con fuerza.

12. INT. SET DE TELEVISIÓN-DÍA

El *staff* de un estudio de televisión bastante “indie” se mueve de un lado a otro. Una cámara está montada en una grúa, se coloca en posición frente a SONIA (50), SONY, de cariño. Ella viste un traje sastre mostaza ajustado a su cuerpo regordete. Su maquillaje es impecable, sus párpados son color salmón. Por las bocinas del foro HABLA UNA VOZ MASCULINA EN HOLANDÉS, DE INMEDIATO LA VOZ DE UNA MUJER ARGENTINA EN ESPAÑOL.

MUJER ARGENTINA (O.S.)
Entramos al aire en dos, Sony.

Sony está reflejada en varios monitores de edición tras bambalinas. Sony abre los ojos, luce concentrada ensayando distintas sonrisas.

MUJER ARGENTINA (O.S.) (CONT'D)
Listos... ¡Aplausos, por favor!

APLAUSOS EXAGERADOS. El set tiene varias personas en el público, la mayoría son mujeres entre 40 y 60 años.

MUJER ARGENTINA (O.S.) (CONT'D)
Entramos en tres, dos, uno.

Sony respira profundo y sonríe manteniendo una fresca seguridad.

SONY
Buenos días, gente bonita, un abrazo enorme y especial para mis hispanohablantes y latinos que nos ven el día de hoy. Hoy es viernes de su amiga Sony vidente, así que tendremos llamadas al aire. Llámenme desde casita al número que aparece en pantalla.

Su sonrisa no deja de ser enorme y constante.

SONY (CONT'D)

Recuerde, estamos en vivo desde su canal en español favorito. Vamos con nuestra primera llamada.

¿Quién está por ahí y de dónde nos llama, señora bonita?

Vemos los rostros del público, lucen relajados y alegres.

SONY (CONT'D)

Bueno, bueno... ¿Quién por ahí?

—INTERFERENCIA DE LA LLAMADA QUE ESTÁ AL AIRE, UNA LLAMADA ENTRANTE—

SONY (CONT'D)

Aquí tenemos otra llamada. Bueno, bueno, ¿De dónde nos llama, señora bonita?

CRISTINA (V.O.)

Sony, soy yo. Cristina.

Sony está confundida, escucha con más detalle.

CRISTINA

De Guadalajara, soy tu hermana.

SONY

¿Me podrías esperar tantito, Cris?

CRISTINA (V.O.)

Murió, Sony. Mamá se murió.

LA LLAMADA ES INTERRUMPIDA. Incomodidad. Sony espera unos segundos antes de recomponerse y volver a hablar.

SONY

Bueno... Hoy la energía de Venus nos ha envuelto. Aries: Este viernes será un día mágico para ti.

13. INT. HABITACIÓN DE MOTEL-NOCHE

Un motel barato. QUIQUE (22) —un muchacho medio enclenque y no tan guapo— está sentado en un costado de la cama. BRUNO (40) está sentado en una mesa concentrado mientras arma un porro de marihuana, está en calzoncillos y tiene un aspecto punk-afeminado; su cabellera larga y calva, las uñas pintadas y las arracadas.

Desde el espejo mira a Quique, camina hacia él, lo mira a los ojos y enciende el porro, fuma una gran bocanada y echa el humo a su cara, luego pone el porro en sus labios.

Con una de sus rodillas, Bruno abre las piernas de Quique y se hinca frente a él, le baja el pantalón.

BRUNO

Fuma, pa' que te relajés.

Bruno acerca su rostro a la entrepierna de Quique.

CORTE A

Bruno y Quique están en la cama, desnudos y sudados, pero cada quien en una orilla. Bruno destapa una cerveza y se prende un cigarro.

BRUNO (CONT'D)

¿Y qué se puede hacer estudiando lo que estudias?

Quique se estira para alcanzar sus calzones y se los pone.

QUIQUE

Pues a mí me latería trabajar en alguna fundación social: Amnistía o algo así.

BRUNO

¿Y tu mamá sabe qué es Amnistía?
Ni yo lo tengo claro.

Bruno fuma sin prestarle atención a Quique, luego da un trago de la cerveza y la acerca, ofreciéndole. Quique niega y Bruno le da otro trago.

BRUNO (CONT'D)

Yo vendo albercas, por si sabes de alguien que quiera una.

Bruno se queda pensativo un momento. Un silencio se alarga entre los dos, Quique lo mira como esperando más de la historia. Bruno reacciona sólo para dar otra fumada a su cigarro.

BRUNO (CONT'D)

Era el negocio de mi mamá, siempre me apoyó en todo, a su forma, pues, hasta cuando quería ser biólogo.

Quique observa sus tatuajes en su cuerpo desnudo.

BRUNO (CONT'D)

Me consiguió un trabajo en el zoológico los fines de semana, ahí tengo una lana segura.

Quique lo mira con ternura, y se acerca poco a poco.

BRUNO (CONT'D)

Acaba de morir.

Quique, incómodo, le quita la mirada.

QUIQUE

Chale, lo siento.

Quique comienza a buscar su ropa y a vestirse. Bruno sigue recostado en la cama, fumando, sin mirarlo, con los ojos tristes.

QUIQUE (CONT'D)

Ya me voy, voy a ver si alcanzo
camión. Si sé de alguien que quiera
una alberca, te recomiendo.

Bruno mira a Quique y asiente para después regresar su mirada al vacío. Quique termina de vestirse y se mete al baño sin cerrar la puerta. Bruno apaga el cigarro metiéndolo en la botella de cerveza e intenta ponerse más cómodo en ese viejo colchón que rechina con cualquier movimiento. DESDE EL BAÑO SE ESCUCHA A QUIQUE LAVÁNDOSE LA CARA. Bruno pensativo, cierra sus ojos.

EN FORMATO VHS-1990

14. INT. CASA DE GEMA-DÍA

Con precaución, Bruno va caminando por delante, lleva un pastel bastante casero con varias velas encendidas.

Con mucho cuidado miramos hacia el interior del cuarto de Gema, luce profundamente deprimida. UNA CANCIÓN RELIGIOSA.

Con emoción entran:

SONY Y BRUNO
(Gritando)
¡Sorpresa!

Gema los mira con cierta confusión, no hay sorpresa en su rostro, se levanta de la cama y entra al baño, CIERRA LA PUERTA CON VARIOS SEGUROS.

Bruno se acerca y toca la puerta del baño.

BRUNITO

Estas son.. las mañanitas que
cantaba.. el rey David A las
muchachas bonitas...

TERMINA FORMATO VHS.

15. INT. SALA/COMEDOR-DÍA

Se reproduce desde un viejo televisor el VHS, sólo la luz de las ventanas entra a la casa, todo tiene un aspecto claroscuro. El lugar está repleto de cosas: cajas, ropa, periódicos, cuadros con pinturas y retratos familiares, puras sonrisas en la playa, en el parque, con toda la familia.



Cynthia Fernández Trejo

El lenguaje de los pájaros

1. EXT. BOSQUE-NOCHE

Se escucha el rumor del viento. Un pequeño pájaro sobrevuela por encima de las copas de los árboles. Seguimos al ave hasta que aterriza cerca de la entrada de una cueva. Una sombra de silueta indefinida se avanza sobre el animal. El pájaro deja de silbar y la sombra desaparece súbitamente. El ave ya no está.

Sobre este sitio cae una pluma de pájaro bastante inusual: es grande, metálica y color cobre. Una corriente de aire la levanta del suelo, haciendo que se pierda entre la espesura de las copas de los árboles.

2. EXT. CALLE PUEBLO-DÍA

Un avión se coloca en medio de una pista.

NATALIA (O.S.)

En posición. Estamos listos para el despegue.

Sobre el pavimento, el avión se detiene.

NATALIA (O.S.)

Torre de control. Repito, estamos listos.

A lo lejos, en el cielo, se vislumbra la silueta de algo que vuela hacia el avión.

NATALIA (O.S.)
Torre de control, tenemos un
problema.

Conforme se acerca, va tomando la forma de una amenazante ave de grandes dimensiones en pleno vuelo.

NATALIA (O.S.)
¡Permiso para abortar! ¿Torre de
control?

Las patas de un pájaro gigante se plantan en la pista y voltean el avión.

Abrimos para descubrir a un cuervo, parado junto a un avión construido a mano.

NATALIA (O.S.)
Darío, quítate, echaste a perder el
despegue.

NATALIA (8) con unas alas de avión hechas de cartón, amarradas a su espalda y unos binoculares colgando de su cuello, descubre que el avioncito sufrió un daño en el ala.

NATALIA
(Desanimada)
Torre de control... Aborten...

Darío mira a Natalia apenado. Natalia toma el juguete y su mochila y sale corriendo.

NATALIA
Ven, Darío.

ANA (O.S.)
¿A dónde vas, Nata? Todavía te
faltan muchas cajas.

Aparece ANA (35) parada en la puerta de la casa. Natalia no se detiene.

NATALIA
¡A explorar, mamá!

3. EXT. CALLE PUEBLO-MOMENTOS DESPUÉS

Natalia camina sobre una calle desolada, mira a través de los binoculares el cielo, buscando aves.

NATALIA
¿Ves alguna?

Darío, en vuelo, niega con la cabeza. Natalia se sienta desilusionada.

NATALIA
Creo que eres el único pájaro de aquí, Darío...

Natalia mira a su alrededor. Las casas se ven sombrías y descuidadas, con las fachadas desgastadas y algunas hasta en ruinas. Se nota que desde hace mucho nadie poda la vegetación. A momentos, podría parecer un pueblo fantasma, de ésos en los que el tiempo se quedó detenido.

NATALIA
¿En dónde crees que jueguen los niños de aquí?

De la casa de enfrente sale una MUJER (65), larguchona y de cabello corto, que porta unos lentes que agrandan exageradamente sus ojos por el aumento del cristal. Su mirada está perdida, avanza sin ver el camino, con una escoba en la mano. Natalia y Darío se acercan.

NATALIA
Disculpe... ¿Usted sabe en dónde...

La mujer pasa junto a ella sin ni siquiera voltear a verla. Luego, empieza a barrer la hojarasca... ¡pero con la escoba al revés! Natalia y Darío intercambian una mirada de extrañeza y continúan con su camino.

NATALIA

(Entre dientes)

Hasta yo sé usar una escoba para barrer mi cuarto.

Durante el trayecto, vislumbra a otro HOMBRE (60's) que camina hacia ella. Al igual que la mujer, tiene la mirada perdida y avanza en automático.

NATALIA

Hola, señor, me acabo de mudar...

Natalia no ha terminado la frase cuando el hombre ya pasó junto a ella sin voltear a verla.

NATALIA

... al pueblo menos amistoso del mundo.

Continúa su camino y mientras lo hace nota que las pocas personas del pueblo con las que se cruza la ignoran. De pronto, su mirada se ilumina...

4. EXT. PARQUE DE JUEGOS-DÍA

Natalia y Darío llegan a una zona de juegos, con resbaladilla, columpio, sube y baja, etc. Hay evidencias de que el lugar está abandonado; no sólo no hay niños jugando, sino que los juegos están oxidados y cubiertos por hierba. Natalia se sienta decepcionada en un columpio.

NATALIA

Este pueblo es muy raro...

Darío lanza un graznido para llamar la atención de Natalia. Nota que el ave tiene algo en el pico. Darío le entrega una pluma de ave color cobre.

NATALIA

¿Dónde la encontraste?

Natalia observa la pluma, intrigada. Unas gotas de lluvia caen sobre su cabeza anunciando la tormenta.

5. INT. CASA DE NATALIA-HABITACIÓN DE NATALIA-DÍA

La habitación de Natalia está semi vacía, a su alrededor hay algunas cajas cerradas con cosas que no han sido desempacadas. Se escucha que al exterior cae una tormenta.

Natalia, sentada en su escritorio, coloca la pluma color cobre sobre la hoja de un cuaderno y escribe un signo de interrogación junto a ella. Al hojear la libreta, vemos que en las páginas hay distintos tipos de plumas de aves, algunas más exóticas que otras. Todas están acompañadas por el nombre del ave a la que pertenecen.

De forma abrupta, la ventana se abre y el viento tumba los avioncitos hechos a mano que se encuentran en unas repisas. Natalia se apresura a cerrar, pero algo del exterior entra como proyectil, golpea la lámpara y deja en penumbras la habitación. Darío se asusta y se esconde abajo de la cama.

De una de las cajas, saca un oso de peluche cuyos ojos se iluminan al apretarle la panza. Se escucha un aleteo. La criatura se mueve de forma errática haciendo destrozos en la habitación. Con la poca luz, Natalia repara en que se esconde detrás del clóset. Hace una seña a Darío para que no haga ruido. Natalia se acerca sigilosa con una sábana y, en cuanto ve la oportunidad, la usa como red para atrapar al animal, no sin antes batallar un poco. Natalia se esfuerza por contenerla.

NATALIA

Deja de moverte.

Poco a poco, el animal se va quedando estático. Cuando Natalia lo siente en calma, le quita la sábana. Su mirada se ilumina al ver lo que hay ahí: una especie de pájaro mecánico al que se le puede ver parte del engranaje. Es hermoso, todo color cobre, los ojos son piedras esmeraldas. Se nota que a Darío no le simpatiza porque le lanza un picotazo.

Natalia compara el plumaje de esta ave con la pluma extraña que encontró Darío esa tarde... Es la misma. El ave metálica se la arrebató, Natalia trata de detenerlo, pero antes de lograrlo, el ave sale disparada por la ventana, provocando la ruptura del vidrio. Segundos después, la puerta del cuarto se abre. Es Ana, quien mira molesta todo el desastre.

6. INT. CASA DE NATALIA-HABITACIÓN DE NATALIA-MOMENTOS DESPUÉS

Natalia está sentada en la cama. Ana está parada frente a ella con una escoba en la mano.

ANA

Todavía no son las nueve.

Ana estornuda y mira a Darío. Es obvio que el ave le provoca alergia.

ANA

Y habíamos quedado que tu urraca podía estar, pero afuera de la casa.

NATALIA

Sí. Ahí... estaba...

Ana camina hacia la ventana para barrer los vidrios.

NATALIA

... pero es que como empezó a llover, ni modo que lo dejara ahí.

ANA

Nata, tengo que terminar de traducir dos manuales esta semana y quedamos en que mientras eso pasaba tú ibas a...

NATALIA

Desempacar y a portarme bien hasta las 9... Pero es que no fui yo,

un pájaro metálico se metió por la ventana, me robó mi pluma... Bueno, en realidad era de él, pero yo la encontré, bueno la encontró Darío...

ANA

Nata, sólo eran unas horas...

Natalia se queda callada unos segundos.

NATALIA

Mamá... ¿Por qué no nos regresamos a nuestra casa, con mi papá?

ANA

Ya hablamos de esto, Nata. Tú papá tiene su casa y nosotros tenemos la nuestra.

NATALIA

¿Y por qué no me puedo quedar con mi papá?

ANA

Porque no. Porque así quedaron las cosas.

Ana recapacita sus palabras.

ANA

Ya sé que te gustan los pájaros, pero no puedes meterlos a la casa. Puedes salir a buscarlos. ¿No es eso lo que haces?

NATALIA

¿Cómo? Si no hay pájaros en este pueblo.

ANA

¿No me acabas de decir que se metió un pájaro a tu cuarto?

NATALIA

Sí, pero no era... Ash, mamá, este pueblo es muy raro. No hay pájaros, no hay niños...

ANA

¡Claro que hay niños!

NATALIA

¡No, no hay!

ANA

¿Y si no hay por qué yo he visto muchos?

NATALIA

¿Ah, sí? ¿A cuántos has visto?

ANA

Les gusta jugar a las escondidas, a lo mejor por eso no los has visto. Usan máscaras y se hacen pasar por animales... ¿A poco no te has dado cuenta?

NATALIA

No...

ANA

Pues para ser una avistadora de aves, eres muy mala observadora.

Ana pone los vidrios rotos en un bote de basura. Luego se sienta junto a Natalia y la ayuda a ponerse la pijama.

NATALIA

Pues si se están escondiendo es porque no quieren que los vea.

ANA

¡Al contrario! Quieren que los encuentres, pero primero están viendo qué tan lista eres, te están probando. ¿Tú crees que ellos quieren ser amigos de cualquiera? No... Así que mañana que vayamos a la escuela, lleva tus binoculares para que veas bien.

Ana le da un beso a Natalia y la acuesta.

7. EXT. ESCUELA-DÍA

Natalia y su mamá están paradas afuera de un edificio viejo, que dice “Escuela”. Tiene pinta de estar abandonado. No hay un sólo niño... O adulto.

ANA

A lo mejor ya entraron todos.

NATALIA

O no hay niños en este pueblo y por eso la escuela está cerrada.

ANA

(Revisando un papel)

O me dieron mal la dirección.

Ana toca una campana que funciona como timbre. Nadie abre.

NATALIA

¿Ves?, no hay nadie.

Justo cuando termina de decir eso, el portón se abre, chirriando como si no hubiera sido abierto en años. Aparece

JACINTO (80), un anciano de aspecto cadavérico. Natalia usa sus binoculares para escudriñar su rostro.

Ana

Hola, ¿qué tal? Vine a inscribir a mi hija...

NATALIA

¿Verdad que aquí no hay niños?

El Anciano sólo mira a Ana sin moverse. Natalia agita las manos frente a los ojos del Anciano.

ANA

Sí, ya sé que estamos a mitad de año, pero nos acabamos de mudar.

(A Natalia)

Deja de hacer eso...

NATALIA

No me ve...

MURIEL (O.S.)

¿Qué se le ofrece?

En ese momento aparece otra señora, MURIEL (75), bajita y gordita. Su aspecto también es decadente.

ANA

Vine a inscribir a mi hija.

Natalia da saltos y hace caras frente a Muriel, pero ésta tampoco reacciona.

MURIEL

La escuela está cerrada.

ANA

(A Natalia con disimulo)

Ya, Natalia...

NATALIA

¡No me ve! Ni me escucha. Mira...

Natalia empieza a cantar. Ana le tapa la boca a Natalia, pero eso no la detiene.

ANA

Perdón, pero esta fue la dirección que me dieron. ¿Hay otra escuela por aquí?

MURIEL

No lo sé. ¿Jacinto, hay otra escuela?

Jacinto tiene un problema de habla. No se le entiende.

MURIEL

Dice mi esposo que en el otro pueblo, tal vez.

ANA

¿Los niños de aquí van hasta el otro pueblo a la escuela?

MURIEL

¿Cuáles niños?

Ana voltea a ver a Natalia, no está.

ANA

Natalia... ¡Natalia!

Ana voltea para todos lados, no hay rastro de ella. Ana se aleja de la escuela buscando a Natalia por la calle, angustiada. Comienza a llover y un avioncito cae a sus pies.

NATALIA (O.S.)

¿Ya nos vamos?

Natalia está adentro del coche.

8. INT. CASA DE NATALIA-HABITACIÓN-NOCHE

Se escucha una fuerte tormenta que golpea las ventanas mientras el pequeño avión del ala parchada atraviesa la habitación volando con dificultad.

NATALIA (O.S.)
(Desganada)
Todavía no vuela bien...

El avión cae al piso. Natalia lo recoge.

ALEJANDRO (O.S.)
¿Ya saliste a probarlo afuera?

NATALIA
Está lloviendo. Siempre está
lloviendo. Y Darío no puede
estar adentro de la casa.

Natalia se sienta en la cama con aire de derrota, frente a una laptop. ALEJANDRO (35), vestido con uniforme de piloto, de rasgos muy similares a los de Natalia, está en la pantalla. Se nota que va caminando en un aeropuerto y que está en videollamada desde un celular.

NATALIA
Papá, no me gusta aquí.

ALEJANDRO
¿Ya empezaste a buscar pájaros?

NATALIA
No hay pájaros.

ALEJANDRO
¿Cómo no va a haber pájaros?

NATALIA
¿Y si me llevas de copiloto contigo?

ALEJANDRO

Tienes que ir a la escuela, Nata.
Si quieres convertirte en piloto de
verdad te juro que vas a necesitar
más que la primaria terminada.

NATALIA

Pero ni siquiera hay escuela aquí.
Ándale, papá.

ALEJANDRO

El próximo mes te prometo que voy
a verte, Nata.

NATALIA

Ése no fue el acuerdo. Dijeron que
cuando yo quisiera podía visitarte.

Alejandro evade.

ALEJANDRO

¿Entonces ya balanceaste el avión
como te enseñé? Tienes que ir
poniéndole peso poco a poco.

NATALIA

Ya...

ALEJANDRO

Y el estabilizador, déjame verlo...

Natalia le enseña el avión por la cámara de la computadora.

ALEJANDRO

Mmm... El estabilizador vertical es
muy grande, córtalo un poco... A
ver si con eso.

Natalia mira el avión, desanimada.



María González de León

Las ánimas

1. EXT. PLAYA-NOCHE

Negros. Sonido del mar.

2. INT. CUARTO LUCI-CASA-NOCHE

LUCI (6) está acostada en su cama, entre despierta y dormida. Abre los ojos, poco a poco, y ve una silueta que al principio se confunde con la oscuridad de la habitación. La silueta se acerca. La niña la mira paralizada, aterrorizada. Se tapa la cara con las sábanas.

La silueta se le acerca más para revelar a CAMILA (16) —delgada, morena—, sus ojos brillan de forma extraña. Luci descubre su rostro para verla. Ellas se miran a los ojos unos segundos.

Camila da pasos lentos hacia la cama y acaricia el rostro de la niña. Luego besa dulcemente su cara, frente, mejillas. Se detiene un momento justo cuando su boca pasa por el cuello de Luci, luego se retira. Levanta un poco la sábana que cubre a la niña e introduce las manos.

Luci, que no se mueve, ya no tiene miedo.

3. EXT. CALLES-PUEBLO DE LAS ÁNIMAS-DÍA

Las sandalias de una chica recorren un camino de tierra. Los dedos de sus pies están llenos de lodo. Hay algunos charcos

en el camino. Los pies se mantienen, en la medida de lo posible, bajo la sombra de los techos de las casas y comercios que van pasando.

LUCI

(O.S.)

No me estaba viendo.

SARA

(O.S.)

Claro que sí, te vio la nuca toda la clase de matemáticas.

Belén (O.S.) ríe a carcajadas.
Luci se ríe con ella, nerviosa.

Los pies son de LUCI (15) —muy delgada, demasiado pálida para vivir en el trópico— que, con una mochila puesta, recorre las calles de un poblado costero. La acompañan SARA (15) y BELÉN (14), que también traen mochilas puestas. Al llegar a una esquina las dos chicas doblan en una calle.

SARA

Bye, Luci.

BELÉN

Nos vemos el lunes.

Luci mueve su mano en señal de despedida y sigue caminando por otra calle. Limpia el sudor de su frente.

4. EXT. CAMINO EXTERIOR-CASA-DÍA

Luci llega hasta un camino de tierra donde ya no hay más casas ni personas, a las afueras del pueblo; intenta caminar por donde la sombra de los árboles la cubre. Al fondo del camino está la reja de entrada de una casa. Camina hasta ahí, abre la reja y entra.

5. EXT. JARDÍN-CASA-NOCHE

El sol se está poniendo en un enorme y exuberante jardín. La vegetación es tropical, al igual que el intenso ruido de insectos y otros animales que llena el ambiente. Al fondo, como algo casi imperceptible, se escucha el mar.

La última luz del sol ilumina al DOCTOR LUKE (60) —un hombre delgado de expresión amable— que fuma un cigarro, y a ÁNGELES (50) —mujer regordeta—. Ambos están sentados en sillas del jardín, en silencio, disfrutando del final de la tarde. A los lejos, ANTONIO (60) arregla algunas plantas del jardín, quitando hojas y cortando algunas ramas.

Detrás de ellos hay una casa que, sin ser excesivamente lujosa, se ve amplia y bien cuidada. Ángeles espanta una enorme mosca que vuela cerca de su cara.

El sol se ha puesto, quedan sólo los colores de la tarde. Luke dirige la mirada a la casa.

LUKE

(Grita con un leve acento
extranjero)

¡Lucía!

De la casa sale Luci, y se sienta en una silla al lado de su padre quien, cariñosamente, le da un beso en el cachete y pone la mano en su espalda.

LUCI

Hola, papi.

LUKE

(A Luci, viendo el atardecer)

Hoy se puso bonito.

Luci sonríe a su papá. La luz del atardecer ilumina a sus espectadores. El cielo está enrojecido.

6. INT. COMEDOR-CASA-NOCHE

Sonidos de grillos.

Luke y Luci están sentados en el comedor. Han terminado de cenar. El plato de él vacío, el de ella está prácticamente lleno. Dos copas de vino tinto a la mitad están sobre la mesa. Luke observa a Luci, su plato, su rostro.

LUKE

El presidente municipal no estaba muy interesado en los cursos que propusimos, piensa que a la gente no les van a importar... pero yo creo que si alguien puede entender lo importante que es cuidar la reserva son sus verdaderos dueños.

Luci lo escucha con poco interés.

LUKE

(Continúa)

... le dije que son tres especies amenazadas, y eso sólo de orquídeas conocidas... no sabemos qué otras viven dentro de la reserva... algunas nunca antes vistas, tal vez.

(Pausa)

Él lo que quiere es colgarse la medalla de ser el primer presidente que se ha preocupado por el medio ambiente y por el cuidado del Tuito. No le importa la reserva.

Luke se da cuenta de que su hija no lo está escuchando. Ella tiene cara de cansancio.

LUKE

¿Sigues sin poder dormir?

Luci tuerce la boca y asiente. Se nota decaída.

LUCI

Sí pude, pero nada más un ratito.
Luego abrí los ojos y ya no pude
volver a dormir.

(Pausa)

Hasta que amaneció me quedé
dormida otra vez, y soñé con mamá.

(Pausa)

Fue muy real.

Luke sonrío con un poco de tristeza.

LUKE

A mí me visita también, a veces.

Luci mira a su padre. Luego observa su copa de vino a la mitad. Una mosca revolotea cerca de su cara, ella la espanta con la mano.

El ruido de unos golpes en la puerta los sobresaltan. Se miran a los ojos. Unos segundos en silencio. Otros golpes en la puerta, insistentes. Al comedor entra Ángeles.

LUKE

(A Ángeles)

¿Quién será? Ya es tarde.

Ángeles levanta los hombros con cara de extrañeza. Todos se miran un segundo en silencio.

ÁNGELES

Tal vez don Antonio, que olvidó
algo...

Ángeles sale del comedor, se escucha cómo abre la puerta de la casa y la voz de otra mujer. Luke pone atención, se levanta. Luci lo sigue.

7. INT. RECIBIDOR-CASA-NOCHE

Ángeles abrió la puerta a una MUJER EXTRAÑA (40) —alta, delgada, atractiva, de apariencia sombría y voz autoritaria—, que está parada en el umbral de la casa. Ángeles está incómoda, casi nerviosa. Cuando ve que Luke se acerca, respira aliviada.

Luke se para frente a la mujer, ella lo mira a los ojos.

LUKE

(Amable)

Buenas noches...

MUJER EXTRAÑA

¿Usted es el dueño de esta casa?

LUKE

Sí. Es mi casa, mucho gusto.

Luke le extiende la mano con intención medio galante. Ella le devuelve el saludo. La mujer da un paso más para cruzar la puerta mientras habla.

MUJER EXTRAÑA

Mucho gusto, señor.

(La voz se vuelve suave, casi infantil, angustiada)

Mire... mi hija y yo acabamos de tener un accidente en la carretera.

Mientras dice esto, la mujer voltea hacia afuera de la casa.

Ángeles y Luke se asoman. Detrás de la mujer, a unos cuantos pasos, sentada en las escaleras que llevan a la puerta, está una chica. La oscuridad no revela sus facciones, sólo su contorno —es sólo una sombra.

LUKE

(Sin dejar de ver para afuera)
¿Están bien? ¿Cómo la puedo
ayudar? ¿Necesitan que llamemos
al médico?

MUJER EXTRAÑA

No, no. Estamos ilesas, por fortuna.

El tono de la mujer se comienza a sentir desesperado, la voz se le comienza a cortar.

MUJER EXTRAÑA

Pero yo tengo que seguir con mi
viaje, es una urgencia, un asunto
familiar. Tengo que llegar a la
frontera para mañana...

La mujer mira a Camila. Luke y Ángeles observan con mucha atención a la mujer, su ropa extraña y negra. Luci se asoma con discreción, sólo logra ver la silueta en la oscuridad.

MUJER EXTRAÑA

Y mi hija... no está muy bien de
los nervios. No sé si aguantaría el
viaje, y después de este susto...

LUKE

(Mientras asiente)
Pero ¿venía usted en un coche?
¿Seguro no necesita un doctor?
Podemos llamar...

MUJER EXTRAÑA

Necesito pedirle que cuide a mi
hija unos días. En lo que resuelvo
mi situación. Es una emergencia,
señor.

Luke escucha, tiene la mirada extraña, perdida, como si estuviera viendo algo que traspasa al cuerpo de la mujer y está muy lejos detrás de ella.

LUKE

Sí.

Ángeles voltea a ver a Luke sorprendida, Luci hace lo mismo. Él no se da cuenta. La mujer sonrío con discreción.

MUJER EXTRAÑA

Señor, no sé cómo voy a poder pagarle esto. Estaré de vuelta en unos pocos días. Quédese tranquilo. Mi hija es muy educada, no le dará ningún problema.

Luke asiente y pone su mirada sobre la silueta en las escaleras, que sigue inmóvil. Todos se quedan callados unos segundos incómodos. La mujer extraña observa a su hija.

MUJER EXTRAÑA

(A Camila)

¿Hija?

(A Luke)

Disculpe, es muy tímida.

LUKE

(A Camila)

Pasa niña.

La silueta comienza a moverse lentamente, se incorpora y se dirige hacia la puerta. Toma varios segundos para que CAMILA (16), con la mirada clavada en el suelo y expresión cansada, cruce el umbral de la puerta.

Sólo una vez que lo ha hecho, hace contacto visual con Luke, que está sobrecogido por su presencia, sin habla; se miran a los ojos.

La mujer extraña pone su mano sobre el hombro de Camila, le dice algo en secreto.

LUKE

(A Camila)

Bienvenida.

Al ver la escena, sorprendida, Ángeles pone la mano en el hombro de Luci, que observa a Camila, embelesada.

Camila le devuelve la mirada a Luci, tímida. Luci aprieta los labios, como si quisiera decirle algo a Camila.

LUKE

Angelitos, lleve a la niña adentro,
por favor. Al cuarto de visitas.

Ángeles sigue consternada, observa a Luke sorprendida.

LUKE

(Ve fijamente a Camila)

¿Cómo te llamas?

MUJER EXTRAÑA

(No deja hablar a su hija)

Camila, se llama Camila.

ÁNGELES

(Desconfiada pero amable, sin
ver a Camila a los ojos)

Camila, ven.

(A la mujer extraña)

¿No quiere al menos cenar, señora?

¿O que le llamemos al médico para
que las revise?

MUJER EXTRAÑA

Le agradezco de verdad, tengo que
irme.

Camila escucha a su madre sin verla ni abrir la boca. Ángeles le pone la mano en la espalda para guiarla dentro de la casa. Se van juntas. Luci ve alejarse a Camila.

Luke observa todo y, cuando devuelve la mirada a la puerta, la mujer extraña ya está alejándose.

MUJER EXTRAÑA
(Mientras camina con prisa)
Gracias, de verdad.

LUKE
¿No quiere que le dé el teléfono de la casa? Por si quiere llamar a su hija...

MUJER EXTRAÑA
(Mientras se aleja)
Volveré antes de que se dé cuenta.
No es necesario. Gracias, doctor.

La mujer se pierde en la oscuridad de la noche. Luke se queda pensando unos segundos sin cerrar la puerta. Voltea hacia adentro de la casa, para encontrar a Luci que sigue ahí, como paralizada.

LUKE
¿Le dije que era doctor?

Luci se encoje de hombros. Luke se queda viendo el exterior de su casa con la puerta abierta.

8. EXT. CAMINO EXTERIOR-CASA-NOCHE

Luke abre la reja de su casa, sale. El camino está completamente vacío y muy oscuro. El sonido de los sapos y los insectos es ensordecedor.

Él camina unos cuantos metros. Sus pasos hacen crujir el suelo. Cuando se ha alejado unos veinte metros de la puerta de su casa voltea hacia ella. Un sonido proveniente de la oscuridad lo sobresalta.

LUKE
¿Hola?

No hay respuesta.

Luke se queda unos segundos viendo en la dirección de la que provino el ruido, luego da la media vuelta y camina de vuelta hacia la entrada de su casa. Mientras lo hace, voltea hacia atrás cada tanto. Está un poco asustado.

9. INT. CUARTO CAMILA-CASA-NOCHE

Camila, en la cama, acaricia las sábanas que la cubren. Está en silencio. Se ha cambiado de ropa, tiene una pijama puesta. Una taza llena de algo caliente humea en la mesa de noche. La puerta está entrecerrada.

Ángeles estira la ropa que Camila traía sobre una silla, la mira de reojo cada tanto sin hacer contacto visual con ella. Se tarda en poder hablar.

ÁNGELES

(Sin verla)

¿Estás segura de que no quieres
comer algo?

Camila niega con la cabeza.

CAMILA

Muchas gracias.

ÁNGELES

Dijo el doctor que podíamos llamar
a un médico para que te revise... si
no te sientes bien.

Camila fija su mirada en la puerta. Ángeles la observa, sus manos, sus facciones.

CAMILA

(Sin mover sus ojos de la puerta)

Sólo estoy cansada. Muchas
gracias, es muy amable.

Camila voltea a ver a Ángeles, quien rápidamente pone su mirada en el suelo. Camila observa a la señora unos momentos, para luego seguir viendo la puerta de su cuarto.

10. INT. PASILLO-CASA-NOCHE

Luci está parada afuera del cuarto de Camila. Escucha la conversación acercando su oreja a la puerta.

11. INT. CUARTO LUCI-CASA-NOCHE

Luci duerme en su cama. Un leve ruido, el crujir del piso, la despierta. Entre la oscuridad, distingue algo que se mueve. Asustada, se incorpora poco a poco, hasta quedar sentada.

Algo que parece un animal negro, como una especie de enorme gato de ojos brillantes, merodea su habitación. Se mueve como si fuera un animal enjaulado, y luego se acerca hasta su cama.

12. INT. CUARTO LUCI-CASA-NOCHE. (MOMENTOS DESPUÉS)

Luci despierta. Está sudando. Se quita las sábanas y se levanta para abrir la ventana. Respira hondo. Parada frente a la ventana mira la puerta de su cuarto.

13. INT. PASILLO-CASA-NOCHE

Luci camina por el pasillo de la casa lentamente y con cuidado de que sus pisadas no hagan ruido. Está muy oscuro, es difícil adivinar su silueta en movimiento. Se detiene un segundo. La casa está en completo silencio, excepto por los sonidos de los grillos afuera.

Sigue avanzando en dirección al cuarto de Camila, cuando el fuerte graznido de un pájaro la hace saltar del susto. Un segundo, respira hondo y sigue caminando.

Luci llega a la puerta del cuarto de Camila, pone la mano en la manija. Espera unos segundos, respira hondo. Con cuidado de no hacer ruido, abre la puerta, sólo lo suficiente para poder asomar su cara. La habitación está vacía, la cama destendida.

14. INT. CUARTO CAMILA-CASA-NOCHE

Luci entra al cuarto, se acerca hasta la cama. La observa. Comienza a recorrer el cuarto con la mirada.

LUCI

(En voz baja)

¿Camila?

Luci se asoma bajo la cama, no hay nada. Nota que la ventana está abierta.

Luci camina hasta la ventana y se asoma. Sale de la habitación.

15. INT. CUARTO LUCI-CASA-NOCHE

El cuarto está oscuro. Luci está en su cama sin poder dormir. Se escuchan grillos y sapos.

Ella da algunas vueltas y se trata de acomodar, está incómoda y tiene calor. Pone las manos sobre su vientre, lo frota y, poco a poco, comienza a bajarlas hasta su calzón e introduce las manos, se masturba.

16. EXT. JARDÍN-CASA. NOCHE

Bocanadas de humo se deshacen en la oscuridad de la noche. Los sonidos del jardín son intensos.

Parado en la oscuridad, Luke fuma un cigarro y mira hacia una de las ventanas de la casa. Ésta está abierta.

17. INT. CUARTO LUCI-CASA-DÍA

La ventana del cuarto de Luci sigue abierta.

Luci duerme en su cama, cubierta por una sábana. Está desnuda.

El sonido de los pájaros y la luz que entra por la ventana la despiertan. Ella abre los ojos poco a poco. Se incorpora. Cuando se quita las sábanas y se levanta de la cama, nota una mancha grande de sangre en la cama, su primer periodo.



Gerardo Lechuga

Res Mongolia

1. EXT. CAMPOS DE ARROZ-DÍA

Un paisaje rural de mediodía de alguna provincia rural china. Coloridos arrozales en terrazas se pierden en la profundidad de las cordilleras.

2. INT. COCINA, RESTAURANTE CHINALOA-DÍA

Entra ZHOU (17, cansado y enclenque) posa frente al paisaje, revelando que se trata en realidad de un póster pegado en una pared, al filo del afiche, una leyenda avisa: Restaurante Ch (la palabra es cubierta por Zhou) les desea un feliz año nuevo.

Sartenes grasientos cuelgan de las paredes. Una plancha y una estufa con campana cuyo esplendor pasó hace ya tiempo. Se puede sentir la cochambre.

Zhou sostiene una bandeja con camarones descongelados.

ZHOU
¿Sabes si ya llegó?

LI (O.S.)
No.

ZHOU
Maldita sea. Ya son las 11.

Zhou arroja los camarones sobre una gran olla con arroz y vegetales friéndose.

Zhou termina por cerrar un paquete de comida, lo mete en una bolsa de plástico y se la entrega a CHEN (48, gorra y camisa con el logo del restaurante).

CHEN

La dirección dice la calle Almendra,
¿sabes si esa calle está después de
Azucena?

ZHOU

Ni idea Chen, no me sé el nombre
de una ninguna calle.

Chen suspira.

CHEN

Bueno, ahorita los veo.

Justo antes de partir, Chen comparte un guiño de ojo con LI (30, cabeza rapada y tatuajes). Li se ríe a espaldas de Zhou.

Dos pares de manos trabajadoras viajan por toda la cocina. Pican cebollines, chiles de árbol, dan vuelta al arroz frito. Se capea un filete de pescado. Menean un sartén con brócolis salteados, una llamarada protagoniza la cocción. Filetes de res caen sobre la plancha.

Zhou se ve ansioso, impaciente.

LI (O.S.)

Relájate, ya llegará, mejor
cuéntame: ¿qué será lo primero que
harás llegando?

ZHOU (O.S.)

Uy, Li, agárrate: Iré a la torre de
Ping An, el segundo edificio más
alto de todo el país.

LI (O.S.)

¿En serio?

ZHOU (O.S.)

El cuarto edificio más alto del planeta. ¿Ya ves que hace dos años abrieron una terraza para turistas?

LI (O.S.)

Ni idea.

ZHOU (O.S.)

Bueno, está en el piso 114. Desde ahí puedes ver todo Hong Kong: sus edificios, sus luces y toda su vibrante vida.

LI (O.S.)

Qué lindo.

Li flamea y saltea champiñones con brócoli. La mirada de Zhou está centrada en los alimentos. A la cocina entra MING (44) quien se cruza de brazos y escucha a Zhou con un dejo de condescendencia.

ZHOU

Me iré justo al borde. Y ahí, en ese preciso momento, me bajaré los pantalones. Les enseñaré mi precioso culo a todos esos perros viejos. Y con suerte, me cagaré en ese momento. Todo Hong Kong verá mi mierda, Li.

A Li le repugnan las palabras de Zhou. Se aleja un poco del sartén.

LI

Zhou, estamos cocinando.

MING

¿Vas a viajar miles de kilómetros para cagarte en un edificio? Qué horror.

Zhou voltea y nota la presencia de Ming, se indigna.

ZHOU

¿Qué horror? ¿Te parece bonito lo que esos hijos de sus putas madres hicieron? Rebajaron el cantonés a dialecto. ¿Ustedes hablan una lengua o un dialecto?

MING

¿Hay una diferencia?

ZHOU

La diferencia es que prendes la tele, pum, mandarín, lees el periódico pum, en mandarín. Dejaron el cantonés para los putos granjeros. ¿Por qué no se pueden cerrar tratos en cantonés? ¿Por qué no se pueden narrar partidos en cantonés?

LI

Pero ni vives ahí, Zhou. ¿A quién le importa?

Justo en el borde de la cocina aparece JUN (20, mesera), carga una gran charola.

ZHOU

¡Torcieron el brazo! Si pasó con ellos pasará con todo Cantón. Perderemos nuestra lengua y entonces...

JUN

Zhou, te busca afuera un mexicano.

ZHOU

¿Un mexicano? ¿Cómo es?

JUN

Pues mexicano... todos son iguales
para mí.

Zhou recuerda algo, pela los ojos. Mira su reloj.

ZHOU

¡Mierda! ¡Por fin! ¿Me acompañas?

Jun asiente.

3. EXT. RESTAURANTE CHINALOA, ENTRADA-DÍA

La fotografía de un japonés de pelo largo, de mirada dura y alrededor de 35 años. Es un pasaporte sostenido por LALO (27). Zhou y Jun miran incrédulos el documento.

LALO

¿No lo va a querer o qué?

JUN

(A Zhou)

Que si no lo vas a querer.

ZHOU

Pero ése no soy yo.

Zhou y Jun al borde de la banqueta. Sobresale la entrada de un restaurante de comida china modesto.

Tiene una marquesina con el nombre en letras de neón: "Chinaloa", la última a parpadea. El logo es un dragón en la texana.

JUN

(A Lalo)

No se parece.

Lalo coloca el pasaporte a un lado de Zhou, comparándolos.
Es más fuerte la diferencia vista desde esa perspectiva.

LALO

Ay, a huevo que sí, padre. Gotas de
agua.

Zhou mira a Jun.

JUN

Dice que sí te pareces.

ZHOU

No pagué tanto para que pongan un
perro japonés.

Lalo mira a Jun, curioso.

JUN

(A Lalo)

Dice que no lo quiere.

LALO

Papi, yo nomás soy el mensajero, la
bebes o la derramas.

JUN

(A Zhou)

Creo que dice que no le importa.

Zhou resignado toma el pasaporte, suspira.

4. INT. ALMACÉN/COCINA, RESTAURANTE-NOCHE

Latas y cajas de comida adornan las paredes. Zhou abre una maleta en la cual se alcanzan a ver varios cambios de ropa, artículos de higiene y una copia de *El manifiesto del Partido Comunista*.

Dentro de la cocina, Li sostiene el pasaporte, Ming a un lado de él, ambos están atacados de la risa, casi se convulsionan. Frente a ellos, Zhou avergonzado y Jun tratando de no reírse.

LI

¡No mames!

MING

¿Cómo se llama este tipo?

(Truena los dedos)

¡¡El DJ!! El que siempre está
brincando como idiota.

JUN

Steve Aoki.

Jun mira con una expresión de “lo siento” a Zhou. Ming y Li explotan de la risa, sostienen sus manos en sus rodillas.

LI

¿Cuánto pagaste?

ZHOU

Tres mil pesos.

Zhou arrebató el pasaporte a Li, coloca un boleto de avión dentro del librito, pone ambos papeles dentro de la maleta y la cierra. Una carcajada ahora exagerada de Li. Se sostiene el abdomen.

LI

No mames, mi estómago. El
pendejo pagó tres mil pesos y se
parece a Steve Aoki.

MING

Te timaron.

Zhou tiene la mirada hacia abajo. Li se tranquiliza, se limpia una lágrima que alcanzó a escapar de su rostro.

ZHOU

¿Crees que se den cuenta?

LI

¿De qué?, ¿De que eres un perro japonés?

MING

Les vale.

Ming coloca su brazo sobre el hombro de Zhou. Lo dirige hacia la ventana de la cocina donde se puede ver el comedor del restaurante.

MING (CONT'D)

Mira Zhou, mira a esos cabrones.

Zhou asoma su cabeza por la ventana.

5. INT. COMEDOR, RESTAURANTE CHINALOA-DÍA

5 mesas ocupadas, todas por mexicanos con sobrepeso y, probablemente, problemas cardiovasculares. Comen con las manos, con hartas ganas, como si los estuvieran persiguiendo. Caminos de grasa recorren sus mentones. Se limpian con los brazos. Uno que otro lagrimea por lo picante de la comida. Hablan con la boca abierta.

MING (O.S.)

Dime que ves ahí, Zhou.

ZHOU (O.S.)

Mexicanos.

MING (O.S.)

¿Encuentras alguna diferencia entre esos cerdos incas? Fuera del color de sus bigotes y el contorno de sus panzas.

Zhou meditativo.

ZHOU (O.S.)

No.

MING (O.S.)

Pues así con nosotros. Les valemos tanto que a todos nos ven igual, seamos un chino o un perro japonés.

6. INT. COCINA, RESTAURANTE CHINALOA-DÍA

Li interrumpe la conversación y comienza a reírse de nuevo.

LI

¡No mames, Steve Aoki!

ZHOU

¡Ya, güey!

7. INT. COMEDOR, RESTAURANTE CHINALOA-DÍA

Jun sentada en uno de los *booths*, dibuja algo que no se alcanza a percibir. Se abre la puerta, es Zhou cargando una caja de vegetales. En cuanto nota su entrada, Jun esconde rápidamente lo que estaba dibujando.

JUN

¿Qué sientes en tu último día?

ZHOU

Ya quiero que se acabe.

Jun mira a Zhou entrar a la cocina, suspira aliviada.

ZHOU (O.S.) (CONT'D)

¿Dónde está Chen?

JUN

No ha regresado.

8. INT. COCINA, RESTAURANTE CHINALOA-DÍA

Zhou arroja cortes pequeños de carne a una salsa agri dulce. Los cubre con la salsa. Toma una cajita de unice! y sirve el guisado caliente sobre el recipiente, se dirige a la arrocera y toma un cucharón de arroz. Agrega un chun kun, un chile güerito, una galleta de la fortuna y una coca-cola de lata. Cierra la caja, la envuelve en una bolsa de plástico.

ZHOU

Res Mongolia. ¡Listo!

Nadie contesta. Zhou, confundido, sale de la cocina.

9. INT. COMEDOR, RESTAURANTE CHINALOA-DÍA

Jun detrás de la caja registradora. Zhou entra al comedor con el pedido en la mano.

ZHOU

¿Y Chen?

Jun se encoge de hombros.

JUN

Quién sabe, no contesta.

ZHOU

¿Y luego?

De uno de los baños del local, sale Ming, fajándose la camisa.

MING

Vas a tener que entregarlo tú, Zhou.

ZHOU

¿Qué?

(Ríe)

Estás loco.

MING

Es aquí cerca, Zhou, vas y vienes.
No te toma más de 20 minutos.

ZHOU

Que vaya alguien más.

MING

No hay nadie más. Todos estamos
ocupados, no estés llorando. No te
van a comer.

ZHOU

No soy repartidor, Ming.

MING

Y a partir de mañana ya no serás
nada, entre más rápido te vayas,
más rápido regresas, ¿a qué hora
tienes que estar en el aeropuerto?

ZHOU

A las siete.

MING

Nombre, olvídate, préstame su
celular.

Zhou le pasa su celular a Ming, teclea rápidamente.

MING (CONT'D)

Ya te puse la dirección en el waze,
sólo sigues la flechita. Ya güey, es
tu último día, sirve que te despides
de la ciudad. O que la conoces por
fin.

Ming saca de su bolsillo unas monedas.

MING (CONT'D)

Te paso cambio, van a ser 76 pesos.

Zhou suspira resignado. Ming intenta reconfortar a Zhou. Lo toma del hombro y apunta en dirección a la salida del establecimiento. Ademanos acompañan sus diálogos.

MING (CONT'D)

Escúchame bien, puedes seguir el waze, pero sólo tomas tres calles, doblas a la derecha, avanzas dos calles y ahí es Almendra. ¿Va?

Zhou asiente inseguro.

MING (CONT'D)

Ahí está la bici en el patio. Tocas la puerta, entregas el pedido y ¿cómo dices?

ZHOU

(Harto)

Gracias.

MING

Eso.

Zhou comienza a partir hacia la salida.

MING (CONT'D)

Oye.

ZHOU

¿Qué?

MING

Cuando digas gracias, sonríe.

ZHOU

¿Qué? No, qué asco.

MING

Te va a tocar mejor propina si lo haces, créeme. A ver, sonríe.

Zhou sonríe con todas las fuerzas de su ser. Es una sonrisa horrible, si vieras a alguien así en el cam on, no te sentar as a su lado.

MING (CONT'D)

Ay, Dios. Con el gracias está bien.

10. INT. COMEDOR, RESTAURANTE CHINALOA-
MOMENTOS DESPUES

Jun y Ming observan hacia la ventana que da a la calle. Ming sostiene su celular pegado a la oreja, expectante. Zhou pasa frente al restaurante, encima de una bicicleta, la cual tiene una caja con el logotipo de Chinaloa en ella.

MING

 Chen?

(Al celular)

Listo, ya salió.

Li entra al restaurante desde la cocina. Carga una caja rosa y la coloca sobre una de las mesas. Jun se para sobre una de las sillas y coloca en una de las paredes una cartulina recortada a mano donde se alcanza a leer en cantonés: "Feliz viaje, Zhou".



Gabriela Ivette Sandoval Torres

En letras pequeñas

SOBRE NEGROS APARECE LA LEYENDA:

“Creo sinceramente que los establecimientos bancarios son más peligrosos que los ejércitos y que el principio de gastar dinero para ser pagado a posteridad, bajo el nombre de financiamiento, no es más que estafar el futuro a gran escala”

THOMAS JEFFERSON

1. INT. CUBÍCULO/SUCURSAL BANCARIA BANFORTE/ QUERÉTARO. DÍA

JOSEFINA SATO (31) tiene ligeros rasgos orientales, es atractiva físicamente, sin que ésta sea su principal característica, y mantiene una sonrisa estudiada, sin que ésta llegue a ser forzada.

Josefina habla frente a cámara.

JOSEFINA

¿Son familia?

HOMBRE 1 (O.S.)

Estudiamos juntos la carrera.

JOSEFINA

¿Cuántos años tienen?

HOMBRE 1 (O.S.)

Yo veintisiete y él veintiocho.

JOSEFINA

¿Sabían que el treinta y tres por ciento de los emprendedores en este país tienen entre veinticinco y treinta y cuatro años de edad?

La pregunta agarra desprevenidos a los sujetos a los que se dirige Josefina. Se trata de dos tipos sin mucho chiste, que visten camisas tipo polo.

JOSEFINA (CONT'D)

No necesitan responderme, ya sé que es un dato muy raro para tenerlo a la mano.

Josefina hace una pausa y bebe de un vaso con agua.

JOSEFINA (CONT'D)

Los veo con cara de *what...*

Los sujetos sueltan unas risitas nerviosas y se miran entre sí buscando apoyo.

JOSEFINA (CONT'D)

Bueno, lo que sí les puedo asegurar, porque lo he visto, es que tres de cada diez emprendedores arrancan su negocio por necesidad.

Y yo veo una necesidad en ustedes, pero no una económica, sino una necesidad vital, y me agrada, me agrada mucho...

Los veo y siento que puedo hacer mucho por ayudarlos.

Los hombres miran fascinados a Josefina.

JOSEFINA (CONT'D)

No quiero aburrirlos, porque se ve que son personas muy ocupadas y nada más venían por una asesoría... Sólo déjenme decirles que me gusta mucho saber que hay personas como ustedes... Así que vayamos al grano. Escriban la cantidad que necesitan para hacer su sueño realidad.

Josefina toma hoja, lápiz y los deja encima de su escritorio. Uno de los sujetos, quien usa un reloj de marca, toma el lápiz.

HOMBRE 1

Ja, ¿le pongo todos los ceros y así?

JOSEFINA

Por favor, por favor, de eso se trata.

El hombre escribe. Josefina toma la hoja y sonrío.

JOSEFINA (CONT'D)

Parece que sí nos estamos entendiendo bien.

Josefina toma el lápiz y escribe sobre la hoja.

JOSEFINA (CONT'D)

Pero me parece que te estás yendo un poco abajo.

Josefina levanta la hoja y se las muestra.

JOSEFINA (CONT'D)

Esto es lo que ustedes necesitan para arrancar, ¿cierto?

Los hombres se miran entre sí y asienten con duda.

JOSEFINA (CONT'D)

Con esto en mente me parecería grosero ofrecerles un microcrédito...

Aquí decimos que es como hacerlo con la ropa puesta.

Los hombres ríen más relajados.

JOSEFINA (CONT'D)

Ustedes ya me están entendiendo. Por eso les voy a ahorrar toda la parte aburrida y les voy a explicar por qué un crédito empresarial es lo que más les conviene. Además, ahorita la tasa preferencial que manejamos para este crédito no creo que vaya a estar disponible por mucho tiempo, justo ahorita es el momento para solicitarlo... Si no entienden algo, me dicen y me regreso... ¿Quieren algo de tomar?

HOMBRE 1

No, gracias.

JOSEFINA

¿Seguros?... Miren, no les voy a mentir: el café de aquí es una porquería.

Es que tenemos a un nuevo becario que sólo toma té chai o una de esas mariconadas, pero lo puedo mandar al Starbucks.

HOMBRE 2

Yo estoy bien.

JOSEFINA

Ok, pero si necesitan algo, me dicen.

HOMBRE 2

Sí, gracias, qué linda.

Josefina les sonríe y toma el *mouse* de su computadora. En la pantalla aparece un documento “EN LETRAS PEQUEÑAS”.

2. INT. CUBÍCULO/SUCURSAL BANCARIA BANFORTE-
DÍA (MOMENTOS DESPUÉS)

Josefina está de pie, juega con las credenciales de los sujetos de la secuencia anterior.

JOSEFINA

Dejen voy rápido a sacar unas copias de sus identificaciones y ahorita revisamos lo del contrato.

En cuanto Josefina se aleja, un sutil gesto de angustia se dibuja en el rostro de los hombres.

3. INT. PASILLO/ESCALERAS/SUCURSAL BANCARIA
BANFORTE. DÍA (CONTINUO)

Josefina camina con una ligera cojera casi imperceptible, pero con un marcado aire de seguridad. Algunos de sus colegas pasan a su lado y ella no los mira.

El lugar tiene algunos decorados navideños muy sobrios, que en realidad le dan un aire triste y decadente al espacio.

GABINO (47), un hombre bajito, gordo, calvo y en general con un aspecto no muy agradable a la vista, sale de su oficina acompañado de dos sujetos rubios con traje.

GABINO

(Hacia Josefina)

¡Ah, qué bueno que te encuentro!

Josefina mira con atención a los sujetos.

GABINO (CONT'D)
(Hacia los sujetos)
Dejen que les presente a Josefina
Sato.

Ella acaba de cumplir un año aquí y, díganme exagerado, pero esta mujer tiene su cartera de clientes más llena que una cantina de Múnich en octubre.

A Josefina no parece hacerle gracia la comparación, pero finge una sonrisa.

SUJETO ALEMÁN
(En español con marcado
acento alemán)
Perdón por no entender, pero
nuestro español aún no es muy
bueno. Apenas llevamos aquí tres
días, pero ya iremos aprendiendo.

Josefina les extiende la mano amable.

Los alemanes sonríen complacidos y murmuran entre ellos.

GABINO
¿Hablas alemán?

JOSEFINA
Sé algunas frases.

GABINO
(Disimulando su alivio)
¡Ah, ok!

JOSEFINA
(Hacia los alemanes)
Bueno, auf wiedersehen, porque
estoy con unos clientes.

GABINO

¿Eso significa adiós, verdad?

JOSEFINA

(Condescendiente)

Sí.

Gabino se aleja escoltando a los alemanes hacia la salida. Josefina también se aleja, pero voltea discretamente a ver a los alemanes una vez más.

4. INT. SALÓN DE FIESTAS-NOCHE

En el fondo del salón hay un letrero colgado que dice: “Grupo Banforte les desea a todos sus empleados un feliz año”. Alrededor de unas cien personas vestidas de noche, unos con mejor atuendo que otros, beben y bailan.

Josefina está sentada sola en una mesa, practicando alemán con una app. Uno de sus colegas la invita a bailar y ella, sin siquiera mirarlo, lo rechaza. El colega se encoge de hombros y se aleja.

Gabino se acerca, está algo borracho.

GABINO

¿No bailas?

JOSEFINA

No.

GABINO

¿Es por tu cojera? Nadie se va a dar cuenta...
Vente, ándale.

Gabino le extiende la mano. Josefina pone los ojos en blanco y regresa su mirada al celular.

JOSEFINA

¿A qué hora van a anunciar lo del bono?

GABINO

No sé, como a las doce o algo así.
Eso va después de la rifa.

JOSEFINA

¿Sabes dónde está el baño?

Gabino pone mala cara. Josefina se levanta y se aleja.

5. INT. SALÓN DE FIESTAS/BAÑO-NOCHE
(MOMENTOS DESPUÉS)

Josefina tiene el vestido abajo y se está quitando la faja. La guarda y la intenta doblar de forma que quepa en su bolso, pero es imposible, la faja es muy grande para su bolso. La música se detiene, se escucha un abucheo general en segundo plano.

MAESTRO DE CEREMONIAS (O.S.)

Bueno, y ahora, vamos a dar paso a lo bueno de la noche.

Josefina de inmediato se pone el vestido e intenta torpemente subirse el cierre, pero éste queda a la mitad.

MAESTRO DE CEREMONIAS (O.S) (CONT'D)

Me está diciendo aquí el que paga que primero vamos a entregar el bono anual al mejor ejecutivo de cuenta...

Josefina se apresura a salir, pero al correr con tacones, se resbala y cae en el piso del baño que está todo lleno de agua sucia.

Josefina se levanta de inmediato y camina deprisa hacia la salida del baño con su vestido manchado.

6. INT. SALÓN DE FIESTAS/ESCENARIO-NOCHE
(CONTINUO)

Josefina está arriba del escenario enfrente del micrófono. Le están entregando su cheque y se están tomando fotos. Josefina se nota muy incómoda.

MAESTRO DE CEREMONIAS
Que diga unas palabras.

Josefina está ansiosa por bajar del escenario, pero el maestro de ceremonias insiste. Ella toma el micrófono molesta.

JOSEFINA
Gracias por el reconocimiento.

Le devuelve el micrófono al maestro.

MAESTRO DE CEREMONIAS
¡Uyyy, que tímida nos saliste!...
Se me hace que aquí hubo mano
negra... ¿Es la sobrina del jefe?

Se escucha una risa general. Josefina alcanza a ver que algunos de sus colegas imitan su cojera y en un arranque toma el micrófono de nuevo.

JOSEFINA
No, perdón, pero no soy la sobrina
del jefe, lo que pasa es que esto es
tan pinche fácil, de verdad.

Es como quitarle un dulce a un
bebé sin brazos, en serio... Y todos
ustedes son tan malos y tan pinches
mediocres...

El auditorio se queda en completo silencio. Se escucha que alguien tose. De repente Josefina se da cuenta de su metida de pata.

COLEGA (O.S.)
(Gritando)
Chido tu vestido, cojita.

Se escucha una risa general.

JOSEFINA
Pues chida tu mediocridad.

El maestro de ceremonias le arrebató el micrófono. Josefina se baja del escenario acompañada de un abucheo general y sale a paso veloz del salón. La música continúa.

7. INT. DEPARTAMENTO DE JOSEFINA/SALA-NOCHE

Josefina entra a un departamento muy clase mediero, que tiene una decoración del tipo: “No tengo varo, pero quiero que esto se vea bonito”. Lo único que ilumina el lugar es la televisión encendida.

JOSEFINA
Ya llegué.

MAMÁ DE JOSEFINA
¿Qué no estuvo buena la fiesta?

JOSEFINA
No, ¿qué haces despierta?

Josefina cuelga su bolsa, tiene su cheque en la mano.

MAMÁ DE JOSEFINA
¿Qué traes ahí?

JOSEFINA
Me dieron el bono anual.

MAMÁ DE JOSEFINA
Ya.

JOSEFINA

Es una tontería, es algo así como:
“El empleado del año de los bancos”.

La mamá de Josefina no reacciona.

MAMÁ DE JOSEFINA

Tu hermana va a marcar, ¿no
quieres hablar con ella?

JOSEFINA

Estoy cansada, me voy a dormir.

MAMÁ DE JOSEFINA

¿Oye?

JOSEFINA

¿Qué?

MAMÁ DE JOSEFINA

Bonitos aretes, ¡eh!

JOSEFINA

Perdón. Salí apurada y
se me olvidó pedírtelos.

MAMÁ DE JOSEFINA

No, pues ya vi...
Déjalos dónde los tomaste.

Josefina con una sonrisa amargada, se aleja. Suena el teléfono.

La mamá de Josefina corre a contestar.

8. INT. SUCURSAL BANCARIA BANFORTE-DÍA

Josefina saca copias a un contrato, pero la máquina saca hojas en blanco. Josefina tuerce la boca. Apaga la máquina y vuelve a encenderla.

La máquina vuelve a hacer lo mismo. Josefina busca una opción en el menú para reprogramarla, pero no la encuentra.

HORACIO (O.S.)

¿Te ayudo?

Josefina voltea y ve a un hombre joven, de piel lechosa, cabello esmeradamente peinado y de barba igual de esmeradamente recortada, que usa un traje estupendo y que sujeta un vaso desechable de Starbucks.

JOSEFINA

Supongo que no eres el nuevo chico de soporte.

HORACIO

No te preocupes, no se necesita ser ingeniero en sistemas para arreglar esto. Permíteme.

A Josefina le sorprende su actitud y no parece causarle gracia.

JOSEFINA

(Impaciente)

Déjalo, ahorita le llamo a alguien de soporte.
Es su trabajo.

HORACIO

Le echo un ojito, igual no es nada complicado.

JOSEFINA

(Disimulando amabilidad)

¡Lo siento! Es que estoy con unos clientes y ando un poco apurada, pero ¿ya te están atendiendo?

HORACIO

No soy cliente. Hoy es mi primer día de trabajo.
Me llamo Horacio Robledo, mucho gusto.

HORACIO (29) le extiende la mano. Josefina la toma.

Horacio manipula la máquina con mucha habilidad y las hojas comienzan a salir bien.

HORACIO (CONT'D)

Es que de joven trabajé en una papelería.

JOSEFINA

Ya.

En ese momento aparece Gabino.

GABINO

¿Ya se conocieron?

Josefina lo mira confundida.

GABINO (CONT'D)

Bueno, pues ahorita hacemos todo el numerito.

Gabino pide la atención de sus empleados con un chiflido. Los empleados se reúnen en medio círculo.

GABINO (CONT'D)

A ver gente: Quiero presentarles a un nuevo miembro. Su nombre es Horacio Robledo y lo acaban de trasladar de una de las mejores sucursales del país. Díganme exagerado, pero yo siento que este tiburón nos va a convertir en leyenda...

Los trabajadores del banco lo miran con hartazgo, adivinando que va a soltar uno de sus acostumbrados discursos motivacionales.

La voz de Gabino se pierde, mientras nos quedamos en el rostro de Horacio, quien dirige una mirada al desangelado espacio, a la gente entrando a la sucursal para pagar sus cuentas y a los cajeros contando dinero.

El sonido del dinero introducido en la máquina contadora de billetes se hace cada vez más intenso y conforme los billetes van saliendo, se va dibujando una sonrisa en el rostro de Horacio.

La mirada de Horacio y la de Josefina se encuentran. Ambos se reconocen.

DRAMATURGIA

Fors in aliquibus rebus plus quad ratio potest/
La casualidad de las cosas
puede a veces más que la razón

Forte quadam en el rubro de dramaturgia fueron tres mujeres.

Tres mujeres que hablan desde el cuerpo. Y cuando se habla desde el cuerpo, se hace referencia a un montón de realidades prediscursivas: a lo instintivo, a lo irracional, a los vínculos originarios, al lugar de la inmanencia.

Tres mujeres que entretejen palabras que cuentan luchas, angustias, resistencias. Tres mujeres cuyas miradas coinciden en ser periféricas y ver el centro desde varios ángulos. Miradas que nacen desde lo marginado, desde lo femenino y que sirven para contar el país de otra manera, desde otra perspectiva. Antes que ser autorreferenciales buscan mirar los cuerpos y los territorios.

Y aunque coincidentes en miradas, toman diversos rumbos .

Silvia Teresa, aunque con una estructura tradicional y dialogada, toma el riesgo de salir a encontrar aromas acompañando a mujeres en búsqueda de los restos de sus hijos. En medio de ese infierno de zonas del país como gran fosa clandestina, logra imágenes dolorosas por certeras. Las mujeres huelen la tierra, reconocen la presencia de la muerte con el olor de la tierra donde pueden encontrar huesos, y a veces sólo grasa que no permite el entierro ni la despedida, sólo la ausencia eterna. Mujeres juntas que van a la búsqueda y que pueden ser la madre del asesino del hijo de la otra que también busca... con herramientas de trabajo, varillas y palas, y con la canasta de comida que comparten aunque no se hablen, aunque sepan que la una engendró al asesino de la otra. Silvia Teresa ha logrado un texto intenso y arrollador, donde el humor de la muerte salta y atrapa.

Ingrid apuesta por desarrollar parte de una investigación sobre el feminicidio en México y construye un texto que se vuelve

casi un decreto de empoderamiento urgente desde lo femenino. Alimentado de intertextualidad lanza preguntas, pertinentes, oportunas, sobre lo fallido del estado en esta tragedia. El lugar desde donde elabora estas preguntas, es desde la resistencia. Utiliza metáforas de semilla, campo, cuerpo, pertenencia, uso y abuso, muerte. A modo de ensayo el texto nombra: menciona los nombres de cada mujer asesinada creando un mantra que no permite ser interrumpido; asombra y perfora por lo que no nombramos, por los nombres de las mujeres asesinadas que leemos o escuchamos, pero que no recordamos.

El rumbo que toma Mariana es lo simbólico. Busca caminos distintos basados en el azar y la aleatoriedad para construir una dramaturgia precisa, profunda y dolorosa. Mariana toma todos los riesgos: dejándose llevar por el juego a partir de una página de random.com, irrumpe en latitudes inhóspitas y ante la pregunta encuentra las respuestas formales: número de personajes, lugar en el que debe ocurrir, etc. Utiliza el método escogido, se deja atrapar por el azar, pero ella sabe interpretar el oráculo y construye una obra con voz propia para hablar de sus temas y sus urgencias, y como dejada de las manos de hades entra en una ruta a la que da cuerpo y forma con tácticas de dramaturgia y artista contemporánea que es. Atrapa la aleatoriedad del azar, la pone a jugar para ella y sus referentes se alimentan de esa misma caja de sorpresas, de ese oráculo moderno, de la herramienta tecnológica que nos engulle y que antes de ser escupida, la transforma y la domina. Azar-Máquina oráculo-moderno- y teatro. Fascinante modo de volverse una ficha en el juego para al final ser el tirador de los dados.

Sí, fuimos afortunadas, nuestras tres becarias saben perfectamente que si de algo se trata el teatro, es de saber leer el presente.

Gloria Carrasco y Sandra Muñoz



Ingrid Bravo

Quemar los campos

La primavera se detuvo

Este proyecto inició con la recopilación casi automática de notas sobre feminicidio en Facebook. Después quise entender. Me topé con un filósofo que hablaba de los campos de excepción y pensé que quizás, en México, los campos de excepción eran nuestros propios cuerpos. Entonces me pregunté, ¿cómo quemar los campos para liberarlos? Leí libros y creí entender muchas cosas. Creí partir de certezas, pero en el camino me quedaron solamente dudas. Ya no sé de qué hablo, ni por qué, ni desde dónde, ni por qué yo. Sólo quedan dos certezas, la primera, que necesito hablar de esto; la segunda, que Pablo Neruda no sabía nada.

“Podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera”.

No pude encontrar cuándo dijo esa frase.

Incluso hay personas que ponen en duda su autoría y se la otorgan al Che Guevara.

Como quiera, diré que es de Neruda.

Y podemos suponer que la escribió en una época en la cual se creía que los regímenes totalitarios podían detenerse con palabras.

Pero se equivocó.

Su frase es una promesa rota.

Por lo menos en México, la primavera comenzó a detenerse con la crisis del campo.

De los años treinta a los sesenta los campos de maíz fueron una gran fuente de ingresos.

Pero en 1965 el precio del maíz se fue a pique. Tuvimos que comenzar a importarlo del país vecino.

Y los agricultores tuvieron que elegir entre sembrar otros productos o emigrar a la Ciudad.

En ese mismo año iniciaron una serie de programas para industrializar el norte del país, como el PIF, Programa de Industrialización Fronteriza como solución a la detención del Programa Bracero.

Llegaron las maquilas.

Creció la necesidad de cuerpos útiles para el trabajo.

Cuerpos jóvenes.

Cuerpos precarizados.

Cuerpos despojados de nombre, edad, historia.

Porque donde el capital manda, la vida sobra.

Comenzaron las jornadas laborales largas.

Y los salarios bajos.

Nacieron los hijos de la maquila.

Que también ingresaron a trabajar ahí.

(Por favor di todos los nombres que puedas recordar de mujeres trabajadoras de maquila víctimas de feminicidio).
Pero la muerte como proyecto no se detuvo ahí.

Porque la maquila tuvo un segundo periodo que va de 1983 al 2000 que tiene que ver con el TLCAN. Aunque yo no entiendo qué tiene que ver el TLCAN, por más que me digan que vino a desmadrarlo todo.

Lo que sí sé es que en esa segunda etapa de las maquilas, el 23 de enero de 1993,¹ se documentó el primer feminicidio en Juárez.

Su nombre era Alma Chavira Farel.

Alma Chavira Farel.

Alma Chavira Farel.

Alma Chavira Farel.

Alma Chavira Farel.

Lo repito para que se me quede en la cabeza.

También sé que en algún momento quisimos creer que la primavera sólo se estaba deteniendo en esa ciudad fronteriza, cuando, en realidad, el Estado de México había alcanzado la primera posición de feminicidios dos años antes.

Y que así siguió durante siete años seguidos.

La primavera se detuvo cuando las calles comenzaron a ser tapizadas por volantes de “Se busca” y un rostro diferente en cada uno de ellos.

Se detuvo cuando el suelo retumbó por las pisadas de una madre que busca a su hija.

Se detuvo el día o la noche o la tarde que una mujer no volvió a casa.

¹ Heraldo de México, “En 25 años van 1,779 feminicidios en Ciudad Juárez” en El Heraldo, 15 de febrero de 2018, <https://heraldodemexico.com.mx/estados/en-25-años-van-1775-feminicidios-en-ciudad-juarez/>

Se detuvo cuando en vez de buscar flores se comenzaron a buscar huesos.

Se detuvo desde la punta norte hasta la punta sur de la República Mexicana.

Y yo sigo sin entender nada. Podría hablar de precarización y el trabajo feminizado. Podría intentar explicar la sensación de caminar por prados desiertos para llegar al trabajo a altas horas de la noche, pero la realidad es que ni si quiera conozco el norte del país. La verdad es que sigo sin entender del todo la relación entre maquila y feminicidio. Nunca sabré lo que es salir de la maquila en la madrugada.

Pero tengo otra certeza y es que a veces tengo muchas ganas de salir a quemarlo todo.

Otras tengo ganas de quedarme escondida debajo de las sábanas de mi cama.

Pero la mayor parte del tiempo lo que quisiera hacer es escribir los nombres de todas ellas, de todas esas mujeres asesinadas, en piedras. Escribir más de 22 mil 482² nombres en todas las piedras que me encuentre en mi camino. Porque creo que así las personas ya no tropezarían con piedras o tendrían una molestando dentro del zapato; en su lugar se les cruzaría un nombre en su camino, tendrían que sacudirse un nombre del zapato, los niños lanzarían nombres para reventar parabrisas y ventanas o para verlos saltar sobre el agua, por las carreteras nos alertarían de que hay peligro de un deslave de nombres y no habría red capaz de detener tremenda avalancha. Sus nombres, nuestros nombres.

Sé que intentar recordar más de 22 mil 482 nombres es imposible y estúpido. Imposible porque cada día la lista crece, cada día leo uno nuevo que ocupa el lugar de otro.

² Muedano, M. “Imparable, el crimen contra las mujeres; cifras del Inegi”, en *Excélsior*, 22 de octubre de 2017, <https://www.excelsior.com.mx/nacional/2017/10/22/1196308#imagen-3>

Porque los olvido. Porque los confundo. Porque hay veces que ya no quiero saber más. Y estúpido porque, aunque lograra aprenderme todos esos 22 mil 482 nombres **(Por favor di todos los nombres que puedas recordar de mujeres víctimas de feminicidio.)** y escribirlos en las piedras, en la tierra, aunque le cambiara el nombre a las flores, *para mí* seguirían vacíos. Nombres vacíos.

Recordar un nombre no es sólo recordar un conjunto de letras, es ponerle rostro, armarle un cuerpo, contar una historia.

(Por favor di el nombre de tu mamá y dinos en qué piensas cuando piensas en ella.)

(Por favor di el nombre de tu abuela y dinos en qué piensas cuando piensas en ella.)

(Por favor di el nombre de tu tía o hermana o prima y dinos en qué piensas cuando piensas en ella.)

(Por favor di el nombre de tu mejor amiga y dinos en qué piensas cuando piensas en ella.)

(Por favor di el nombre de las mujeres de tu familia.) no son nombres vacíos para mí.

Llevo mucho tiempo leyendo noticias sobre feminicidio donde en la mayoría de los casos viene el nombre y la edad, a veces ni siquiera eso. Los datos que se dan no me alcanzan para poder ponerle un rostro a ese nombre, armarle un cuerpo, conocer pedazos de su historia. No me alcanzan para saber si le gustaba bailar, o su color favorito, el nombre de su mejor amiga, o cuánto amaba a su mamá. Y aun así necesito intentar conocer, recordar y llenar esos nombres. **(Por favor di todos los nombres que puedas recordar de mujeres víctimas de feminicidio.)**

Pienso que en este momento
 Tal vez nadie en el universo piensa en mí,
 Que sólo yo me pienso,
 Y si ahora muriese,
 Nadie, ni yo, me pensaría.

Y aquí empieza el abismo,
Como cuando me duermo.
Soy mi propio sostén y me lo saco.
Contribuyo a tapizar de ausencia todo.
Tal vez sea por eso
Que pensar en “una mujer”
Se parece a “salvarla”.³

Ese poema me acompañó a lo largo de la investigación sólo para descubrir que Juarroz, al igual que Neruda, se equivocó. Pensar en una mujer no se parece a salvarla. **(Por favor di todos los nombres que puedas recordar de mujeres víctimas de feminicidio.)** Hoy pienso que recordar no es suficiente. Yo nunca he escuchado que recordar haya detenido a la muerte. Lo que sí he escuchado es lo que pide Irinea Buendía: justicia y justicia. Pero yo no puedo ofrecerla. Yo tan sólo puedo equivocarme como Juarroz, como Neruda, y no tan bien. Yo tan sólo puedo intentar no olvidarlas en un pequeño y estúpido acto de insurrección, como manera de decir que tengo miedo, como forma de decir que tengo ira, como manera de aceptar que el dolor que provoca el feminicidio no me corresponde, que no lo entiendo pero que aun así me duele. Porque al igual que Neruda y Juarroz yo no puedo vivir en un mundo donde la muerte le gane a la memoria, donde no haya posibilidad de que regresen las flores.

¿Cómo nacen los campos?

Campo, del latín *campus*. Quiere decir “llanura, espacio de batalla”.

Campo, terreno de grandes dimensiones que se encuentra alejado de una ciudad o pueblo o a la tierra que puede labrarse.

El concepto también se utiliza en referencia a un cultivo o sembradío.

¿Cuántos campos conoces?

³ Juarroz, R. *Poesía y realidad*.

Campo de batalla.

Campo de recolección.

Campo de cultivo.

Campo magnético.

Campo eléctrico.

Campo informático.

Campo semántico.

Económico.

Artístico.

Político.

De refugiados.

De prisioneros de guerra.

De concentración.

De exterminio.

Campo de excepción.

Los campos, los primeros campos. Los campos que la mayoría imaginamos cuando escuchamos esa palabra, nacieron de mujer. Eso me contaron en la escuela cuando era niña.

El campo nació de mujer.

De la mujer recolectora.

De la mujer nómada.

De sus manos llovieron las semillas que hicieron nacer los campos.

Entonces la tierra les ató los pies con sus raíces.

El paso al sedentarismo.

La mujer engendró los campos de maíz, de frijol, de cebada, de arroz, de trigo.

La mujer engendró los campos que desde entonces nos alimentan.

Pero entre esos campos de aguacate, café y zarzamora nacieron otros campos.

Campos plaga.

Campos epidemia de langostas, orugas y moscas.

Campo epidemia de ratas.

Campo sequía.

¿Cómo nacen los campos?

Agamben dice que “Los campos nacen del estado de excepción y de la ley marcial”.

“El campo es el espacio que se abre cuando el estado de excepción comienza a devenir la regla”.⁴

“El principio según el cual todo es posible”.⁵

El campo de excepción es un campo yermo.

Un campo sin nubes.

Desteñido.

Campo piedras y maleza.

Campo grieta.

⁴ P. 4 Qué es un campo.

Campo sequía prolongada.

Campo plaga que se propaga.

En otros campos.

Y en otros cuerpos.

Los campos nacieron de mujer, pero el campo de excepción escupe sus huesos.

Se traga sus pasos.

El cuerpo de la mujer que era semilla de manzano, de café, de limón y durazno.

Tierra fértil.

Tierra libre.

Tierra sana.

También se infestó.

Porque el campo de excepción, como todo “parásito no se detiene. No deja de comer o de beber. Se expande, se fuga y crece, invade y ocupa. Propicia el ruido, el estrépito, la furia, el tumulto y lo incomprensible. La asimetría, la violencia, el asesinato y las matanzas”.⁶

El parásito colonizador.

El parásito maquila.

El parásito empresario.

El parásito Estado.

⁵ Hanna Arendt.

⁶ González, S., *Huesos en el desierto*, México: Anagrama, 2017, p. 120.

DRAMATURGIA

El parásito segundo Estado.

El parásito fratría.

El parásito soberano.

Se supone que las mujeres seríamos árboles y flores, pero en su lugar nuestro cuerpo se volvió campo de excepción.



Mariana Gándara

Territorio austral

Esta obra se construyó con elementos aleatorios en un intento por soltar las riendas de la escritura al azar. Una premisa guía la dramaturgia: ser fiel a la casualidad. La brújula que determinó su rumbo fue el algoritmo de la página de internet RANDOM.ORG. Un sentido agradecimiento a quienes se dedican a la labor de lo impredecible.

EL PREFECTO

Vetusto y agreste como el paisaje.
No es de aquí, pero jamás ha pensado en irse.
Tampoco sabría cómo. Cronista de una historia absurda,
registra lo que acontece en un lugar que a nadie importa.

LA MUJER DEL PREFECTO

Ella nació en estos hielos.
Sabe lo que significa el frío y entiende de sus caprichos.
Espera poco, esperar parecería ser el único
verbo que realmente conoce.

LA GUÍA DE TURISTAS

Preferiría estar en cualquier otra parte haciendo
otra cosa. Siempre. Su juventud la dota de impaciencia
y una abundante dosis de arrogancia.

LOS PRIMEROS VEINTE COLONOS DE LOS TERRITORIOS AUSTRALES

Nadie los recuerda, pero ellos no saben de olvido.

ESPACIO

Territorio saustrales y antárticos franceses

TIEMPO

4 de octubre de 2001

I.

Una mujer cae una y otra vez golpeándose contra el hielo. Nadie la levanta. Intenta decir algo, pero al separar los labios en lugar del sonido surge la caída.

II.

La mujer del prefecto teje un manto rojo sentada al lado de una silla vacía. La silla sobre el hielo y el hielo que se desgaja. La neblina arropa el espacio. Entre jirones grises se percibe la figura de su marido.

EL PREFECTO: Desde su descubrimiento, las islas de los territorios australes han resistido todo intento de desarrollo. Cada uno fracasó igual que el primero. El nuestro es un relato torpe de esperanza y ambición.

Detrás de él, inscritos en la niebla, aparecen los primeros veinte colonos de los territorios australes.

- La cría de ganado ovino.
- La fábrica para la pesca de ballenas en las islas de Kérguelen.
- El enlatado de langostas en St. Paul.
- El faro solitario de Crozét.
- Los cazadores de focas que en 1835 mataron al último ejemplar.

EL PREFECTO: Lo único que sobrevive de este lado del mundo es el clima.

Ella lo arropa con el manto carmesí. Frota sus manos y las restriega cálidas sobre el cuerpo de su marido. Son una serie de movimientos bien entrenados, un ritual cotidiano para tolerar la supervivencia.

LA MUJER

DEL PREFECTO: Te hablaron de la estación meteorológica, dicen que está interfiriendo con el sonar. *(Algo llama su atención.)* ¿Oíste? *(Él no contesta,*

está lejos de aquí.) “¿Alguien me escucha?” (Silencio. Se le acerca, inspecciona su oído con curiosidad, él parece no inmutarse.) Dicen que tenemos que hacer algo. (No hay respuesta. A nosotros:) Disculpen, esto no tomará demasiado.

La mujer del prefecto sale refunfuñando, vuelve con una mesa pesada sobre la espalda y una olla de estofado humeante que cuelga de su boca. Dispone un banquete humilde para el esposo ausente. El olor de los alimentos trae de regreso al hombre que se atraganta como una bestia.

LA MUJER

DEL PREFECTO: Dicen que tenemos que hacer algo.

EL PREFECTO: ¿Y qué quieren que haga?

LA MUJER

DEL PREFECTO: Dicen que es tu culpa por dejar que se bajara del buque.

EL PREFECTO: El Marión no es mi propiedad. Yo no decido quién sube ni quién baja, mi trabajo es guardar un registro. Nada más que eso.

LA MUJER

DEL PREFECTO: “Nada más que eso”. *(Va a decirle algo pero se frustra. A nosotros:) ¿Para qué empezar algo destinado al fracaso? ¿De qué sirve aullarle a una pared?*

EL PREFECTO: *(A nosotros:) Existe la creencia de que en las islas dispersas el sonido pierde energía.*

LA MUJER

DEL PREFECTO: Es cierto, vuelve tímido y avergonzado de sí mismo.

EL PREFECTO: Sabiduría popular.

DRAMATURGIA

LA MUJER

DEL PREFECTO: Si alguien de ustedes quiere perder mi respeto, inténtelo. *(Nos espera.)* Aquí gritar es imposible, un desperdicio de aire caliente.

Escuchan a lo lejos un alarido inaudible para nosotros.

EL PREFECTO: Pero ella lo logró.

Se observan por un momento. Silencio. Miran el piso de hielo, al fondo suena un teléfono que ambos evitan contestar.

III.

La joven guía de turistas sostiene una bandeja con copas de champán. Moviéndola de un lado a otro, juega con ella como si se meciese sobre las olas. Cuando el líquido está a punto de derramarse, lo inclina en el sentido contrario.

LA GUÍA

DE TURISTAS: “A los territorios australes sólo puede accederse por vía marítima. Embarcar es posible cuatro veces al año durante las rotaciones de personal y abastecimiento. Con cada rotación, una veintena de turistas descubren una fauna única por su diversidad. Extraordinarios paisajes de islas volcánicas talladas por el hacha del viento y las tijeras de la lluvia y la nieve. Luces sin comparación que unen la suntuosidad de las puestas de sol en el trópico, la dureza de la claridad glaciario y, en algunas ocasiones, las auroras septentrionales.”

Eso dice el folleto. En letras chiquitas te cuentan que hay que pasar veintiocho días en barco para llegar aquí. Nadie te explica que eso del gusto por el paisaje dura poco. El hielo adormece los ojos y después de un rato es imposible distinguir las cosas. Aquí todo es un espejo y para cuando descendes del Marión, la belleza ya se anuló de tan blanca.

Agarra una de las copas, bebe de golpe.

LA GUÍA DE

TURISTAS: No soporto este lugar. Preferiría ser una botarga de Disneylandia.

Toma otra copa, ingiere el champán con violencia.

LA GUÍA DE

TURISTAS: Odio a los pinches pingüinos. Sí, muy lindos al principio, pero luego andan cagándolo todo y te chillan si los volteas a ver.

Bebe una tercera copa, parece que se arrojara el líquido a la boca.

LA GUÍA DE

TURISTAS: Además, para acabar de joder, el territorio se está ampliando. ¡De verdad! En el 2007 le anexaron más y más islas ¿y cómo les llamaron? A ver, adivinen. (*Espera una respuesta.*) Las Islas de la Desolación. ¡Las putas Islas de la Desolación! Los franceses ahora sí que se lucieron. (*Pausa.*) Búsquenlo en Wikipedia si no me creen.

Va a tomar una copa más, pero se arrepiente.

LA GUÍA DE

TURISTAS: Traía veinte conmigo, no puedo regresar con diecinueve.

IV.

La muchacha bebe el resto del champán mientras escucha al Prefecto. El hombre ha reaparecido cubierto con la indumentaria que lo protege del frío en el fin del mundo.

EL PREFECTO: Los cazadores de focas crearon un Estado monárquico, escogieron entre ellos a su rey y luego lo expulsaron de la isla. Después vino el intento por formar una República de Balleneros. Eso fue antes de que pasara lo de la fábrica de conservas de langosta: cuando la empresa quebró en 1931, abandonaron a siete trabajadores. Sólo dos lograron sobrevivir los tres años que tardaron en rescatarlos. *(Pausa.)* A los que no entiendan por qué seguimos intentando, les voy a pedir que no hagan preguntas. Si continuamos por ese camino, terminaremos hablando de Dios, que es un bonito refugio de la ignorancia. *(Siente el peso incómodo de su ropa.)* Vivo aquí porque todos somos islas. *(La guía de turistas se ríe.)* Se debe lidiar con eso y decidir: ¿qué tipo de isla quieres ser?

LA GUÍA DE TURISTAS: Eso es de una película en donde sale Hugh Grant.

EL PREFECTO: ¿Disculpa?

LA GUÍA DE TURISTAS: La del niño con las cejas satánicas.

EL PREFECTO: Por supuesto que no.

LA GUÍA DE TURISTAS: Sí, la parte en donde dice que quiere ser Ibiza.

EL PREFECTO: No sé a lo que se refiere, yo...

LA GUÍA DE TURISTAS: “Vivimos en una época de islas. ¿Qué tipo de isla quieres ser?”

EL PREFECTO: Yo hablaba...

LA GUÍA DE TURISTAS: “*I’m bloody Ibiza!*”

EL PREFECTO: Yo hablaba de las causas finales.

LA GUÍA DE
TURISTAS: Da lo mismo hablar de eso que de Hugh Grant. Se fue y yo... (*Ambos escuchan lo que para nosotros es imperceptible.*) No sé dónde está.

EL PREFECTO: Yo tampoco, pero la oigo.

Lo que oyen les afecta. Él le arrebató la última copa de champaña, ella se pone unos audifonos y escucha música a todo volumen. Quedan sentados sobre el hielo, esperando.

V.

La Mujer del Prefecto los observa en silencio, le avergüenzan. Le quita la copa a su marido y la pone con el resto en la bandeja. Con mucho cuidado saca una vela de su bolsillo y la prende en medio del hielo, su luz es lo único que ilumina el espacio. Con un pequeño trapo gris talla el área que rodea la flama.

LA MUJER

DEL PREFECTO: Nosotros, a los que no nos trajo ningún barco porque nacimos atados a la orilla del mundo, queremos pedirles una disculpa. En realidad la soledad es un lugar común, pero ustedes creen que aquí todo es sublime: “¡Qué bonito, tan desolado, tan pacífico, tan puro!”

Avanza a gatas mientras talla, haciendo un círculo cada vez más grande.

LA MUJER

DEL PREFECTO: Ella lleva horas gritando. Hace falta una advertencia en el folleto. O un letrero a la entrada. Es que ustedes no saben leer las señales. No es su culpa. De todas maneras terminará pronto. Cuando se le pasen los escalofríos ya no va a poder hablar, pero va

a sentir calor. Eso casi nadie lo sabe: antes de morir congelado sientes que te estás asando. Se vuelve insoportable. A veces los encontramos sin ropa, desnudos en medio del hielo. El calor es tu mente que se despierta antes de irse a dormir.

Los primeros colonos de los territorios australes rodean el círculo que ella ha grabado sobre el hielo.

LA MUJER

DEL PREFECTO: En fin, queríamos pedirles una disculpa. *(Se pone de pie, integrándose a los de su estirpe.)* Les prometemos que esto no tardará mucho. *(La escucha.)* Menos si sigue gritando.

Observa la flama y el pequeño charco que el calor del fuego ha generado a su alrededor. La mujer que grita entra sin mirar a nadie, toma la vela y sale con ella.

VI.

La mujer que grita avanza con dificultad. Nos observa jadeante, su mandíbula se mueve sin control, intenta detenerla pero es inútil. Sus ojos son una súplica. De tanto anhelar una respuesta, los oídos le han comenzado a sangrar. Ha visto la primera gota caer sobre la nieve, y ahora busca desesperada la procedencia de aquel líquido cálido.

Cuando encuentra la fuente del sangrado, sonríe. Nos mira. Intenta gritar, pero no puede. Escribe con dificultad una palabra roja sobre el hielo. Observa lo que ha escrito y sigue su camino.



Teresa Díaz del Guante

Aroma, rastreo de recuerdos

Texto escrito a partir de testimonios y asistencia a “búsquedas” con grupos de “Rastreo” en Sinaloa.

Personajes:

OLGA, mujer adulta. Líder del grupo. Madre soltera.

ANGÉLICA, encontró sólo algunos fragmentos de su esposo. Mujer adulta.

EVA, busca a su hijo. Es la mayor del grupo.

VICKY, Menos de 40 años. Busca a su hermano.

ANNA, la menor del grupo. Busca a su hermano.

GRISELDA, mujer joven. Se incorpora después de que le encontraran el cuerpo de su esposo.

1. Cae un sobre

Cae un sobre. Un grupo de mujeres se acercan. Una de ellas abre el sobre, saca la tierra, la huele, se la pasan una a otra buscando reconocer el olor.

OLGA: Daniel.

2. Vámonos

OLGA: Vámonos, ya es tarde. No hay que agarrar carretera sin sol.

- VICKY: Que cada una agarre la pala que bajó.
¿Vamos a volver?
- EVA: ¿De qué lado será?
- ANGÉLICA: Es que no son claros. A mí se me hace que nos mandaron para acá porque andan enterrando por otro lado.
- EVA: ¡Vámonos ya!... Ahorita que lleguemos a las Higuieritas hay que comer en la plazuela.
- VICKY: ¡Tesoros!
- EVA: ¡Vámonos ya, Vicky!, no hay nada.
- OLGA: Falta una varilla ... ¿Y la Anna?
- EVA: Allá anda, clavando la varilla. ¡Ya nos vamos!
- OLGA: Espérate, déjala que termine.
- ANGÉLICA: Ya está bajando el sol.
- OLGA: No anda sola, anda la Griselda con ella.
- Olga suena un silbato.*
- EVA: ¡Qué bonitas las flores que nos trajo!
- VICKY: Esa muchacha no sabe nada.
- EVA: Tres días después del levantón encontré al marido. ¿Te hubieras unido al grupo, Vicky?
- VICKY: No. No sé. Yo lo que quiero es que el Rubén entre un día por la puerta de la casa.
- OLGA: ¡Ya, Anna!, ya vente, nomás nos faltas tú y tu herramienta.

VICKY: Y la muchacha.

EVA: Griselda, Vicky, se llama Griselda.

3. *Camioneta*

OLGA: ¿Nos paramos en las Higueritas?

ANNA: Yo no tengo hambre.

EVA: ¡Ay, Anna!, te traje tamales. ¿Te gustan los tamales de cabeza?

GRISELDA: No los he probado.

EVA: ¿Cómo?, si están riquísimos.

GRISELDA: ¿Trajo tamales de cabeza?

EVA: No, son de costilla, los hizo la Chata. Yo quería traer de cabeza. A mí no me salen. Así de formaditos, no, pero a la Chata sí, porque le echa el caldo a la masa o no sé. Los hago muy bastos, se me abren. Yo quería traer de cabeza, pero no los quiso hacer. “Sí te los hago, pero de costilla.” Están ricos, pero no como los de cabeza.

OLGA: Entonces, ¿de qué son los tamales, pues?

EVA: De costilla, pero yo quería traer de cabeza. Son los más ricos, bueno, hay otros...

ANNA: ¿Cuáles, Eva?

EVA: Los de liebre.

GRISELDA: ¿Tamales de liebre?

EVA: Sí, niña. Nunca has probado unos tamales más ricos, pero no, yo ya no como de esos tamales. Dios guarde la hora...

GRISELDA: ¿Por qué?

Suenan campanas de una iglesia.

OLGA: Vamos a pararnos aquí a comer, anda muy beata la Eva.

VICKY: Desde ayer.

EVA: Nombre, es la costumbre, tanto año rezando que ya se le sale a uno decir "Dios", como decir cualquier mentada. Uno se va a morir y ya, hasta ahí llegaste. ¡Imagínate!, unos ni salen del pozo, qué vamos a andar llegando al Cielo.

VICKY: Ahí están las campanas para que te vayas a rezar.

EVA: Nombre, yo voy a comer. Agarra uno, Anna, no andes de simple.

ANNA: No tengo hambre.

OLGA: Vamos a volver.

ANNA: Dijeron que por ese lado podía estar.

EVA: Podía, podía.

OLGA: Vamos a volver y más temprano.

Campanadas.

VICKY: ¡Oi, Eva!, que ya te metas a misa.

EVA: Métete tú. Yo ya recé por anticipado. Me quedaron a deber. Nadie ha encontrado un cuerpo con el rosario en la mano, pero con la pala, sí.

GRISELDA: Hay que tener fe.

Vicky intenta levantarse, pero Eva la detiene y le da un tamal.

EVA: La única fe que tengo, es que debajo de la tierra está mi hijo. Pero no sé dónde.

4. Mapeo

El grupo de mujeres realiza un “mapeo”. Trazan un mapa sobre el espacio real, sobre el terreno. Marcan los lugares en donde han encontrado cuerpos. Colocan banderines, cintas. Toman pruebas de tierra, las separan por su aroma. Escarban en diferentes partes para ver el color, textura de la tierra. Clavan la varilla, la sacan, la huelen. Algunas descansan, se relevan, toman agua.

OLGA: Yo no me llevaba bien con mi hijo.
¿Su último cumpleaños?... lo fui a buscar tres veces a su casa y no lo encontré.

Se casó bien plebe, no quiso estudiar.

Tenía, TIENE el mismo carácter que yo, chocábamos, pero era, ES mi hijo.

Vendía discos en la gasolinera pegada a la carretera. Se acerca una camioneta negra, le pide unos discos y se lo llevan.

Dejó dos niñas, mis nietas. Tengo otro hijo, no lo dejo ni a sol ni a sombra.

Se andaba metiendo con esta gente para ver si conseguía información.

Yo hubiera querido hacer todo por mis hijos, menos esto.

Todo esto empezó por Daniel, pero parece que no se va a terminar hasta que ahoguen

en la tierra todos los nombres de los hijos
que hemos parido.

...

VICKY: Mi hija no deja de preguntar por su tío.

OLGA: ¿Listo?... Es que yo creo que si
regresamos a estos lugares, es seguro que
encontremos algo.

ANNA: Es que te pones a esperarlo.

VICKY: ¡Ah!, ¿y qué quieres? No has de esperar a
tu hermano tú.

OLGA: Fíjate, están enterrando en los rumbos de
hace dos años.

Aquí, Griselda, estaba tu “Tesoro”. En este
pedazo, todo esto les gusta, porque la tierra
no es dura.

VICKY: Y tampoco su conciencia, ya ves que le
hablaron de volada.

ANNA: Sí lo espero, Vicky.

VICKY: Ya sé, Anna. Ojalá que un día te llamen.
¿Tú qué dices, Griselda?

*Angélica toma del brazo a Griselda y la incorpora a las
acciones del “mapa”.*

VICKY: La puerta de mi casa siempre está abierta,
a las 6 de la tarde llegaba mi hermano.
Porque sea como sea, va a regresar. Y el
tuyo también.

ANNA: No, yo ya no sé.

Imagínate que nos llamen, Vicky, y nos digan: “Anna, Vicky, en tal punto está el hermano de cada una”. Que nos llamen, así como a Griselda.

OLGA: No se comparen, plebes. Todo los casos son distintos. Yo tampoco lo he encontrado.

VICKY: Imagínate, mejor, que tu hermano va a llegar a tu casa... Vas a ver.

...

La puerta de mi casa siempre está abierta.

El tiempo pasa, pero aquí sigue siendo el primer día.

Yo me puse a hacer todo, mis papás ya están grandes, no quiero otra pérdida.

“Tu hermano está en una bolsa”, “tu hermano está hecho pedazos”, “lo vi”, “¿cuánto me das por decirte?”

Rubén tiene la edad de mi hijo, así que no sé decir qué se siente, porque veo a uno y me falta el otro. ¿En dónde está? ¿Dónde andas, Rubén?

...

GRISELDA: ¿Gustan?

VICKY: No, gracias.

ANGÉLICA: ¿Qué son?

GRISELDA: Cacahuates.

ANGÉLICA: Yo sí te voy a agarrar. ¿Le hiciste misa?

GRISELDA: Y novena también.

ANGÉLICA: Yo una misa, nomás.

GRISELDA: ¿Usted ya encontró?

ANGÉLICA: Sí.

GRISELDA: ¡Qué bueno!

ANGÉLICA: Bueno, encontré una costilla y el cráneo. A veces regreso a ver si encuentro lo que me falta.

GRISELDA: ¿Usted sola?

ANGÉLICA: Háblame de tú, aquí todas somos iguales. Sí, voy sola, es que no escarbo ni nada.

GRISELDA: ¿Cómo?

ANGÉLICA: No estaba enterrado. Estaba tirado, comido por el sol. Estaba tirado en un cerro de piedra. Nada más hay que caminar.

GRISELDA: ¿No te da miedo?

ANGÉLICA: No, muchacha, ¡nada me va a pasar!, ¿qué me van a hacer?

Voy sola, tengo puros hijos hombres, y a esta gente no le gusta que vengan hombres, nos han dicho.

El esposo de la Eva, al principio venía y se ponía un sombrero y peluca. Sí, de verdad. No es chiste, mira: Eva, ¿verdad que tu marido se ponía peluca para ir a búsqueda?

DRAMATURGIA

EVA: ¡Uy, sí!, pero muy al principio. Ya llovió, criatura. Yo creo que le gustó traer las greñas güeras, fíjate.

OLGA: ¡Ay, Eva, no seas cabrona!

EVA: ¡Eh, pues qué! Ya después se largó. Mejor, ¡qué ganas de andar batallando!

Total, a mí nadie me ayudó a parir.

Cuando lo encuentre, no quiero a nadie de esa familia. Ahí sí van a andar llorando, pero yo los voy a sacar.

Eva continúa renegando, mientras se reincorpora a su acción.

ANGÉLICA: Nos miran de lejos. Por eso voy sola...
¿Qué me va a pasar?

Tengo que llevar cerveza, refresco, comida.

Hay gente cuidando. Yo les digo:
“revisenme, no traigo nada”... “Yo nada más vengo a buscar.”

GRISelda: Y ¿por qué sigue viniendo?

ANGÉLICA: Se vuelve vicio esto. Quieres encontrarlos todos. No encuentras nada y más te empeñas, más te emperras en buscar...

Vengo por agradecimiento... ¿No estás agradecida?

GRISelda: Pues sí.

ANGÉLICA: Se nos hizo bien bonito que nos trajeras esas flores.

GRISelda: No sabía qué darles.

ANGÉLICA: Las hubieras traído en maceta, así duran más.

Las flores cortadas son para los muertos. No hay veladora que nos aguante la espera.

Yo no le puse flores. Hay cosas que no hay que adornar.

Mis hijos no quieren que venga, porque ya lo encontré.

No, entero no. Yo me casé con un hombre entero, no con pedazos. El cráneo y la costilla, sólo me dijeron que ya estaba muerto.

GRISELDA: Uno presente.

OLGA: Ven, Gris. Ven a oler.

Griselda se acerca a Olga, le acercan la punta de la varilla, se asusta. Anna la detiene y la acerca con cuidado.

OLGA: No es el olor de un cuerpo, pero se parece.

Es de un animal.

ANNA: Una liebre, yo creo.

EVA: Aunque el cuerpo huele diferente.

VICKY: Peor.

EVA: ¡Diferente!

Angélica toma una varilla, la encaja en la tierra, la va girando, recarga su peso en ella, hasta quedar al piso.

EVA: Lo que hacemos es que escarbamos y después olemos.

El espiral de esta varilla, éste que está aquí en la punta, ¿lo ves?, se trae el olor que está hasta abajo.

Anna va por la pala que tiene tierra con “aroma”, toma un puño y se lo da a oler a Grisela.

ANNA: ¿Hueles?

Es algo así.

GRISELDA: ¿Cómo a podrido?

Angélica saca la varilla, la huele.

ANGÉLICA: Sí. Podrido.

Clava la pala, palea la tierra, hasta que, en la desesperación, comienza a tomar puños de tierra y los huele sin encontrar “aroma”.

ANGÉLICA: ¡Qué chingaderas!, ¿no?, que uno tenga que andar oliendo esto para poder encontrar.

Que uno tenga que andar metiendo las narices donde sea y embarrarse.

Gritar como loca: “Tesoros”, como si los muertos nos pudieran hablar.

Si tenían problemas con ellos, con matarlos era suficiente.

Con eso les hacen el daño. Con eso se los chingan, ¡y ya!

¡Pero tampoco tenían por qué matarlos!

Pero lo que hacen después, lo que les hacen después es puro daño para nosotros. Ya bastante nos quebraron con llevárselos

como para todavía andar jugando a esconder al muerto.

¡Tesoros!... ¿Dónde están?

Si yo me enterara de que uno de mis hijos anda haciendo eso, hago que saque cada cuerpo y vaya y lo regrese.

Hago que pida perdón y hago que le pongan una pistola en las manos a esa mujer. Se me cayera la cara de vergüenza, de dolor...

¡Lo mato!, juro que lo mato, con estas manos que encontraron a su padre.

¿Quién pare a estos cabrones?

No pueden venir de una madre... ¿Quién los pare?

¡Que su madre los perdone porque yo no puedo!

OLGA: ¡Cálmate! La estás asustando.

¡Ya deja esa pala!

¡Siéntate, la estás asustando!

VICKY: Pero ¿por qué se va a asustar? Si ella ya encontró.

EVA: ¡Pinchi, Vicky, de veras, eh! Cómo te gusta correr gente. Nomás no te cae bien alguien y ahí estás hasta que las hartas y ya no regresan. ¡Déjala en paz! Si lo que nos hace falta son manos que muevan la tierra.

VICKY: No es por eso.

DRAMATURGIA

EVA: ¡Ah, cómo no! ¿Entonces por qué?

OLGA: ¡Chingada madre, estamos por lo mismo!

Anna le acerca el puño de tierra a Griselda. Eva sienta a Angélica, le aleja la varilla y la pala. Le echa aire y trata de tranquilizarla. Le sacude las manos, el cuerpo, las botas. Le da algo de comer o de beber. Anna, Griselda y Eva, continúan con lo suyo.

OLGA: No siempre nos llaman.

ANNA: Tuviste suerte.

VICKY: Voy a caminar.

OLGA: No te vayas lejos.

ANNA: A veces nos dicen, pero no siempre.
Hacemos mapas de los lugares y
luego vamos y movemos la tierra.

Cuando vamos en la camioneta, por ejemplo, yo siempre voy viendo por la ventana.
Imagínate que vas viendo puro verde, pura hierba y de pronto, nada, seco... ¡Nos paramos!

Donde está un cuerpo, se pudre todo que ya nada crece. La grasa sube y eso también se mira.

Anna va por algún frasco con tierra recolectada.

OLGA: Nosotras olfateamos el olor, el aroma, pero no de nuestros hijos; nombre, ojalá.

Anna toma la mano de Griselda y le pone un poco de tierra.

ANNA: ¿La sientes?

Así se siente la tierra cuando cubre un cuerpo.

Así se pone: oscura, dura.

Yo digo que la tierra se encabrona.

¿La hueles?... la guardé porque fue el primer cuerpo que encontré.

La guardé para que no se me olvide el olor, el aroma.

OLGA: No se olvida.

ANNA: El muchacho éste tenía la misma edad de mi hermano y era moreno también. Eran muy parecidos. Los dos del Tamarindo. Puede que huela igual.

OLGA: Dicen que tu hermano está para otro rumbo, la tierra cambia.

Anna le retira la tierra, la vierte en el frasco y la regresa al sitio.

OLGA: Olfateamos el olor de la porquería, de lo podrido que se traga a nuestros hijos...

Se los traga.

Te dan el “punto”, llegas al lugar, y mira, ¡te hacen falta ojos para ver dónde termina la tierra!

La tierra que abraza a nuestros hijos, muertos, cuerpos, pedazos.

ANNA: Buscamos lo podrido. No se puede decir de otra forma.

OLGA: Podrido, y no por nuestros “Tesoros”, sino por todo lo que los llevó ahí.

Cuando tu encuentras un cuerpo por primera vez, y hueles la varilla, se te queda grabado, es un olor tan fuerte que no lo confundes con nada.

El impacto es tan fuerte que no se te olvida el aroma.

Lo vas a oler a cada rato.

Lo vas a querer encontrar a cada paso.

Te va a estar golpeando la cabeza todo el día, tanto que no vas a querer salirte de la tierra.

“Tesoros”, eso es lo que son para nosotros, “Tesoros”.

Son lo más valioso, buscamos minuciosamente, con cuidado en toda la tierra.

Nunca sabes qué pieza, qué pedacito, por más pequeño, signifique la tranquilidad de una madre.

GRISELDA: Angélica quisiera tenerlo entero.

OLGA: Pues todas. Yo te diría que de eso a nada, quisiera el pedazo que me quieran aventar.

Pero cuando tenga el pedazo, voy a querer tenerlo completo y no sé qué va a ser peor, si no tenerlo o saber que lo hicieron pedazos y me quedé con un muerto sin cuerpo y sin fecha de muerte.

No caben los desaparecidos. Estorban. Ni en la tierra van a caber... Un día los cuerpos

brotarán del piso, y las parcelas no van a querer dar ni maíz ni nada.

No caben los desaparecidos. Ve y pide una misa. Hay misas para vivos o muertos, “¿cuándo falleció?”, te van a preguntar, y no vas a saber qué decir.

No hay un brazo de Dios para nosotros. Ese Dios moverá los cielos, pero no la tierra.

Fíjate, los hijos de uno ya no son ni Pedro, ni Lalo, ni Miriam, ni “hijos”, a veces ni cuerpos, son pedazos.

Vicky regresa corriendo, trae algo en la mano.

ANNA: ¡Respira!

ANGÉLICA: ¿Encontraste algo?, ¿por qué vienes corriendo?, ¿qué traes en la mano?

EVA: No puede hablar, déjala respirar. ¡Ya te vas a alterar otra vez!

Olga abre el puño de Vicky y saca una pequeña pieza, un fragmento. Todas lo miran.

VICKY: ¿Tú crees que sea algo?

EVA: A ver.

OLGA: No sé. Es como...

GRISelda: Es pequeño.

OLGA: Muy pequeño. Nos llaman locas por esto.

Eva levanta la pieza.

Porque “esto” ya no es una persona, que “esto” ya no es un cuerpo, ya no es un hijo.

DRAMATURGIA

Pero nadie llama loco a quien los hace pedazos.

ANNA: Parece una muela.

Olga huele la mano de Vicky.

ANGÉLICA: ¿Tiene aroma?

OLGA: ¿Dónde lo encontraste?

VICKY: Por un dren. Hay un árbol, la tierra está removida y el árbol se está secando.

OLGA: Anna, agarra una varilla. Griselda, una pala. Vicky, llévanos rápido, antes de que se vaya el sol.

*Antología de letras, dramaturgia, guion cinematográfico
y lenguas indígenas, Jóvenes Creadores del Fonca
Generación 2018-2019, primer periodo.*

Se terminó de imprimir en Fotolitográfica Argo, S.A. de C.V.
Bolívar 838, colonia Postal, alcaldía Benito Juárez,
C.P. 03420, Ciudad de México.



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

FONCA

ISBN: 978-607-631-043-4
9 786076 310434